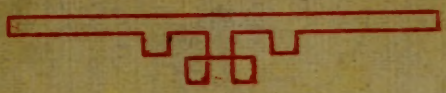
3 1761 06677935 6

BRIEF
PQC
0000503

NOVELA ARGENTINA



ULISES

ULISES

LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

PRÓLOGO

Este prólogo forma parte del libro. El lector debe relacionarlo con el final. Por él se ve cómo mi gran amigo, el incorregible Ulises, siguió viviendo y cómo vivirá, seguramente, hasta que Dios le diga basta.

Dragoneaba de periodista en un pueblo cuyo nombre no hace al caso cuando hube de sufrir una irreparable desgracia: la pérdida de mi mejor amigo, el singular y noble Ulises.

Ya comprendereis que no puedo deciros quién es Ulises, tanto por no violar su secreto como por mantener vuestro interés, lector benévolo, pues os supongo curioso como yo ú otro mortal cualquiera. Y digo que ya comprendereis eso, por la forma en que comienzo á hablaros; débese ella á un pedido de Ulises y quiero respetarlo. Dejemos, entonces, que siga escondido y no vayamos en su busca, porque no le encontraremos. Pisa él esta tierra y vive en su mundo moral, en el que nadie entrará nunca. Es el espíritu mas libre que he conocido y por eso se oculta, y quizás por un poco de vanidad; pero no le culpemos. Cierta soberbia es un derecho de ciertos seres superiores.

Ulises no es un amigo mío de la infancia. Le conocí hace poco y hoy le conozco bien; el relieve de su personalidad, ha suplido mi falta de penetración.

Vivíamos en el pueblo que no quiero nombrar; era yo, como decía, periodista, esto es, pajarero en Madagascar, y él empleado de un escribano. Contínuamente veía escribiendo en su cuarto, que daba á la calle y no cerraba nunca. En el café, por la noche, nos reuníamos de nuevo y pasábamos largas horas de íntimas pláticas. El me abrió su corazón y yo el mío, después de abrirnos las humildes puertas de nuestros chiribitiles. Contóme entonces que estaba escribiendo un libro y las confidencias no siguieron porque de golpe enfermòse y no pudo levantarse El médico declaró que la enfermedad era contagiosa y la patrona resolvió desentenderse del paciente.

Apenado, quise llevarle á mi casa y él se opuso. No hubo manera de convencerle. En una de mis ausencias, vistióse y fuése al hospital. Llegò jadeante y al pisar el dintel de la enfemería, cayó desmayado. El síncope le sirvió de gestión de entrada. La fiebre comenzó á devorarle. Yo le visitaba diariamente, sin temor á contagio, acompañado del mismo mèdico que le había asistido antes.

Uno de los primeros cuidados de Ulises fué ocultar su estado á la familia. «Si muero-dijo, ¿qué remediará ella? Si no muero, no habrá pasado nada». Me permití traicionarle y avisé á su padre sin pérdida de tiempo. El padre contestó que se ponía en viaje en seguida. Llevé á Ulises la noticia y comprendiendo mi prudente infidelidad, me amonestó dulcemente. Estaba enternecido. De pronto, como recordando algo que hubiese tenido olvidado, pidióme que corriese á casa del notario y sacase de un cajón del escritorio que me indicò un legajo de cuartillas. Era su libro «Mi padre—agregó Ulises—nunca miró bien mi afición á las letras. Tú, como del oficio que eres, mirarás con más amor mi pobre trabajo. Guarda y revisa esos papales. La obra está terminada; haz de ella lo que quieras. Yo la habría publicado, aunque sin dar mi nombre. ¿Porqué? Lo sé, y me basta.....»

No pudo seguir. Una de las violentas crisis que le acometían, le cortó la palabra.

Cumplí el encargo del amigo. Llevé los originales conmigo y los leí en pocos días. Mi decisión fué inmediata; hacerlos imprimir en el diario donde trabajaba, por mi cuenta y riesgo y grabando en la carátula el nombre de Ulises, más digno de mejor suerte que las abejas de Virgilio. . . . . Abreviemos.

Ulises no murió. Salvóse. Abandonó el lecho y el hospital y paseóse con su padre por las calles del pueblo. Solo otra vez, fué á visitarme y como le hablase de su libro, golpeóse la frente y dijo por toda respuesta: «Hombre, es cierto. ¿Y que has hecho de él?«

—¿Cómo que he hecho? Primero leerlo y en seguida imprimirlo y ponerlo en máquina. Quince días más y estará listo para circular.

—¿Para circular? ¿Lo crees así?.

—Estoy seguro. Ulises circulará como tú. Pués ¿no eres tú Ulises?.

—Si; pero, mira, creo que has hecho mal. Debiste comprender que te hablaba bajo el efecto de la fiebre. Está mal escrito, le falta buríl, le falta cincel. . . . Está mal, está mal. . . . :

—Tú lo dices y explicas el porqué.

—Valiente argumento. No me pegues porque soy débil, no te burles porque yo no tengo la culpa de ser feo. Los feos deben esconderse. No tienen derecho á mirarse en el sol.

—Bah, pavadas. La obra está ahí, ahí está tu genial concepción, el gran martillazo de tu poderosa escultura. ¿Qué más pedir? No es posible modelar acabadamente una pirámide. Hay que distinguir entre joyas y monumentos. Pero la obra está ahí, sí, ahí está, y tú Ulises circulará, y, mira, para mi tengo que ganarás mucha plata, mucha plata. . . . . .

—Mucha plata, mucha plata. Así hace el tren cuando camina y las ilusiones cuando corren, poeta pervertido, soñador epicúreo. . . . .

Con qué ganaré mucha plata ¿eh? Ganaremos, entonces, los pobres. Si después de invertir las utilidades en papel y tinta para otra columna de tan frágil elemento,

nos sobra algo, fundaremos una biblioteca, una escuela y un hospital. Yo sé que esas cosas hacen mucha falta.

—¡Eso, eso! Por lo pronto editemos el libro, y para colocarlo desde ya bajo buenos auspicios, imita á todos nuestros ide un lindo prólogo á alguno de nuestros literatos de nota. . . . .

—¿Y tú me dices eso? ¡A mí!

—Eso es muy legítimo, Ulises. . . . .

—Para mi no.

Y levantó la frente, alta como una cimera. En seguida prosiguió.

—Es cierto que hace falta un prólogo, porqué yo no daré mi nombre. . . . . ¿A quién pedírselo?. . . . . ¿A quién?

¡Ah, Eureka! ¡Tú lo escribirás, tú!

—¿Yo?

—Tú, sí. ¿Quién más indicado que tú?

—Pero si á mi no me conoce nadie.

—No importa. Después de firmarlo te conocerán.

Y agregó al cabo de breve pausa:

—Qué modesto soy ¿verdad? ¿Verdad que creo que el libro no circulará?

Finalmente dijo:

—Escríbelo y fírmalo tú. Dí en él. . . . .

Pero ¿que puedes decír?. . . . No se me ocurre nada.... Hé aquí el inconveniente de no dar ya importancia á las cosas. No halla uno placer ni en los cuentos . . . Espera sin embargo. Hay algo que yo había pensado mucho. . . . Ya lo recuerdo. . . . Deja las tapas en blanco y dedica el libro á la juventud de nuestra patria. Nada más

. . . . . .

Ya está. El hijo espiritual de Ulises ha nacido. Leed este libro por mi dedicado en nombre de su autor á la juventud argentina.

GILBERTO LAURENCENA.

ULISES

Libro primero

EN EL CAMPO

I

A los veinte años me acometió tan grande debilidad, que por un momento temí perecer de consunción.

Estaba delgado, pálido, no comía, no dormía y frecuentemente sufría mareos que me obligaban á buscar punto de apoyo para no caer.

El mèdico dijo que debía salir al campo por larga temporada.

El aire, el sol, el ejercicio, una vida natural, reconstituirían mi organismo devolviéndome por completo las fuerzas perdidas.

Las palabras del galeno contrariaron visiblemente á mi padre porque importaban una dilatada interrupción de los estudios que había yo comenzado, pero eran terminantes y se decidió á acatarlas. Por mi parte me felicité interiormente del percance que me arrebataba á la ergástula del aula y me devolvía á la libertad en el seno de la madre tierra, fuente inexhausta de eterna vida.

Verme lejos de los muros de la ciudad y de las cuatro paredes del colegio que pretendía imponerse á mi cerebro insurgente, vagar sin rumbo por los cam-

pos, pensar libremente, acaso ¿porqué no? planear la obra cuya preñez creía sentir en mi, eran cosas que me seducían y me llenaban el corazón de sano contento y saludable esperanza.

Esta perspectiva halagadora, duró todo el tiempo que precedió al viaje.

Se iniciaba la primavera cuando salí para la estancia de Pedro, cuñado de mi padre.

***

Iba gozoso. Entreveía una lontananza de sosiego, de paz, de devaneos, de ensueños, de fantasías, de ilusiones, todo dentro de un marco de luz, de belleza, de poesía. Pensaba que disponiendo del decorado y el actor, me sería fácil encontrar pasiones capaces de provocar un drama que trasladado al papel fuese, al par que un bello poema, fiel reflejo de la vida de las pampas argentinas. Aquel sol tórrido, aquel cielo azul, aquellos bosques umbríos, aquellos campos cubiertos de flores, aquellas corrientes mansas y cristalinas, todo aquel paisaje multicolor y multiforme, de infinitos contornos y de infinitos espíritus, serían mi musa.

Pedro me recibió con los brazos abiertos y se asombró de verme tan desmejorado. Sus primeras palabras fueron que ya no volvería á la ciudad, que me quedaría á trabajar con él en el campo, donde si bien no llegaría á sabio sería pronto un hombre fuerte y útil. Nada le repuse. Tiempo había de pensarlo y por otra parte estaba resuelto á no recaer en las preocupaciones que acababa de abandonar.

Esa noche, en la mesa, Pedro reanudó su discurso empezando por decir de mi flacura y palidez que tales eran las consecuencias de la vida antihigiénica de la ciudad. Agregó que su hijo Carlos sólo sabía leer, escribir y sacar cuentas, pero ya á los quince años levantaba bolsas de cien kilos.

Hacía muchos años que Pedro trabajaba en el campo con escasa fortuna. Había llegado á la vejez sin desfa-

llecimientos y sin arremetidas. Era en el fondo poco ambicioso y poco emprendedor. Había vivido serenamente, si así puede decirse, conservado en las pureza de sus costumbres. Amaba aquel pedazo de tierra como un refugio más que como una empresa ó como una promesa de fortuna. Había vivido en él largos años sin torturarlo, sin pretender sacarle otra cosa que el pan de cada día. Esta existencia apacible, ecuánime, se había hecho en Pedro algo así como su segunda naturaleza. Creo que si lo hubiesen llevado de allí con las más grandes promesas, se habría muerto de pena.

Allí estaban, no sus ambiciones, sus ilusiones, sus esperanzas, pero si la larga vida vivida en santa calma y en el amor de los suyos, y arrebatarle este tesoro de paz y cariño, habría sido desgarrar su alma infantil.

***

Pedro vivía á la sazón con su mujer, Juana, hermana de mi padre, y sus hijos Carlos, Raquel y Sofía.

Carlos sostenía sobre sus hombros todo el trabajo de la estancia. Los otros hermanos se habían dispersado y se hallaban radicados en distintos puntos de la provincia Pedro tampoco podía ayudarle. Había quedado para vigilar, y para hablar. Desde que mi tío no pudo montar á caballo, se había hecho un conversador.

Carlos se levantaba con la aurora y no paraba en todo el día. Era un laborioso. Era también modelo de obediencia y de juicio. El trabajo le había dado en aplomo todo lo que le quitara en imaginación. En el reposo de su persona y de todas sus maneras, se advertía la pesantez, la profundidad austera de una vida consagrada al trabajo y á la verdad. Yo me comparaba con aquel muchacho silencioso y fuerte y me veía lleno de savia loca. Nunca he podido hacer este parangón íntimo sin advertir cuán lejos he vivido del verdadero mérito.

***

Por la noche, terminada la cena, la familia se reunía en el patio de la casa. Pedro volvía á su tema favo-

rito: la ciudad y las generaciones raquíticas que según él venía produciendo.

Las muchachas tiraban por su lado, interrogándome sobre la sociedad de la capital, las modas, los noviazgos, etc.

Supe entonces que Raquel andaba de novia con un antiguo amigo mío. Estos amores acabaron mal. El pretendiente de Raquel tuvo un fin desastroso. Murió como había vivido.

Carlos se sentaba en un rincón y no decía nada, ó hablaba muy poco. Sus palabras eran raras y concisas, cuerdas como él.

Estas veladas á la luz de las estrellas, se prolongaban largos momentos. Cuando nos recogíamos, me sentía lleno de paz celeste.

***

Satisfechas las primeras atenciones debidas á Pedro y su familia, empecé à andar solo, por mi cuenta, que tal fué siempre mi inclinación incoercible.

A la mañana montaba á caballo y me internaba en el bosque, distante unas veinte cuadras. Me agradaba apearme al pié de los grandes árboles que de troncos escuetos y abiertos en la copa, semejaban enormes sombrillas colocadas allí por la previsora naturaleza para amortiguar los ardores caniculares y brindar un poco de sombra á los animales ó al viajero extraviado.

Echado de espaldas con la brida del caballo en la mano, me abismaba en la contemplación del alto ramaje. Así permanecía largos momentos, con el pensamiento flotante y perdido, viajando por el infinito. En esos instantes de extraña somnolencia, todo mi ser yacía como en suspenso.

Escuchaba vagamente el concierto aéreo de la selva y mis ojos se cerraban poco á poco.

Los ecos profundos del bosque, repetidos diez y cien veces por aquellos arcos y pórticos de verdor, me anestesiaban como una cadencia ó efluvio orientales.

Otras veces llegaba hasta las márgenes del arroyo y allí, bajo vejetaciones espinosas, pequeñas y enmarañadas, rescostado en un lecho de hierbas más lozanas y abundantes por la proximidad del agua, pasaba horas enteras de inefable delectación, de suspensión del pensamiento, de profunda conversión en luz, en céfiro, en esencia solar, polen del universo.

Algo que salía de lo profundo de la tierra, me llamaba y me atraía. Empapaba mi frente en las aguas frescas y diáfanas y sentía impulsos de gustar el césped verde y tierno que festoneaba las orillas.

Nunca me he sentido tan hijo de la tierra como en aquellos instantes.

Filósofo por presentimiento, habría escojido una de aquellas alcobas naturales para habitarla eternamente, aún más allá de la muerte; habría deseado vivir allí por siempre, alejado del mundo y sus miserias, y una vez rendido el tributo carnal, perpetuarme en espíritu en aquellos efluvios, en la luz y en el éter.

***

Carlos, en sus activos trabajos, recorría el campo continuamente y varias veces me sorprendió en esa actitud, bajo los árboles ó á la orilla del arroyo. Entonces se apeaba también, cambiábamos algunas palabras y luego de descansar unos minutos, me invitaba á que le siguiese. Montàbamos á caballo y reanudábamos la marcha. Carlos, en pocas palabras, muy concisas y juiciosas, procuraba hacerme ver que, como él, debía yo fatigarme durante el dia para comer y dormir biën. El ejercicio, la nutrición y el sueño, agregaba, debían ser mi reconstituyente. Yo le agradecía su buena voluntad y le daba toda la razón; pero, previendo la desobediencia, procuraba revelarle mi estado de ánimo y la razón de mis admiraciones. El se sonreía imperceptiblemente y en esta sonrisa advertía yo que la vida pesaba demasiado sobre sus hombros para que pudiese engañarse.

La verdad había puesto sobre él su mano de acero

y bajo lo sensible toda alucinación desaparece. La lógica hablada no siempre nos conoce, más la que nos toca, esa es infalible.

***

Pedro, como era natural, se plegó á Carlos y ambos se propusieron limpiarme de toda polilla. Mi tío decía que cuero que se mueve no cría bichos y que muy poco podría él ó yo dejaría allí los malos humores que me tenían hecho una calamidad. Como si aún no fuese bastante, recibió una carta de mi padre llena de instrucciones y recomendaciones en idéntico sentido.

Decía mi padre que no me dejasen leer ni escribír, que me tuviesen sobre el caballo todo el día, de tal suerte que recobrando las fuerzas perdidas pudiese pronto volver á la ciudad y recomenzar los estudios.

Pedro, á su juego llamado, aplaudió la carta de su cuñado y contestó que todo estaba muy bien menos eso de hablar ya de mi retorno al pueblo.

***

Al salir el sol Pedro golpeaba á la puerta de mi cuarto y Carlos me echaba las cobijas al suelo. No me dejaban dormir.

Me obligaban á salir, á andar, á repasar los campos todavía húmedos de rocío. Yo obedecía murmurando y reconociendo que tales violencias me hacían mucho bien

El aire frío y puro de la mañana me retemplaba los nervios y poco á poco, á medida que los días pasaban iba sintiendo que una gran claridad se hacía en mi espíritu. Parecíame por instantes que no había vivido nunca, que recién empezaba á vivir, que todo mi cuerpo, todo mi ser, recibía savia nueva por el cordón umbilical de la gran madre común. Mi alma era también otra y me convencía más y más de que, efectivamente, no puede haber almas sanas en cuerpos enfermos.

No bajaba del caballo hasta la oración

Insensiblemente el ejercicio fué haciéndose un hábito en mi. La sombra de Pedro se me hizo familiar y escuchaba de buen grado las indicaciones de mis amables parientes.

A la liga formada contra mí, se había incorporado Sofía. Mi buena y linda prima era la más empeñada en verme sano y gordo y, sobre todo, en que me quedase allí definitivamente, como Pedro lo quería.

No me disgustaba la oposición de mi bella enemiga y no sin secreto placer empecé á imaginarme un idilio en el seno de aquella naturaleza magnífica que convidaba á la vida, al amor, á la felicidad del paraíso.

***

Los días pasaban inadvertidos. La naturaleza con sus hombres me resultaba un espectáculo siempre nuevo. El monte, el campo, el gaucho, el trabajo rudo, la casa de Pedro, la imagen de Sofía vagando por el vasto espacio indistinto, la caricia de los céfiros, el oro de la luz, el nácar de las corrientes, toda la gracia, la belleza, la sublimidad vasta y dispersa de aquella tierra lujuriosa, eran encantos que me llenaban de embeleso.

Vivía hecho naturaleza, confundido con ella en cuerpo y alma. Pedro se mostraba muy satisfecho de mi conducta y no se le ocurría pensar que acaso fuese pura novelería.

***

Del hogar de Pedro, pasé al hogar de los trabajadores de la casa: el fogón. Me atraían aquellas tertulias bajo el cielo estrellado. Me aproximaba al fogón y quedaba en la actitud del que más desea escuchar y observar que participar de la reunión.

La conversación, lijera y chispeante, brotaba de los labios matizada de figuras ingeniosas. El gaucho gusta del lenguaje figurado y es atinado en la comparación. El pueblo en general es afecto á la metáfora, que no es

en él, como en el hombre instruido, vana pompa de la imaginación sino un recurso exijido por su pobre vocabulario ¿Acaso no sería esto una prueba de que, realmente, el origen de la metáfora está en la primitiva escasez de palabras?

Continuamente, casi sin intención, hacían alusiones á mi escasa destreza en el manejo del caballo, á mi falta de fuerzas, á mis dedos blancos y delgados.

Mi persona resultaba epílogo obligado del comentario, el punto inferior de comparación. De todos los presentes era yo el menos capaz, puesto que no podía hacer lo que los demás hacían. A esta conclusión seguían sonrisas y pullas picarescas. El gaucho siente en sí, ingenuamente, cierta superioridad sobre los hombres que no viven como él en el trabajo, en la fatiga y en el peligro.

Tiene esa analogía con el marino y el soldado.

Educado en la escuela ruda de la naturaleza, generalmente acosado y sufriendo, llega á formarse un concepto tal de la vida, que concluye creyéndose su víctima y su héroe. De aquí el esguince huraño y altivo que es fácil advertir en sus labios; de ahí que sea caviloso, brusco, pendenciero unas veces, jugador ó bebedor otras veces, astuto casi siempre. Pero es bueno y tiene el pecho lleno de virginidades. Más aún; posee signos visibles de raza, luz en la cabeza, sentimientos en el corazón y heroísmo en la voluntad.

Cuando se civilice, no será el fámulo brillante hijo de la civilización que tanto nos deslumbra.

***

Finalmente me incitaban á hablar, siempre incisivos, como quien recurre á la provocación para descubrir un pensamiento.

Me pedían que les contase algo de la ciudad, sus costumbres, sus diversiones, sus hombres, sus mujeres, cuya belleza suponían muy superior á la de sus hermanas y amantes, quemadas por el sol y deformadas por el trabajo.

Algunos habían estado en la capital, pero pasajeramente. La abandonaron muy luego, nostálgicos y como rechazados por la imposibilidad de adaptarse á un ambiente que no era el suyo en un centro cuya labor, de otra índole, no podía utilizarlos.

Entraron en el pueblo entre pesarosos é intrigados, como quien desea y no desea ver, y lo abandonaron contentos, rebosante el corazón de amor al terruño, puestos los ojos en el rancho querido.

Allá! Y lanzaron los caballos en dirección de la pampa, cuna de la libertad sin leyes, que es la libertad de Dios.

***

La guitarra dejaba oir sus notas quejumbrosas en aquellas reuniones al aire libre. Generalmente la jornada de cada día terminaba en cantos de dolor. Estos acordes dulcísimos me eran casi desconocidos. En las ciudades argentinas se ha apagado casi por completo la voz de la guitarra. Nuestros salones la han condenado al ostracismo.

Nuestras niñas tampoco la quieren; prefieren el piano. El piano es más chic, más aristocrático—piensan ellas.

He aquì una de las tantas formas de la ingratitud nacional para con el tipo obscuro y heróico que trabaja en la paz y muere en la guerra sin conocer el gesto de Escipión.

No importa. El tierno instrumento de los payadores de la pampa subsistirá mientras subsistamos nosotros porque en sus cuerdas vibra el espíritu de la nación.

La guitarra ha cantado nuestras glorias Ella ha traducido el grito de la emancipación, el fragor de los combates, el júbilo del trabajo, el canto de la libertad y los votos de la esperanza nacional.

No importa que haya vuelto á sus orígenes vulgares rechazada como un rezago de pasadas épocas. Volverá á retemplarse el ambiente y otra vez la caja marcial de nuestras llanuras llamará al puesto de honor y de gloria.

***

Siempre triste y solitario
Siempre cargado de males
Hoy aquí, mañana allá,
Mendigando voluntades.

Por aquel entonces oí cantar esta estrofa inculta, sin metro y sin arte, y no sé porqué no se me ha olvidado.

Quizá sea porque hay alusiones á la vida tan ciertas y verdaderas que, como el mundo exterior, sus dolores, sus zozobras y caídas, mantienen constantemente despierta la propia conciencia. Así debe ser, porque nunca he podido escuchar, las protestas en retirada de los desheredados de la fortuna sin pensar en mí mismo y sin sentirme lleno de melancolía más fuerte que yo.

***

Me dormía con el oído atento á las armonías lejanas del fogón y del campo. Los estilos poblaban el aire de notas profundas como el corazón y tristes como la vida. La elocuencia de aquella música estaba precisamente en que carecìa de forma y expresión.

Cualquier rasguido puede ser un estilo, siempre que sea un lamento, y no es posible tocar la guitarra sin arrancarle gemidos y sollozos, como no es posible tocar la herida sin reanimar el cuerpo lacerado. Parece hecha de dolor latente y lágrimas comprimidas. Tocar sus cuerdas es, antes que hacer música, sacar á los labios y los ojos el màs hondo, el más alto sentir del corazón. Sus cadencias salen de la torre de márfil y bronce de la pasión pura y también han de vivir tanto como el lamento de Job en la lengua de los hombres.

II

Llegó el verano. Ya no era posible desafiar los ardores del sol. La temperatura caliginosa agobiaba á la na-

turaleza toda. El estío es alegre en el campo sólo en las horas extremas del día, la madrugada y la oración. De las doce á las cuatro hay que dormir ó leer. Yo optaba por lo último. Me tendía en un catre y leía los libros que apresuradamente había extraído de la biblioteca de mi padre.

Eran diez ó doce novelas, en su mayoría de autores de la escuela romántica, esos inoculadores del virus del llanto en las letras cuyo estro, demasiado tierno ó elevado para los tiempos materialistas que corren, es la hilaridad del mundo incrédulo, pero que ha de perdurar mientras haya un hombre capaz de amar ó cuando menos de sentir.

Después he comprendido que no son esos los libros mejores para aprender procedimientos y hacerse un hombre.

No importa. Nunca he aspirado á rivalizar con nadie y bendigo las páginas que me han hecho conocer el éxtasis de un noble sentimiento y el placer de las lágrimas.

Leía á Chateaubriand, á Víctor Hugo, á Lamartine, á Dumas, á Jorge Isaac, autor de *María*, el tierno idilio del Cauca que también, como *Pablo* y *Virginia* de Saint Pierre, habría hecho decir al poeta que es un manual de amor ingenuo y una página de la infancia del mundo.

Cuando muere María, llora uno tanto como debió llorarla Efraín. Cree uno asistir á la agonía de la pobre tísica, y así como antes se sienten deseos de vivir en aquella casa tan alegre, tan dichosa, cuando la traidora enfermedad clava su garra en el seno de la pobre joven, el corazón se sobrecoge, se cierran los ojos á la luz y al cielo, se esconde la cabeza, se duda de Dios mismo....

María yace en cenizas, pero Dios ha dado á su alma su eternidad en el cielo é Isaac en la tierra á sus despojos la inmortalidad de su amor y de su genio. No habrá un hombre de corazón que después de leer esta tierna elegía no llore sobre sus páginas la muerte de su novia espiritual.

Solo por conocer el Cauca, cuna y sepulcro de aquel inmenso amor, su naturaleza magnífica, las olas del

Amaime, iré algún día á Colombia, donde era necesario un panorama asì, una deidad semejante y una pasión tal, para producir tan hondo y grandilocuente poema entre aquellos hombres turbulentos, heróicos contra sus propios hermanos.

***

Leía con avidez á esos grandes hombres de letras, los estudiaba. Aunque pensaba escribir para mi país, procuraba hacer mías sus ideas, su sentimiento, su estilo.

No me detenía á pensar si poseía aptitudes para tamaña empresa. Trabajaría y de cualquier manera haría de ellos la estrella lejana de mi acción en las letras.

***

Algunas tardes quedábame leyendo encerrado en mi cuarto. Entonces una mano suave llamaba á la puerta y una voz de mujer me decía que era hora de salir al campo. Obedecía. Bien sabía yo que Sofía me esperaba para reprocharme tanto encierro. Las cariñosas censuras de mi prima me agradaban no poco. Veía en ellas formas de intimidad y pruebas de un afecto que quizá provenía más del corazón que del parentesco. Pensando en ellas me preguntaba si al fin no valdría más quedarme allí definitivamente, aceptar las proposiciones de Pedro, trabajar con aquella gente, casarme con Sofía, formar otro hogar en aquel hogar y renunciando á toda ambición insensata vivir en aquel rincón de silencio y olvido en paz y en gracia de Dios. Interrogaciones que quedaron sin respuesta, acaso porque debía seguir errando en pos del ideal informe de mi agitado espíritu.

***

Pasaron tres meses. Paseos á caballo por la mañana y al ponerse el sol, lecturas amenas durante la siesta, grata compañía por la noche con la familia de Pedro ó junto al fogón, llenaron aquellos tranquilos días. La cal-

ma de espíritu, la ausencia de toda idea fija, el ejercicio, el alimento y el sueño, me habían devuelto las energías perdidas.

Había engrosado y perdido la primitiva palidez. El sol me había tostado la piel, bajo la cual se advertía el paso de la sangre roja y abundante.

El movimiento del caballo me había bajado los hombros y ensanchado el pecho. Cuando caminaba, me sentía más firme, más en mí mismo, y los vahidos habían desaparecido completamente. Estaba transfigurado. Todas las fuerzas vitales se habían renovado en mí.

El hombre no es más que una composición química y se forma y mantiene por agregación de elementos renovados sin cesar.

Me sentìa también de mejor ánimo, menos sombrío, menos propenso á cavilar, como si una intensa claridad se hubiese hecho en mí. Había ido allí como un cerebro sin cuerpo, frágil y sensible, cansado de vibrar en vano, y advertía que ese cerebro empezaba á adquirir su cuerpo, su salud, su equilibrio. Me convencía más y más de que la primera condición de lógica mental es un organismo sano. A semejanza de Carlos, había ganado en aplomo, en cordura, todo lo perdido en imaginación. No era el iluso, el alucinado de antes. Una profunda serenidad parecía haber descendido á mi espíritu. No era ya víctima de los falsos mirajes que me habían atormentado sin cesar y. sin confesármelo, empezaba á advertir que los más trágicos son los más simples.

Pedro se felicitaba del cambio por mí sufrido y Sofía se atrevió á decirme que estaba hecho un lindo muchacho.

*
* *

Un coche parò frente á la verja de la casa. Un hombre de guarda-polvo y valija de mano descendió de él. Era mi padre que aprovechando una tregua de sus ocupaciones llegaba à la estancia en el deseo de saludar á Pedro y visitarme. Nada había dicho, sin duda para sorprendernos, y así la visita resultaba doblemente grata.

El se impresionó también favorablemente al ver la transformación operada por mi persona.

Pedro halló asidero para entonar su eterno himno al campo, al trabajo, á la vida natural, y preguntó á su cuñado si cometería el disparate de llevarme al pueblo en vez de dejar que me ocupase allí, aunque fuese por vía de ensayo. Mi padre no respondió y en su gesto observé que anhelaba algo más para mí. A mi vez aproveché la oportunidad de manifestar que no me consideraba capaz de resistir la fatiga de los pesados trabajos rurales

**o

Mi padre me dió amplias noticias de la familia y me entregó algunas cartas de mis hermanos, que estudiaban y habían rendido muy buenas pruebas

Noté que se esforzaba por enaltecer su conducta á mis ojos. Era, poco más ó menos, lo que ya sabía por comunicaciones anteriores. Sin embargo, ví en la actitud del autor de mis días un segundo propósito. Pero estaba armado contra toda emulación y desde ya me proponía no seguir las huellas de mis hermanos.

Presentia que mi senda no podría ser otra que la de un judío del pensamiento, sin patria en las ideas de los demás. y que estaba condenado á repasar la tierra como un hijo de Arcadia, al compás de mi dulce caramillo.

***

Deseando preparar el terreno, como mi padre regresaría en seguida á la ciudad llamado por sus asuntos de abogado, le hice la primera insinuación dándole á entender que no deseaba seguir estudiando, que ya era tarde para eso y que empleando en otra ocupación el tiempo reclamado por los dilatados planes de enseñanza, podría también echar las bases de una posición desahogada. El respondió que el tiempo nada significa, que nosotros le damos valor y que mientras vivimos, nunca es tarde para trabajar y luchar. Por consiguiente—agregó

—yo debía volver á la ciudad y reanudar los estudios.

Creí prudente no insistir, por respeto, y también porque mi único fin al hablar de esa manera había sido revelar los sentimientos que me animaban. Pensaba interiormente que conociendo mi padre esos sentimientos, no lo tomaría de sorpresa ninguna resolución mía.

*
* *

Dos días después regresaba mi padre á la capital. Al despedirse recomendó á Pedro que me obligase á hacer mucho ejercicio durante los meses que pasaría á su lado para que retornase al pueblo fortalecido y en condiciones de resistir la vida de estudio que indefectiblemente debía recomenzar. Pedro, vasco porfiado, repuso que así lo haría; que me enseñaría á trabajar, más no para la ciudad, sino para el campo, para mi salud, y aún para el porvenir, porque al cabo ganaría más sembrando la tierra que clavado junto al escritorio, entre cuatro paredes que me negarían hasta el aire y la luz.

Ví que estaba entre dos tendencias opuestas que me sería fácil explotar y anular entre sí. Mi padre, abogado que quería á sus hijos abogados como él y aquel viejo tenaz apegado al terruño, se neutralizarían y me dejarían libre; porque bien preveía que no podría estar con ninguno de los dos.

*
* *

El invierno había entrado. La estación se iniciaba excepcionalmente lluviosa. El agua corría á torrentes por la llanura inundada. El tiempo se resolvía en una bruma perpetua y en turbiones impetuosos que paralizaban el trabajo.

La imposibilidad de salir al campo, me servía de pretexto para pasar los días leyendo ó escribiendo las impresiones del momento, breves descripciones del lugar, lijeros esbozos del alma del gaucho, cuadros de la pampa en los que combinaba el panorama y el actor para animar el espectáculo con el espíritu de sus hombres.

Generalmente concluía rompiendo y arrojando al viento ó á las charcas del patio mis malas cuartillas. No era esa mi concepción, mi verdadera labor interna; sólo eran transportes pasajeros que me impulsaban á buscar alivio en la expresión y en la palabra.

Empezaba á ver que las lecturas exóticas á que me había entregado con tanta fruición, obstarían siempre á una adaptación perfecta de mis escritos al ambiente de mi patria. Pensaba que sin duda por éso me parecía rastrera mi prosa pastoril. Vanidoso, atribuía el fenómeno al tema tratado y no á la diferencia de autor á autor. Consideraba yo que mis escritos carecían de alcance porque solo disponía para animarlos de un ser identificado con la naturaleza, inculto y salvaje como ella, incapaz de abrigar esas grandes pasiones de los espíritus refinados que sólo se encuentran en las ciudades ó en los confines edénicos donde se refugian los genios ó los amantes superiores hostigados por la sociedad. Era que insensiblemente, compenetrándome con un gran poeta, había hecho mía aquella idea genial de que un lugar es un hombre ó una mujer. Entonces yo me preguntaba también que serían Voclousse sin Petrarca, la Sicilia sin Teócrito, Annecy sin madame de Warens, el Paradeto sin Eloísa.

*
* *

Me decía que en lugares como esos, en sitios así, engrandecidos por la sombra luminosa de brillantes recuerdos, es fácil urdir hermosas tramas porque es posible agregar al decorado el valor histórico de las grandes figuras. En fin, me convencía más y más de que en el sentido de la admiración no se puede ser republicano y de que un sitio, un paraje, un lugar, valen por el talento y la sabiduría si es un hombre quien lo habita y por la juventud, la belleza y el amor si es una mujer. Y no hay más.

III

Una tarde, al ocultarse el sol, hallábase la familia de Pedro reunida en el patio de la casa. De pronto Raquel

paróse y fué hasta la verja del jardín. Un breack acaba, ba de llegar. Dos hombres bajaron de él. Como Raquel. yo fuí agradablemente sorprendido. Tenía frente á mí á Alfredo, mi antiguo amigo, novio á la sazón de Raquel, según me habían informado en la casa. El acompañante era su padre, don Ramón, como se le llamaba por allí. Las gentes suelen suprimir el apellido y conceder el «don» á los poseedores de grandes fortunas.

Alfredo y yo nos confundimos en estrecho abrazo. El apretó con fuerza y yo advertí que seguía siendo el muchacho franco, abierto, bueno y generoso de siempre.

*
* *

En los días que pasamos juntos, exhumamos todos los recuerdos comunes. Entre estos recuerdos había uno que borraba ó que por lo menos eclipsaba los restantes: la ciudad de Buenos Aires, donde nos habíamos visto y conocido por primera vez. En el transcurso de la conversación, no tardamos en advertir que entonces, más que nunca, Buenos Aires nos refundía en el ideal común de la libertad á que aspirábamos. Alfredo pensaba en la hermosa ciudad como en el futuro teatro de sus aventuras, de sus amores, de sus espléndideces, y yo la entreveía como el estadío de mi acción, de mi lucha, de mis esfuerzos por la fama. El soñaba con los placeres, con la felicidad; yo soñaba con los aplausos, con la gloria. Grata ilusión muy propia de nuestros pocos años y que pronto debía desvanecerse al soplo de la pálida y fría realidad.

*
* *

Por el mismo Alfredo supe entonces todo lo que le había ocurrido desde nuestra separación en Buenos Aires. Sencillo y comunicativo como era, no tuvo reparo en contármelo.

Cuando hubo terminado el bachillerato en la capital de la provincia, don Ramón lo envió á Buenos Aires. Allí empezó á estudiar medicina, sin ninguna vocación.

No tenía afición por los libros y si le hubiesen dado á elegir, se habría quedado en el campo con su padre.

La ciudad de provincia no había brillado lo suficiente á sus ojos para despertar sus pasiones juveniles, y así todos los años corría gozoso á solazarse á sus anchas en el solar paterno.

Trasladado después, de improviso, á una gran ciudad, precisamente cuando los primeros deseos de la juventud se adelantan á las tentaciones de la vida, comenzó á ver que existía algo mejor que el espectáculo de la pampa. No tardó en convencerse de que había sido un chino al creer que el mundo terminaba en la estancia de su padre y que no existían mujeres más lindas que las de sus lares. Concluyó riéndose de su ignorancia é inocencia y prometiéndose lanzarse al vértigo de la vida cuyo telón se corría ante sus ojos azorados.

*
* *

Colocado en esa pendiente peligrosa, la vida de Alfredo empezó á deslizarse entre asombros y deseos. No tardó en relegar los libros á segundo término arrojándolos en desorden al altillo del cuarto.

Vino fatalmente la primera querida y con ella las primeras deudas, así como un renunciamiento casi completo al estudio. Alfredo logró remediar su abandono merced á su brillante inteligencia y prodigiosa memoria; pero la ecuación no podía mantenerse.

Tuvo que recurrir al engaño. Hizo creer á su padre que la vida en la capital se encarecía rápidamente, que los alquileres habían subido, que cualquier nimiedad costaba un ojo de la cara y que la asignación que se le pasaba le resultaba insuficiente.

Don Ramón, sin objetar, le aumentó la pensión.

Alfredo logró todavía avanzar un año en los estudios, pero como quien entra en el templo de la misericordia: arrastrándose.

Era el último esfuerzo de una inteligencia vencida, definitivamente malograda.

*
* *

Esas vacaciones Alfredo no fué á la estancia.

Se excusó como mejor pudo, pero Ramón entró en sospechas. Alfredo pasó al estío en devaneos con su querida, cuyos caprichos le resultaban más que gravosos. Contrajo nuevas deudas é intentó engañar de nuevo á su padre haciéndole creer que había estado enfermo y debia pagar médico y botica. Don Ramón, más intrigado que alarmado, se trasladó á Buenos Aires. Llegó á la casa una mañana temprano. Alfredo no había dormido esa noche en su alojamiento. Don Ramón lo esperó ya convencido de la verdad, pasando la mirada de los libros hacinados en la buhardilla, al retrato de una bailarina colocado en la mesa de luz. El viejo tomó informes en la casa y supo muchas cosas que su hijo había tenido gran cuidado en ocultar. La encargada le dijo, por su parte, que estaba resuelta á pedirle la pieza á ese joven, porque le comprometía la casa con su vida inmoral.

Poco después se desarrolló una violenta escena entre padre é hijo. Alfredo concluyó declarando que para nada necesitaba estudiar, puesto que estaba destinado á ser rico. Ramón se indignó y le amenazó con desheredarlo si no se corregía y si no estudiaba, ó en último caso si no volvía con él á la estancia para trabajar juntos. Alfredo vió que estaba en mal terreno y temió perderlo todo. Rápidamente pensó que una simple promesa en aquellos instantes le aseguraría algunos meses más de permanencia en Buenos Aires y arregló con su padre asegurándole que estudiaría y se corregiría radicalmente.

*
* *

Poco tiempo después, Alfredo, sin haber cumplido la promesa hecha á su padre, resolvió poner fin á su situación. Encerrado en su cuarto, pensó que si no se detenía allí, Ramón le retiraría todo apoyo y lo echaría á rodar por el mundo; que Buenos Aires le resultaba el suplicio de Tántalo; que no valían tantas angustias y desazones sus pocas horas de turbado placer y que lo mejor era volver á la estancia, porque su padre, no tardaría en morir dejándole en posesión de todos sus bienes. Alfre-

do, sin ser malo, pensaba con satisfacción pavorosa en la desaparición del autor de sus días. No hay que asombrarse. Ya alguien lo ha dicho: en el lenguaje creado por la riqueza y la herencia, la muerte se llama esperanza.

Altredo, pues, volvió con Ramón y se inició en los trabajos rurales, siempre con los ojos fijos en la ciudad de sus amores. Más calculador que resignado, pareció adaptarse á su nueva vida, aunque es seguro que no dejó de suspirar constantemente al evocar los recuerdos de su primera juventud.

***

Don Ramón había estado enfermo y al abandonar el lecho, su primer pensamiento había sido formalizar el compromiso de su hijo. Alfredo me dijo sonriendo que su padre no le tenía confianza y quería casarle para que viéndose solicitado por deberes ineludibles, olvidase muchas cosas que debía olvidar y se sosegase de una vez por todas, Ramón se sentía muy enfermo del corazón y temía morir de un momento á otro.

No queriendo dejar á su hijo solo y libre, había visto en el matrimonio la mejor fórmula de estabilidad.

En cuanto á él, Alfredo declaró que no le disgustaba del todo la resolución de su padre, pues estaba cansado de amores insignificantes.

Por otra parte, agregó, Ramón tardaba en morir y acaso duraría algunos años, durante los cuales podía ser bien aprovechada una mujercita buena ¡y linda como Raquel.

Sobre estas bases, como se vé muy sólidas, descansaba la felicidad de mi prima.

∴

Alfredo había dicho toda la verdad.

Don Ramón pidió para su hijo la mano de Raquel y la boda quedó concertada.

Tres días después Ramón y Alfredo regresaban á su estancia.

Alfredo insistió en que le siguiese y cuando le dije que pronto regresaría á la ciudad para recomenzar los estudios, se echó á reír preguntándome si aún pensaba en esas cosas. Le repuse que quien pensaba era mi padre, que yo no quería seguir estudiando, que seguramente no volvería á la capital. El entonces reiteró su invitación diciendo que allá los dos nos arreglaríamos, pero no me era posible resolver nada en seguida y quedamos en que pronto iría á pasar unos días á su lado.

∴

Se aproximaba el día del regreso al paterno hogar. Mi padre me escribió diciendo que me preparase á volver con ellos.

Ví que había llegado el momento de resolverme y como estaba decidido á librar bat alla, puse en seguida manos á la obra. Enseñé á Pedro la carta de mi padre. Pedro la reprobó categóricamente y escribió á su cuñado pidiéndole que no me condenase á vivir entre cuatro paredes, á ser un holgazán de escritorio. Agregaba que mi salud era aún delicada, que siempre lo sería, probablemente, y más si abandonaba la vida del campo; que valía mus burro vivo que sabio muerto y por último que él me enseñaría á trabajar para que conquistase una posición si no brillante, honrosa y de seguro porvenir. Mi padre contestó agradeciendo tanta buena voluntad para con su hijo; pero, añadía, tenía sobre el particular ideas hechas y por ningún concepto las modificaría.

Pedro no se dió por vencido. No obstante, quedaba todavía tiempo de hacer algo y por el momento era mejor no insistir.

∴

Pocos días después Pedro devolvía la visita á Ramón. Me invitó á que le acompañase y no vacilé en aprovechar la ocasión de entrevistarme con Alfredo. Recordaba sus palabras acerca de los propósitos de mi padre y secretamente deseaba verle pensando que acaso él podría escogitar un medio salvador.

Don Ramón nos recibió con complacencia y Alfredo me abrazó como á un hermano.

∴

La estancia de don Ramón era hermosísima, extensa, con buenos pastos, con monte y dos arroyos. Poseía campos de pastoreo y de cultivo y una fábrica de carbón de rusos judíos separados de las colonias fundadas por el filántropo barón de Hirs. En ella, pues, se explotaba la agricultura, la ganadería y la madera del bosque. Había allí grandes manadas de animales finos y en mestización y una chacra de trigo y maíz cultivada por colonos italianos. Aquello era una mina y una hermosura Los campos aparecían cubiertos de reses y sembrados y más allá de tupida selva cuya madera de construcción y otros usos representaba una fortuna. Estaba también dotada de todos los adelantos de la ciencia rural, y el trabajo, que Ramón dirijía en persona, era tan activo como inteligente. Ramón era el reverso de Pedro, espíritu viejo que llamaba embelecos ó novelerías á las innovaciones del progreso. Más activo, más animoso y acaso más experto, Ramòn se había modernizado completamente acogiéndose á los beneficios de la civilización.

Observando estas cosas pregunté á mi amigo cómo no se enamoraba del cuadro magnífico que tenía á la vista, de aquel esplendor, de aquella riqueza, de aquel trabajo, de aquellas virtudes humildes y eficientes, de todo aquel inmenso tesoro que prometía convertirle en un aristócrata del dinero.

Alfredo se sonrió y repuso que, efectivamente, todo eso era muy lindo, pero no era lo más lindo que él conocía. Comprendí la remota alusión y guardé silencio.

∴

Alfredo me condujo por toda la estancia.

Estuvimos en la chacra. Los colonos nos recibieron con grandes honores. Alfredo era muy querido. Me lo explicaba Lleno de las generosidades de la juventud y li-

beral por temperamento, era, más que el amo, un visitante, un compañero de aquellas gentes. Mi amigo no podía haber tomado en serio el papel de patrón. Había nacido para la jovialidad, para la alegría, para una vida sin preocupaciones y sin tormentos. Por eso, una vez allí, había extraído, si así puede decirse, toda la belleza de aquella vida agreste para brindarse el festín de la naturaleza: una orgía de luz, de mujeres rozagantes, de muelles lechos de flores, de embriagadores perfumes, de acariciadoras auras.

Había abordado la vida por el lado de sus inclinaciones, por la senda de los que ríen y cantan. Casi podía decirse que se había hecho de una vida especial, concordante con su índole y sus aspiraciones.

Su trabajo se había reducido á paseos al sol, á idilios con las muchachas lindas de aquellos lugares. á partidas de caza, á servicios prestados á muchos infelices, á un ir y venir contínuo por la comarca con el corazón lleno y la cabeza vacía, á una vida, en fin, de abandono de alegrías, de despreocupaciones, de generosidades, de espléndideces.

.·.

Fuimos al bosque y visitamos la fábrica de carbón. Una mujer con un niño en brazos salió á recibirnos. Al ver á Alfredo se deshizo en atenciones. Nos hizo pasar á la casa y á poco se presentó un muchachón alto y fornido, obscuro é imponente como un Dacio de la columna trajana. El recién llegado saludó á Alfredo con gran respeto y afectuosidad. Mi amigo me dijo por él: «Mira á este hombre le debo la vida». Marcelino (así se llamaba el muchacho) no le dejó proseguir y repuso:

«Oh, señor, cumplí con mi deber. Yo le debo á Vd. lo poco que soy, trabajo, hogar, felicidad, todo....»

Al regreso Alfredo me explicó estas palabras.

Algunos años antes, hallándose en vacaciones, bañándose en el arroyo, había estado á punto de ahogarse. Marcelino se había arrojado al agua con gran denuedo, consiguiendo sacarle á la orilla. Más tarde llega-

ron los rusos al monte y Marcelino se enamoró de la hija de uno de ellos; pero el ruso no quería saber nada con criollos y como un día pillase á los novios hablando á solas, había entregado la muchacha á Ramón, enterándole de lo que pasaba. Poco después Alfredo regresó á la estancia y una vez en conocimiento del suceso se propuso pagar la deuda á Marcelino. Alfredo no era capaz de sacrificarse por nadie, pero pudiendo hacer un servicio, lo hacía. Era uno de esos egoístas generosos que, aún colocándose en primer término, desean para los demás lo que desean para sí mismos. Habló al padre de la muchacha. El ruso se mostró inflexible. Entonces Alfredo, una noche, mientras Ramón dormía, se trasladó al pueblo con los novios y los hizo cazar.

Fué un escándalo. Ramón no sabía cómo explicarse ante el ruso indignado y enfurecido; pero las cosas llegaron á feliz término. Marcelino fué habilitado con una pequeña suma por Ramón y además se acordó que debía incorporarse al trabajo de la fábrica. Así fué. Hacía dos años que Marcelino trabajaba en la fábrica con contracción ejemplar. Amaba á su mujer rubia y estaba hecho todo un hombre de labor.

∴

¿Qué harás Ulises cuando quieran llevarte á la ciudad?

—Fugarme.

—Lo sospechaba.

Pero ¿y después?

—Escribiré para vivir y viviré para pensar.

—¡Soñador!

—Yo no podría precisar el ideal mío.

Posiblemente es subjetivo, posiblemente sólo en mí existe y no tiene causas ni razones en la exterioridad. Más, aunque no lo comprenda, lo siento, y me basta. Y no creas que estoy enfermo. Estoy sano y fuerte. Estos meses de campo me han hecho mucho bien; pero no he cambiado de ideas. Mi padre cree que necesito un título. Yo no pienso así. Espero formarme solo. Si no lo consi-

go, lo sentiré por él, porque me quiere y desearía verme acomodado. Por mí no sentiré nada. Yo no aspiro, yo no ambiciono. ¿Para qué? Vivamos. Sea lo que quiera. El olvido y el silencio responderán á nuestras acciones, malas ó buenas, y cubrirá nuestro recuerdo, triste ó glorioso.

A estas palabras mías, Alfredo saltó de la silla y me estrechó las manos.

—Has hablado—dijo—por mi boca, por mi alma. Eso es. Vivamos, y sea lo que quiera. Solo que debemos procurarnos la mejor vida posible. Es lo razonable, y lo legítimo ¿Quién nos negará ese derecho? Todo lo que se llama compromisos, deberes, obligaciones, es fruto de una moral falsa que ha convertido la vida en un infierno cuando la vida podría ser un vergel, un paraíso. Yo no acato esa ley dañina, enemiga de la dicha del hombre, ley en cuyo nombre vienen mortificándonos á tí y á mí, á tí queriendo que estudies y á mí queriendo que trabaje.

Yo considero que el trabajo, por ejemplo, es una necesidad y no un deber. Mi padre ha trabajado y yo me encontraré rico. No digo que su obligación haya sido trabajar para mí. Repito que detesto y condeno las obligaciones. Pero desde que me aguarda una gran fortuna no veo porqué he de trabajar yo. ¡No! Yo no he de trabajar. Que trabajen los que no tienen más remedio, y si ellos tampoco quieren trabajar, que trabaje el diablo, que para eso tiene cuernos y rabo como las bestias.

Así continuó el dlálogo, respondiendo Alfredo á mis razones con razones análogas. Hablábamos como parte interesada y el entusiasmo fué subiendo de punto hasta desfogarnos en largos discursos que eran eco fiel de las propias reflexiones.

∴

Al separarnos, Alfredo me dijo en voz baja:

—Cuando te ordenen que vuelvas á la ciudad vente conmigo.

Le contesté que tenía resolución hecha y él aprobó mi determinación.

De regreso en la estancia de Pedro, salí á despedirme de los lugares que me eran familiares y queridos Fuí al bosque y otra vez me tendí á la sombra de los grandes árboles y en las márgenes húmedas del arroyo. La naturaleza volvió á hablarme como una madre que encuentra á su hijo y á llamarme á su seno vivificante y amoroso, Otra vez la tierra fecunda se me ofreció hospitalaria diciéndome muy quedo al oído que de ella sale la sombra que nos precede en la vida, que ella, sólo ella sustenta nuestra carne y nos hace inmortales dando nuevas formas á nuestros despojos. Yo me mostré sordo á, sus llamados y me hice una pregunta nimia.

¿Cómo conciliar mis impaciencias con la suprema serenidad de aquel cielo, de aquella selva, de aquellos campos?

∴

Se hablaba en la familia de mi regreso al pueblo. Pedro decía que era un disparate, una locura, que era inutilizarme, matarme.

Yo guardaba silencio. Sofía, sentada como de costumbre junto á mí, me miró con sus ojos claros y serenos y me preguntó si no haría nada por quedarme con ellos. Nunca me había mirado así. ¡Oh, llena de gracia! No supe responder. Ella siguió interrogándome, hablándome. Yo sólo percibía el rumor confuso de sus palabras.

∴

Llegó el día del retorno á la ciudad.

Mi padre escribió diciendo que me esperaba. Pedro contestóle lo de siempre.

Esta carta no tuvo respuesta.

Una tarde regresaba del campo. Sofía me esperaba de pié junto á la verja y así que me vió llegar, me llamó con las manos. Fuí hasta ella. Sofía me dijo con tris-

te voz: «Tu padre ha llegado y te espera». Quedé sorprendido, más en seguida dí vuelta el caballo.

Ella, inteligente, rápida en la comprensión, tomó con uerza la brida y exclamó: «¡Ulises, oh, no te vayas!» ¡Adios!»—repuse yo, y me aparté precipitadamente. Ya lejos, miré á la casa y ví á mi prima que corría llamándome con las manos, echadas al viento las doradas trenzas.

∴

Huìa á todo galope. Parecíame que enviarían gente en mi seguimiento. Atravesé el campo, salí al camino público y llegué á la estación del ferrocarril. Pensaba que en la estación no estaría seguro, porque sin duda procurarían evitar que tomase el tren. Ir á una fonda también era imprudente. Seguramente lo primero que harían revisar serían las fondas. ¿Qué hacer? Me acordé de un conocido que tenía allí, un viejo alegre y liberal quedaba gusto. Se llamaba Félix y lo había visto en la misma estancia de Pedro, con quien tenía tratos sobre campos y haciendas. Me dirijí á la casita de Félix y por fortuna lo encontré solo.

No queriendo entrar en explicaciones, le dije que necesitaba permanecer escondido un día. El, sin preguntar nada, cerró la casa y se puso á vigilar.

Nadie llegó en toda la noche. Estaba en salvo.

Esa madrugada partí á caballo para la estancia de don Ramón. Quería verme con Alfredo antes de alejarme. Recordaba sus palabras «vente conmigo» y recordaba también que había dejado la ropa y el dinero en la casa de mi tìo.

Entré en la estancia y á poco andar me encontré con Alfredo. Era lo que deseaba, para evitar la presencia de don Ramónn. Alfredo, así que me vió, comprendió que iba huído. Le dije que pasaría de largo, que no me apearía y sólo necesitaba una cosa: un poco de dinero. Alfredo, que tenía por lujo llevarlo siempre consigo, me entregó su cartera diciéndome: «Toma, y adios, No, ¡Hasta la vista en Buenos Aires!»

El adios de mi amigo fué un augurio.

Al otro día tomaba el tren para Victoria.

IV

Libro segundo

EN VICTORIA

Alma visionaria en cuerpo débil y enfermizo ¿no era amalgama capaz de convertir en bohemio á un joven de veinte años?

Creciendo llegué á cierta configuración morbosa que por causas imposibles de exponer aquí, casi constituye el prototipo del joven moderno.

Los niños de hoy nacen con los ojos abiertos y luego imaginan más de lo conveniente. El reaultado final es una juventud más brillante que sólida y una virilidad agotada cuando el destino la llama á pensar y proceder.

∴

Esa configuración morbosa de que hablo, se manifestaba así: poco busto, mucho nervio, un gran fervor. Ojos grandes, algo salientes, como para ver más, cabellera larga, de hebras finísimas y lijeramente descoloridas. Curiosidad, azoramiento. Especie de loco y de genio

temiendo y amando su destino. Pavor, intuición. Quién sabe qué materia deleznable nacida para las grandes fiebres. Presencia endeble, calentura, turbación, extravío ansias, vehemencias. Ser todo mirada, todo expectativa, todo lontananza. Apostura que era una parábola; siempre allá, allá, allá....

∴

Refundid todos los mirajes, visiones, alucinaciones, presentimientos, añoranzas, nostalgías, vagos deseos, la curiosidad, la intriga, la sed de cosas nuevas que sufren los ojos agrandados en el primer asombro de la vida; toda la grandeza sideral expuesta á la mirada de un joven que es un niño y puede volar y no es un hombre y no puedé discernir; todo ese mundo, èn fin, hasta cierto punto increado, concebido en el delirio como extra-sustanciación del mundo visible y real; refundid todo eso, agregadlo á un cuerpo delicado, vibrante, verdadera lámina de impresión, fina placa sensible, y tendreis lo que era yo por aquel entonces.

∴

Desde muy niño amaba las golondrinas porque llegaban de lejos, el mar porque es amplio, el cielo porque es azul, los pájaros porque cantan y son libres, las flores porque son tiernas, la pasión porque es grande, la libertad porque es bella, la vida porque es intensa, la naturaleza porque es majestuosa.

He admirado, en la extensión de mis conjeturas, la ciencia,el arte,los monumentos, los justos, los genios, los heroes.

He admirado todo lo que lleva en si algo de lo que es una idea y un templo, y, en esfera màs alta, la providencia y la fatalidad, los dos disputadores eternos en el drama dei universo y de la vida.

∴

Diez años tendría cuando una familia amiga despi-

dióse de nosotros por ausentarse á otro pueblo.

Al decir adios á mi amiguita Inés, vertí lágrimas y la besé con unción. La habría llevado conmigo á una montaña ó un bosque para vivir juntos y solos.

Ya suspiraba por el amor y la libertad, por la mujer y la amplitud del gran abandono en que viviría más tarde.

∴

Andando el tiempo, las indecisas conformaciones de mi mente viéronse robustecidas por las pasiones de la pubertad, que son algo asì como la fuerza de las primeras ilusiones.

Querìa volar y me revelaba abiertamente contra los métodos y la monotonia del hogar. Deseaba salir, ver, rodar. Abandonaba los libros de estudio por revistas que me hablaban de lejanos paìses.

Era un pequeño insurgente y percibía confusamente el resplandor de una tierra distante y desconocida, en cuyo centro vagaba un ser diminuto y libre que era yo.

Frecuentemente no iba á la escuela y erraba por las calles, salía á las orillas, miraba el campo, el cielo y pensaba en cosas que no alcanzaba á comprender.

El maestro me delató y mi padre me amonestó severamente. Le repuse que el aula era un calabozo, el preceptor un tirano, y yo querìa ser libre.

Mi edad no era para hablar así y mi padre me miró asombrado.

∴

Si me hubiesen preguntado qué quería, no habría sabido responder.

Mi anhelo difuso carecía de contorno, de objetivo concluyente.

Soñar, soñar, vagar perdido, vivir sin responsabilidad al alíento tibio y confuso de un ideal informe, más bello por ser así.

Repasar la tierra del brazo de Euterpe, cantando à

los astros, morando en las selvas, bebiendo en las fuentes, entre esencias, arpegios y efluvios.

Soñar, soñar, ningnua preocupación, ninguna nube, el hombre en la extensión ilimitada, la naturaleza, la pasión, la gloria. Un gran vergel, flores, pàjaros, frondas, una bóveda azul, el amor suspirando y el espíritu elevándose.

Oh, vivamos.

∴

Todo esto que se piensa y se desea, forma un bólido que estallando de pronto, deslumbra, maravilla, encanta, crea una nostalgía, determina un impulso y echándonos á rodar, amasa un desengaño con lágrimas que no son las más amargas de la vida. Son la savia loca de la juventud que debe regar el surco árido de la experiencia. Los verdaderos sufrimientos vienen después, pues es cierto, como ha dicho alguien, que el joven está defendido por su propia incapacidad.

El destino, verdugo artista, sabe reservar sus grandes golpes, la hez del vaso.

∴

Visión mìa, oh qué gran imposible.

¿Tomaste presencia para el engaño de un minuto y la zozobra de tanto tiempo?

Te presentí y no existes, no existes.

Profunda decepción. Alas rotas sobre mi espalda y un árgana peor que la otra árgana: una eterna idea.

Atlante de mí mismo. ¡Qué trabajo, qué fatiga!

∴

Fué así que la enfermedad de que hablo al comienzo del libro, llegó como una liberación. El desarrollo, período crítico del organismo, la precipitó y yo la acogí con alegría, casi con júbilo.

Saludé la ruina del cuerpo como á la redención del

alma. Aquel traspiés cuando más me acosaban las imposiciones de mi padre, que me quería letrado como él, parecióme un burladero abierto á mis aspiraciones. Creí ver la mano de una casualidad singularmente oportuna y me sentí poseído de extraño contento. Salí al campo y en sus soledades hice voto secreto de no volver à la estrechez de las aulas, de la familia, de la sociedad, de la vida rígida y severa que acababa de abandonar. Cumplí el voto. Llegado el momento, me sublevé y huí. ¿A dónde?

Allá—me decía yo, ¿Qué había allá? ¿Dónde estaba eso? No lo sabía. Si lo hubiese sabido, aquel profundo más allá, obscuro y perdido á lo lejos, habría carecido, seguramente, de todo prestigio y de todo encanto.

Lo brusco del alejamiento me había impedido pensar en el sitio ó lugar de destino. En la premeditación de la fuga, no había reflexionado acerca de cómo me acomodaría después. La cuestión capital había borrado ó cuando menos eclipsado los detalles.

En mi futuro incierto brillaba un punto luminoso: Buenos Aires. Conservaba de la gran ciudad, en la que había estado algunos años atrás, siendo aún muy niño, vagos recuerdos que el tiempo fué borrando poco á poco. Sin embargo, yacía en mi breve pasado y en mi porvenir como una gran reminiscencia y como un presentimiento. Pero era temprano aún.

Aunque poco calculador y muy impulsivo, deseché la idea de pasar en seguida á ella.

Fuera de Buenos Aires y la capital de provincia en que había vivido, no conocía ningún pueblo que hubiese llamado mi atención y avivado mis recuerdos en aquel instante, de modo que en realidad no podía haber elección. Además, el hecho importante era verme lejos del hogar y la vacilación de mis pasos me llevaría á cualquier parte.

En la familia había oído hablar de una ciudad llamada Victoria y recordaba algunos viajes de mi padre por asuntos de su profesión. Poco sabía de ella y esto, acaso, era un atractivo más. Ignoraba si quedaba lejos ò cerca. Suponía lo primero y me decía que ignorando la

familia mi paradero, la distancia poco importaba.

¿Iría á Victoria? No me contesté al punto, y tampoco después, de lo cual resultó que al retirar el boleto, la voz del empleado me tomó de sorpresa. Como recordando algo súbitamente, repuse: á Victoria.

V

Victoria era una ciudad pequeña y linda. Parecía aguardar para convertirse en un emporio el genio y la virtud que nos ha faltado. No quiero entrar en descripciones minuciosas ni en desquisiciones étnicas. Tengo un pensamiento y hablo al pensamiento de las gentes, cuya amplitud suplirá los detalles que aquí falten.

Por la forma en que vivo, veome obligado á adoptar un método sintético escribiendo el libro á grandes rasgos.

Por eso procuro condensar la idea que lo informa construyendo párrafos que equivalgan á una descripción para los que han observado de cerca la vida mediterránea argentina. Es así que llamo la atención del lector sobre el primero de este capítulo.

∴

Se hallaba situada Victoria á orillas de un río caudaloso que llevaba su mismo nombre. Campos magníficos la circundaban, campos cubiertos de ganados y mieses, de chacras y quintas.

En los arrabales abundaban legumbres y árboles frutales; más allá, como digo, aparecían sembrados y recuas de hacienda, luego la pampa inmensa y soberana y, en último término, arriba del horizonte, la tinta celeste de nuestro firmamento.

En la provincia era de bastante importancia. El comercio era rico, las industrias nacían.

Nada diré de su sociedad. Los hechos de que más adelante se habla, quizá digan lo que á este respecto quiero callar. Deseo hacer un libro abstracto en cuanto sea posible.

La premura con que trabajo me compela á ello, estando seguro, por otra parte, de que la conjetura va siempre más allá de los signos externos que se le ofrecen.

De esta suerte solo hablaré de la grandeza sideral que respiraba aquel bello rincón hospitalario, en el que aún había lugar para todos. Su embrionaria civilización poco tema brinda á la pluma. Para la mía, dados los fines que me propongo, podría ser asunto magnífico; pero repito que no puedo hacer tan árduo proceso. Otros lo harán cuando se escriba la epopeya literaria de que todavía carecemos. En realidad aquí, en estas páginas, sólo se trata del episodio de la vida de un joven. No preguntaré, pues, ni responderé porqué la ciudad grande, libre y cívica no había nacido aún.

Otros, digo por última vez, harán la historia social y psicológica en oposición á la historia de fechas y hechos que nos canta glorias cuya majestad olímpica no concuerda con el pobre resultado final de la cultura que hemos alcanzado.

∴

Llegado que hube á Victoria, me dirijí á una posada.

Debía escribir á la familia en seguida.

No fecharía la carta y le daría noticias de mi persona, agregando algo que ansiaba decirle.

Hé aqui la carta que envié á mi padre:

«Padre querido.

Perdón. No se aflija por mi. Estoy bien. No robaré, no mataré, y sean cuales fueren las circunstancias en que la suerte me coloque, he de retirarme con las manos limpias.

Muchos besos á mi madre y hermanos amadisimos Para Vd. un abrazo.

ULISES».

Quedé tranquilo, casi contento. Me vi solo y suspiré con fruición. Yo habia soñado con una libertad, con un abandono asi.

Me rodeaba el encanto entrevisto, que era aquel silencio, aquella soledad, aquella independencia, aquella irresponsabilidad.

No me detuve á considerar mi situación. Sentiame en mi elemento y ello me bastaba. Lejos de ver peligros y amenazas en el camino, lo veia, no liso y llano precisamente, cosa que no podia halagar mucho á un visionario, sino algo sinuoso, lleno de obstáculos que me incitarían más y más á seguir adelante.

No ví ni pensé más. Mi persona me tenía sin cuidado. No tardaria en encontrar trabajo y mientras me sostendria con el dinero que me facilitara Alfredo.

Llegué á pensar en un poco de necesidad y miseria con no sé que vaga satisfación.

Era que en el fondo estaba lleno de curiosidad, de intriga, de ese extraño y leve deseo de conocer las cosas lejanas que la imaginación juvenil transforma, dora ornamenta y embellece.

Salir, ver, viajar, rodar, ser libre, ser pobre, ser un trabajador obscuro, un caminante, un peregrino, acaso darse de bofetadas con el hambre; los viajes, las cruzadas, las aventuras, los accidentes; lo ignorado revestido del prestigio de la distancia; otras formas, otros espíritus; todo ese desorden, esas sorpresas, esas expectativas esas inminencias que comparadas con la monotonia de, la vida doméstica tanto seducen y excitan la natural rebeldía de los veinte años ¿puede haber más grandes atractivos en la edad de lo excéntrico, de lo extraordinario, de lo maravilloso?

La pobreza, en fin, formaba parte de mi programa, sin confesármelo y más por veleidad que por cálculo, por uno de esos mirajes prodigiosos á través de los cuales los harapos son túnica.

La contemplaba de cerca con dulzura, como si fuese parte de mi gran visión, que era hermosa toda entera.

*
* *

Vagaba y divagaba largos momentos por el pueblo. Paseábame silenciosamente hasta el anochecer. Instintivamente miraba al cielo. Las sombras encendían las primeras estrellas. Las calles aparecían llenas de esa flotante belleza agreste de las ciudades pequeñas, donde la obra del hombre no ha desalojado todavía á la naturaleza; donde aún se oye el ladrido de los perros, el canto de los gallos, el coro bullicioso de los pájaros que pueblan las quintas, el grito alegre de los chicuelos; donde se ve correr á la madre en pos del pequeñuelo que se escapa del hogar; donde el tránsito permite sentarse en las veredas; donde todos se dan los buenos días y las buenas noches; donde el tráfico deja que un organista se pare en mitad de la calle á dar música á los pilluelos, á los pocos peatones que pasan y á las muchachas que se asoman por los balcones; donde todos se conocen, son amigos, piensan poco, hablan mucho y siempre mal del prójimo; donde se vive patriarcalmente, en el reinado mixto del hombre y la naturaleza.

∴

Caminaba y al levantar los ojos, ví en el frente de un edificio, arriba, esta inscripción: «La Ley». A continuación decía: «Diario de la tarde».

Leí el nombre y murmuré por lo bajo: gran palabra. Suspicacia incipiente.

Miré por la ventana. Un hombre delgado, macilento, con trazas de enfermo, escribia en el escritorio.

Entré. Pregunté por el director y el hombre que escribia, respondió que con él hablaba. Expuse mi situación diciendo que acababa de llegar al pueblo y deseaba ocuparme en algo. En seguida dí mi nombre. El director me preguntó si era hijo de un abogado que residía en la capital de la provincia, á lo que contesté afirmativamente. Luego me hizo tomar asiento y siguió hablando de esta manera:

—Pues, joven, llega Vd. en buen momento. Las elecciones se acercan. Nueve meses más y Victoria habrá

cambiado de autoridades. Sus servicios, así, pueden sernos útiles. Yo, por otro lado, soy enfermo y cuando el trabajo arrecia, cosa que suele suceder en estas campañas, ando muy mal.

Las fracciones locales se disponen á luchar, al parecer con gran entusiasmo. La municipalidad nos pertenece y como ella debe preparar las elecciones, pues excuso decirle á Vd. que ó muy poco podemos ó nos las ganamos canònicamente.

Nosotros somos opositores en el órden nacional y oficialistas en Victoria, cosa que se explica porque el partido á que pertenecemos es fuerte, popular, y el gobierno le ha cedido algunas situaciones, una de las cuales es la de este pueblo.

El gobierno, pues, ha considerado prudente respetar la autonomía y los fueros de Victoria. En realidad son piltrafas, porque nosotros debíamos estar en la presidencia y no en la intendencia; pero, así y todo, aceptamos lo que nos den á la espera de mejores dias.

De todo esto resulta, amigo mio, que si no somos modelo de ciudadanos, somos ciudadanos relativamente honrados y relativamente libres, pues aqui nosotros hacemos y deshacemos y salga bien ó mal, aqui lo hacemos y con nuestro pan nos lo comemos.

A estas palabras me eché á reir. Preguntóme aquel hombre de qué me reia y le repuse que de nada; pero sin duda advirtió en mi algo que debió parecerle un signo de inteligencia porque tuvo igual gesto y me dijo:

—Vd. me ha comprendido.

VI

Paraba en una fonda barata y sucia, llamada «La Salubridad», nombre tan singular como inapropiado cuyo origen explicaré más adelante.

Era «La Salubridad» una de esas hosterias mal frecuentadas donde por diez centavos sirven un plato con dos moscas y tres cabellos. Su mejor apología era su propio dueño, don Antonio, un italiano que reunia tres

condiciones que suelen andar juntas. era gordo, bruto y bueno.

Ocupaba un cuarto de mancomun con ratas, cucarachas y pulgas, alimañas todas que por los rollizas daba gusto verlas.

El mueblaje se componia de un catre jaula que pedia relevo á gritos, pues buscando baratura lo habia conseguido de segunda mano. La mesa de noche era un cajón, la percha cuatro clavos, el lavatorio una palangana. Las paredes aparecian limpias de cuadros é imágenes y sucias de herrumbre.

Era dificil adivinar para qué habia servido aquella habitación cuando servia para algo.

∴

Hacia casi la vida de las indigencia. El sueldo no daba para más. El director de *La Ley* me había tomado á su servicio con una asignación mensual bien que modesta. Tampoco el diario daba para más. Me llamaban redactor y cuando se ofrecía, hacía de cronista y repórter. En aquella pequeña casa había que ser de todo.

También el director, en trances apurados, había hecho de tipógrafo y el administrador de ruedista.

La Ley era, en fin, una de esas empresas limitadas ú hogares chicos de los que, si no siempre se saca para vivir, se saca el dulce sentimiento de una verdadera hermandad.

¡Salve no siempre confortable y siempre querido hogar de Marinoni!

∴

Inicié la tarea con suerte, si bien mis triunfos eran puramente platónicos. Se reducían á que el director me alentase de palabra diciendo que mis artículos gustaban mucho y las gentes preguntaban por el autor.

Los amigos de la casa también me felicitaban y to-

do esto me llenaba de satisfacción. Indudablemente, la vanidad literaria es la peor de las vanidades. Debo, sin embargo, decir que no todo era orgullo en mí.

Había algo de altruismo en ese orgullo. Me agradaba verme á mi mismo luchando desinteresadamente al aliento de las virtudes que embellecían el naciente ideal que formaba parte de la gran ilusión de mi vida y así mis párrafos eran un himno á la libertad que repercutía en el alma popular, pasional y heroica. Mi prosa solemne tenía algo de la fibra espartana y como el arte existe en la naturaleza, hablaba, antes que á la razón y á la voluntad, al sentir del pueblo.

∴

Vivía más en el seno del pueblo que en la sociedad á que el director quería llevarme.

Terminado el trabajo, tomaba el sombrero y salía á la calle. A las instancias del director para que le siguiese, respondía invariablemente que sentía necesidad de pasearme al aíre y al sol una ó dos horas todos los días; que era débil y por eso había pasado en el campo una larga temporada. No insistia y se iba solo. Yo echaba á andar y al llegar el crepúsculo los hombres y las cosas habían pasado sobre mi cabeza sin tocarme. Observaba. Trabajaba para otros y cantaba y pensaba para mí. Frecuentaba los lugares donde el pueblo vive, trabaja y sufre. Allí ví lo que más tarde diría de viva voz.

En «La Salubridad» me codeaba con toda clase de gentes. Aquel espectéculo fuè mi mejor tratado de psicología popular. Con màs curiosidad y habilidad de mano, habría fijado en la escena, en el mármol, en el lienzo ò en el papel la compleja fisonomía plebiscitaria.

Yo no servía para tan prolijo y paciente trabajo. No era la mano, el ojo, el instrumento, el buril modelador; era la placa impresionable. No poseía la especial aptitud del orfebre llamado á satisfacer la necesidad de forma que el arte y la belleza sienten.

Era el Jeremias antes que el Pigmalión de aquellos hombres.

Aquellas escenas eran para mi corazón antes que para mis ojos. Las contemplaba como un gran dolor, como una de las voluptuosidades lúgubres que había deseado experimentar aunque sólo fuese para contarlo después.

Por eso en este libro aparecerá el alma de las cosas antes que las cosas mismas.

∴

Antonio, el dueño de «La Salubridad», era natural de Sicilia y hacía muchos años que residía en Victoria donde habían nacido sus hijos menores.

Vivía á la sazón en la fonda con su mujer y su prole. Rosa, la hija mayor, tenía unos quince años. Sin ser bonita, no era fea y luego parecía tierna y amorosa.

Ayudaba á sus padres en los menesteros domésticos y frecuentemente la sorprendía con los ojos puestos en mí. Estos ojos eran grandes y obscuros y mirando de cierta distancia parecían dos agujeros sin fondo. Antonio observó que la muchacha no me desagradaba y un día me llevó á comer á su mesa.

∴

Habiendo preguntado á Antonio el porqué del nombre de su casa, repuso que la había llamado asi porque, según le dijeron, salubridad quería decir salud y él consideraba que la salud es lo primero.

A esto le dije que le habian engañado, que salubridad quería decir aseo, limpieza. Antonio no comprendió la pulla, pero lo suyo era broma también y siguió hablando así:

—Hace diez años, cuando me establecía con este mesón, se hablaba en el pueblo con mucho entusiasmo de unas obras que la municipalidad iba á construir y que llamaban de salubridad. Decía la gente que eran una gran cosa, que servirían para llevar la porquería al río y nos harían más sanos á todos; decía que con ellas se

acabarían las malas aguas, las fiebres que por aquí abundan, y todos estábamos muy contentos.

Yo amo á mi rey y á esta tierra de mis hijos, donde trabajo, y en aquella ocasión llamé á mi casa la salubridad. Era todo lo que podia hacer, y aún hice más, porque recuerdo que por entonces aumentaron los impuestos.

—Y las obras ¿se hicieron?

—Verá Vd. Nadie dudaba de que se harían. El intendente, al empuñar la vara, había leído un discurso y en él decía que las obras quedarían terminadas en dos años. Yo lo creía así.

En mi país los gobiernos son serios y cuando prometen una cosa la cumplen.

La municipalidad empezó los trabajos.

Se abrieron las calles y empezaron á enterrar unos caños largos, pero de la noche á la mañana, cuando ménos lo esperábamos, los trabajos se suspendieron y los pozos fueron cegados. Decían que se había acabado la plata. El pueblo se enojó y yo sospeché algo feo.

—Y después ¿qué se ha hecho?

—Nada, y van díez años corridos.

Esta ciudad no tiene cloacas, ni aguas corrientes, ni mátaderos, ni empredrado, ni mercado, ni luz, y créame que la municipalidad cobra buenos impuestos.

¡Si lo sabremos nosotros que los pagamos!

El personaje del cuento de Antonio ó sea el intendente de las famosas obras, era jefe del bando á que pertenecía el director de *La Ley*.

∴

Escribía en la redacción cuando el director entró y palmeándome en el hombro, dijo que me traía buenas noticias.

En seguida agregó:

—El concejal señor Ibáñez ha recibido una carta de su señor padre en la que lo recomienda á su consideración y otra para Vd., que aquí está.

Y me extendió la carta de mi padre.

Iba á hablar y el director me contuvo con un gesto y prosiguió así:

—A propósito. De un tiempo á la fecha deseaba decirle algo que nos interesa á los dos. Antes le manifestaré que si Vd. sirve lealmente á esta empresa, adelantará tanto cuanto de mí dependa. Tenemos asegurado el triunfo en las próximas elecciones y á mi me adjudicarán la secretaría de la intendencia. Abandonaré el diario, que me está matando, y Vd. quedará en mi lugar. Acaso los acontecimientos se precipiten, porque me siento muy enfermo. La colitis, vieja enfermedad de que padezco, no me da tregua y estoy hecho un cortapapel. Seguramente tendré que salir al campo por un tiempo y Vd. quedará al frente del diario. Tengo con respecto á Vd. proyectos más vastos y aunque su nombre es conocido, conviene que vayan conociéndole personalmente. Esto es un anuncio. Piense para el día en que deba responderme.

∴

La repentina aparición de mi padre me había turbado. Eran las primeras noticias del hogar. Yo había vuelto á escribir, siempre sin fechar las cartas y creía que la familia ignoraba mi apeadero. Considerando que le bastaría tener noticia de mi buena salud y temiendo por otro lado alguna repentina visita de mi padre ó cosa parecida, había omitido en las cartas el nombre de Victoria. Olvidaba que habría bastado fijarse en el timbre del correo para destruir tanta proligidad.

***

La carta de mi padre decía así:

«Querido hijo:

Por un viejo amigo, el señor Ibáñez, he sabido que te encuentras en Victoria y que trabajas en el diario *La Ley*,

El señor Ibáñez me escribió y en su carta me decía que te ve con frecuencia, que gozas de buena salud, como nosotros aquí, á Dios gracias; que eres juicioso y trabajador y todos ahí te estiman mucho. Lo celebro.

¿Porqué te ocultas?

Te has alejado de nosotros por tu propia voluntad y creo que tu voluntad no ha de ser negarnos el recuerdo y la palabra.

¿Estudias? Supongo que sí. Mira que la vida está planteada en forma muy tirante y no basta ya no robar, no matar, como decías en tu carta. Algo más es necesario. Valdrás por lo que hagas y no por lo que no hagas.

Ya que eres periodista, te aconsejo el estudio de la constitución y los códigos que marcan el movimiento de la ley. Luego, si te queda tiempo, estudia la vida y los hombres y habrás completado tus conocimientos. Procúrate una aptitud y haz que tus conocimientos sean como una llave que abre una puerta determinada.

Una instrucción puramente literaria, no lleva á ninguna parte en nuestro país, donde aún el arte no vive.

Si necesitas algo, avísanos y serás servido. Al señor Ibáñez le he escrito dándole las gracias y hablándole de tí.

Visítale y salúdalo en mi nombre.

Tu madre y hermanos te envían muchos cariños. Con los míos recíbelos».

A la carta ésta siguieron otras afectuosísimas de mi madre y hermanas. La primera decía que mi padre había querido salir á buscarme y no lo hizo porque ella le calmó y contuvo; pero no quedó satisfecho y ni siquiera tranquilo. Contínuamente se acordaba de mí y al saber donde me hallaba había declarado que me visitaría para la feria de los tribunales.

***

Fuí á saludar al señor Ibáñez, cuya amistad con el autor de mis días, provenía de haberle ganado éste un

valioso pleito por reivindicación de tierras. El señor Ibáñez me recibió amablemente y luego de contarme éstas y otras cosas, dijo que yo adelantaría allí porque él me ayudaría en todo lo que pudiese, pues era natural que siguiese en el hijo la amistad cultivada con el padre. Me incliné. Luego habló de política, del sufragio que se aproximaba, y concluyó manifestando que, francamente, deseaba ser reelegido porque había muchas cosas que arreglar en la casa del pueblo, entre otras las finanzas, que andaban como la mona. La comuna estaba empeñada y no se sabía cómo salir del atranco. Seguramente habría que aumentar los impuestos, y eso que el socorrido recurso había sido explotado hasta la temeridad. Pregunté al señor Ibáñez como se había llegado á aquella situación y repuso que por malas administraciones anteriores. A esto objeté que, según me habían dicho, en el gobierno local se turnaban los mismos hombres desde hacía quince años. Respondió el señor Ibáñez que así era, efectivamente, pero se explicaba porque dentro de un mismo partido hay hombres buenos y hombres malos. Como siempre, los últimos eran buenos Los muertos políticos, á la inversa de los otros muertos, son siempre malos.

Es así que nuestro pueblo va legando su cruz de generación en generación, sin que á la postre los culpables aparezcan. Los distingos que se hacen, son de mera forma. En el fondo, como ha dicho alguien, ni se pierden ni se ganan reputaciones.

En fin, dijo el dueño de casa, tiempo al tiempo y lo que fuese sonaría.

VII

En este libro no habrá casi transiciones. Lo escribo en la retirada y estará lleno de las violencias de mi vida. Voy á un confín ignorado y no puedo detenerme en la línea y el colorido, dificultad del arte y secreto de la belleza.

Será un relato precipitado y desolado en que todo

cae y todo muere. Parecerá trunco en muchas partes y no lo parecerá si se considera que se mueve y desarrolla dentro de plazos fijos. Un hecho sangriento pone término á esta parte del libro, que es la segunda, acabando así el drama casi al empezar.

Un velo se corre de pronto, la vida se reanuda y otro velo se corre después, y así sucesivamente, hasta que, como decía, todo cae y todo muere.

Todo menos la esperanza, que surge como mariposa de luz desde el fondo obscuro de las páginas.

No pretendo ni hacer llorar ni encender la fé en los corazones. En definitiva este relato, aparte las deformidades de mi pluma, será como la vida que ofreció á mis ojos los acontecimientos que lo llenan.

***

Escribir durante el día de cosas que no me interesaban ni poco ni mucho, pensar en todos los momentos, recorrer los suburbios á la oración y por la noche, como un sereno de almas, mirar las muchachas lindas, el cielo, el sol poniente, las estrellas, hé ahí á lo que se reducía mi vida.

El director, no obstante, había conseguido llevarme consigo á sus reuniones, al comité, y decía sonriendo que ya iba entrando por el aro.

Lo cierto era que la propia obsesión comenzaba á pesarme demasiado. La presencia de mí mismo empezaba á producirme cansancio. Mi alma se fatigaba ya de su propia gravitación.

Las ideas daban vueltas en la estrechez de mi cráneo y no encontrando salida, una bóveda de resonancia, fin altísimo de nuestra cerebración, seguían girando hasta gastarse sin resultado en una agonía lenta que era un suplicio. Los sentimientos que me embargaban, no hallando repercusión fuera de mi ser, un confidente, un corazón amigo, visión suprema del sentir del hombre, en mí quedaban prisioneros como una carga muerta que no podía ya sobrellevar.

*
* *

La soledad que me rodeaba empezaba, en fin, á sofocarme y así como antes la había buscado por un sentimiento que tenía tanto de inclinación natural como de curiosidad, ahora la buscaba por disgusto.

Este disgusto era leve, sordo y abrumador, como ciertos dolores que no lo son ni dejan de serlo. Había vivido hasta aquel instante apaciblemente, que es como se vive en seguida de los cambios voluntarios, y parecía que mi corazón reaccionaba y buscaba algo así como su otro yo. En lo más profundo de mi ensueño salvaje, yo había hecho un gran abandono en torno mío, pero esa sombra no podía carecer de la luz sin la cual nuestro mundo atormentado sería un infierno y la vida un suplicio. La libertad y el amor, las dos grandes aspiraciones de la juventud, formaban mi ideal. Poseía la primera y me faltaba el segundo.

¿Dónde estaba el ser bello y querido que me alentaba secretamente del primero al último suspiro?

∴

Viéndome ensimismado, un amigo me tomó del brazo y me llevó á un gran salón resplandeciente de luz y rebosante de mujeres hermosas.

Allí el amigo, seguro de que no me iría, me dejó solo: Así pasó.

Mi presentación en aquel sitio, fué algo así como una reconciliación con la vida brillante que había abandonado.

Aquella noche, grande para mí, conocí á Laura y este conocimiento modificó, no mi modo de ser, cosa imposible, pero si mis hábitos externos.

Me detuve ante aquel busto de nieve y rosas y lo miré con respeto.

Mi mirada se encontró con su mirada límpida, rayo de aurora filtrado por el más puro de los cristales. Oh, alma....

Pregunté quién era, cómo se llamaba, quiénes eran sus padres, dónde vivía, y todo lo que en estos casos se pregunta.

En un rincón, sin que me viese, pasé la noche siguiéndola con los ojos.

Me retiré transfigurado y no dormí. Tampoco comí al otro día.

Estaba satisfecho y lijeramente inquieto. Había encontrado algo.

Laura había llenado el vacío en que me asfixiaba.

Trabajaba maquinalmente, casi torpemente, porque mi pensamiento estaba en ella.

La visión quedó en el cerebro como un bajo-relieve y reapareció en sueños. Era una desposada á la que yo conducía al altar.

¡Mentiste, ilusión cruel!

∴

Un amigo común me presentó á Laura. Mi acercamiento a la joven fué desgraciado. Debí parecerle el más rústico de los hombres. En los primeros momentos sólo tuve modales torpes y palabras inapropiadas.

Mi nerviosidad era visible.

Esta inquietud era mi primer requiebro. Así lo comprendió ella. Me miró con benevolencia, sonrió imperceptiblemente y salvó la situación con palabra fácil y amable

Laura era lo que no cambia, lo inalterable; era el reposo, la dulzura, casi la majestad.

Le dí las gracias con los ojos y procuré explicarme diciéndole que había hecho vida de retraimiento; que había vivido leyendo, escribiendo y pensando y mientras unas cosas se aprenden otras se olvidan.

Y agregué ingenuamente:

—Soy desconocido y soy pobre. . . .

Ella dijo entonces:

—Dos cosas que se complementan. La pobreza es perfume de juventud.

—Flor muy triste, señorita. Nadie la quiere, nadie la ostenta. Yo lo sé bien.

—¿Cómo? Ha dicho Vd. que no conoce ese camino.

—He dicho la verdad; pero no lo desconozco tanto que no lo entrevea lleno de zarzas, y siendo así, acaso valdría más retirarse y volver á la soledad y al silencio.

—Los hombres no hacen eso, y los que han cultivado ideas, no obran por presentimiento. Vd. no debe calificar lo que no conoce porque podría ser injusto.

—¿De modo que no es legítimo ahorrarse decepciones?

—¿Lo ve? Sigue Vd. pesimista. ¿Cómo podemos saber lo que ha de pasarnos?

—Yo por lo que me ha pasado.

—Es Vd. tan joven. . . .

—Mi historia es la de todo corazón que ha cumplido veinte años.

—¿Es triste?

—Lo es.

—¿Ha sufrido Vd?

—Sí. Con causas ó sin ellas, yo he sufrido mucho.

—¿No será su imaginación?

—No soy poeta, señorita.

—Sin embargo, dicen que sí.

—¿De veras?

—Me lo aseguraron un día que pregunté quién era ese joven al parecer distraído y soñador.

—¡Laura!

***

Mi amor á Laura crecía. Pronto fué una gran pasión. Lo había olvidado todo, la familia, el diario, el pueblo, todo. Respiraba y vivía todo entero por aquel cuerpo escultural.

Los ojos de Laura, grandes y de un azul obscuro, servían para que yo la viese. En la luz y en la sombra, fijos en mí estaban rielando en el óvalo de su rostro.

Laura no era la belleza académica que admira por la corrección de las líneas. Era la belleza blanda, ondulante, curvilínea, finamente voluptuosa, que atrae y seduce sin definirse en contornos precisos. Carecía de forma y acaso por eso mismo se explicaba y subyugaba sujestionando antes que imponiéndose. No era la mujer estatua, rígida y perfecta; era la mujer columpio, dulce y convincente. Era una hermana de las Gracias. Hablaba sin hablar. Tenía la palabra en toda su persona. Era una presencia elocuente. Mirándola parecía dúctil, movible, muelle, accesible.

Era un plasticismo dócil, tierno, tembloroso, que acariciaba los ojos y daba confusamente la impresión de no sé qué amalgama de todas las suavidades y de todas las dulzuras. Aquella mujer decía, llamaba y aguardaba. Su apostura era una espera y su seno era digno de la frente cansada de Byron.

Laura, en fin, se prolongaba en la extensión de su resplandor suave, que trocaba en respeto el desvarío violento. La imaginación osada que la hubiese desvestido, se habría encontrado con una desnudez angélica revestida otra vez de toda la ilusión con que està hecha la carne de la mujer.

En torno de Laura había algo que salía de ella misma. Era un algo luminoso que contenía en sí todos los grandes sueños del hombre. Laura era su propio nimbo. Su claridad entraba en el hombre, civilizaba los sentidos, purificaba el pensamiento y convertía la pasión en éxtasis. Era lo más exquisito de la forma, esa limpidez que podría llamarse trascendental porque la palpamos afuera y proviene de la aristocracia del sentimiento y de la pulcritud del corazón. Nobleza ingénita, realeza que algunos seres privilegiados traen desde la cuna como don del cielo, como beso divino en la frente de los niños dormidos.

***

Mis relaciones con Laura continuaron sin variación

por algún tiempo.

Al principio su amistad me había bastado, porque pasar de un simple conocimiento al trato en confianza era ya algo. Pero cuanto más se tiene más se quiere y pronto el amigo quiso pasar adelante. Sentía fortísima necesidad de poner á los pies de Laura el inmenso tesoro de cariño que llevaba en el pecho.

No obstante la circunspección que me inspiraba y el poco tiempo de nuestras relaciones, le escribí una carta de amor y esperé diez días sin tener respuesta. No me explicaba satisfactoriamente el silencio de Laura. Pensaba que yo era un hombre y ella una mujer y que mi derecho era interrogarla y su deber contestarme. La contestación no llegó y me dije que Laura no me correspondía ó amaba á otro. Sin embargo, según me habían informado, no se le conocía novio y probablemente se conservaba libre. ¿Qué era entonces? Nada bueno suponía y si mucho malo. La pasión magnificaba el pequeño contratiempo sufrido.

Padecía horriblemente. Me tiraba de los cabellos y tenía ideas de exterminio. Otras veces hacía firme propósito de irme del pueblo para siempre. Llegaba á la estación y dejaba que el tren se marchase. La exaltación amontonaba mil obstáculos imaginarios sobre mi cabeza. Del silencio de Laura, deducía yo, sin más averiguación, sin saber más, que la causa de mi corazón estaba perdida.

Más de una vez llegué á las márgenes del río con ideas siniestras, pero así como Laura me llevaba, Laura me traía. Ella me enloquecía y me volvía á la razón, me hacía valiente y me metía miedo.

Por ella habría muerto, por ella quería vivir.

***

No tardó en presentarse la oportunidad de hablar á Laura.

—Perdón, Laura—la dije con voz trémula.

—¿De qué?...

—¿Cómo? ¿No ha recibido?...

—Ah, sí....

—Y bien ¿Lo ha pensado ya?

—Sí y no. Sí, porque esas cosas se piensan siempre y no porque por mucho que se piensen, siempre se piensan poco.

—Es tan ambiguo eso....

—Confiemos y esperemos, Ulises, porque también yo sufro mucho.

Dijo esto con el tono confidencial del sentimiento. La miré extrañado y ví su rostro sereno, casi resplandeciente. Fué un rapto que pasó como una nube. En seguida agregó:

—Suya es mi adhesión, lo más noble que hay en mí.

—Para los hombres libres, aunque sean jóvenes como yo, Laura, solo existe un placer ignorado: el alma de la mujer querida.

VIII

Toda mi preocupación era llegar de alguna manera á tratar á Laura íntima y formalmente.

¿Cómo conseguirlo? Era allí un desconocido é indudablemente tendría que valerme de las pocas relaciones que había hecho. Laura y yo y nadie más era mi pensamiento; pero no se me escapaba la conveniencia, casi la necesidad de atender por primera vez en mi vida el tratamiento de las cosas. Laura empezaba á hacerme cuerdo y yo veía que mi empresa no era de esas que se arreglan con la imaginación. No era posible decir á aquella mujer: «si me amas, sígueme». Esto, que cabía en mis profundos sueños, no cabía en la vida severa de aquella criatura blanca como un lirio y tierna como una paloma.

Por otra parte ¿porquè recurrir á lo extremado y heróico tan en seguida?

Lo mejor era luchar en silencio y esperar.

Pensando así me calmaba un tanto y volvía á la

contemplación pasiva de Laura. Este éxtasis alimentaba mi pasión y me devoraba lentamente.

Todo lo solitario consume y agosta. El amor tiene una finalidad y los más puros y grandes misticismos concluyen envenenando el alma. Sea lo que fuere lo que ésta busca, algo se abraza en la sombra, aunque sea la cruz.

***

El director notó el cambio operado en mí y me interrogó con interés. Le revelé mi estado de ánimo. Me dejó hablar y así que hube terminado, se expresò como sigue:

—Vd. se ha enamorado. Algo había advertido. Eso no se oculta.

Bien. Yo haré cuanto pueda por su felicidad. Escúcheme Vd.

Como recuerdo habérselo dicho, soy enfermo. La cotis no me dlia alce y hay días en que no sé cómo vengo al diario. El médico dice que el oficio me está matando, y lo creo, porque lo siento.

Y bien ¿Aceptaría Vd. la dirección de *La Ley* por dos ó tres meses que me tomaría de descanso?

Tengo confianza en Vd. El período es difícil, las elecciones se acercan; pero estas jornadas son como una marea que sube y sube por sí sola. Además, el señor Ibáñez y otros amigos podrían asesorarle, en caso de duda.

El recargo de labor, sería compensado con un aumento de sueldo, poca cosa.

No se puede más. Vd. ve cómo se vive. La municipalidad nos ayuda todo lo que puede, pero no puede más y así vamos tirando.

Eh, no importa. Ya vendrá la ínsula prometida en mejor paga de nuestros servicios. Subiremos y ni Vd. ni yo tendremos que arrastrarnos y envilecernos por el pan de cada día.

Tal es, por el momento, lo que puedo hacer por Vd.

Espero su contestación.

***

Con la ayuda del director y la adhesión de Laura, considerada salvada la situación.

Porque no obstante las consideraciones optimistas que me hacía, me sentía poseído de vago temor. Era el presentimiento de muchos dolores que debía sufrir más tarde.

Luego, á pesar de las circunstancias favorables apuntadas, existían no pocas probabilidades de adversa fortuna.

Yo era un joven ignorado y obscuro y las escasas referencias que tenía de Laura, me la presentaban como una rica heredera. Sólo un amor desinteresado y grande podía torcer el curso de los acontecimientos y arreglar las cosas. Más Laura era, visiblemente, la dulzura, la docilidad, la resignación. Su mirada azul y tranquila decía bien á las claras que no era de esas mujeres apasionadas, ardientes, exaltadas, heróicas, capaces de abandonarlo todo, desafiarlo todo, arrostrarlo todo y decir á la sociedad y al mundo: «Quedaos con vuestro tesoro. Yo me voy con el mío, que es el elegido de mi corazón».

Solía también pensar de muy distinta manera. Decíame que nada debía temer si el corazón de Laura me pertenecía, de lo que no estaba muy seguro. Laura era el refugio de mis ilusiones, el arca de mi esperanza.

Si ella decía «sí», inútil sería que el resto del mundo dijese «no».

Laura era, al par que el encanto de todas mis horas y la luz de mi existencia, el «sí» maravilloso, la voluntad decisiva, la última instancia, el fallo inapelable.

Es cierto—me decía—que si el hombre es fuerte para el mal, la mujer es omnipotente para el bien.

Ninguna voluntad podría nada contra Laura.

¿Qué fuerza humana puede despojar á la mujer de eso tan suyo que no existe otra propiedad igual?

La joven lleva en sí la musa del hombre como des-

pués lleva al hijo en su seno, y antes que arrebatarle esos tesoros, se arranca de cuajo una montaña. Es ella lo invencible, lo inalienable.

Se la puede doblegar y someter, más su espíritu alado vuela y se une á su verdadero prometido.

***

De esta suerte me consolaba y tranquilizaba un tanto. Llegaba poco menos que á la seguridad de que Laura me pertenecería en un futuro no lejano.

No llegaba del todo, pero casi llegaba. Me quedaba en el borroso límite de una certeza y una duda igualmente grandes. Allí. sin embargo, donde mi convencimiento no alcanzaba, alcanzaban mi deseo, mi ansiedad. Quedaba así como flotando en un limbo de tibia, suave, acariciadora media luz.

Esta ficción me mantenía. Por ella no me desesperaba y enloquecía.

Los que han sufrido mucho, saben que las utopías terrenales crean posibilidades celestes. El pensamiento religioso no tiene otra base.

Acabar con el ideal imposible matándose la mujer y el hombre, es cosa que comprenden los que han amado con tanta fuerza como escasa fortuna.

***

El director se ausentó al campo.

Iba á la estancia de un amigo situada á cinco leguas de Victoria, distancia breve que le permitiría estar en la ciudad en cualquier momento.

Al marcharse recomendóme que visitase á menudo al señor Ibánez para cambiar ideas y consultar cualquier punto intrincado que se me ofreciese; que le enviase el diario por la mensajería y le escribiese comunicándole lo más importante que aconteciese, por más que él me visitaría con frecuencia.

*
* *

Me instalé en *La Ley* y al ocupar la silla del director, sentí lo que ha de sentir la mujer que tiene el primer hijo ó el hombre que compra la primera vara de tierra.

El director, diciéndome de nuevo que tenía con respecto á mi más largas vistas, me había autorizado á hacer saber al público que yo quedaba de director interino del diario.

Esto—agregó—empezaría á darme á conocer.

Quedé satisfecho y agradecido.

∴

Cierta noche, al entrar en «La Salubridad», tuve un escrúpulo decisivo. Me pregunté si debía comer en aquella fonda y me repuse que no. Volví sobre mis pasos y fuíme á uno de los hoteles del pueblo.

La sala resplandecía y la comida se me antojaba exquisita.

Una orquesta ejecutaba trozos de afamados maestros. La vajilla brillaba.

Reuníase allí gente adinerada, estancieros, altos empleados, compradores de hacienda, comisionistas, viajantes, paseantes, toda esa heterogenea población movible de los centros de industria y comercio.

Los extremos se denuncian y la profusa iluminación del hotel, me recordaba la penumbra de la hostería de Antonio.

Los suculentos platos, me recordaban también los tonificantes tallarines de «La Salubridad».

Antonio, como todo el que parte y reparte, daba á la clientela lo peor y se quedaba con lo mejor.

Conmigo, sin embargo, había sido muy atencioso. Muchas veces me había invitado á comer con su mujer y su hija Rosa. Me sentaba en la cabecera y á Rosa le indicaba una silla á mi lado. Por ésta y otras muestras se me había ocurrido pensar que quizá Antonio, allá en

sus adentros, entreveía la posibilidad de casarme con su hija.

Frecuentemente nos había sorprendido mirándonos y hablándonos en voz baja y, con su sencillez ingénita, había procurado introducirme en la casa y aproximarme á Rosa.

∴

Tales memorias hice mientras cenaba en el hotel y si antes me había mostrado serio, ahora me reìa.

No eran chicas—me decía—las pretensiones de Antonio. Allá estaba yo para casarme con Rosa. Una muchacha burda, inferior, no podía ser mi esposa. La pobrecita era buena y linda, pero no bastaba. Mi ideal erótico era más grande, más alto. Yo, en mis deliquios, había complementado la pureza de Penélope y la belleza de Elena con la inteligencia de Aspasia. Mi hogar, proseguía para mí mismo, no podía ser un hogar cualquiera. En cuanto fuese posible debía ser un Paracleto. En amor era yo Abelardo y de Eloisa á aquella muchacha había más distancia que de polo á polo.

***

Poco á poco fuí alejándome de «La Salubridad».

Metióseme en la cabeza la idea de que un hombre de mi posición no podía alojarse en una casa así.

Luego, en mis cavilaciones de la noche, había tenido verdaderas alucinaciones creyendo ver que Laura me miraba por algún agujero del cuarto y se preguntaba si ese miserable era su pretendiente.

Antonio no quería dejarme ir. Llamó á su mujer y á Rosa y los tres reanudaron sus protestas y súplicas. Pero estaba decidido y así fué que les dije: «Adios. Les agradezco mucho su buena voluntad. A tí, Antonio, te doy las gracias otra vez por haberme acogido cuando llegué á este pueblo solo y sin conocimientos». Antonio me tapó la boca con su gruesa mano.

Su generoso corazón no aceptaba ni la recompensa de mis palabras.

Me despedí de aquella honrada familia y me marché al hotel.

***

En seguida de reemplazar al director de *La Ley*, escribí á mi padre una larga carta enterándole del suceso. Tenía gran interés en que lo conociese cuanto antes. Sus ojos me habían seguido á través de la distancia como la luz de la lámpara del que viene detrás. Sin que los hubiese cumplido, no había olvidado uno solo de sus consejos. Mi padre no ha vivido en la obediencia pero sí en la memoria de su hijo, porque yo siempre he tenido más retentiva que lealtad.

Constantemente había recordado su empeño por que prosiguiese los estudios, las controversias sostenidas en la estancia de Pedro, cuando quería que retornase á la ciudad, el gran interés, en fin, que demostró siempre por verme acomodado y con un porvenir más ó menos seguro.

El alejamiento, el cambio de vida, el nuevo panorama y las ideas por él sujeridas, pudieron amortiguar más no borrar su memoria en mí. Yo había sentido y sentía aún algo así como una espina clavada en lo profundo, muy adentro, y ese cuerpo extraño supuraba sin cesar.

Luego la ausencia, la distancia, el tiempo. la fuga, aquel acto de desnaturalizada rebeldía, el pasado, el presente, el futuro, y aún lo que al principio fuera deslumbramiento y olvido, me habían inferido una lesión moral nunca curada.

La herida no se cerró y ha sangrado sin cesar. Esta lágrima del alma cae en mis recuerdos y los embalsama para mi mayor angustia.

IX

Como se ha dicho por boca del director de *La Ley*,

la situación política de Victoria tenía origen en un acuerdo ó pacto entre el partido que gobernaba al país y el que le hacía oposición. Dicho acuerdo databa de quince años atrás. El partido que en tal forma había conseguido el mando en Victoria, proclamaba los más hermosos principios, diez veces capaces de labrar la prosperidad y hacer la felicidad del ciudadano.

¿Cómo los cumplía? De esto indicios tendrá el lector con lo que se ha dicho y concluirá de tenerlos con lo que se dirá más adelante.

***

Se estaba en los prolegómenos electorales. Los muñidores del voto iban y venían. Apariencias.

No había lucha posible. La oposición estaba condenada á una derrota inevitable. Yo, que observaba estas cosas, recogía en conjunto la impresión de una oclusión bárbara, en la que el pueblo se asfixiaba y moría.

Haría perder el tiempo al lector si intentase explicar aquello. Son cosas que todos conocemos. Diré únicamente que aquello (palabra èsta que me parece la más apropiada al caso) era como una bola; no había por donde agarrarlo.

El diario *La Verdad* ponía el grito en el cielo y protestaba invocando la ley. Esta publicación tenía escritas, abajo del nombre, las siguientes palabras: «Defiende los principios del Partido Nacional». El Partido Nacional era el mismo que á esas horas y en casi todo el resto del país suprimía ó poco menos la ley y demolía las instituciones.

Unos y otros, así, incurrían en la misma contradicción, de modo que aquellos hombres se inculpaban mutuamente sus propias faltas.

***

En una revista había encontrado, no recordaba cuándo ni dónde, el siguiente chascarrillo gráfico:

Es un gran borrón y abajo dice:

«Lucha de negros en un túnel».

Aquellas cosas, sin duda por lo que tenían de borrón, me recordaban la gracia de un lápiz habilidoso.

*
* *

Aquello era un crímen de lesa patria que el pueblo castigaría tarde ó temprano.

Yo lo comprendía así y me daba pena, y miedo.

Por instantes me elevaba sobre la techumbre de Victoria y veía el sueño perdido en un largo desvelo por los progresos y por la grandeza de la nación. Veía toda la obra muerta de una democracia que debió ser genial.

*
* *

Fué por aquel entonces y en virtud de lo que observando iba que comencé á pensar en la patria y sus desdichas.

En Victoria hice yo un hallazgo, encontré algo que mi fantasía no había previsto: la suerte del ciudadano. Era algo práctico, algo positivo, que yo podía ver solamente saliendo de mi nacarada concha y bajando á la arena candente de la lucha y de la vida. Pero debía volver los ojos y mi alma, cándida aún, sobrecogerse. Aquellas escenas, aquellas visiones, no eran para mí. De ellas me aparté, aunque ya con el desasosiego y pesimismo suficientes para esgrimir la pluma un día en defensa de la santa causa del pueblo.

Oh, hermano, yo no derramaré tu sangre como he derramado la mía, porque culpable como eres, te amo, pobre hijo degenerado de la patria; pero el tirano recibirá entre flores mi dardo mortal para que muera con mi última gracia.

X

Recibí carta de mi padre.

Aunque me felicitaba por las ventajas obtenidas, me

exhortaba, como siempre, al estudio diciéndome que solo así me aseguraría una posición realmente sólida.

«La política—agregaba—es como el agua: da y quita lo suyo, y á veces lo que no es suyo.

Piensa que yo he sido diputado y ministro y hoy me gano la vida trabajando como cualquier hijo de vecino.

Es la justicia democrática que se ha cumplido en mí, y á mucha honra; de modo que si un día el destino te llama á intervenir en los acontecimientos de tu patria, no pongas los ojos en las alturas con el ideal informe de ser cabeza. Advierte que las cargas públicas son compromisos solemnes en la vida de un hombre de bien.

No quiero matar tus ilusiones y si fomentar en tí ambiciones legítimas. Nada ó muy poco conseguirás como reflejo ó aliento de un ambiente de ninguna solidez. Todo nuestro error está en que preferimos á la estabilidad el encumbramiento. No queremos ser base y sí torres altas. No vemos que sólo lo alto puede caer; el llano no cae nunca.

Busca en el trabajo y en los libros el estado á que aspiras.

Refrena un poco tu imaginación y aprovecha la circunstancia preciosa de tu juventud, que debe ser fuerza en la acción y pureza en el sentimiento».

***

Las palabras de mi padre me desagradaron. Pareciéronme un anuncio. Miré en torno mío y toqué el suelo con el pie, como para convencerme de que pisaba en firme.

Luego me dije que la respuesta la daría el futuro, que no siempre otorga la razón á quien la tiene y voltea á unos y levanta á otros. El azar podía favorecerme.

∴

La carta precedente fué otro golpe asestado á mi

ensueño, en cuya profunda sima resplandecía la imagen de Laura. La acogí mal y me atreví á rebatirla mentalmente porque necesitaba mantener mi engaño, que era mi salvación. Sentía necesidad de que aquel estado de cosas se conservase inalterable y siempre para mí con las mismas probabilidades de éxito. Quería, en fin, casi desesperadamente, alimentar y aún acrecentar mi convencimiento de que tarde ó temprano llegaría á la posesión de Laura. Era así que rechazaba con empeño la idea de todo factor extraño, de todo hecho imprevisto de toda complicación que pudiese alterar el orden del tablero en que había volcado el cubilete. Mi padre me había hablado de estabilidad sin pensar, seguramente, que yo la quería y la buscaba en aquel instante.

Lo que yo buscaba era más que la estabilidad, más que la solidez; era la eternidad con Laura, suprema finalidad mía.

Más todas estas cosas y los hechos que se bosquejaban en el fondo sombrío de un porvenir cercano, aumentaban mi inquietud. Ya no habría calma para mí.

***

El director me hizo su primera visita.

Llegó del campo un tanto quemado y siempre flaco. Le pregunté cómo se sentía y repuso que bastante mejor. En seguida, tomándose la barriga con ambas manos, añadió que aún necesitaba descanso.

Luego de aprobar mi comportamiento y alentarme de palabra, volvióse á la estancia.

**o

El nombre de Laura estaba por sobre todas mis palabras, su imagen por sobre todas mis visiones, su recuerdo por sobre todos mis recuerdos. Era lo primero en mis labios, lo primero en mis ojos, lo primero en mi memoria.

Y era también lo primero en mi voluntad, la grande influencia omnipotente. Laura era para mí, más que el

cielo que nos cubre, que solo está arriba. Era el espacio que nos envuelve, que mantiene el mundo en equilibrio, que fija el ritmo de los astros. Hacía más que cubrirme; me cirdundaba, me presidía todo entero.

Si yo era un títere, lo era por ella, después del destino. En toda aquella insulsa comedia, sólo había una cosa seria y grave: mi amor. La pasión me engañaba y aturdía. Me hacía llorar y reir, ir y venir, hablar y accionar, trabajar y suspirar, ambicionar, desesperar, blasfemar, creer, confiar, esperar, todo en un caos de sensaciones que eran un tormento y un deleite. Laura era la encargada del azar para complicarme en el sainete de la vida. Era mi cielo y mi infierno, mi cielo en el encanto, mi infierno en la ambición. Ella me movía, me llevaba, me traía, me estremecía, me exaltaba. Era dueña de todas mis acciones, era mi consejo, mi inspiración.

Había suplantado en mí á la musa del cielo, de la naturaleza y de la vida. Había refundido en un símbolo maravilloso, que era ella, toda la belleza dispersa de las esferas, todo el esplendor y magnificencias naturales. Ya al presentárseme me había dicho: «Soy el alma de esos mundos, el epílogo del Génesis, el primer día feliz de la existencia. Mi origen es el único consejo que llegó de afuera á la mente divina para advertirle que aún faltaba algo, y fué Afrodita nacida de un mar de espumas quien completó la obra».

Y no mintió. Su presentación fué una revolución prodigiosa, fué vibración en la célula, calor en la sangre estancada, visión en el pensamiento dormido, expresión en la máscara orbitaria de la belleza, espíritu en el cuerpo de la estatua, la vida que faltaba á la vida embotada y fría de la primera hora.

Yo miré al cielo y ví que era el cielo, miré al sol y lo ví coronado. Una gran diadema resplandecía en lo alto.

Era el universo con su aureola, era la consagración de los mundos.

*
* *

Terminado el trabajo, salía á la calle en pos de las huellas de Laura. La esperanza y el placer de encontrarla al volver una esquina, eran toda mi recompensa.

Mi inocencia encontraba suficiente encanto en todas esas espectativas y pequeñas sorpresas que mantienen á los enamorados en suspensión continua.

Mi pasión se resolvía en un éxtasis, en una contemplación incesantes.

A las brusquedades del primer momento había seguido la calma aparente que por lo común envuelve el proceso de estos sentimientos. Luego el recargo de tarea en el diario, concentrando más mi atención, había suavizado algo aquellas violencias.

Por último mi corazón debía, indudablemente, amar á la distancia como estado final y á pesar de todas las circunstancias que lo rodeasen.

Así amaba yo á Laura. Es cierto que ella había hecho objetivo mi ensueño difuso, más aún en la exaltación, yo la quería como una visión lejana antes que como una realidad tangible.

¿Cómo si de otra manera hubiese sido habría pasado tanto tiempo sin procurar su trato íntimo y formal?

El estado de cosas que de ella me alejaba, no habría sido valla suficiente si solo hubiese deseado llegar á su posesión sin haberla recordado, acariciado con el pensamiento, admirado, honrado, reverenciado de hinojos ante el altar de mi muda adoración.

Ver así á Laura, hablarla así, como por casualidad, furtivamente, era un placer puro de mi corazón.

No quería tocarla, casi no quería llegar á una confianza que acabase con estas esperas deliciosas, con la eterna víspera, con la sublime inminencia que era mi inocente encanto. A veces me preguntaba sino sería yo como Schiller, que amaba la mujer que no conocía.

De esta suerte pasaba los días recordando, esperando y buscando á Laura.

Y viéndola en todo momento. Porque aquella mujer

vivía en mí sin anunciarse.

*
* *

De pronto, sin que pudiese explicarme la causa, Laura desapareció de las calles. No la encontraba en ninguna parte. Sin duda no salía.

Pasé muchas veces por su morada y ví los balcones cerrados. La congoja que entonces me invadía, me hacía ver la casa envuelta en lúgubres celajes. La severa mansión, severa como la vida de sus moradores, parecíame una amenaza á mis esperanzas. La fachada obscura, la puerta entornada, las ventanas clausuradas á los ojos de la calle, todo contribuía á aumentar mi inquietud.

Me alejaba apenado, sin ánimos, sin fuerzas.

*
* *

Laura y yo teníamos un lugar de seguro encuentro: la iglesia.

Yo nunca había ido á la iglesia. No había olvidado que Jesús oró en el huerto.

Laura oía misa los domingos y me llevaba á la casa del Señor. Ella puso la primera oración en mis labios. Veíala pasar y la seguía.

Me reducían sus pasos, su luminosa huella. Y cuando Laura entraba, sentía yo que el templo era el templo. Ella lo consagraba. Dios estaba allí.

Laura miraba á la virgen del altar y yo miraba á la vírgen de mi corazón. Ella modulaba plegarias y á mi parecíame oir su voz, más dulce que la del órgano. Gorjeo sublime hecho para convertir los corazones.

Entonces la fé, la ignorada fé, descendía á mi espíritu y una alegría inmensa invadía mi ser.

Y cuando Laura salía, por un prodigio suyo, la escalinata reverdecía de divinas flores. Repasaba la perfumada senda entre bendiciones, lleno de la desconocida luz que se había hecho en mí. Llama templada y azul

como la mirada de Laura.

Por Laura había yo confiado, esperado, creído, llorado, suplicado de rodillas ¡Yo!

¡Oh tierna, órfica, augusta civilizadora de mis sentidos, misionera de mi alma, descubridora de mis horizontes!

*
* *

Una mañana entré en el templo en busca de Laura. No se hallaba en el sitio que solía ocupar.

La busqué ansiosamente con la mirada. No la ví. Recorría las naves y ya desesperaba de encontrarla cuando creí divisarla junto á un altar rodeado de gentes del pueblo. Eran cuatro ó cinco de esas pobres mujeres de manto negro que van á pedir á Dios alivio á sus penas. Me acerqué. No me había equivocado. Laura estaba allí.

Estaba allí con su juventud, su gracia y su traje claro. Así, resplandeciendo en aquel cuadro de dolor, semejaba pintada mariposa que volando y volando entra en el cuarto de un enfermo. Me aproximé tanto que advirtió mi vecindad y levantó hasta mí sus grandes ojos dulcísimos.

Parecióme ver húmeda su mirada y en sus labios un esguince que no era ya la gracia ni la belleza conocidas. Aquella sutileza no tiene expresión. Es lo imponderable, lo inefable, eso que se ha creado para sentirlo y guardarlo como cosa tan pura que no puede ver ni la luz misma.

Aquellas lágrimas, aquel finísimo mohín, me transfiguraron y salí radiante á la calle.

No ví que Laura sufría sin duda.

Solo ví que había tenido un rapto de alegría, acaso por mí inspirado.

Un gozo indecible inundaba mi ser. Y me sentí bueno. Me llegué á un pordiosero y le llené las manos de monedas.

Eché á andar por las calles del pueblo bajo un cie-

lo que brillaba como nunca había brillado.

Todo resplandecía, todo estaba bien, todo era óptimo. Panglof entraba en mí. Llegué á pensar que todo estaba preparado para que yo fuese feliz. Pobre ilusión mía....

Parecíame, en fin, que la inmensa misericordia celeste había bajado para acallar el universal clamor de los seres.

¡Poder mágico de la sonrisa de una mujer!

XI

Laura parecía definitivamente retirada de la sociedad y aún de sus modestos paseos de la plaza y la calle. No había forma de verla. Tan repentina desaparición me preocupaba seriamente.

Pensando y pensando recordé sus palabras «yo también sufro» y luego la patética escena del templo.

Me dije que algo pasaba. ¿Cómo saberlo?

Ir á casa de Laura no era posible. No conocía á su padre ni á sus hermanos, de quienes sólo sabía que eran dos jóvenes serios y laboriosos, circunstancia que hacía más respetable á mis ojos aquel hogar.

Confiando en las promesas del director de *La Ley*, había resuelto esperar hasta que, mejorando pronto de posición, pudiese acercarme dignamente á Laura.

Esta esperanza me había alentado secretamente y era así que los hechos presentidos amenazaban tomarme de sorpresa. El vago temor que me embargara como anuncio de muchos dolores que debía sufrir más tarde, empezaba á cumplirse.

Intrigado por aquellos indicios que tanto concordaban con mis dudas y temores, decidí preguntar, indagar. La tarea era fácil. Mis relaciones con Laura, aunque disimuladas y fugaces, habían trascendido y si algo pasaba, los amigos lo sabrían y seguramente no tendrían reparo en revelármelo. Deseché también este medio, que habría sido entregar á la murmuración el nombre de Laura.

¿A quién recurrir entonces? Miré á todos lados y me ví solo.

***

Por aquellos días el director me hizo otra visita. Acercándose las elecciones, crecía su interés por saber cómo iban el diario y la cuestión política y se trasladaba al pueblo con mayor frecuencia.

Le conté lo que me ocurría y le manifesté que sentía gran deseo de entrar decorosamente en casa de Laura.

Repuso que no conocía lo suficiente al padre de la joven, por lo cual no se me había ofrecido personalmente la primera vez que le hablé de ella.

Y agregó:

—Además, yo lo he puesto en el mejor camino, que es el del trabajo y del porvenir.

Que esa joven no salga á la calle, poca importancia puede tener, me parece.

Sígame Vd., luche conmigo, persevere, y triunfará.

Sin embargo, tiene Vd. razón, pues antes que en el corazón hay que entrar en la casa de la novia.

No tengo suficiente relación con el señor Iñíguez (así se llamaba el padre de Laura) pero si la tiene el señor Ibáñez, para quien le daré una carta en seguida. Acto contínuo la escribió y me la puso en las manos.

Hecho esto regresó á la estancia.

***

Entregué la carta del director á su destinatario, sin pérdida de tiempo.

El señor Ibáñez, así que la hubo leído, se sonrió y aseguróme que me ayudaría en cuanto de su parte estuviese. Agregó que casualmente tenía que ver al señor Iñíguez por ciertos asuntos comerciales y me llevaría consigo en su visita.

Así fué. Llevóme el antiguo amigo de mi padre á

casa de Laura y mientras ellos hablaban de dinero, yo pensaba en mi amada y sentía en las sienes el martillo de la sangre. El señor Ibáñez tuvo á bien hacer virar la conversación hacia mi persona y encarecer mi ningún mérito á los ojos de su amigo.

El señor Iñíguez dijo que, efectivamente, tenía de mí muy buenos informes, todos los cuales me presentaban como un joven formal y trabajador. Añadió que ello resultaba doblemente meritorio, pues aquella juventud era en su mayoría viciosa, haragana é inútil.

Luego mi introductor preguntó por la niña de la casa, á lo que el otro repuso que estaba algo indispuesta, por lo cual disculparíamos que no se presentase allí. En seguida, sin transición, dijo que no convenía tener hijos porque la educación ó el casamiento eran un gran problema.

El señor Iñíguez era hombre discreto y salvó la situación en que lo colocaban sus palabras con estas otras que dirigió á su amigo:

—Vd. sabe que tengo motivos para hablar así.

Al retirarnos pregunté al señor Ibáñez que significaban esas palabras y contestóme que aquel hombre tenía un mal hijo, un perdido, un depravado sin remedio. Había derrochado la herencia de la madre, había dado cien disgustos al padre y á la sazón no se sabía dónde estaba.

*
* *

¿Cómo volver á casa de Laura? Había conseguido entrar en ella, pero la cuestión era seguir frecuentándola. El principio era fácil, continuar era lo difícil.

No podía convertirme en satélite del señor Ibáñez. Demasiado había hecho por mí el amigo de mi padre. Volver con él habría sido sospechoso. El señor Iñíguez me había ofrecido su casa, pero fué un ofrecimiento de cortesía y no debía presentarme solo en ella.

Por otra parte, no debía demostrar mucho empeño en acercarme á aquella joven. Yo era pobre y ella era

rica y las gentes podían calumniar mis sentimientos Lo mejor era, como había dicho el director, seguir trabajando pacientemente á la espera del momento oportuno.

En mis fiebres, no era yo tan respetuoso y apocado. Una voz profunda me decía que, al fin tenía derecho á aquella mujer y me extasiaba imaginando un idilio en que ella lo abandonaba y desafiaba todo por mí.

El delirio pasaba y volvía á la realidad. Veía la vida que era forzoso atender y á Laura esperando como yo mejores días para llegar á la dicha por el camino recto del deber.

Estas y muchas otras consideraciones me detenían en el umbral de la casa de Laura, cuando ya iba á trasponerlo. Luego, solo en mi cuarto, me arrepentía de haber sido tan timorato y me decía que era un cobarde al no hacer valer la rectitud de mis intenciones y los títulos que me asistían. Por último, en el lugar de peligro, diré así, frente á la casa de Laura, el corage me abandonaba de nuevo y volvía sobre mis pasos tembloroso, febriciente y sin haber hecho nada.

∴

En cuanto momento tenía desocupado, rondaba por los alrededores de la propiedad del señor Iñíguez. Allí otra vez sentía impulsos de entrar, apersonarme á Laura, decirla que la amaba, arrojarme al suelo y besarle los pies. Algo me contenía.

Era un resto de temor á la sorda adversidad que parecía rodearme y de respeto á una mujer que era la ternura, el candor, la inocencia, algo para mí casi temible.

Laura morigeraba mis impulsos y auspiciaba el supremo reposo de mis sentimientos en el fondo del alma. Ella que me atraía, me detenía ante ella. Yo me paraba ante aquella sagrada imagen y mi pensamiento dejaba de pecar. La humedad divina de sus ojos, era bálsamo ben-

dito para mi corazón, que así se conservaba en la pureza de una pasión santa. Tal era Laura para mí.

∴

La propiedad del señor Iñíguez ocupaba media manzana. A la casa de familia, que era espaciosa, grande, con mucho fondo y un pequeño jardín, seguía un gran molino á vapor.

Todo era amplio, como lo son generalmente las fincas en los pueblos donde la tierra se ha vendido barata.

Andando el tiempo, aunque Victoria no había progresado mucho, la tierra urbana y las casas aumentaron de valor y así aquello representaba ya una fortuna.

Además, el molino tenía maquinarias modernas y debía ser muy valioso. Trabajaban en él muchos obreros. Todo esto se advertía desde la calle y á veces me paraba á escuchar el ruido incesante de los motores y á ver el ir y venir de los trabajadores afanados.

En presencia de tanta labor y riqueza, solía preguntarme qué hacía allí.

Una consideración decisiva me alejaba de la casa de Laura: el señor Iñíguez podía verme perdiendo el tiempo y modificar el concepto favorable que de mí se había formado.

∴

Concluí renunciando á ¡aquellos pasos perdidos y á entrar de nuevo en el hogar de Laura.

Gollería comenzaba á parecerme eso de pedir tanto á la consideraciòn de las gentes. Llegué á decirme que acaso fuese más digno de un hombre jugar en una aventura el todo por el todo que tirar, pugnar y arrastrarse como un miserable. Aquello era un suplicio lento y por instantes se me antojaba una humillación cruel á que mi estrella quería someterme.

¡Ah! Era cierto entonces el dictado de mi exaltación.

No más modestia, no más humildad, no más paciencia, no más cordura, ni juicio, ni respeto, ni moderación, ni raciocinio, ni virtud. ¿Para qué todo eso?

¿Me había servido de algo? No. Había que arrear con todo. La vida se mostraba despiadada y bárbara conmigo y yo debía ser igual con ella.

Empezaba á sentir la sed de las primeras represalias del espíritu y gustaba ya la perspectiva del mal, que es el cálculo. A solas escogitaba la manera de traicionar la suerte y asestarle yo antes el golpe que me preparaba.

No dejaba de pensar, sin embargo, cuando me calmaba un poco que quizás en todo aquello hubiese algo más fuerte que los hombres y la vida misma que me rodeaban: una predestinación fatal á no ser el uno del otro. ¿No estaría yo luchando con el destino? La respuesta no aparecía y, como sucede generalmente en los conflictos morales, me volvía contra lo visible. ¡No!—me decía—Allá está la cumbre maldita donde los grandes anidan y á la que los chicos no pueden llegar sin hacerse gusanos. Esa cumbre era la sociedad. Colocado ya en una pendiente de acritud, amargura y odio incipiente, sólo veía lo malo. Lo bueno, que en el fondo es lo verdadero, no lo veía. Buscando refuerzos á mi alegato, casi me complacía instruyendo el sumario de todo lo que me había hecho ó me hacía algún perjuicio.

Recordaba lo mal que el señor Iñiguez me había hablado de la juventud, á mi que era un joven. Es cierto que lo hizo para encarecer mis méritos y como alusión á un hijo suyo, más aún así sus palabras llegaron á parecerme una insinuación velada y sorda. Y si no se cuenta con el padre de la novia ¿á quién recurrir?

A la novia, es verdad. Pero Laura, en la cual yo había visto mi postrer recurso y la anulación del decreto de desgracia que sobre mí parecía pesar ¿qué había hecho en mi favor ó en mi defensa? Nada.

¡Tampoco ella estaba conmigo! Por vez primera la miré con aspereza y me dije que no era la mujer amante y heroica por mí forjada.

Triste blasfemia de mi desesperación. Laura era todo el ideal y tenía el suyo en lo más recóndito del alma.

∴

Estas rebeliones y sublevaciones terminaban por lo común en pesadumbre.

Me decía entonces que malos dioses presidían mi amor y me preguntaba porqué el cielo me negaba la fiesta de la juventud y de la vida.

En procura de algo capaz de dominar mi agitación, me volvía al trabajo con redoblado ahinco. Escribía sin cesar, realizaba una labor enorme, daba vueltas á la rueda de la máquina, hacía de administrador, hacía sumas procurando reconcentrar la atención en signos fijos, iba, venía, quería fatigarme, aturdirme, extenuarme.

Había en aquello algo de desesperación. Desfallecía también, dejaba caer los brazos á lo largo del cuerpo é inclinaba la cabeza. Otras veces me erguía terrible y amenazaba con el puño al enemigo invisible que me hostigaba.

Solo en mi cuarto, me tiraba en la cama, me levantaba de pronto y sublevado contra aquella indigencia que se me antojaba causa de mis desdichas, daba de patadas á los trastos haciéndolos volar por el aire. Súbitamente me acometían ansias inmensas de ser poderoso, no ya para conseguir lo que deseaba, sino para hacer daño á todos los que habían creado aquel ambiente, del que yo me consideraba víctima.

Salía á la calle y buscaba los tumultos para acallar la voz de la desesperación.

Miraba con dulzura al pueblo que sufría como yo sufría y creía ver no sé qué solidaridad entre mis desgracias y las suyas. En otros momentos buscaba la más completa soledad porque hasta el aire y la luz me mortificaban. Repasaba, en fin, toda la gradación de la angustia y concluía acatando los hechos como una consumación. Una gravitación última me impulsaba al descanso en mi propia zozobra.

∴

El señor Ibáñez me vió por esos días y al punto preguntóme cómo iba aquello. Comprendí la alusión y repuse, recalcando las palabras, que así, así....

Me interrogó con interés y procuró calmar mi impaciencia diciendo que todo era cuestión de esperar unos meses porque con el triunfo electoral que alcanzaríamos y con la municipalidad que de él resultaría, habría para todos los correligionarios y amigos. A punto estuve de contestarle mal y no lo hice por haberse interpuesto la sombra de mi padre.

El director había hablado al señor Ibáñez de los proyectos que con relación á mí tenía y así se explicaba que éste se expresase de esa manera.

Antes de seguir se impone una pequeña aclaración.

¿De dónde ó de qué provenía la amistad del señor Ibáñez con el padre de Laura?

Era una amistad puramente comercial.

La casualidad había querido que estos vínculos casi económicos se robusteciesen á la sazón en virtud de una concesión de luz que el señor Iñíguez solicitaría y que su amigo Ibáñez debía estudiar como concejal que era.

El mismo señor Ibáñez me enteró de ello, agregando que se trataba de un gran progreso para el pueblo. Dijo más; que siendo así podía él mejor que ningún otro llevarme á casa de Laura y aún influir en mi favor ante el señor Iñíguez. A esto me eché á buscar la relación que podía existir entre la concesión de luz que pretendía el señor Iñíguez y mi amor á Laura y por cierto que no la encontré. Sólo ví la buena voluntad que el señor Ibáñez me tenía, sin duda en nombre de la amistad que había cultivado con mi padre,

XII

La jornada electoral estaba en su apogeo. Los preparativos se ultimaban. A medida que pasaba el tiempo, se caldeaba el ambiente.

La oposición, no obstante su imposibilidad de triunfar, se proponía votar y con tal fin alistaba sus elementos. Se decía, sin embargo, que se movía para disimular su verdadero propósito, que era alterar el orden público y obligar al gobierno á intervenir y meter un poco de orden en aquellas cosas.

Contaba para ello, como era natural, con la adhesión de su propio partido, que como se ha dicho gobernaba al país y que, á pesar del acuerdo pactado, aprovecharía seguramente la oportunidad de devolver á sus parciales aquella situación.

Fuese lo que fuese, el caso era que en el seno de aquella sombra se percibía el trabajo recóndito de la idea violenta.

Tal estado de cosas se reagravó con un incidente inesperado.

De la noche á la mañana, á puertas cerradas, el concejo sancionó un aumento de impuestos. Esto produjo una gritería infernal.

El comercio protestó, el pueblo protestó. Todo fué inútil. Las autoridades creían usar de su derecho y la extorsiva ley fué promulgada.

∴

Hallábame en el diario cuando me entregaron una carta en sobre cerrado.

En ella se me citaba para esa noche en un lugar apartado de la ciudad.

Decía el firmante que necesitaba hablarme con urgencia.

Suscribía la carta un tal Ricardo Iñíguez, á quien no conocía y no recordaba haber visto nunca.

∴

Leer ese nombre y pensar en Laura, fué todo uno. Pero los hermanos de Laura no se llamaban así y tampoco sabía que tuviese otros parientes en la ciudad.

Un rayo de luz brilló de pronto en mí. El recuerdo del hijo pródigo del señor Iñíguez, cruzó por mi memoria como una exhalación.

Más, según me había dicho el señor Ibáñez, aquel muchacho no estaba en Victoria y ni siquiera se sabía dónde se hallaba.

¿Sería él?

Me hice esta pregunta con no se qué deseo de contestarla yo mismo afirmativamente y, de pronto, viendo en la carta, en la cita y en todo aquello una especie de vértice de dos que debían encontrarse, exclamé:

—Oh, es él, es él!

Aquel bohemio como yo, tenía que llegar de afuera para dar conmigo.

∴

¿Acudiría á la cita?

Pensaba ya en Laura con exaltación que empezaba á calmarse. Después de la última entrevista con el señor Ibáñez, había procurado por todos los medios acallar el profundo clamor de mi alma.

Por un gran esfuerzo de voluntad, me había impuesto á mi propio corazón. Había llegado así á una calma aparente en cuyo fondo se asociaban el dolor sordo de la herida y la mortificación de un esfuerzo continuo. Convenía por lo tanto no tocar la llaga y dejar que el sentimiento dormitase. Mientras estas cosas me decía, me tiraba por otro lado el deseo de saber algo de Laura,-deseo que por momentos se convertía en verdadera tentación. Resultó en definitiva lo que es fácil suponer: cedí al impulso que me acercaba á Laura y á todo lo que con ella se relacionaba.

∴

Concurrí á la cita y me encontré con un joven algo mayor que yo al parecer.

Nos saludamos sin conocernos, me dijo su nombre y

que era hermano de Laura. Echamos á andar y llegamos á la plaza, que aparecía desierta. Tomamos asiento en un banco y prosiguió diciendo que me había llamado en forma acaso poco correcta á un lugar y horas así por la especie del asunto que debíamos tratar. Agregó que Laura le había escrito llamándolo á Victoria para que la auxiliase en el duro trance por que pasaba, pues su padre quería casarla con el socio y ella jamás accedería, porque no amaba á ese hombre. Laura lo había informado así mismo de mis sentimientos amorosos y èl se proponía favorecerlos en cuanto pudiese. De modo que aquella situación nos unía á los tres, á Laura, á Ricardo y á mí, en un propósito común. Más, forzoso era que ambos hiciésemos algo por libertar á la muchacha, pues ella, aunque aseguraba que antes de casarse con el socio entraría en un convento y tomaría hábito, en último extremo obedecería á su padre, porque su educación era así.

Habían quedado huérfanos de madre siendo niños. Su padre, hombre de negocios y ocupaciones activas, los confió al cuidado de una buena mujer, muy beata-muy del hogar y de la iglesia. Esta mujer reemplazó sin desmedro á la difunta criando aquellos niños entre oraciones, consejos y lágrimas. Laura, dócil y tierna, había recogido la palabra de la virtud y seguramente haría lo que le ordenasen.

Por eso era necesario que los dos luchásemos por ella. El mejor medio era dar un escándalo que atemorizase al padre y alejase al socio. ¿Cómo? Muy sencillamente. Ricardo merecía entera confianza de Laura. Antes, hacía algún tiempo, la muchacha había tenido un novio, en quien, por ser pobre y de cuna humilde, el señor Iñíguez había visto poca cosa para su hija. Los jóvenes se amaban y el padre se mostró inflexible. El pretendiente fué despachado con cajas destempladas. Ricardo salió en defensa de su hermana é increpó tal proceder al autor de sus días. De aquí sobrevino un disgusto que dió por resultado la expulsión del hijo.

Estas cosas habían valido á Ricardo la adhesión ni

condicional de Laura.

Los otros hermanos, más juiciosos, se limitaban á trabajar, á todo decían sí y dejaban que la bola rodase. Laura, pues, no tenía más apoyo que Ricardo. Su segunda madre, llevada de su manía seráfica, en vez de consolarla, la atormentaba con las desgracias de la vida, y acaso fuese de ella la idea de la muchacha de entrar en un convento y tomar hábito. Por esto, en fin, Laura había escrito á su hermano reclamando su presencia en Victoria para ver si juntos quebraban de alguna manera la paterna voluntad. Un mes antes, coincidiendo con la repentina desaparición de la joven que tanto me alarmara, el señor Iñíguez había dicho á su hija que se preparase á casarse con el socio. Ella rogó, imploró, suplicó; él no escuchó nada.

Su decisión era irrevocable, y acaso no viese lo grave de su terquedad porque el matrimonio era considerado desde largo tiempo atrás como un hecho fatal, naturalísimo. El origen de la boda era remoto.

El padre de Laura y el del socio habían trabajado juntos, en la misma casa.

Separado aquél y establecido con casa propia, llevó consigo al hijo de su compañero de labor, ya extinto.

Era éste un hombre formal y trabajador y de dependiente pasó á habilitado y de habilitado á socio. Laura así, había crecido cerca del hombre á quien su padre quería unirla. El socio la amaba serena y profundamente, como ella hacía que la amasen: siempre igual y por toda la vida. Laura no le correspondía. No existían entre ellos afinidades morales. Aunque él era la paciencia y ella la dulzura y no obstante su vida casi en común, no se habían adaptado recíprocamente. Laura lo rechazó siempre, respetuosamente. Procedía como era. Ni el padre ni el socio desesperaban, sin embargo, pensando tal vez que ligando aquel corazón á una larga situación de la vida, lograrían rendirlo. Ignoraban que el amor no es como las empresas materiales y que, con ser tan grande, nace de una mirada, de una sonrisa, de una bella presencia, de un saludo ó un adiós.

En este estado se hallaban las cosas. Laura había sido prevenida y el casamiento concertado para una fecha próxima.

No se diría nada, como no se había dicho antes; el acto sería íntimo y los desposados partirían en viaje á Europa.

De modo que—dijo finalmente Ricardo—era urgente tomar alguna resolución que desbaratase los planes de su padre. A su modo de ver, lo más produciente era un campanazo mayúsculo.

A esto contesté á Ricardo que no, que si ese era el precio de Laura, no lo aceptaba, aún cuando de antemano supiese que todo saldría tan bién como él lo pensaba.

Insistió y repuse que era inútil, y ya que todo se perdía, que todo aquello era ineluctable, no quería ser un sátrapa y me retiraba definitivamente, con la ilusión de un instante.

∴

En el café se conocen y se tratan los que no tienen hogar. En las ciudades populosas, principalmente, donde la población flotante es numerosa, los cafés son verdaderos hacinamientos humanos.

Yo hablaré mucho de esta gran institución pública que ha contribuído á hacerme conocer el vasto y profundo sentimiento de la vida.

Fué en un lugar así que llegué á saber lo que era Ricardo. Nos habíamos separado amistosamente y al encontrarnos en el café nos saludamos y sostuvimos larga conversación.

Me contó sin ningún reparo sus buenas y malas andanzas hasta aquel momento; que al ser mayor de edad reclamó la herencia de su difunta madre y á la sazón no le quedaba un centavo. En dos años dió cuenta de ella en Buenos Aires. Volvió al hogar y se peleó dos vece con su padre «por diferencia de ideas». Primero porque querían casar á Laura por la fuerza y luego porque le

habían cerrado la caja en castigo de no haber querido someterse á trabajos abrumadores. Echado del hogar cuando el incidente antes mencionado, se ausentó de Victoria. Cómo había vivido afuera, no lo dijo. Era fácil suponerlo. No fué lejos, porque pelearse con la familia y volver á poco, le parecía cosa natural.

Se estableció en un pueblo cercano, si es que aquel muchacho podía establecerse en alguna parte, con el fin preconcebido de un veloz regreso si el hambre y las deudas lo corrían mucho.

Allí recibió el llamado de Laura y retornó presuroso. La quería mucho, decía, y estaba dispuesto á defenderla de nuevo. Acaso fuese cierto, porque era imposible no amar á Laura viéndola una vez.

∴

Las revelaciones de Ricardo fueron un golpe de maza para mis esperanzas. No tardé en ver que la causa de mi corazón estaba perdida sin remedio. Todo lo que á ella se oponía, era más fuerte que yo: la vida, la vida implacable, el padre de Laura, ésta misma, cuya indiferencia por mí no la llevaría, por cierto, á ningún acto abnegado; luego aquella antigua pasión de Laura muerta en flor por el señor Iñíguez y, en fin, todo un cúmulo de circunstancias adversas que hacían un imposible de mi ideal amoroso.

Sólo me quedaba el apoyo de Ricardo, que más me parecía una complicidad.

Observando en el café á Ricardo, noté que jugaba y bebía, á veces con exceso.

Pensando en su buena voluntad para conmigo no obstante nuestra ninguna relación hasta aquel momento, me preguntaba qué interés podía moverle en mi favor. Por mucho que reflexionase, no daba en la tecla. Indicios tenía ya de que aquel muchacho era un perdido y no podía andar en nada bueno.

Tenía vicios, gastaba, no trabajaba. Llegado que hubo á Victoria, entró en su casa callado la boca, saludó á

Laura, se enteró de todo lo que ocurría y salió á buscarme. ¿Para qué? ¿Me igualaría Ricardo á él? ¿Vería en aquella situación alguna probabilidad de sacar provecho los dos, yo de su hermana y él de mí?

Estas ideas, vagas al principio, fueron tomando cuerpo y haciéndose más y más verosímiles á medida que iba conociendo á Ricardo, en quien concluí viendo, más que un crápula, un desgraciado.

Avanzando en sus confidencias, aquel muchacho empezó á revelárseme tal cual era, cuando el alcohol no le hacía mezclar verdades con desatinos. Achispado, se desbocaba y no respetaba la memoria de la madre, ni el nombre del padre, ni el pudor de la hermana, ni la delicadeza del amigo. Yo le escuchaba con no sé qué deleite pavoroso.

Conmigo era generoso, me tomaba del brazo, me llevaba á una mesa y me convidaba con refrescos. Decíame que no le desagradaba el cuñado, porque para burgueses bastaba con ellos y bueno era dar brillo á la fortuna, lustre al nombre, introduciendo en la familia un intelectual como yo; que su padre tenía proyectos que él no acataba; que le había cerrado la caja y Laura sabía ingeniarse de tal modo que le facilitaba dinero; que su hermana conservaba la herencia materna y debía recibirla en seguida de casarse. La herencia subía á muchos miles de pesos porque la difunta esposa había pertenecido también á una familia rica. A esto Ricardo me miró de tal modo que mis dudas sobre sus intenciones se desvanecieron en seguida.

Guardé silencio. El siguió hablando y relacionando sus cuentos con un desprecio soberano por la decencia, como pretendiendo justificar su vida, su modo de ser, sus ideas respecto á Laura y hasta su opinión de que lo más indicado era promover un suceso público para retrollevar las cosas á mejor estado.

Ricardo era muy inteligente y poseía la ilustración superficial que dan la vida y el mundo, y observaba que al hablarme así procuraba llevarme á un paso desesperado exacerbando la amargura y la indignación que me

llenaban y se me salían por los ojos.

No se engañaba aquel muchacho vivo y sagaz. Una gran angustia y mucha rabia hervían en mí, sin que pudiese precisar quién me las causaba. Mi fatalidad venía de todas partes y ante aquel fondo obscuro mi valor acababa y se trocaba en desesperación que es algo así como la fuerza de los náufragos. Ningún momento más oportuno para arrastrarme á un desatino.

Ricardo, astuto, experto, lo veía bien y, acaso asimismo por sentir lo que decía, intentaba enardecerme aumentando á mis ojos la injusticia social cuya condenación leía en mi semblante. Pero yo no me ofuscaba tanto que no viese lo disparatado de sus proposiciones. A veces, sin embargo, de noche, en el lecho, pensaba en la llegada de aquel bohemio como yo, en nuestro encuentro, en la misma obliteración que solo daba paso á un acto desesperado en la sentencia que proclama la audacia como condición de triunfo y, en fin, en que siendo yo un hijo del azar ¿no sería lógico esperar del azar lo que la vida corriente me negaba? El destino, como una honda, me había lanzado á aquel pueblo ¿y no querría la suerte completar su obra concediéndome, siempre por casualidad, la mano de Laura? ¿Quién sabía si un acto desesperado no tornaría el curso de los acontecimientos en mi favor? Laura sufriría, mis violencias flagelarían su tierno corazón, pero me amaría al cabo y la eternidad empezaría. Esta conclusión feliz resplandecía como una aurora sobre mi cabeza trastornada y hacía propósito de jugar el todo por el todo, seguir á Ricardo y tentar el último recurso.

Resolvíame y, de pronto, retrocedía ante mi mismo. ¡No!

Yo quería poder decir á Laura:

«Amame porque soy digno de tí.

Ama el corazón que por tí será bueno hasta el último latido».

∴

Diariamente me informaba Ricardo de los asuntos

de su casa, sin ningún miramiento. No tenía secretos conmigo. Así aquello, lejos de ser una cuchillada mortal que acabase con mi vida, era una agonía lenta, un suplicio de todos los instantes.

El socio perseguía á Laura sin tregua.

Ella le huía y él no se daba por aludido.

La perseverancia era una de sus virtudes y la esperanza su fuerza. Trataba á Laura como á una flor suave y perfumada que se tiene en las manos. Ricardo no encontraba inconveniente en declarar que el socio era un caballero, aunque era barrigón y tenía más sangre que una morcilla. Era hombre joven todavía y aunque obeso no era feo. Según queda explicado más arriba, podía por su edad ser sobrino del señor Iñíguez. Llevaba á Laura cinco años.

De modo que, á juicio del señor Iñíguez, eran una pareja bastante pareja. No era un matrimonio disparatado, de mero capricho ó de conveniencias. El padre de Laura, aleccionado en parte por su mal hijo, había llegado á ideas pesimistas en cuanto á la juventud se refería. Luego tenía muchos ejemplos vivos que le daban la razón.

En Victoria, por otra parte, la sociedad era limitada y no había mucho donde elegir algo bueno para Laura. Su hija, además, aportaría fortuna al matrimonio y no era cuestión de entregarla así como así, por puro sentimentalismo. De estas palabras de Ricardo, por más que él procuraba hacerlas irónicas, deducía yo que el señor Iñíguez no andaba descaminado. Aquel hombre era sin duda de los que piensan que hay cosas serias en la vida.

∴

De esta suerte aquel muchacho empezó á resultarme un abejorro insoportable, especie de pajarraco de mal agüero. No se me acercaba más que para darme malas noticias.

Procuraba yo olvidar todo aquello, correr un velo

piadoso que ocultando á Laura amortiguase mi agitación, y por la noche llegaba él con su eterna canción y su labia sin fin. Verle era acordarme de Laura en seguida. Se parecía á su hermana. Tenía ojos hermosos, aunque, como los míos, algo exaltados en la noche y en el desvelo. Carecía de la belleza que da la vida apacible y que se traduce en serenidad de la mirada, del semblante y del porte. Esta analogía con Laura, casi me desarmaba y por instantes parecíame divisar la presencia de la mujer querida. No obstante me limitaba á escucharle, convencido ya de que no podía servirme de intermediario con los suyos. Quería llevarme á su casa. Decíame que vivia allí completamente aislado, sin verse ni hablarse con su padre y hermanos. Sólo con Laura se trataba íntimamente. Ella le contaba todo, porque la pobrecita se veía hostigada por unos y abandonada por otros y únicamente de él esperaba algo.

De modo que yo podría entrar en su casa sin ser visto ni sentido y ver á Laura, la cual me recibiría muy bien, porque frecuentemente hacía de mí buenos acuerdos.

Esto que Ricardo me decía, me reanimaba fugazmente. ¿Era posible que Laura se acordase y pensase bien de mí? ¿Había entonces esperanzas? ¿Mentía aquel muchacho ó era sencillamente que Laura, en la crisis de su corazón, se volvía á las figuras jóvenes como ella, á sus simpatías, á sus afectos de una hora? No podia responderme y la conclusión era el mismo dilema que me torturaba sin cesar: ó huír para siempre ó correr á los pies de Laura y decirla:

«Qué quieres tú, oh mi cielo y mi infierno, quieres que viva ó muera. Habla ya, tú que decides mi eternidad en la sombra ó en la luz».

∴

Aquello no podía seguir. El corazón, hasta cierto punto, necesita sufrir. Se puede decir que el dolor es uno de sus encantos. Noble, pasional y trágico, vive tan-

to como de las horas de puro deleite, de sus desesperaciones, zozobras y borrascas. Oh, gran romántico.

Los jóvenes que no han tenido un día así, no conocen lo más bello de la existencia: el inmenso suspiro, la gran palpitación, el amor exaltado en sus contrariedades, que son su acicate, casi su razón de ser. No hay momento más grande que el momento angustial en que el corazón salta estremecido y se sacude en el pecho con toda la fuerza de la vida en él refugiada.

Pero esto, al igual de todo, tiene su límite y por eso ha dicho alguien, con mucha verdad, que, como las del placer, las horas del dolor se van y no nos es dado deleitarnos por siempre con una pesadumbre amada.

La forma externa de este raro fenómeno moral, es que el cuerpo sufre y el cerebro estalla é instante llega en que forzoso se hace resolver de algún modo la propia tempestad. Es un estado que no puede prolongarse Dios ha hecho nuestras fibras sensibles para ser estiradas, más no para ser rotas. El las ha templado. El mismo las extiende hasta el límite álgido, y en esta expasión magnífica del arco del alma está la inmensa diapasón del mundo atormentado en que nos debatimos. El aviso resuena en nosotros como la clausura patética de una cuerda que ya no da más.

El hombre entonces, en un gran estertor, rompe el círculo que lo estrecha y sale, no á la luz, sino al limbo de la postrera nivelación de todas las cosas.

∴

Pasó un día lo que tenía que pasar.

Me encontré con Ricardo y así que nos vimos me dijo que acababa de tener un incidente con su padre, de resultas del cual lo habían despedido nuevamente de la casa, lo que le importaba poco. De algún modo entraría en su cuarto y comería en la cocina. Laura le ayudaría ahora á él y sabría abrirle la puerta. Era justo que así fuese, porque á ella se debía el disgusto.

El socio había pasado el día junto á Laura, tenién-

dola á su lado poco menos que á la fuerza. Luego el señor Iñíguez volvió á hablar á su hija del casamiento. Ella suplicó otra vez, imploró, lloró, sin ningún resultado.

En esto estaban padre é hija cuando Ricardo, que escuchaba desde el corredor, empujó la hoja y entró. Laura se echó en sus brazos y él recriminó tanta contumacia al autor de sus días diciéndole que mal hacía violentando de tal manera la voluntad de una mujer, aunque esa mujer fuese su hija. El señor Iñíguez le dijo entonces: «¿A esto has venido tú? Pues te mando que abandones mi casa, que no es tuya. Tu no eres hijo mío ¡no! Si lo fueses serías como tus hermanos. Quiero para Laura un hombre que la merezca y no los saltacharcos que has dado en defender. Tú, Laura, quedas avisada y tú, sampatortas, vete con tus amigotes y déjame en paz si no quieres que tome otras providencias».

Dichas estas sabrosas palabras, los dejó solos.

Ricardo siguió diciendo que la verdadera razón de la porfía de su padre era la inversión en especulaciones de la herencia materna de Laura.

El socio, que amaba hondamente á Laura, se preocuparía poco de reclamar ese dinero, por eso y también porque era rico; pero quizás no sucedería lo mismo si era otro el novio y marido. Su padre temia, pues, una posible rendición de cuentas, aunque tenía con qué responder sobradamente á eso y mucho más. De modo que, como había moneda, la cuestión se reducía á ganar á Laura, casarse con ella y ver un abogado para exigir la entrega del legado, que bien merecía tomarse algunas molestias. A esto Ricardo me miró de nuevo, como sabía hacerlo cuando hablaba así. Yo, más trastornado que él, me paré amenazador y le grité con toda mi rabia:

—¡Infame! ¿Me crees capaz de negociar con tu hermana? ¡Vete de aquí, canalla! ¡Eres un crápula!

El estaba de pie y repuso sin vacilar:

—¿Y tú? ¡Imbécil!

¿Qué quieres? ¡A ver!

—Quiero que te vayas ¡Quiero olvidar!

—Estás por lo que te pierde, por los que te despre-

cian. Bien. Pero antes me dirás quién ha marcado la diferencia entre lo que eres y lo que debías ser, quién ha advertido tu probidad, quién la ha premiado. Si no me oyes, no verás más á L ura.

—¡Calla!

—No la verás más. Soy la verdad y te hablo con toda mi libertad, más grande que la tuya.

¡Miren el poeta, el soñador, el romántico, y no se atreve á correr una aventura!

Vamos, porque es cierto lo que te digo.

—Déjame.

—No. Te tengo buena voluntad

¿Quién te ha hablado como yo?

Mis intenciones no te importan.

Tu ganarás.

—Calla.

—A Laura, y lo que todos buscamos de buenas ó malas maneras.

Robemos á Laura.

—¡Ricardo!

—El socio la robará. No es de él.

Es tuya. Ladrones somos todos. Es tuyo el mejor derecho. Vamos.

—No.

—¡Necio!

—¡Vete!

—No quieres á Laura, no la quieres, porque si la quisieses ningún respeto te detendría, verías que el audaz riunfa y tuya sería de hecho como lo es de derecho, y olvidándose todo, empezaría para los dos la dicha que te muestro. Sígueme. No soy el que piensas, y si lo soy, soy también la verdad. Estoy con los que se me parecen. Tu, por otro camino, eres como yo. Oyeme. Somos dos hombres que deben ayudarse. Vivimos casi el uno como el otro. Ambos, tú por ser honrado y yo por ser vicioso, estamos fuera de la sociedad Tú por sincero, yo porque no sé guardar las formas. Es lo que te decía: con las gentes hay que ser malo ó hipócrita. No hay que ser como eres tú. No nos arrastremos, no. Tonto sería pedir

á Laura. Mi padre te respondería como al otro, mirándote al bolsillo. Hay que robarla...

—Ricardo, no prosigas. Es inútil.

Todo ha concluído. Mira, conocí á Laura y me trató muy bien, visité á tu padre en tu casa y lo mismo digo, tu quieres ayudarme y no puede ser. Hé aquí el cuento de mi desgraciado amor. Eso y esto más: que hay una cosa que no podemos arreglar ni tú ni yo: la vida. Tú quieres traicionarla. Yo hago más que tú: la desprecio toda entera. Me voy con mis ilusiones y con la dulce imagen de Laura. Ellas me bastan. Que otros luchen, que otros vivan. Yo también vivo, á mi manera. Amo á tu hermana y no quiero perder lo único que de ella conservo: su tierno afecto. Esto es todo.

Adios.

Y me alejé sin darle tiempo á reanudar el diálogo

XIII

Cumpliendo un pedido del director, había escrito un largo discurso para leerlo al instalarse el comité de nuestra agrupación.

Mi jefe, repitiendo que tenía con respecto á mi proyectos vastos y que bueno era que el público fuese conociéndome, me había hecho ese encargo.

Llegado del campo el día oportuno, me pidió el discurso para leerlo diciendo que debía concordar en un todo con las ideas y principios del partido. Sólo le encontró defectos de detalle, fáciles de subsanar, y me hizo las indicaciones pertinentes.

∴

El día fijado para instalar el comité, el teatro rebosaba de concurrencia. Los amigos habían sido vistos con anticipación y cada uno se presentó con dos ó tres compañeros.

El primero en tomar la palabra, fué el jefe del bando, que, como recordará el lector, no era otro que el

famoso intendente del relato del fondero Antonio.

A la sazón el hombre era diputado, sin duda en mejor paga de sus servicios, y los correligionarios de Victoria habían solicitado su presencia para dar tono al acto.

El buen señor, consecuente con sus amigos, bajó de la capital y allí le teníamos haciendo una larga perorata sobre la pureza de su partido y otras cosas tan bonitas como ilusorias. Yo, sentado en un rincón del proscenio, distinción que se me había discernido, recordaba el cuento de Antonio y me hacía cruces viendo el aplomo y el amor con que aquel hombre hablaba de sus antípodas.

Luego hablaron el director y otros compañeros de causa.

∴

Seguía sentado en el rincón, oscilando entre la impaciencia y el temor de la prueba que me aguardaba.

Tocóme hacer uso de la palabra y á una seña del director avancé hacia las candilejas. Estaba sereno, firme en mí mismo. La presencia de un auditorio es un golpe recio. Lo recibí sin sentirlo casi y quedé enhiesto. Saqué el rollo de papeles como el militar saca la espada frente al enemigo. Levanté la cabeza y miré. Un semicírculo tachonado de cabezas y, lo que es peor, de ojos, se extendía á mi vista. Vago murmullo llenaba el recinto. Aquella multitud tenía algo de tumulto. Vasto cuchicheo llegaba hasta mí y pensé que lo provocaba mi presencia.

Miré otra vez y la hidra, el monstruo de mil cabezas, se me apareció en toda su fealdad.

∴

No se cómo fué ni cómo pasó y sucedió que el valor me abandonó de pronto, cual si lo hubiese gastado en

aquel segundo de tremenda intensidad.

Por tercera vez levanté los ojos y creí ver no se qué amenaza por todas partes.

Más que temer, desconfiaba y vacilaba.

Hallábame como quien aguarda de muchas direcciones bruscas arremetidas.

Tan extraña conmoción, provenía de la naturaleza del peligro.

Razón tuvo quien dijo que si de Uno viene la sumisión, de Varios vienen la duda y la huída. Lo grande domina, lo complejo desconcierta y corre.

Lo más notable de las muchedumbres no está en su masa sino en su multiplicidad. Son algo así como espacios habitados por lo absoluto y por difuso movimiento incomprensible. Imaginaos un Himalaya con alma y tendreis el pueblo en pie. Mirar al pueblo es como mirar al mar, al cielo, á la gran naturaleza profusa. En él está todo: la infinita numeración del Unico.

***

Mi situación se hacía insostenible. La gente empezaba á reirse. Mi nariz crecía. Sentíame como aculado contra un muro por todo un ejército. No había escape y no podía avanzar.

Las primeras palabras fueron un tartamudeo infernal. No veía las letras y las cuartillas se complacían en dárseme vuelta en las manos. El dia estaba nublado y el teatro á media luz. Tragaba saliva y acercándome á la mesa de la presidencia, bebí de un sorbo el vaso de agua. Escupí, dí un rodeo y á su vez el público rompió en silbidos, carcajadas y patadas.

Los gritos y las coces me hicieron el efecto de un latigazo y dando de puñetazos en la mesa, empecé á gritar: «Pueblo bárbaro, esperad, esperad!...»

El tumulto ahogaba mis voces y subiéndome á la silla abrí los brazos en actitud de imposición. Quedé en forma de cruz y el desorden amainó. El discurso había, rodado por el suelo, arrojado por mí mismo al no poder

leerlo.

No me acordaba de él y en aquel momento habría salvado las vallas de la palabra escrita. Estaba enardecido, y al verme parado en la silla, dominando la multitud, comencé á desagotarme como un ánfora vertida.

Dije:

—Conciudadanos.

Pocas palabras pronunciaré. Voy hablaros de lo que seguramente no esperais. Yo siempre he dicho lo que los otros no han dicho, siempre he hecho lo que los otros no han hecho.

Soy la sorpresa.

Vengo del pueblo y me dirijo á vosotros, que también sois pueblo. Un pasajero soy y traigo aquí una flor de los caminos: la verdad.

He vivido poco, he visto algo, he sufrido bastante más por imaginación que por causas valederas.

He pensado mucho. Acaso en mi se mezcle lo subjetivo con lo objetivo, acaso mi visión sea uno de esos mirajes personales que deforman las cosas imprimiéndoles el sello de un temperamento. Acaso lo que voy á deciros tenga algo del delirio de mi cerebro y de mi corazón. De cualquier manera mi palabra es honrada, sincera, y autorizada en la medida de los hechos que han caído bajo mi observación.

Cuando llegué á este pueblo, mi ideal cívico no estaba formado. Soñaba, y al pensar en la patria me sentía orgulloso con mi título de ciudadano. La concebía como una majestad, sin ver que las majestades no son más que brillo. Hoy á advertir empiezo que la patria es una ficción. Aquí, en Victoria, he presenciado la escena madre de la vida nacional. Del mar de nuestra historia y de nnestra existencia, he sacado un vaso de agua turbia y he visto los elementos del precipitado: las facciones, las ambiciones, las divisiones, la anarquía, el cisma.

¡Qué grave enfermedad! Es una especie de infección purulenta que invade todo el cuerpo y lo llena y lo cubre de infinitos focos marbosos. Arriba idea la dogmáti-

ca, abajo la idea cismática; arriba la imposición en política y en administración el trust, una liga burocrática que seca en germen las fuentes vivas del país; abajo despechados en eterno acecho. Arriba mandones y parásitos, un gobierno que sólo por mote puede llamarse así; abajo ambiciosos que preparan y esperan su hora.

¿Y los buenos? ¿Dónde están los buenos?

Acudid presto vosotros que la república agoniza y se desquicia el organismo social.

Ved el rótulo de la libertad, el pretexto de la ley no cumplida, las promesas de honradez tampoco cumplidas; las oposiciones hollando conjuntamente la constitución, una en todas partes, la otra allí donde se le ofrece oportunidad de cumplirla.

Ah ¡cuánta traición! Si nuestra constitución fuese carne, viviría sangrando, sufriendo y llorando. Por tortuna es idea y no hemos podido matarla todavía. Ni la mataremos. ¡No! Ella es más fuerte que nosotros y ya hoy se nos revela en la conciencia como la gran verdad del futuro. Ved la hermosa realidad que nos espera no obstante nuestra condición y como razón decisiva de la invencible causa del progreso. Si, ocuparemos un día el puesto que nos corresponde en el universal concierto de la civilización.

En eso creo yo.

Sí, sigo soñando. Creo, confío, espero. Mis ojos vislumbran allá una gran alborada.

No me equivoco ¡no!

Escuchad á quien en poco tiempo ha observado mucho.

Procedo de la llanura mediterránea, de la que este pueblo forma parte, y soy la voz de la idea nueva.

Estoy sorprendido y no puedo ordenar las pruebas que me llenan las manos.

Tomaré lo más grande, la patria, y os diré lo más grave: no hay virtudes.

No hay virtudes, no hay virtudes. Hé aquí toda la razón de nuestros males.

Ved cuánto se simplifica el arduo problema.

Hombres somos, no ciudadanos. No hemos sabido sacrificar aún lo que el hombre debe sacrificar al ciudadano.

Si yo fuese un orador, si yo supiese hacer una frase, diría que carecemos de sentido político, que la ley sigue siendo inconcebible para nuestra inteligencia é inadaptable á nuestra índole esencial. Algunos dirán que la vida pública no ofrece tanta sencillez, otros harán la historia de hechos, fechas y nombres y dirán que la cuestión es compleja.

Más yo, para mí, tengo hecha la traducción psicológica de esa historia y os digo que la cuestión es sencilla.

Se reduce á esto: no hay patriotismo, no hay virtudes. ¿Qué más? ¿Para qué más? Sobran las explicaciones sobre el fracaso de un pueblo y de una civilización. Me basta á mí la palpitación pulsada de nuestro corazón salvaje, me basta el resultado final, que es éste: veinte años para emanciparnos, ochenta para constituirnos ¿y cuántos más para que la ley impere, para que la libertad y la justicia sean una realidad?

Me basta eso, digo, y también el cuadro de que somos testigos

Mirad al gobierno entregado á la tarea demoledora de voltear el árbol para alcanzar el fruto, á los partidos luchando por la libertad como por una amante, para violarla, á los ciudadanos concitados por influencias predominantes; ved todo eso, oh pueblo instrumento de la anarquía, esclavo de tus magnates riñendo en el comedor!...»

Estas palabras produjeron gran ruido en la sala. Uno gritó: «¡Que se calle!» Otro gritó. «¡Que hable! ¡que siga!» Varios. «¡Bien, bravo!», «¡Que se calle!»

Finalmente otro lanzó este grito con todas sus fuerzas. «¡Viva la revolución!»

Yo, sin inmutarme porque el fuego interior me mantenía en pie. procuré acallar las voces, que tomaban cuerpo, levantando las manos y echando á hablar en to-

no vibrante de esta manera.

«Escuchad aún. Con vosotros soy, oh compañeros míos. Vengo, como os decía, de la gleba y en la tradición he visto los incendiarios de su propia casa. He visto al déspota con sus secuaces y corifeos, las mil cabezas de la hidra, un pueblo dividido, y de Alberdi y Velez Sarfield, como de Fidias en el Partenón, solo he visto fragmentos ininteligibles. He visto la libertad hollada, la justicia escarnecida, los derechos conculcados, el forum público transformado en circo, nuestro bello jardín ensangrentado, una carátula de constitución, una máscara con gorro frigio, un remedo, en fin, de democracia. Todo eso ha pasado ante mis ojos y he escuchado el aullido del espíritu viejo que se encarna en nosotros.

He visto un pueblo arrastrado al vicio y á la muerte por desenfrenados sensualismos y un montón de augures que no podrían mirarse sin reirse.

He visto á la patria convertirse en el pozo de Airón. Por ahí andan las ambiciones Danaides reconstruyendo con palabras y demoliendo con hechos.

Somos la noria, Penélope á medias, porque vamos para atrás. No hay evolución, hay regresión. ¿Hasta cuándo? Somos un pueblo-torno, un pueblo Sísifo. Nuestra expresión gráfica se hallaría en un remanso. Todo cae aquí y todo se pierde, sin que quede otra cosa que la espuma del torbellino. Esto es un contínuo volver á empezar, un recomenzamiento contínuo. Cada era nos trae una esperanza y un desengaño. Muere la ilusión y otra vez á la tarea. Tarea inútil. La obra no resulta. Nada se advierte. Por todas partes el infinito tormento de un mar sin orillas.

Sin orillas no. ¡Aún ha de revivir en nosotros la llama primitiva!

Patria, patria desdichada. Pero no, esto es un sueño, una pesadilla. Se cumplirán tus destinos, florecerán tu ciencia, tus artes, tus monumentos, tus justos, tus genios, tus héroes...

¡Oh qué beso de luz recibo en la frente al columbrar

el porvenir bello, la gran predestinación, la obra consumada!...»

Dije esto golpeándome la cabeza, como que veía algo interiormente, y no se porqué mis palabras llamaron á silencio al auditorio. Frente al público callado continué así:

«Recoged la palabra del último de los que aquí estamos sin preguntar de quién es. Sólo soy una sombra á través de la cual el cuadro no puede clarificarse. Soy la verdad y el llanto, dos negruras. No soy la belleza y tampoco soy la hipocresía. Mi valor es pobre, mi senda es dolorosa, mi misión, si la tengo, es cruel. Con todo esto, que es sentimiento, os hablo porque mi deseo es que seamos mejor de lo que somos; que seamos grandes como concebía la grandeza el héroe de *Noventa y Tres* cuando decía: «Yo quiero para las sociedades humanas todo lo que falta á los hormigueros, todo lo que falta á las colmenas; honor, honor, honor»

Eso quiero yo también para mi patria: no que sea un granero sino un país de hombres dignos; quiero que desaparezcan la excepción y el privilegio y se realice el pensamiento aquel. «Hay que gobernar como Dios, por leyes generales», que cese, en suma, la injusticia, madre de la tiranía que nos agobia.

Programa hermoso y sencillo: una gran limpieza. Hagámosla nosotros que somos el pueblo, rayo de las tempestades que orean la tierra.

¿Quién si no el ciudadano reconquistará lo que al ciudadano se ha quitado?

El pueblo debe denunciarse así mismo, llevar su clamor á las alturas áulicas.

El pueblo debe ser su propio Guynplaine, el volatinero convertido en lord que fué un día al parlamento inglés y dijo:

«Milores, vengo á traeros una noticia: el linage humano existe».

Corramos á decir á nuestros grandes:

«Señores, el pueblo existe. Somos nosotros, nosotros que vivimos, trabajamos, pagamos y sufrimos; nosotros

que no venimos á pedir nada sino á exigir de vosotros la efectividad de nuestros derechos».

Tal es la obra que nos está encomendada, la obra de nuestro bienestar y más decorosa vida.

Y bien. Hora es de empezar. La ocasión llega.

Convecinos: votemos por los candidatos que más nos agraden, que si nuestro partido quiere ser fiel á sus principios, respetará la voluntad de todos.

Seamos libres y luego seamos lo que nos plazca, ó sea libres otra vez.

He dicho».

Siguieron aplausos, patadas, silbidos y bastonazos, mil voces de aprobación ó destempladas, una gran confusión.

Me volví á los que ocupaban el escenario y noté cierta frialdad en ellos. Ninguno me felicitó ni me dió la mano. Al punto no noté esto, pero sí más tarde, al serenarme y reconstruir la escena.

No sentí mayor pena y únicamente lamenté que la impaciencia del público me hubiese impedido decir muchas otras cosas que ya me andaban por la lengua. Consolábame pensando que en aquel recinto había vibrado un acento bueno, verdadero y justo, al menos en mi sentir. Nadie lo recogería. No importaba.

Era la voz de una conciencia aletargada que tanto escuchar su propio eco, despertaría al fin. Despertaría.

***

Al otro día el director, mirándome de soslayo, se me acercó y me dijo que había estado poco feliz en mi discurso.

A esto, lejos de pedirle explicaciones, repuse:

—Fué una improvisación de oportunidad, un discurso pronunciado por casualidad y sin querer.

Triste secreto mío que hizo sonreir á aquel hombre.

El director me preguntó:

—¿A qué oposiciones se refería Vd. cuando dijo que estaban hollando la constitución?

—A la que nos hacen y á la que hacemos.

—¿Cómo?...

—Quiero decir que unos y otros nos echamos en cara las faltas que llevamos cometidas. Vaciló algo mi jefe y prosiguió:

—Eso se explica. Pero dentro de la fatal imperfección humana, nosotros somos más honrados que nuestros adversarios.

Nuestro partido lucha por la ley en toda la nación,

—¿Y la hace cumplir?

—No puede hacerla cumplir puesto que no gobierna.

—¿Y aquí, en Victoria?

Volvió à titubear el director, pero no era sujeto de cortarse así como así y continuó:

—Aquí se hace lo que se puede.

Y sean cuales fueren nuestras intenciones y aún nuestros actos en campo de acción tan reducido como éste, eso no quita que estemos en lo cierto. La razón estará con quien, como nosotros, defienda la constitución en el país entero. De modo que entre ellos y nosotros no puede haber parangón. En nuestras manos está la prueba ó alegato de la ley pisoteada en todos los ámbitos de la república. Nosotros, calificados en justicia, somos....

—Si, ya sé lo que somos—le interrumpí.

—¿Qué?

—Unos pillos con razón.

Miróme aquel hombre, sus ojos se agrandaron y en sus labios brotó la risa que se escucha cuando la sonda del cinismo atraviesa el hondo pozo de la hipocresía.

Continuó así el diálogo y siempre por efecto de mi estado de ánimo, manifesté al director que de algún tiempo atrás no me sentía bien y sufría mucho. De grado en grado llegué á decirle que estaba algo desengañado de la vida.

El me miró fijamente y dijo que eso era muy grave, que era la pena de las penas, la pompa fúnebre blanca.

Añadió que seguramente serían cosas de mi imaginación, mal de juventud; que era extraño eso de cansarse antes de empezar, pues yo tenía toda la vida por delante para luchar por la patria, por los míos y por mi mismo.

—Para mi—le dije—tengo mis ilusiones.

Los míos no me necesitan, la patria menos.

¿Qué sería mi débil esfuerzo en medio de tantos esfuerzos encontrados?

Reclamo de mis conciudadanos el puesto que me corresponde: el último.

¡Ah, qué lindo es ser el último!...

***

El director se volvió al campo, no sin antes recomendarme mucho que no hablase por el diario como lo había hecho en el teatro. Agregó que mi discurso había causado mal efecto entre los amigos y era conveniente que yo mismo destruyese esa impresión desfavorable. De otra manera, dijo por último, no respondería de mi «porvenir político».

XIV

Los acontecimientos se precipitaban. Parecía que todo aquello debía pasar pronto. Yo mismo me sentía como en un declive, como desprendiéndome de aquella situación.

Los conocimientos que acerca de Laura había hecho merced á las confidencias de Ricardo, me tenían lleno de acritud, de disgusto, de amargura. Quizá por ellos empezaba á comportarme como se ha visto en el capítulo precedente.

Mi previsión se cumplía y yo me preguntaba: ¿para qué seguir?

Laura, al alejarse de mi, me distanciaba del ambiente á que me había tenido sujeto.

Ella era el vínculo que me unía á aquel episodio y de

ese vínculo sólo quedaba el hilo de una esperanza cada día más remota. Era así que experimentaba vagamente la sensación de lo que acaba, de lo que termina, de lo que se va. Aquello tenía, confusamente, algo de epílogo y semejaba una conclusión. ¿De qué? No podía precisarlo, más mi obscuro presentimiento era que el telón se corría ante mis ojos y otra era empezaba.

*
* *

Ricardo entró en la redacción Al verle mi corazón palpitó con fuerza.

El dijo:

—Laura te espera. Vamos. Si te niegas no la verás más.

Quedé aturdido. Me había parado y tuve que apoyarme en la mesa. Laura me esperaba. ¿Era posible? Ricardo notó mi vacilación y como mis labios modulasen algunas palabras, dijo que no era momento de explicaciones. Los minutos eran preciosos y una dilación podía perderlo todo. Me resistí aún y entonces él me tomó del brazo. Aquel muchacho deschavetado y perdido, me dominaba como á una criatura y viendo mi turbación se atrevía á manejarme. Apretóme el brazo y me dijo al oído, casi sentenciosamente:

—No es juguete. También yo hago cosas serias. Vamos porque de otra manera no la verás más. No pienses más que en ella, en Laura.

Recalcó este nombre y me arrastró consigo.

No tuve fuerzas para seguir resistiéndome y lo seguí sin darme cuenta de lo que hacía.

Caminamos varias cuadras sin que yo levantase los ojos. De trecho en trecho Ricardo me asía del brazo, como temiendo que me le escapase. Andaba maquinalmente. Una idea vaga, confusa y resplandeciente, me embargaba todo entero. Vería á Laura. Esto me impedía pensar y me tenía como alelado. Mi corazón latía bruscamente. Parecía asustado de su sublime inminencia. Nunca se había acercado á Laura sin alarmarse. El solo anuncio de aquella mujer era su más grandiosa víspera.

Llegamos á una casa que no podría decir cómo era porque la miré sin verla y entramos no sé si por los fondos ó por el zaguán. Ricardo abrió una puerta y me echó adentro. El quedó afuera y cerró la hoja.

***

Cuando mis ojos se hicieron á la obscuridad, me ví en una estancia espaciosa.

Era un dormitorio que tenía algo de sala, muchos adornos y un lecho grande. Un cuarto en cierto modo nupcial, indudablemente para dos.

Al entrar y dar los primeros pasos en la sombra, derribé una columna que sostenía un busto de mármol. El busto cayó con estrépito y se hizo pedazos. El ruido advirtió á alguien que estaba en el fondo. Miré y á la débil luz de un cirio que ardía junto á una imagen sagrada, divisé algo que me pareció una mujer. Yo había visto levantarse aquella forma y la había adivinado. Era una mujer que vestía de negro. Era Laura.

Más hermosa que nunca estaba en aquel momento de pie, erguida, algo alarmada y confundida con la penumbra. Era una aparición hecha de espuma y de media luz vespertina, con todo el principio de borrasca que esos elementos contienen.

Corrí hasta ella, me arrojé á sus pies, la tomé de las manos, las cubrí de besos, caricias y lágrimas y solo pude exclamar:

—¡Te amo, te amo, te amo!...

Imposible es monologar en los arrebatos de la pasión. La pasión es un rayo y únicamente en el rayo puede encontrar su expresión más adecuada. No puede esperar la pila cargada. La chispa salta y el gran incendio comienza.

Laura retiró las manos con presteza y mirándome con ojos de gacela asustada, huyó en dirección de la puerta. La seguí arrastrándome, entre exclamaciones entrecortadas y manoteos, como si fuese la vida lo que se me escapaba.

—¡Laura, mi vida, ven, ser divino, cosa angélica!— era todo lo que podía decir. Trozos de frases, incoherencias, balbuceos, especie de tartamudeos del verbo.

Al propio tiempo mis dedos crispados cogían sus ropas y llegaron á hundirse en sus carnes. Así, aunque en la violencia del vértigo, experimenté lo que podría llamarse la sensación de la ilusión, el contacto de un ideal que de pronto se hace materia en nosotros hasta la última vibración de los nervios, hasta la última célula de nuestra sustancia.

¡Había tocado á Laura!

Aquello fué una inmensa palpitación en un ensueño, una gran lascivia del corazón envolviendo un cuerpo-estrella.

Y entré en la demencia de los sentidos. El contacto fué un relámpago que incendió todo mi ser en llamaradas de fuego. Aquella carne divina y endemoniada me trastornó completamente. Grité, sacudí, apreté, estrujé aquel lirio, del que solo veía la sed de una amapola sangrienta Aunque frenético, ciego, loco, ví sacudirse aquella cabeza y coronarse de rayos dorados como la de un ángel que hubiese querido embellecer el primer tormento de la vida. La áurea cabellera, estremecida en el aire, brilló como una diadema sobre aquella frente espléndida y soberana. Era la cabeza de Galatea huyendo despavorida.

Luchando habíamos llegado á la puerta.

Allí Laura hizo un supremo esfuerzo y yo otro. El mío fué más poderoso y mi empuje la derribó. Un grito suyo, lanzado al caer, la libró del garfio de mis brazos. Aquel grito pudo más que la fuerza. Fué un timbre de voz que no obstante su alteración y mi frenesí, me anunció á la mujer querida. Mis músculos se aflojaron instantáneamente y como había caído con Laura, quedé en el suelo sin movimiento y delirando todavía.

***

Al volver en mí de aquel desvarío que pasó como una tromba, estaba junto á la hoja entreabierta. Laura

había desaparecido.

Yo, tendido aún, con la frente en el pavimento, besé una y diez veces la huella invisible de sus últimos pasos.

Suspiré profundamente y sentí mi pecho aliviado. Me puse de pie, miré á todos lados y nada sentí. Estaba lleno de la extraña serenidad del atontamiento. Aquel golpe había sido el segundo estacazo que vuelve en sí á un hombre aturdido.

Mis ojos se pasearon por la desmantelada habitación.

En el centro yacía el busto hecho pedazos, más allá el manto negro de Laura. Sin duda mi mano nerviosa se lo había arrebatado en la huída. Más allá aún, un ramo de flores votivas ajadas, y marchitas. Melancólica imagen del destino. En el fondo el cirio seguía ardiendo como el ideal que no muere.

Miré todas estas cosas y nada me significaron. Salí del cuarto y abandoné la casa casi despejado. Parecíame haberme librado de un gran peso. En realidad estaba como cohibido, como cerrado á la exterioridad y aún á mi drama interior.

Como los sentidos, el alma tiene un límite y ultrapasado el de las emociones perceptibles, el vacío se hace en nosotros como se hace la sordera por exceso de ruido y la ceguera por exceso de luz. Especie de escape falso de la cuerda para que no estallen y no salten despedazados los resortes de la vida deshecha.

***

¿Qué había pasado? ¿Cómo se explicaba la rara aventura relatada?

Lo supe por Ricardo pocos días después, días durantes los cuales no había yo salido á la calle. Al considerar la tropelía cometida con Laura, sentía vergüenza y temor, vergüenza de verla y temor de haberla perdido para siempre. ¿Qué había hecho? Lo recordaba como entre sueños. Era indudable que no había estado en mis cabales. Recordaba el hecho como el ebrio los insultos que ha proferido en la borrachera. Había procedido como

un beodo y no era mía toda la culpa. Había sin duda un cómplice, alguien me había incitado y compelido.

Ah, aquel canalla de Ricardo. El era, sí, el verdadero vándalo. Lo maldecía y hacía propósito de arrancarle las orejas en la primera oportunidad. Propósito que no pasó de tal. Ricardo, así que me vió, vino corriendo y riendo. A aquel desfachatado, como á todos los que nada tienen que perder, se le importaba un comino de las cosas más serias y graves. Ignoraba por completo lo que es un éxito ó un fracaso. El no ya lo tenía, buscaba el sí y de cualquier manera le convenía jugar. Si no ganaba, no perdía.

Condición de miserables. Era así que echaba los dados y cayesen como cayesen, reía siempre. Era un desvergonzado feliz.

Conteniéndome para no ponerle la mano encima, escuché la explicación que del suceso me hizo.

Laura había sido prevenida de nuevo de que debía aprontarse para el casamiento con el socio de su padre Este no cedía. Decía que su hija no podía ser para un ganapán como el pretendiente primitivo. El socio era el hombre que más le convenía. Era rico, joven y nada feo.

Laura había vuelto á suplicar inútilmente. Llevada al último extremo, perdida toda esperanza de quebrar ó al menos de torcer la voluntad del autor de sus días, recurrió á su segunda madre y á Ricardo. Laura quería huir del hogar y refugiarse en un convento.

Claro está que de esto á profesar, había mucha distancia. La cosa, seguramente, no pasaría de un ardid para imponerse al señor Iñíguez atemorizándolo.

Según ví después, era indudable que tal había sido el doble fin de Laura. Tratándose de eso tan suyo que es su amor, la mujer es muy ingeniosa y poco repara en medios. Cuando no los posee, los inventa. No obstante los místicos consejos de la celadora, la entrada en un convento era invención de Laura para salir del paso.

La santulona vieja tuvo algunos escrúpulos, pero seducida por la idea de ganar tan bella alma, consintió muy luego. Ninguno que algo conozca el espíritu reli-

gioso y su tremendo poder cuando se arraiga profundamente, juzgará inverosímil este hecho. La pasión de Dios es la más terrible de las pasiones, y se explica, pues o que los sentimientos forman proporción con su objetivo.

Ancianas hay que, acaso por haber vivido y haber muerto ya sus ilusiones, creen firmemente que las jóvenes deben ser esposas de Jesús y no compañeras del hombre. La segunda madre de Laura era una de ellas y se prestó engañada á los planes de la muchacha, con la resistencia pasiva que sabemos oponer á lo que en definitiva nos halaga.

Se convino día y hora para la fuga. Pocos momentos antes, de noche, Ricardo, cuya audacia era inmensa aprovechando un descuido de la vieja, entró en el cuarto de Laura. La muchacha, temerosa, temblando, lo siguió sin preguntar nada, precipitadamente. El la llevó á la casa de una antigua amante, en cuya cama la hizo dormir esa noche.

Tal era la casa de mi encuentro con Laura.

Al huir la joven de mi lado, viéndose engañada, sola en la calle, sin manto, en cabeza, temiendo volver al hogar, donde sin duda todo se habría descubierto, se refugió en el seno de una familia amiga. La familia creyó prudente avisar secretamente al señor Iñíguez, que no tardó en presentarse más contento que indignado.

Amaba mucho á su hija y había pasado un mal rato.

Laura fué restituida al hogar, su padre cedió momentáneamente y el socio consideró conveniente aplazar la boda.

***

Así habló Ricardo. Y agregó.

—Hemos triunfado, Ulises. Laura no ha querido decir palabra. Nadie sabe nada de lo ocurrido. Las cosas no han podido salir mejor. En realidad no ha pasado nada.

Mi padre dice que Laura está enferma ó enamorada

y que la llevará á Europa.

Pero no la llevará. Mi hermana se ha impuesto. El socio consiente en esperar. Esto es mucho. Después de tanta terquedad, una concesión así equivale á dejar el campo libre. La brecha queda abierta y la plaza caerá. Prosigamos el bloqueo y tu Elena, como la del otro Ulises, será nuestra.

Al oir esto sentí que volvía á la gran esperanza. Más el mismo Ricardo, que sin duda estaba algo achispado, se encargó de desvanecer aquel fugaz rayo de alegría. En efecto, á manera de epílogo, agregó que Laura, aunque había vencido en la ruda lid, había perdido la cabellera.

Antes de la huída se había tonsurado, dejando las hermosas trenzas junto á un cuadro de la virgen, con esta inscripción: «Para Rafael».

A esto miré á Ricardo y le dije como quien sale de un sueño, dilatando las palabras:

—Ay, Ricardo, mira, dame dos coscorrones....

—¿Porqué?...—preguntó él con alguna extrañeza.

—¿Porqué?... ¡Porque yo soy un oso!

—Ah—dijo Ricardo comprendiendo y parándose.

¿Lo ves al fin? ¿Yo tenía razón entonces? ¡Sí!

Y mereces que te haga el gusto. Toma.

Y me dió un bofetón.

***

¿Quién era Rafael? Sin duda era el antiguo festejante de Laura á quien el señor Iñíguez había despachado con cajas destempladas.

No lo sé. Lo supongo. No quise saberlo.

¿Para qué?

Las trenzas de Laura no eran para mí. Yo no era Rafael. Era Ulises, el pobre, el ingenuo, el ciego, el amoroso, el atormentado Ulises.

XV

El director regresó de la estancia definitivamente y se puso al frente del diario. Con esto terminó mi breve jefatura de *La Ley*. Abandoné gustoso aquel para mí tan encumbrado empleo.

La pluma puesta al servicio de una causa evidentemente mala, me pesaba ya con exceso en las manos. Empezaba á repugnarme el oficio de abogado de aquella política ilícita, profundamente inmoral. No quería seguir defendiendo lo indefendible. Además, en los últimos tiempos, algunos hechos habían complicado la situación. El concejo municipal produjo un acto análogo al de aumento de impuestos. Otorgó una concesión de luz que los diarios y las gentes calificaron á coro de leonina. Era concesionario el señor Iñíguez. Al conocer esto recordé que el señor Ibáñez me había hablado del asunto al entregarle la carta que para él me diera el director de *La Ley*. Tal era el gran progreso que según dijo entonces importaba para Victoria la concesión de luz.

*
* *

La medida estaba colmada. Los oficialistas habían hecho de las suyas y los contrarios habían hecho su alegato. Doble y triste trabajo de nuestra democracia incipiente.

La obra de la satrapia basada en la fuerza y en la mentira institucional, se configura en el sentimiento ambicioso en forma de represalía sangrienta. Pero debemos hacer justicia á las revoluciones y antes de condenarlas ver si tienen ó no tienen razón.

Bajo estos auspicios tenía que votar el pueblo de Victoria.

∴

El día de la elección, desde temprano, salí á recorrer las calles del pueblo. Estaba resuelto á no ir á los atrios.

Al doblar una esquina me encontré con el director. El hombre andaba en los preparativos del caso, muy atareado, y como se dirigiese al comité, me invitó á seguirle.

En el comité se hallaban el famoso intendente de las no menos famosas obras de salubridad que dieron nombre á la hostería de Antonio; el señor Ibáñez, muy contento porque según me dijo en un aparte tenía segura la reelección, y otros amigos espectables.

Del comité pasamos á un gran corralón situado en frente. El corralón se hallaba lleno de paisanos y tipos patibularios que lejos de hacer pensar en la libertad hacían pensar en la cárcel. Eran votantes. Sin embargo, me dije que acaso valiese más hacer las elecciones como se hacían, por administración, como un puente ó un ferrocarril.

Al presentarnos allí, ninguno de aquellos hombres se movió y yo me dí cuenta de la popularidad de mi jefe. El silencio duró hasta que alguien, un allegado sin duda, pasó la voz y se oyeron algunos vivas al director de *La Ley*. Estos gritos fueron como los tiros de los reclutas; se sucedieron guardando demasiado distancia.

El director levantó el sombrero en alto y repuso con un estridente grito de «¡Viva el pueblo de Victoria!» Yo, lejos de taparme los oídos, contagiado de entusiasmo, hice coro con los demás y á punto estuve de echarles un discurso á aquellos ciudadanos, pero seguramente el director no me lo habria permitido.

∴

A las once me separé del director, almorcé y reanudé el paseo de la mañana. Erraba como un desconocido por las calles de la ciudad. Pasé junto á la iglesia y ví que las mesas empezaban á instalarse. El tráfico era de

hombres puramente. El pueblo aparecía solitario y mudo. Los anuncios de revuelta habían atemorizado á las familias. Zaguanes y ventanas estaban cerrados ó cuando mucho entornados. Pensaba yo en la triste condición de n pueblo donde la fiesta de las democracias arma el brazo del ciudadano y mete miedo en los hogares.

Llegué á la plaza, situada á una cuadra del templo. Los árboles empezaban á retoñar y convidaban á sentarse á su sombra. Sin saber porqué, deseaba estar solo.

Seguí uno de los caminos que conducía al centro.

En el lugar de más sombra había un banco de mármol. Me dejé caer en él. A pocos pasos, en el centro del paseo, se elevaba una estatua ecuestre del gran capitán de la independencia. Por una coincidencia, el índice extendido del prócer señalaba la iglesia y parecióme que algo me indicaba.

Esta visión en aquel momento reavivó mi amor patrio. Me sentí de pronto fuerte y animoso como un joven espartano. Tuve un instante de religiosidad cívica. Parecía que la naturaleza ofreciéndome un día hermoso, el amor y hasta la casualidad que me había llevado á aquel paraje, querían que oficiase en los altares de la patria. El tiempo primaveral movía á grandes cosas. Pensé en Laura y quise ser un héroe para que me levantase un trono en su memoria y en su admiración. Miré otra vez al monumento que tenía delante y el brazo, alargado de San Martín se me antojó una arenga conminatoria. Esta idea rara y presuntuosa, me llenó de vergüenza y me dije que había ido allí como un cobarde, que estaba allí escondido mientras mis compañeros luchaban y se exponían. Corrido por mis propios pensamientos, me puse de pie y me encaminé á la iglesia. En ese momento y en la misma dirección, sonó una descarga de fusil ó revólver. Me detuve sobrecogido, pero en seguida lo comprendí todo. La elección se convertía en revolución, los ciudadanos peleaban. El largo proceso se resolvía en sangre y desolación. Los tiros continuaban, cada vez más graneados, y llegaban á simular el fuego de una guerrilla.

El fragor de las armas tiene algo de siniestro para el instinto. Primero espanta pero luego atrae. Esta repentina transformación se operó en mí, auspiciada por una predisposición de mucho tiempo.

Me erguí y saqué el revólver. Pensé por última vez en el héroe que dejaba atrás, en la dulce Laura, y me acordé de que era un hombre. Ah, sí, era hora de lanzar contra lo visible la rabia de la oculta fatalidad que me agobiaba. Ser un miserable y verse con un arma en la mano y en ocasión propicia de matar y exterminar, es cosa tremenda y dulce. Yo lo comprobé entonces. No sentí temor, sentí corage, un corage ciego y nocturno. Lleno de arrojo, frenético, desesperado, corrí atraído por los disparos que seguían sonando, arrastrado por la avalancha humana que se desplomaba sobre el templo, embriagado ya por el olor á pólvora que llegaba hasta mí.

Me precipitaba con el revólver en la mano, iba confundido con los asaltantes del atrio, con la certidumbre ciega de la flecha que sólo ve el blanco y á él se dirige.

Era llevado por fuerza superior. En aquel terrible segundo era menos que un instinto, era un impulso loco. Las proximidades terribles, la lucha, el peligro, la horrible demencia de los combates, son así. Se parecen al de, ceso por asfixia: desmayan en pie antes de matar. Tal es el heroísmo inconsciente del combate.

En realidad, entre las balas, el heroísmo existe sólo en la actitud; en el alma no existe.

Entré como ventarrón en el vestíbulo del templo, con el arma en la mano, y la descargué sobre el primer grupo que alcancé á divisar. Entonces la vida acabó para mí, un vértigo violentísimo me subió á la cabeza y una noche profunda se hizo en torno mío.

*
* *

Desperté al cabo de un mes. Había dormido treinta días y treinta noches. Fué como un largo sueño durante

el cual la naturaleza operó sus arcanos.

Mi organismo joven hizo prodigios y al cabo triunfó de la muerte. Nacía de nuevo, otra vez empezaba á vivir.

Abría los ojos y no me daba cuenta de las cosas. Profundo letargo me embargaba todo entero. Estaba como en suspenso y parecía vivir periféricamente. Existía á medias. Era un centro fisiopsíquico á media función, abierto del exterior á mí y cerrado de mí al exterior, abierto á la percepción y cerrado á la conjetura. No podía devolver en conceptos lo que recibía en sensaciones. Estas mismas sensaciones eran vagas, débiles, borrosas, larvales, inorgánicas.

El aparato sensorio hallábase embotado, anestesiado. Era, sin embargo, un hilo magnético que me comunicaba suavemente con lo de afuera. Recobrando algunas fuerzas, empecé á vivir por el sentimiento y la memoria, especie de eslabones de las existencias entrecortadas por grandes crisis. La facultad de recordar, no obstante, se había debilitado considerablemente. La fiebre altísima la había reducido á su expresión mínima. El cerebro se me movía como el grano de un cascabel y el cabello se me caía con la sola presión de la mano.

*
* *

Durante quince días no reconocí á nadie. Al desaparecer la amnesia y volver en mí, ví á mi padre junto al lecho. Estaba de pie y me miraba con cariño. Mi saludo fué una exclamación que pareció un suspiro. Quise incorporarme y no pude. Extendí el brazo y el brazo cayó inerte, tan falto de fuerzas me hallaba. El entonces, viendo mis esfuerzos, se llegó á la cabecera y me besó la frente.

*
* *

Supe al fin que el día de la elección, un mes atrás, me habían herido de un balazo. El proyectil había atra-

vesado el pulmón derecho. La herida era gravísima, casi mortal. El médico decía que mi salvación era un milagro de la juventud, un sortilegio de la naturaleza.

Sin duda la bala no había ofendido ningún vaso importante, y además el lado derecho es menos delicado que el izquierdo, donde está el corazón y la sangre arterial, que no se estanca tan fácilmente. En fin, el hecho era que estaba en salvo, completamente fuera de peligro.

A los pocos días abandoné el lecho y dí los primeros pasos. Un fuerte vahido me volteó en una silla y quedé extenuado. Mi padre se alarmó y llamó al médico. El galeno dijo que era consecuencia de la gran pérdida de sangre y los mareos pasarían á medida que me fuese restableciendo. Así fué. Poco á poco iba recobrando el vigor perdido y al dejar la habitación ví con inmensa alegría el cielo azul y el sol resplandeciente. Experimenté los asombros y el placer de Lázaro, el júbilo de un renacimiento en medio de la propia existencia.

*
* *

¡Con qué gozo volvía á la vida!

Todo me llamaba, me atraía, hasta las cosas más nimias, con el interés de lo nuevo, de lo que reconforta, de lo inusitadamente lindo y grato. Parecía salir del Leteo, era otro Fénix. Semejaba no haber existido nunca. Más que un hombre salvado de un gran peligro, remedaba al niño que ensaya los primeros pasos.

Era un enamorado del día, del sol, del cielo, de las flores, de los pájaros, de la vida placentera y radiante de la naturaleza.

Sentíame también como depurado y hermoseado moralmente. No se qué especie de efluvio generoso y diáfano corría por mi cuerpo. Pensaba en los hombres sin la menor ojeriza ó prejuicio. Me acordé de Laura y ví en ella la nota fina, sonriente, anacreóntica, antes que la pasión y el tormento de la vida. Estaba regenerado. Era

un encantado de la existencia. Lo que nunca ó muy pocas veces había hecho antes, reía con frecuencia y la risa, moviéndome el diafragma, me echaba afuera los malos humores. Era indudable que la alta fiebre había consumido en su combustión los gérmenes nocivos de mi sangre.

Esta plenitud corporal, transformaba mi espíritu, que era otro, otro tan distinto que yo mismo no me reconocía.

El pasado suceso parecía un telón corrido de pronto, una ventana súbitamente abierta que me inundaba de luz tibia y acariciadora. Era de creer que aquel tremendo susto de la implacable guadaña me había alejado del país de las sombras acercándome á él, despertando en mí, con la visión de la tumba, la inmensa nostalgia de la vida.

Era, en fin, una transfiguración completa y me confesé que el tiro me hacía mucho bien.

***

Mi padre, inmediatamente de tener conocimiento de los sucesos de Victoria, había corrido á mi lado y allí le tenía presenciando muy satisfecho mis insólitas expansiones. Sin duda para no turbarlas se había abstenido de toda pregunta y evitado explicaciones, pero yo me adelanté á sus deseos.

Me había vuelto comunicativo y charlatán.

Fué así que empecé á contarle mis buenas y malas andanzas por Victoria. El relato le resultaba más cómico que trágico y en muchos pasajes no podía contener la risa. A sus carcajadas se unían las mías, porque la verdad era que en ese instante me importaba dos habas todo aquello y también porque empezaba á verme como un Ulises de la hilaridad.

***

Me extrañaba ya el silencio de mi padre cuando en

pocas palabras me dijo todo lo que deseaba decirme. que debía volver con él. Le contesté que no volvería, porque no había razón para ello, puesto que al fin no me había ido del todo mal en Victoria y mis desgracias habían sido desgracias con suerte. Replicóme que no fuese terco y volvió á pedirme que le siguiese. No accedí. Estaba resuelto á no tornar como un vencido y así se lo manifesté, ingenuamente. Sonrióse él como solía hacerlo y dijo que mi sentimiento era orgulloso y falso, pues una voluntad que no se sobrepone á sí misma, no es una voluntad.

Agregó que mi situación era tal, que si quería yo demostrar algún carácter, él tendría que ser de contención en cuanto á mis modalidades y de acción respecto del espíritu utilitario de la vida. En otros términos—dijo finalmente—debía abandonar la vida errátil que llevaba, volver con él, sosegarme, trabajar á su lado, labrarme una posición. Ay, debía ser como los demás. Pero yo no estaba ni con la propia razón y las razones de mi padre no me convencieron. Convencido estaba, sí, más no doblegado.

Una fuerza centrífuga superior á mi ser me alejaba de todo lo que me concernia y me lanzaba por mundos con los que nada tenía que ver.

**o

Como argumento eficaz, dije al autor de mis días que en Victoria tenía ocupación y podía seguir trabajando, no sin probabilidades de mejorar. El señor Ibáñez, que había ido á saludar á mi padre, y el director de *La Ley*, le hablaron en igual sentido, añadiendo que mi conducta había sido irreprochable y mi laboriosidad, por otra parte, me aseguraría el porvenir.

Mi firmeza y estos buenos informes, lo decidieron á regresar solo. Pero noté que no iba satisfecho.

***

Se alejó mi padre llamado por asuntos profesionales. La feria se aproximaba y era el momento de mayor trabajo. Partió dándome muchos sanos consejos y dejándome algún dinero por lo que pudiese necesitar.

Al verme solo en el cuarto, evoqué las memorables escenas del hogar distante y murmuré con voz que únicamente yo podía oir:

Oh, techo paterno, no hay sombra como tu sombra....

XVI

Por mi padre supe que Alfredo había quedado huérfano.

Mi buen amigo me había escrito una carta que recibí á poco de llegar á Victoria. ¿Cómo conoció mi paradero?

Al despedirnos en la estancia, no le había dicho adónde iba, porque yo mismo lo ignoraba. Sin duda lo supo por la familia de Pedro y ésta por la mía. Ello fué que recibí carta de Alfredo con sorpresa no poco agradable. Retribuí el saludo en seguida y ya no tuve contestación. Seguramente la correspondencia fué interrumpida por los hechos que paso á relatar.

Los vaticinios del padre de Alfredo se cumplieron. Don Ramón, el día menos pensado, murió sin decir agua va, á la inglesa, discretamente.

No dió ni un grito, ni trabajo, ni pena á los suyos, que se reducían á Alfredo, que era hijo único. Se le rompió un vaso y quedó tendido cuan largo era. Acabóse juiciosamente y sorprendiendo á todos, menos á Alfredo, que esperaba el síncope libertador desde largo tiempo atrás.

Alfredo, en señal de duelo, esperó tres meses, al cabo de los cuales vendió la estancia en medio millón de pesos.

Luego, olvidándose completamente de su novia, mi prima Raquel, lo que se explicaba, dada su gran tribulación, se había trasladado á Buenos Aires, donde á la sa-

zón se hallaba radicado sin otra ocupación que la de arrojar por la ventana el dinero que con tantos sudores y penurias ganara el autor de sus días. Ocupaba un departamento en un hotel central y arrastraba tal tren de lujo, que no tardaría en dar en tierra con su gran fortuna cuando menos lo advirtiese, que en forma así se presenta siempre la ruina á los calaveras y derrochadores.

Raquel, la novia abandonada, había llorado sin consuelo al falso amante, más Pedro se impuso y diciéndose que á rey muerto rey puesto, andaba ya buscando reemplazante á mi amigo.

*
* *

La crisis pasada había barrido de mi espíritu las nieblas y fantasmas que lo poblaban. Aquellas ideas y sentimientos, gastados en fuerza de su misma obsesión, cayeron como fruto podrido al pie del árbol retoñante y no debían reproducirse ya. Yo lo creía así. Me equivocaba. Reaparecieron en seguida con los últimos vestigios de aquella saludable enfermedad.

*
* *

Curado ya de la herida, salí á la calle y la ciudad me recibió como á un forastero. Parecióme que entraba en ella por primera vez. Algo no poco singular me ocurrió entonces.

Caminando distraidamente, acerté á pasar por la casa de Laura. Ni la casa ni el recuerdo de la bella moradora, me dijeron nada. Me acordé del socio y me pregunté cómo le iría al hombre en su empresa amorosa.

Por lo que sabía me contesté que le iría peor que á mí, puesto que yo siquiera contaba con las simpatías de la muchacha. Esta ventaja que á mí mismo me atribuía en mi soliloquio, tampoco me halagó mayormente, y aunque no poseía á Laura, se la cedía sin violencia al so-

cio de su padre. Por último pensé en Rafael, el pretendiente favorito y sentí no tener las trenzas que su novia se había cortado para él. De tenerlas, lejos de guardarlas, se las habría mandado por correo.

***

Recorría las calles como un liberto, mirando á todos lados, deteniéndome ante las vidrieras, dócil á los más nimios detalles de la exterioridad.

Pasando por la fonda «La Salubridad», me acordé de Antonio, de su mujer, de su hija Rosa y entré á saludarles.

Antonio me abrazó y me llevó al interior casi á la rastra. Su fruición provenía de mi ingratitud, pues desde que me marché al hotel no había vuelto á saludarlo.

La familia se deshacía en atenciones. Rosa bajó los ojos al estrecharle yo la mano.

Quedéme á almorzar con ellos porque Antonio no me dejaba ir.

Fué un almuerzo extraño. Comí bien y pensé mucho, dos cosas incompatibles.

Mirando á Rosa, considerabа el orgullo y el desprecio con que la había tratado al compararla con Laura. Me reproché el abandono absoluto que hiciera de aquella familia que sin conocerme me había profesado cariño y pensé que mi vuelta á ella acaso fuese una lección inconsciente de los hechos.

Me sentía extraña y dulcemente conmovido, así como bajo la influencia de un suave derrame de probidad.

Al retirarme, Rosa levantó hasta mí sus lindos ojos.

Yo la dije:

—Tuve para tí muchas malas ideas y ahora vuelvo y te beso la mano.

Adios, Rosa.

Ella, sin comprender, entregó la mano y se dejó besar, no sin secreto placer que ví reflejarse en su semblante.

*
* *

La revolución hecha en los atrios por los enemigos de la situación, dió el resultado que sus autores esperaban. El gobierno intervino en Victoria. Antes diré que la revuelta fué hecha en regla. Nadie supo nada hasta que estuvo encima, si bien se le sospechaba. El movimiento fué recio, hubo muchos muertos y heridos y, como pasa siempre, la conmoción se extendió y adquirió pronto vastas proyecciones. El gobierno tuvo que tomar cartas en el asunto y momentáneamente la situación se resolvió nombrándose un comisionado *ad hoc* que se hizo cargo de la administración pública. La municipalidad desapareció así y quedó refundida en un hombre. Esto dió motivo á que *La Ley* entonase un himno á la autonomía y á la libertad diciendo que se asistía á su suplicio y á su muerte. Yo me reía leyendo estas cosas y me preguntaba qué entendería el director por libertades. Pero los hechos se encargaron de dar el mejor mentís al periodista cocodrilo. El comisionado nombrado por el gobierno, resultó por casualidad un hombre bueno y así que asumió el mando, metió órden en la administración, regularizó las finanzas, suprimió muchos empleados inútiles, normalizó los servicios y dentro de lo anómalo de aquel estado, hizo mucho bueno y mereció aplauso de los vecinos amantes de su pueblo.

Más todo esto era provisional. El representante del gobierno debía presidir las nuevas elecciones impuestas por la constitución, que no admite se supriman las instituciones representativas por ella creadas.

Cabe preguntar entonces si fueron mejores las nuevas autoridades de Victoria. No lo sé. No volví á aquel pueblo.

Generalmente en seguida de una convulsión, triunfa el partido revolucionario. Las influencias quebradas no pueden rivalizar con fuerzas triunfantes. En política, caer es morir.

Nada hay más vidrioso y fatal que eso que se llama

política. Existen, sin embargo, en ella el turno y los ciclos, como en todas las cosas. Pero el que cae tarda mucho en levantarse.

En esta hipótesis, cabe preguntar también si los opositores de Victoria cumplieron su programa. Es de suponer que lo cumplieran, parcialmente, como concesión al pueblo impuesta por las circunrtancias.

Una revolucion va siempre acompañada de cierto mejoramiento. El exceso de pureza proclamada, triunfa en su proporción y se realiza en el terreno sólido.

El pensamiento de este libro presentando partidos traidores á sus principios, no impide á su autor creer eu conquistas paulatinas.

He dicho antes que no tenemos evolución sino regresión, más esta misma regresión trae reacciones violentas y otros tantos pasos adelante. Adelante de lo perdido. En realidad no hacemos más que andar lo desandado. Nos movemos en un campo negativo. Los buenos y los malos, formamos una ecuación ambigua, afectada toda entera del signo menos. Hay algo sobre nosotros más fuerte que nosotros, algo funesto que se traduce en la inmovilidad de nuestro engaño. Nuestra historia es un revuelto mar, pero es un mar congelado. Esta sustancia fosilizada, es la cáscara petrea que nos cubre.

Oh ¿qué eso?

No obstante, desde el fondo obscuro de la tradición se ven nuestros débiles avances como se ven las pálidas estrellas desde el fondo de un pozo.

La expresión definitiva de nuestra vida, es la de una civilización intermitente y lenta, evidentemente segura.

Parece contradictorio y es así. La concordia, la paz y la vida de los ciudadanos, sin cesar sacrificadas, han cimentado el arco imperecedero de la grandeza nacional. Especie de Senda Apia, cubierta de tumbas, abierta al carro triunfal del progreso.

Seamos justos con la demagogia y reconozcamos que ha sido el nervio del pensamiento puro y de la santidad civil y que sólo su sanguinoso arado ha abierto sur-

co á la semilla de la libertad.

***

En vista de que no me presentaba en *La Ley* como habíamos convenido, el director no tardó en salir á buscarme.

El hombre ignoraba mis proyectos porque los había ocultado á todos deseando que mi padre se fuese tranquilo. Le contesté que no volvería al diario por haber resuelto ausentarme de Victoria. Me interrogó con sorpresa é interés y yo, entre indiferente y grave, le dije:

—Y la ínsula, señor director, la ínsula que debía llegarme como premio de mi andante caballería ¿qué se ha hecho?

El, como quien espera algo, contestó rápidamente:

—Se perdió, amigo mio, se perdió....

Y sin darme tiempo á nuevas preguntas prosiguió diciendo que no debía abandonar á Victoria porque allí tenía muchas probabilidades de adelantar y abrirme camino. Agregó que el traspies de nuestra agrupación solo importaba un año de espera por cuanto teníamos asegurado el triunfo en las futuras elecciones.

Me dijo éstas y muchas otras cosas que yo apenas escuchaba. Estaba resuelto á ausentarme y todo habría sido inútil.

El director hizo un último esfuerzo, más no cedí. Terminé manifestándole que mi decisión era irrevocable y agradeciéndole todos los servicios recibidos y la buena voluntad que siempre me demostrara. Mis últimas palabras fueron éstas:

—Usted, señor, quiere hacer de mí cosa distinta de lo que puedo ser.

No sé cómo vine aquí, no sé cómo he vivido aquí no sé adónde voy, pero se que me voy.

Adios, y gracias, gracias...

—¡Poeta!—exclamó él estrechándome la mano—Adios, y espero de Vd. mucho bueno.

*
* *

Al quedar solo aspiré con fruición el aire de la tarde.

Ninguna obligación pesaba sobre mí.

Mi padre estaba lejos y el director despachado.

Estaba solo y era libre. Esta soledad y esta libertad, habían sido, eran y debían ser siempre mi elemento. Volvía á ellas como él pájaro al viento, el pez al agua, el gamo á la selva, el corso á la océano.

Un brusco soplo de la inmensidad desierta agitó mi espíritu sombrío ó indómito. Fuí salvaje un momento.

*
* *

Salía de aquel pueblo como entrara en él: hecho una sombra, un duende. Los acontecimientos en que actuara allí, habían pasado sobre mi cabeza como las nubes sobre la corriente inalterable.

La vida, como un río holandés, habíase deslizado por encima mio sin inundarme y sin ahogarme.

La misma Laura, aquel gran sentimiento de mi juventud, iba muriendo en mí sin gritos y sin alaridos.

Todo había pasado, los hechos como ruidos vanos y Laura como uno de esos bellos paisajes entrevistos en la marcha y que nos deleitan y encantan hasta esfumarse y desaparecer.

*
* *

Antes de partir quise vagar algunos días por las calles de Victoria.

Tornaba yo á la eterna escena interior de mi alma: Dios, la naturaleza, la vida y el amor.

Aquel espectáculo, viejo como el mundo, me resultaba siempre nuevo.

¿Y cómo no ser así? Cansarnos del color del firma-

mento, sería cansarnos del péndulo que en nuestros pechos marca el compás eterno de los astros.

El hombre agota su ingenio por apurar lo nuevo y lo excéntrico, por coger un rayo de alegría en la agitación vertiginosa de la vida civilizada, y ninguna de sus creaciones es comparable con la luz de las auroras, con la sombra de los crepúsculos, con el placer de la vida que fué musa de Virgilio. Se prostituye y se mata sin conocer la verdadera dicha.

Sus pasatiempos son feroces y tienen dos monstruos por hijos: la aneurisma y la locura.

Todos los placeres de París son mera ficción junto á la vida intensa de los hijos no descastados de la naturaleza.

Solo la tierra es deleite puro, es salud, alegría, contento, paz soberana.

XVII

En «La Salubridad» había eonocido un chacarero llamado Edmundo que tenía estrecha amistad con Antonio.

Nos habíamos hablado muchas veces y él, con la sencillez de las gentes del campo, me ofreció su casa. Alejado de la fonda, me olvidé de Edmundo y sus invitaciones. Luego, buscando lugar apropiado para pasar la primavera que se iniciaba, me acordé de él y resolví trasladarme á su chacra. Para no serle gravoso, le fijaría una asignación proporcionada á mis escasos recursos.

Arreglado esto, quedaba en condiciones de partir.

∴

No tenía ningún apronte que hacer y en seguida me hallaba listo para la marcha.

Había pensado dirigirme directamente á Buenos Aires pero varias circunstancias y consideraciones me hicieron cambiar de propósito.

Por un lado necesitaba reponerme definitivamente de la herida, cuyas reliquias empezaba á sentir, y por otro llevaba de Victoria un sedimento de inexplicable tristeza al que no era ageno el recuerdo de Laura, los vestigios aún en pie de aquella gran pasión de mi adolescencia.

Laura no era ya mi amada pero sí mi más grande preocupación y todavía llenaba mis visiones con su imagen como ahora lleno yo estas páginas con su nombre.

Por todo lo cual deseaba retirarme pasajeramente al silencio y á la soledad antes de entrar en la gran metrópoli.

Una chacra cercana era mi deseo del momento. Quería verme libre de Laura y simultáneamente estar cerca de ella.

Ah, yo me habría condenado á no verla más, ni aún en sueños, pero era imposible. Tenía que capitular con mi propia alma y lo hacía en esa forma.

∴

La víspera de la partida tuve por capricho visitar los lugares más ligados á mis afectos.

Estuve en el atrio del templo, donde tantas veces había recibido el saludo de Laura, que era la vida, y luego la bala que debió ser la muerte. Suavemente conmovido permaneci largo rato en aquel sitio que encerraba para mí el doble recuerdo sacrosanto del amor y la libertad.

Pasé por *La Ley* y me acordé del director.

Ese nombre estampado en grandes letras al frente de la casa, me tocó también muy adentro.

La Ley no era la ley, pero era una memoria en mí.

Recordé los días pasados en aquella casa y en ese instante ella tuvo algo de venerable.

Venerable, sí, porque al cabo si la virtud es un principio la vida es un sentimiento. Sentimiento el más tierno del corazón del hombre que saca lágrimas á los ojos

y nos confunde á todos en la hermandad trágica de nuestras miserias.

∴

Entré en la plaza y visité el banco de piedra donde había descansado el día de la elección.

Volví á sentarme en él y otra vez ví á San Martin con el brazo alargado.

Hice un voto. Ese índice extendido guiaría mis futuros pasos. Yo seguiría su trayectoria, que era la senda de la lucha y del deber.

***

Recorrí las calles entre la esperanza y el temor de encontrar á Laura.

No la encontré y la ví por todas partes. Una aparición múltiple y profusa de Laura llenaba mi visión del pueblo todo. Aquel templo, aquella plaza, aquel monumento, aquellas calles, todo aquello estaba ocupado y hermoseado por su imagen y su recuerdo.

La mujer amada se asocia en nosotros al mundo exterior y se convierte en su astro rey. No ver un día la mujer querida es no ver el sol. Es un día pasado por alto y el hombre se duerme soñando con la aurora venidera, menos sonriente que el rostro de la oculta deidad.

Y si esa mujer desaparece. su espíritu, que lo ha saturado todo, queda flotante en el ambiente, elevándose de la tierra y desprendiéndose de los cuerpos como la luz vencida de los astros en fuga.

No hay irradiación comparable con esta irradiación.

Así, aunque Laura había desaparecido, quedaba su alma difundida en mil signos exteriores que me la devolvían para que yo gustase lo más puro y santo de la ilusión: la divinidad de la diosa ausente.

Digno epílogo de un sentimiento también digno de Laura.

Tenía que terminar así la sltuación fugaz de mi juventud que aquella mujer había movido.

¡Qué digo! Que aquella mujer había producido, mantenido y resuelto como una heroína que es prólogo y conclusión, principio y fin, todo. todo, todo.

Laura había sido una situación mía, un ambiente, un lugar, un sitio, una hora, el minuto ansiosamente esperado, una pasión de todos los días, una esperanza de todos los momentos, un recuerdo insumergible en el olvido y en la memoria, el pensamiento tenaz, el latido perpetuo, la incesante conmoción del alma.

Laura había desaparecido sólo para reaparecer en mí como el hilo do cristalina linfa que baña el prado y es la misma corriente llevada por vías ocultas.

Había sido la vena de fuego que revienta, salta y brilla y se reanuda en las secretas entrañas de la tierra.

Había sido, en fin, algo así como esas flechas simbólicas que atraviesan un mundo.

Así fué entonces y así aparece en este libro, coronando con su nombre las páginas de mi pobre numen como el último verso de un soneto.

Fué pureza en mi corazón, es claridad en mi débil cerebro y será por siempre lucero de mis pasos.

¡Gracias á tí divinal blancura que has iluminado mis días!

***

Pasé finalmente por la casa de Laura.

¿Podía no ser así?

El exterior adusto me recibió mal y me dije que siempre el caminante se encontraría con la casa, con el hogar, con el cenáculo.

Nada había para mí, y hecho una sombra me alejé murmurando adioses á Laura.

XVIII

La chacra de Edmundo distaba veinte cuadras de la

ciudad. Hice un lío por todo equipaje y me puse en marcha á pie. Esperaba llegar á la oración, con las primeras estrellas.

El sol bajaba y la carretera brillaba de polvo dorado que á su paso levantaban carros y jinetes. El día expiraba estoícamente, con suprema serenidad. Caminaba entre hileras de álamos altísimos ó bien entre chacras y quintas de esmerado cultivo. Por instantes me reía pensando en aquella marcha de deshollinador saboyano, más aún así tan hermoso parecióme aquello que me detuve en un recodo del camino y me senté en una yáciga de verdor. A lo lejos la ciudad se extendía iluminada de lleno por un sol anaranjado, que llegaba al término de su carrera. Las casas parecían las casitas de cartón con que juegan los niños. Más allá veíanse campos sembrados y ganados que llenaban la llanura de manchas y puntos negros. En último término empezaba una inmensidad inaccesible á la vista. El ojo sólo percibía una franja brumosa y el horizonte que le ponía fin. Era la pampa.

Al ocultarse el sol llegaba á la casa de Edmundo.

∴

El chacarero se sorprendió al verme, porque tantas veces había desoído sus ofrecimientos, que concluyó por olvidarme como yo á él. Pronto su asombro se trocó en satisfacción y llevándome á las habitaciones, me presentó á su mujer y sus hijos.

Esa noche Edmundo me condujo al cuarto contiguo al suyo y señalándome un lecho humilde, de sábanas blanquísimas, me dijo: «Esta cama que ocupaba mi hija, queda para Vd». Protesté, quise negarme, más él replicó que allí se hacía su voluntad y había que obedecerle. Me incliné ante aquel generoso corazón.

Dormí apaciblemente toda la noche, cobijado por aquel techo hospitalario de honradez y de amor.

∴

Abrí los ojos con el canto de las primeras golondrinas en el alero de la casa.

Irene, la hija de Edmundo, me sirvió una gran taza de leche recién ordeñada. Era el frugal desayuno de la familia.

Madre é hija hallábanse ocupadas en quehaceres domésticos. Edmundo trabajaba en la huerta con sus pequeños hijos. Fuí á saludarle y á arreglar las condiciones de mi permanencia en la casa. Yo sabía que aquellas buenas gentes nada me habrían pedido, más pensaba pasar allí el verano y no quería abusar de su confianza. Edmundo se resistía á todo trato. Insistí y tuve que ponerme serio para que aceptase una mensualidad que no pagaba ni aproximadamente el hospedage y que aún así hería la generosidad de sus sentimientos.

∴

Había ido allí sin un sentimiento, sin un propósito. En realidad no sabía cómo me encontraba en la casa de Edmundo. Una vaga pesadumbre me había llevado á ella y este mismo sentimiento era indefinido. Sin embargo, quería descansar y olvidar cosas pasadas. Al deslumbramiento que sucediera á la herida, había seguido una profunda y extraña melancolía. Era sin duda que mi idiosincrasia toda reaccionaba. La crisis sufrida no podía modificarme sustancialmente. Aquella inusitada alegría duró poco y gradualmente iba yo siendo lo que había sido siempre. Por eso había visto en la casa de Edmundo un refugio, un lenitivo de desgracias, reales ó ficticias, pero que creía haber sufrido Ya estaba en ella y como un herido ó un enfermo, me guarecía en sus afectos y más que en sus afectos en su obscuridad y su mutismo. Porque Laura me dejaba ir, más aún no me dejaba amar, ni me permitía valorar el cariño ageno.

∴

Bajo tales auspicios, mi vida en aquella casa tenía que carecer de entusiasmos. Creo que en definitiva es-

taba como alelado, como sumido en un éxtasis, en una contemplación pasiva. Parecía tener la cabeza vacía y el corazón desmayado. Mi corazón palpitaba, pero palpitaba con sordina. Estaba de duelo y no quería anunciar su labor y menos fingir entusiasmos. Parecía aceptar su trabajo como un deber, como una obligación, como una carga ineludible. Su querer, su espontaneidad, habían desaparecido. Era un forzado de la vida. Y en realidad no vivía.

La ciencia coloca este músculo prodigioso fuera del dominio de la voluntad. Eso dice la ciencia. Pero el amor dice otra cosa: dice que el corazón por él abandonado, ya no es. Por eso sin duda el mío batía el parche sordamente y vivía como dice la ciencia y también como dice el amor: vivía la vida del abandono, del renunciamiento, de la inconsciencia. Con ambos estaba, porque era y no era. De aquí mi fluctuación en el limbo de una existencia improbable. Yo me hallaba como mi corazón.

Todo, no obstante, me resultaba pasable, aceptable, casi agradable. Cuando uno llega á estados así, suele decirse: «Bien está lo que está. Todo va bien. Vivamos. Sea lo que quiera». Y es que en definitiva el renunciamiento absoluto es la absoluta aceptación. Declinarlo todo es en el fondo aceptarlo todo. Sólo los deseos, sólo las ambiciones conocen las vías de comparación, el juicio, la selección recóndita que nos da idea de lo bueno y de lo malo. El escepticismo no elige. ¿Para qué eligir si no se quiere nada? Esta gran condenación de todo, es la sanción de todo. Este anatema, aunque no lo parezca, es una adhesión. El hombre que así ha renegado de la vida, se ha reconciliado con la vida para siempre.

No se matará, creedlo. ¿Para qué acabar con lo que no pesa? Vivirá sin advertirlo y, cosa singular, sus labios no dejarán de sonreir. Sólo que será la sonrisa de Timón....

∴

Aquella vida, así, me parecía bastante soportable. Realmente no me parecía nada, porque no me tomaba el trabajo de analizarla. La aceptaba á priori, singularmente resignado. El paisaje, el lugar, la casa, la vida sencilla de aquellas gentes, la familia, la presencia fresca y sonriente de Irene, la habitación humilde que ocupaba, aquellas prácticas saludables, la comida frugal, el sueño prolongado y la calma de espíritu que respiraba todo aquel hogar, eran cosas que se me ofrecían y que yo aceptaba sin disgusto.

Mi vida entonces no pudo ser más rudimentaria. De ella, sin embargo, saqué una fórmula precisa de vida racional y dichosa. Entonces me convencí de que en el sol está la universal panacea, que en definitiva se encierra toda entera en estas tres bendiciones del cielo: trabajo, salud, amor.

∴

Por la mañana salía á recorrer los campos vecinos, toda la hermosa campiña de las inmediaciones. Los arbolados alternaban con las quintas y huertas. Los árboles frutales se contaban por millares y en otros parajes veíanse grandes extensiones sembradas de legumbres de las más variadas especies. Más allá Ceres arrastraba su lujosa clámide y la llanura simulaba un mar de oro. Aquella naturaleza pletórica reventaba por todas partes en ópimos frutos; aquella tierra fertilísima se iba en fecunda savia por todos sus poros. Hasta en el ambiente se percibía no sé qué trasudor de fluído vital, no sé qué sangría de savia laboriosa y creadora.

Me perdía en mis paseos sin acordarme del regreso. Recorría grandes distancias por los caminos polvorientos como un viajero que ha perdido el rumbo. Me internaba en las frondas y gustaba su sombra húmeda tendido al pie de los árboles. Otras veces me paraba á contemplar el cuadro de trabajo y riqueza que tenía á la

vista y experimentaba fugaces transportes de admiración por los trabajadores silenciosos y fuertes que en el fondo de los valles labran la fortuna pública.

∴

Por instantes aquellas escenas de vida y actividad, me incitaban al movimiento. Pensando en la inutilidad de mi vida, deseaba ser uno de aquellos obreros obscuros y eficientes.

Recordaba, no obstante, que el médico me había recomendado completa abstención de todo esfuerzo violento hasta que la herida se cicatrizase bien.

Un día cogí una pala y dije á Edmundo que deseaba ayudarle en su trabajo. El se sonrió mirándome las manos blancas y pulidas y repuso que yo no estaba para esas cosas. No escuché nada y me puse á cavar tierra con gran entusiasmo. A poco me acometió un agudo dolor al pecho. En seguida una fuerte indisposición me hizo dejar la herramienta y caer casi desvanecido. Edmundo me alzó como á un niño en sus robustos brazos y me llevó á la casa. Fuí colocado en el lecho y allí me acometió un vómito de sangre. Alarmado el chacarero, dijo que llamaría un médico, pero le contuve asegurándole que no era nada, que algún tiempo atrás había recibido un balazo en el pulmón y sin duda con el ejercicio se había abierto alguna vena lesionada.

Así tranquilicé á aquellas buenas gentes que tanto se interesaban por un desconocido. Mis palabras resultaron ciertas sin que yo supiese cómo ni porqué. El derrame no fué copioso y no se repitió. Con un día que pasé en cama terminó el pequeño accidente.

∴

El percance que relatado queda, me acercó más al hogar de Edmundo. Irene entró varias veces en mi cuarto con graciosa ingenuidad y me dirigió veinte preguntas mientras me atendía como á un hermano. Edmundo

su mujer y hasta los chicos, hicieron otro tanto. Más que un intruso parecía el hijo mayor de la familia.

Cuando les conté cómo fuí herido, una lijera exclamación se escapó de sus pechos. La vieja se hizo cruces é Irene tuvo un leve movimiento de temor. Edmundo, que era muy inteligente, declaró que no se explicaba cómo un joven así se había entregado á una bala perdida. Le contesté que yo tampoco me lo explicaba, porque eso era el secreto de mi vida. El se sonrió, quizá sin comprender, y dijo por último que ya estaba allí sano y salvo y de allí no me iría mientras mi voluntad no lo dispusiese.

∴

El diálogo anterior inició entre nosotros esas conversaciones íntimas en que los corazones se abren y se confunden en la gran comunión de la palabra. Ellos fueron más francos que yo.

No les hablé de lo pasado y sólo les dije que había decidido radicarme definitivamente en Buenos Aires. Mis respuestas terminaban en interrogaciones. Me agradaba escucharles y secretamente me inclinaba ante los sacrificios y las virtudes que llenaban su humilde tradición.

Nunca he podido escuchar el relato de una existencia obscura sin descubrirme y sin murmurar interiormente: La vida, la vida, la vida....

∴

La mañana, la tarde, la noche se deslizaban inadvertidamente. Muy poco paraba en la casa. Salía á recorrer las adyacencias y regresaba con los primeros ardores del sol.

Cuando el astro declinaba, repetía los paseos á pie hasta que las sombras llegaban. Entrada la noche, la familia se reunía en el patio de la casa, bajo el emparrado. Las hiedras formaban una especie de glorieta que durante el estío servía de comedor á la familia. La mesa

la iluminación y el alimento, no podían ser más sencillos. Me admiraba la simplicidad de elementos con que aquellas gentes nutrían y llenaban de satisfacción sus vidas. Una tosca mesa de madera, una lámpara de luz rojiza, un trozo de carne cocida ó asada, algunas legumbres, leche y agua llovida, cuidadosamente conservada, constituían allí toda la institución de Lúculo. Ni el vino, tan difundido en las clases trabajadoras, era conocido en el hogar de Edmundo. Aquella familia era modelo de austeridad.

∴

Bajo aquel techo de verdor, á la luz de las estrellas, rodeado de la familia del chacarero, el tiempo pasaba sin hacerse sentir y la serenidad del cielo descendía á mi espíritu. La conversación, lenta y rara, se apagaba poco á poco como los últimos ecos de una jornada que termina. Edmundo, entre fatigado y somnoliento, hacía de la sobremesa el prólogo de la cama. Los niños buscaban el regazo materno y reclinaban en él la cabeza.

Irene se sentaba á mi lado y nos mirábamos furtivamente. Estos raptos de oculta simpatía, hacían renacer mi afectividad. Parecíame que Irene se hallaba en uno de esos momentos que Michelet ha llamado de concepción solitaria porque entonces la mujer semeja forjar, entre ella y ella, los futuros hijos.

Irene tenía quince años. Estaba en el dulce y terrible instante en que la joven, según el poeta, es una vírgen que mira como una mujer.

∴

Era una noche resplandeciente. Las luciérnagas titilaban entre los pastos y á flor de tierra. La cigarra había cantado al sol toda la tarde. Era el renacimiento universal, desde los astros hasta los insectos. La primavera, gran restauradora del buen humor, celebraba su jubileo. Hasta la familia se mostraba más alegre. Edmundo ha-

bía manifestado que el tiempo era excelente y los agricultores tendrían un buen año. Los chicos jugaban en el patio é Irene, sentada junto á mí, me interrogaba sobre la ciudad, sus costumbres, sus diversiones, sus mujeres. Observaba en ella la intriga y el asombro de la pubertad. Me encantaba su curiosidad ingenua y afectiva y en sus ojos veía brillar la chispa incendiaria de las primeras pasiones.

Al recogerme abrí la ventana y el cuarto se llenò del aire tibio y perfumado de la noche. Aún el ambiente seguía cargado de vapores caliginosos.

Aromas y efluvios llegaban de afuera y parecíame que la vida inmensa de la llanura palpitaba en mí. Me sentía rejuvenecido y potente.

En la soledad del cuarto, mi alma buscó compañera y pensé en Irene que dormía á pocos pasos, y en aquel minuto Irene fué la esposa de mi corazón.

La noche hermosa se trocó súbitamente en visión siniestra. Relámpagos rojos, relámpagos de calor, incendiaban á intervalos el horizonte.

Este parpadeo de fuego me hizo cerrar la ventana.

Quedé solo con mi fiebre. Echado en la cama, tuve un sueño oriental....

∴

Esta hora de animalidad en una noche de verano, fué una revelación para mí. Ví que en aquella casa había dos seres que se atraían naturalmente. Una ley más fuerte que nosotros, luego el lugar, la vida en común, el trato en confianza, la soledad y silencio de la morada, me acercaban á Irene con poder irresistible. Todo era idílico, elegiaco. Lo que yo preveía era incoercible. No obstante, rechazaba con energía la idea de pagar los servicios de Edmundo siendo ingrato y traidor. Yo no haría eso.

∴

Somos tan hijos de la tierra, que cantamos con el sol y lloramos con las nubes. Razón tuvo el pensador que preguntó dónde acaba la naturaleza y dónde empieza el destino y también si un acontecimiento no sería una estación y una virtud una estrella.

Según el cariz del cielo, horas hay en que el hombre es un animal perfecto ó menos que una sombra.

La naturaleza, en sus múltiples cambiantes, en sus infinitas faces, nos transporta por un mundo de encontradas sensaciones. Ella nos hace reir, cantar, suspirar, llorar, desfallecer, desear, ambicionar, amar, odiar, querer, abjurar, hasta blasfemar, y todo porque es la eterna obra de destrucción y reconstrucción y en esfera más alta el ejemplo divino obrando en el corazón de la criatura inteligente y sensible.

Tal me acontecía á mí. Me sentía supeditado á las innumerables formas de aquella primavera espléndida.

Había ido allí sin un deseo, sin un impulso, y la tierra empezaba á reanimarme con su espectáculo y con la inoculación de su fluido maravilloso. Pero la estación, ya muy avanzada, fué dando aplomo y ecuanimidad al tiempo y á los seres y las cosas esa gran pesantez del estío que tanto se parece á la postración del cansancio.

∴

Era el verano. El sol enviaba sus rayos perpendicularmente y envolvía la tierra en una atmósfera de fuego. El panorama había cambiado. El grano estaba en bolsa y el trabajo era menos activo. El suelo parecía agostado, como si hubiese dado todo lo que podía dar. El lugar había perdido mucho de su primitiva belleza. El calor me retenía en la casa gran parte del día. No era posible recorrer á pie los caminos calcinados. Procurando distraerme, busqué libros y no los encontré.

En la casa ninguno sabía leer. Quise escribir y no encontré papel ni tinta. Por último, en un comercio cercano, pude proveerme de un tintero y algunas libretas de apuntes. Allí no se conocía el papel de oficio. La fa-

milia me cedió la mesa del comedor y yo la convertí en escritorio.

∴

Introduje así alguna variedad en aquellos monótonos días. Hacía dos meses que no leía, que no escribía. Cogí la pluma y no pude reflejar en el papel el drama interior. Muchas veces había sentido arder mi frente y, no obstante, el buril del pensamiento se mostraba rebelde á mis manos. Suspiré y me dije que no importaba. La inspiración volvería como vuelve la mujer desdeñada. Volvería.

XIX

Una tarde lluviosa en que el trabajo se hallaba paralizado, Edmundo entró en mi cuarto y entablando conversación sobre mis aficiones literarias, siguió hablándome así: «Yo soy un ignorante, pero me doy cuenta de los beneficios de la instrucción. Mis hijos van creciendo sin ella, muy á pesar mío. No hay por aquí cerca escuela ninguna. La ciudad queda demasiado retirada para mandar los niños todos los días y tampoco dispongo de medios suficientes. Hubo en estos lugares un maestro que puso escuela en su casa; pero el hombre se cansó pronto, y eso que los padres le ayudábamos en toda forma, unos con dinero, otros con víveres. Yo le mandaba gallinas y legumbres con mis chicos. Con todo, un día el maestro, que quizás sería algo orgulloso ó ambicioso, dijo que esa no era manera de vivir y pidió una pensión al gobierno.

El gobierno dijo que sí y entre promesas y esperas fué pasando el tiempo hasta que el hombre cerró la escuela diciendo á los chicos que se volviesen á sus casas porque él se iba á sembrar patatas, seguro de sacar mejor provecho. Así fué: el maestro anda por ahí manejando un arado.

Mis hijos desde entonces no han ido á la escuela ni han tenido maestro alguno, ni lo tendrán, según van las

cosas. Yo no sé que piensan estos gobiernos. Allá en Francia, mi patria, se cuida mucho la educación del pueblo, pero aquí parece cosa muy sin importancia.

En fin, que mis hijos se quedarán hechos unos borricos como yo, más no por mi culpa. Si de algún modo pudiese educarlos, lo haría, pero muy difícil me parece....»

Edmundo dejó en suspenso su deseo. Me adelanté á él diciéndole que yo podía enseñarle á sus hijos las primeras letras, para lo cual sería suficiente una hora de clase por día. El, aunque sin duda esperaba mi proposición, opuso alguna resistencia que me fué facil vencer.

Como me hablase de remuneraciones, repuse que él era el acreedor y yo quería pagarle así la deuda. Edmundo dijo que allí no había deudores ni acreedores y que no me iría de su casa sin la recompensa del servicio que le prestaría en sus hijos. Sus últimas palabras fueron éstas. «No le darán mucho trabajo los pobrecitos. Según me decía el maestro, no son rudos. Yo le puedo asegurar que comprenden y obedecen mis órdenes. A Vd. se los confío. Enséñeles á leer y escribir. Aunque han de trabajar conmigo, esos conocimientos pueden serles muy útiles.»

∴

De esta suerte, sin saber cómo ni porqué, me ví convertido en maestro de escuela.

Más no digo toda la verdad al decir que no sabía cómo ni porqué, pues en aquello había tanta casualidad como secreta picardía de mi parte. Había pensado, rápidamente, mientras Edmundo me hablaba, que haciéndome maestro de los niños, me acercaría más á Irene, la tendría más próxima. Sería buen pretexto para pasar juntos largos momentos en la soledad de mi cuarto.

Era seguro que en muchos instantes quedaríamos solos y libres de la muda contrariedad que nos causaban los testigos de nuestras miradas y conversaciones. ¿Qué

más? Nada más. No iba más allá en mis pensamientos porque no podía olvidar que debía gratitud á Edmundo y respeto á su hija.

∴

Me inicié, pues, en el difícil arte de Froebel. Digo arte y no ciencia, porque á mi ver la enseñanza es más cuestión de ingenios que de genios.

Sobre todo la cátedra infantil requiere gracia de espíritu, algo más que genio; requiere ingenio, que es flor de cerebros ricos, El mismo niño dice cómo debe ser su maestro. El maestro de primeras letras es el Fidias llamado á modelar el mármol predestinado que lleva su estatua adentro.

∴

Quedó convenido que también Irene asistiría á las clases. Ella misma se apresuró á ofrecérseme como discípula. ¡Cándida y linda mariposa de mi débil llama! Ni Edmundo ni su mujer hicieron objeción alguna.

No dudaban de mí. Esta confianza, este honor dispensado á un desconocido, me vencían. Edmundo hizo un viaje á Victoria y volvió cargado de anagnosias, pizarras y lápices y el aula quedó inaugurada. El aula era mi cuarto. Allí estaba la mesa de escribir que á las doce y por la noche utilizábamos para comer.

Esto y un banco largo componían todo el mueblaje de la clase. Los discípulos, que eran Irene y sus dos hermanitos, se sentaban en el banco y yo frente á ellos, junto á la mesa.

∴

No dejaba de verme en figurillas porque careciendo de todo conocimiento didáctico, no sabía cómo dar principio á la tarea. Salí del atranco escribiendo el abecedario en una pizarra y señalando y pronunciando las letras en alta voz.

Los chicos é Irene abrían los ojos y escuchaban con grandísima atención. Luego probaba la eficacia del método y me reía de los apuros de los tres por recordar las letras. Los pobrecitos se esforzaban por aprender pronto y yo me complacía interiormente en verles en aprietos. La docilidad y el empeño de Irene, sobre todo, me llenaban de secreto placer. Siguiendo la comedia, solía ponerme serio y un día la dije que tenía buena cabeza para romper nueces. Ella tomó en serio la broma y entre corrida y enojada se atrevió á decirme con más dulzura que aspereza: «Ya sabía que soy una bruta, pero tu no debías decírmelo». Una mirada mía se lo explicó todo y mi mano rodeó su talle y se posó en sus trenzas sedosas y relucientes.

∴

A la hora de clase, me encerraba en mi cuarto con Irene y los niños. La puerta quedaba entornada.

Edmundo y su mujer habían depositado en mí toda su confianza y veían sin el menor recelo y aún con satisfacción mis familiaridades con su hija.

Esto me hacía pensar en Antonio, el dueño de «La Salubridad», y creía ver cierta analogía entre la pasada y la presente situación, ó sea entre Rosa é Irene. Me decía de Edmundo lo que me había dicho de Antonio, esto es, que quizás, allá en sus profundidades, el chacarero pensase que siguiendo adelante las cosas podría yo casarme con Irene. Finalmente me acordaba de Laura, en cuya casa no había podido entrar. Este hogar cerrado á mi amor y aquellos dos hogares que abatían mi orgullo ofreciéndoseme generosamente, me daban idea exacta de cómo en la vida se combina y sucede la cadena de las ambiciones, sin que ni unos ni otros estén conformes con su suerte.

∴

El matrimonio seguía con interés el curso escolar improvisado en la casa.

Edmundo me preguntaba todos los días cómo iba aquello. Le respondía que iba bien, que los alumnos eran dóciles, contraídos é inteligentes y adelantaban rápidamente. Así era, en efecto. Tanto Irene como sus hermanitos ponían gran empeño en aprender y pronto pude iniciarles en el silabeo y composición de las palabras. Todavía luchaban con grandes dificultades y sus graciosos apuros seguían siendo mi mejor recompensa. En los ojos de aquellos niños, ojos inquietos é inteligentes, agrandados por el interés de las lecciones, he entrevisto yo el arcano del alma infantil, página en blanco, prólogo del libro, cristal finísimo que se empaña con el vaho de la atmósfera y se despeja con los céfiros imperceptibles.

∴

Me había amoldado completamente á aquel gènero de vida. Paseos al sol por la mañana, la breve tarea escolar por la tarde, un rato de contemplación á la hora del crepúsculo y el descanso de la noche en el seno de la familia y en el silencio de mi cuarto, llenaban aquellos días apacibles, iguales. Sobre todo esto, la imagen de Irene se diluía en el ambiente. Era, más que una aparición, una difusión de candor y de gracia. Las simpatías son así: más extensas que intensas. Irene me agradaba, me atraía. Buscaba su proximidad y terminadas las clases procuraba retenerla á mi lado. Abría la ventana para que la luz me mostrase su rostro dorado por el sol y la sonrisa de la Provenza que animaba sus ojos. Sentado junto á ella la miraba como á un niño que nos divierte con sus muecas y su carita diminuta. La risa que mis palabras solían causarla, le coloreaba el semblante y sus labios parecían sangrientos rastros de vendimia. Sus mohines y las palpitaciones de su seno, me incitaban y tomándola de las manos la miraba más y más, como queriendo entrármele por los ojos. Estos ojos rasgados, irizados, llenos de rompientes de luz de un sol prisionero en ellos, me enseñaron cuán insondable es ese abismo que se llama corazón de mujer, aún en aquellas menos

ricas de espíritu.

Mis entusiasmos terminaban súbitamente.

Algo nos advertía á tiempo. Irene se ponía de pie y se iba diciéndome en una última mirada: «Hasta luego» Y cumplía su promesa, porque á esa hora, terminada la cena en el patio de la casa, se sentaba á mi lado y la elocuencia de sus ojos derrotaba el más largo discurso.

∴

Más de una vez había estado á punto de volverme á Victoria. En mis paseos á pie, me había acercado al pueblo y divisando el campanario de la iglesia y el caserío, pensé en Laura. La torre me recordaba el atrio donde los domingos recibía el saludo de Laura. Esto, que solía coincidir con la puesta del sol, hora nostálgica, me tornaba sombrío y algo del extinto fuego renacía en mí. En la techumbre extendida buscaba la casa de Laura y como lo que obraba era mi imaginación, encontraba la casa y en ella á la bella moradora que aún atraía la mirada del caminante á través de la distancia y del tiempo. Veía la casa, la mujer y la habitación de la mujer que yo no conocía.

Adivinaba un punto en una ciudad situada á media legua. Y era que ni aquel campanario ni aquel montón de casas, podían robustecer la certeza de mi interior radiante. Era yo quien animaba una visión muerta.

El rayo reflejado á la distancia, salía de mí. El espectáculo surgía del espectador. Laura había vivido en mí sin anunciarse y estaba donde yo estaba, en mi cerebro como lámina impalpable y en mi corazón como nota de una cuerda lesionada para siempre.

∴

Una vez en la casa de Edmundo, olvidaba las visiones del camino. Aquellos desfallecimientos eran los últimos resabios de un amor que había degenerado en pasión y tornado luego al núcleo de los sentimientos comunes de la vida.

Laura ya no era para mí más que una dulce conmoción. Mi corazón había cambiado de piel. Ahora casi quería á Irene y advertía que este afecto era más viril, más humano, más capaz de hacer lo que el amor debe hacer.

Y aún llegaba á decirme que mi amor á Laura había sido un episodio tonto á fuerza de ser infundado. ¿A qué tantos gimoteos, tantas lágrimas, tanto dolor y tanto misterio para una cosa tan natural? Convine otra vez en que los más trágicos son los más simples. Parecía que aquel sol alegre y aquellos días plácidos me mostrasen la mentira del drama. A mi tormento respondía la profunda serenidad del cielo como una enseñanza y un paliativo.

Finalmente, bajando á ideas más sencillas, me decía que tales eran las consecuencias del vigor recobrado en aquella casa.

∴

Así habría vivido no sé hasta cuándo, porque algunas situaciones tienen la virtud de alimentarse por sí mismas. Es admirable la sencillez con que se nutre la vida de un labrador que muere á los noventa años sin conocer el mundo y sin conocer el hastío. La explicación está en que nada más se puede desear cuando se tiene al sol consigo. El sol lo es todo. El infortunado Osvaldo no habría muerto si hubiesen satisfecho su último deseo.

∴

La casita de Edmundo me bastaba. No pedía más. ¿Era que encerraba mucho? ¿Era que yo deseaba poco? No sé lo que era. Solo sé que mi ambición no iba más allá del panorama visible.

No me apuraba por salir de allí. Mi aislamiento era completo. No me comunicaba con nadie. Al dejar á Victoria, había escrito á mi padre diciéndole que me retira-

ba al campo por un tiempo para restablecerme de la herida. Así explicaría mi silencio. Después escribiría desde Buenos Aires.

∴

Las clases continuaban. Los chicos aprendían rápidamente y ello colmaba de satisfacción á Edmundo y su mujer, que no sabían dónde colocarme de tanta que era su gratitud. Irene era una alumna dócil, tierna, amorosa, casi rendida. La había hecho mía espiritualmente y entre mis brazos, más que una atención, un empeño y una obediencia, era un hermoso busto susceptible de palpitar y de sentir. Era ya un mármol conmovido y solo esperaba el beso maravilloso para convertirse en carne, en amor y en lágrimas.

∴

El matrimonio procuraba adivinar y satisfacer mis menores deseos y contínuamente tenía palabras de gratitud por el trabajo que me tomaba con sus hijos.

Vivía así entre atenciones y solicitudes.

Todos me mimaban, Edmundo, su mujer, Irene, hasta los chicos.

Una noche el mayorcito se me acercó y me dijo al oído que iba á rezar por mí.

Le pregunté si me creía malo y sin caer en cuenta, repuso que su mamá se lo había ordenado.

Quise oir desde el lecho la oración del niño á través del débil tabique del cuarto.

No escuché nada.

Sólo percibía los movimientos, los pasos y las palabras de una madre que aduerme á sus hijos.

∴

Una noche creí sentirme inspirado.

Encendí luz, cogí la pluma y pensé en el hogar dis-

tante. El verso no resultó. El fulgor de la lámpara ahuyentó mis visiones. ¿Era tan fino, tan tenue, tan delicado, tan puro aquello que no podía resistir un rayo de luz?

Cosas hay que no pueden salir del corazón del hombre. Decirlas es imposible, expresarlas es imposible. El sentimiento recóndito sólo encuentra en la exterioridad instrumentos burdos que lo deforman y lo matan. El grito mismo no expresa lo que sentimos. Y fuera de él, no disponemos más que de un compás que no puede reproducir la armonía de las esferas.

XX

El sol llegaba al horizonte.

El occidente simulaba un incendio colosal de tules blancos. Era una hoguera de gasas siderales. Los primeros heraldos de la noche se bosquejaban en la claridad del ocaso blandiendo en alto sus hachones fúnebres. Sería una noche estival, resplandeciente, digna del trópico.

El cielo y el espacio eran una vasta ignición, una ilimitada difusión de fuego etéreo. Una irradiación solar todavía candente, se elevaba en la mágica evaporación de la tarde. Los vapores subían y giraban. Las aves rodaban ebrias de calor y se aglomeraban en las frondas. Rumores, ecos, voces perdidas, murmuraciones, lamentos, gritos, rebaños y pastores, cánticos y sueño latente. Pan batía la tierra desnuda y sonora.

Estaba en mi cuarto. Desde la ventana abierta, escuchaba la voz del campo y el concierto etéreo de los bosques. Irene, sentada á mi lado, miraba á lo lejos y parecía meditar. Terminada la clase, los niños se retiraron y yo, como de costumbre, seguí con Irene en la habitación. Habíamos permanecido largo rato en mudo coloquio, casi sin hablarnos, porque nuestros ojos lo decían todo.

Irene vestía traje lijero y sus ropas parecían saturadas de carne temblorosa, fresca y sana. El anochecer sereno y cálido era buen auspicio de ideas pecaminosas.

Aquella majestad tenía algo de nupcial, no era la del recogimiento sagrado; era la del amor, que quiere decir providencia.

Yo miraba la tierra, el espacio y el cielo y parecíame que toda aquella inmensa vida aérea se relacionaba con la mía y con la de la mujer que tenía al lado. Parecíame que todo aquello era un ejemplo, una enseñanza, una incitación, un mandato. Creía advertir en todas partes la intención y el empeño creadores de las fuerzas. Miraba afuera y una alucinación quizás bestial me hacía ver abajo, arriba y en todas partes, arrebatos, impulsos, deseos, un vasto sensualismo en dispersión pugnando por fundirse en un ósculo estridente; curvas voluptuosas, blancuras vivientes y en pie, investigaciones, pesquisas de gérmenes, correrías de elementos que buscaban su combinación en aquel gran precipitado; encuentros, choques, cópulas, todo el inmenso amor cósmico, el universo en celo para su propia perpetuación.

Miré de nuevo á Irene y no sé cómo fué. No sé lo que por mí pasó. Vi subir y bajar su seno como un globo de mármol capaz de vivir.

Ella me miró también y yo ví sus labios jugosos, sabrosos, incitantes, y mis manos, sublevadas contra mí mismo, encerraron en un puño aquella cabecita adorable. Yo seguí á mis manos y aquella cabellera satinada y brillante, quedó cubierta de besos míos, de besos que debieron quemarla, porque en ese segundo tenía en los labios todo el deseo, toda la pasión y toda la vida. Irene se estremeció y sacudió en el dogal de mis brazos y mi pasión pasó sobre ella como la tromba sobre el suelo sediento.

∴

La muchacha lanzó un débil grito y se cubrió la cara con las manos.

Me volví hacia la puerta y ví á Edmundo parado en el dintel. Edmundo miró á su hija con severidad y sin cólera y con los ojos le indicó que saliese. Irene quiso ha-

blar y él la detuvo con un gesto. Le indicó la puerta y se alejó con ella. Para mí no tuvo una palabra, un reproche. Se retiraba con lo suyo.

Aquel hortelano era un caballero.

∴

Fuí hasta el umbral murmurando el nombre de Edmundo. No pude seguir y quedé solo en el cuarto. Dí algunos pasos y llegué á la cama. Me dejé caer en ella. Mi cuerpo calentó las sábanas y este calor me pareció el de Irene.

Hundí la cabeza en la almohada y así quedé largo rato. La fiebre fué pasando y quise correr á disculparme, á pedirle perdón á Edmundo.

La casa estaba en silencio. El hortelano era, sin duda, de los que detestan el ruido.

Los chicos brincaban y gritaban en el patio entregados á sus juegos infantiles. Esto me alentó y á punto estuve de ir hasta Edmundo y decirle que su hija era muy buena y mis besos no la habían deshonrado.

∴

La noche había cerrado. Yo seguía en mi cuarto. Uno de los niños entró con la confianza que había sabido inspirarles y como me viese en el lecho, me preguntó con su vocesita infantil: «Qué tiene, señor maestro. ¿Está enfermo? Le esperamos para comer. Venga, venga..." El chico me había tomado de la manga y hacía fuerza para llevarme consigo. Le detuve suavemente y se me entregó con la adorable sencillez de los niños. Me miró con sus ojos parlachines y en su carita alegre ví el retrato de Irene, y como muchas veces había preguntado á la hermana, le pregunté á él:

«¿Me quieres mucho, mucho, pobrecito, verdad?» El, saltando á mi lado, dijo que sí y yo besé al hermano como había besado á la hermana.

Le dije que me dejase, que ya iba, que en seguida

estaría con ellos. El niño, siempre dócil, obedeció.

∴

Siguió un relámpago. Me tiré de la cama, puse el revólver en el cinto, junté el dinero en un bolsillo, hice un lío con la ropa y saltando por la ventana me coloqué en la calle en cuatro trancos.

«¡Adiós, adiós!»—exclamé como al salir de Victoria—pensando que tampoco en aquella casa tenía cabida y que la soledad sin hombres me llamaba para que pasase la noche en su seno.

∴

Eché á andar rápidamente, mirando atrás, como un hombre perseguido. La luna había salido y me mostraba el camino. Los perros advertían mis pasos y corrían á ladrarme. Arranqué de un cercado una vara gruesa para ahuyentarlos. En la llanura los hogares brillaban como ojos de fuego y pensé acercarme y pedir alojamiento. El cielo fulgurante, sin embargo, me servía de techo y la atmósfera templada, casi tibia, de ropage. Me pregunté qué inconveniente había en pasar la noche á la intemperie. El sombrero me resguardaba del sereno.

Tampoco tenía sueño.

Resolví pasar la noche al aire libre, bajo el firmamento, inmensa techumbre de carbunclos, diamantes y soles.

De pronto me detuve. Había llegado á una depresión del terreno. Sin advertirlo había bajado algunos pasos, pero la pendiente, suave al principio, se hacía brusca de improviso.

La obscuridad del fondo me advirtió á tiempo.

Luego de breve exploración del terreno, ví que estaba en un arroyo. Bajé con cuidado al cauce y una víbora de plata me indicó el curso de la corriente. Seguí bordeando el hilo de agua y llegué á un puente de hierro.

Allí, bajo el puente, las rocas y la barranca formaban una especie de cojín.

Pensé que este cojín podía servirme de lecho. Aparté las piedras y haciendo almohada del lío, me acosté en la tierra blanda de la orilla.

Pasé la noche en vela. Con los ojos abiertos bajo la sombra, presencié una revolución de los astros. Al rayar el alba me puse de pie. Me mojé la cara y la cabeza en el arroyo y me peiné con las manos como mejor pude.

Quise mirarme en el cristal de las aguas y sólo ví un rostro pálido y una cabellera en desorden.

Me sacudí la ropa llena de tierra y alzando el lío subí la barranca.

El sol mostraba en el horizonte su corona encendida. Ese sol había desaparecido y reaparecía en presencia de mi pensamiento. Mi cerebro enardecido había pasado por alto aquella noche inolvidable.

En una mirada abarqué la llanura. La vida renacía. Las flores del campo exhalaban sus más delicadas aromas, y los pájaros cantaban; oíanse también en las chacras cercanas el cacareo de las aves de corral y la gritería confusa de los animales domésticos.

Esa mañana tomaba el tren que conduce á uno de los puntos del Uruguay. Allí me embarcaría con rumbo á Buenos Aires.

∴

Al arrancar la máquina, saqué la cabeza por la ventanilla y miré en dirección de Victoria. Nada ví. Sin duda la mirada se perdía en las desigualdades del suelo. Luego dirigí los ojos á un punto que en mi mente era el hogar de Edmundo. Tampoco ví nada.

Lo ví todo, puesto que con el cerebro vemos y no con los ojos. Si con el cerebro vemos, sentimos con el corazón y yo no sentí nada en aquel instante.

Todo aquello, hasta Laura, había pasado como mi sueño en el lecho del arroyo.

LIBRO TERCERO

EN BUENOS AIRES

XXI

Dos días después llegaba á Buenos Aires.

Iba contento.

Lo había olvidado todo, la familia, Victoria, Laura, Irene, todo. El nuevo telón corrido, descubría á mi vista otras escenas, un mundo completamente distinto.

Navegábamos en la rada. Las velas blancas del horizonte y las aves marinas, me transportaban á regiones desconocidas. Los grandes veleros y buques de ultramar me hacían pensar en el viejo continente de la civilización.

Se abrían ante mi nuevos horizontes. El mar agrandaba mi fantasía en su proporción. Mi imaginación encontraba asídero en los signos visibles de la inmensidad. Yo había creído abarcar el mundo con ella y ví que estaba en error. Real y efectivamente, la imaginación se nutre de conceptos.

Como Alfredo al entrar por vez primera en Buenos Aires, me dije que había sido un chino al limitar el planeta á las heredades de Victoria.

Parado en el puente de proa, divisaba á lo lejos la enorme ciudad, sus torres, sus chimeneas, sus múltiples eminencias. Este sencillo espectáculo me sugería multitud de ideas que cruzaban por mi mente en confuso tropel. Me encontraba como el ojo que ve pasar innumerables luces y sólo percibe un rastro brillante. Estaba como deslumbrado, como albinizado. Buenos Aires no me era desconocido. Algunos años atrás había estado en él, pero la ausencia fué borrando recuerdos y aquello me tomaba de sorpresa.

∴

En los muelles me ví rodeado de gran número de

agentes de hotel y otros sujetos tan hospitalarios como incómodos.

Le mostré el equipage, que bien podía ir en la pata de un halcón. Se rieron del lío y yo me dije que ya empezaban las ironías

Subí á pié á la plaza de Mayo y viendo á la derecha un corredor sin término, me dije que mejor estaría en él que en la plaza, por lo desaliñadas que se hallaban mis ropas y el extraño aspecto de toda mi persona. Me decidí, así, por aquella galería obscura y mal entrasada é internándome en ella busqué un mesón donde pasar la noche.

No tardé en encontrarlo, porque aquella especie de corredor que tenía una extensión de muchas cuadras, estaba lleno de negocios tan variados como la población errante que recibían. Era el barrio de la marina, el paradero de la resaca humana del mar. También era apeadero de la hez de esa parte de la ciudad.

Infinidad de comercios, enviaban á la vereda su luz mortecina y este resplandor hacía más sombríos el lugar y la abigarrada concurrencia que lo llenaba.

Había allí cafés, fondas, almacenes, tiendas, mercerías, bazares, casas de compra y venta, casas de empeño, armerías, librerías, gabinetes ópticos con vistas capaces de asustar á Roldán y que se anunciaban en carteles pegados en las paredes y pilares, y luego un pueblo en movimiento que entraba, salía y transitaba en dirección de la plaza y en sentido opuesto.

Pregunté á un transeunte qué calle era aquella y respondió que era el Paseo de Julio.

∴

Siguiendo la galería, dí con el figón que buscaba.

Encima del marco de la puerta veíase un gran tablero y en el tablero una inscripción que decía: «Fonda de la Confianza».

Parecióme adecuado el nombre, porque todas aquellas casas se parecían á esos cuadros que necesitan al

pie una explicación de lo que representan.

Entré en el mesón. Un hombrecillo rechoncho y coloradote atendía el mostrador y el comedor, que aparecía lleno de público heterogéneo y de humo de tabaco capaz de asfixiar á un toro.

Me dirijí al hombrecillo y pasamos al fondo. Luego de atravesar un patio sombrío, rodeado de puertas numeradas, llegamos á una habitación que más parecía una pocilga.

El posadero me ofreció el cuarto diciendo que no tenía otro mejor disponible.

Toda la casa estaba ocupada. En seguida me sometió á una inspecciónu oculaa, y á breve interrogatorio.

Dejé la ropa en la cama, volví al comedor y me senté á la mesa.

∴

Terminada la cena, salí á saludar la ciudad. Llegué al término del Paseo de Julio, atravesé la plaza de Mayo y entré en la avenida del mismo nombre. La hermosa vía me deslumbró de pronto. Este espectáculo, que es la sonrisa de un francés, me dejó maravillado. Me dije que aquella obra era el primer triunfo argentino, la transfiguración monumental de la revolución emancipadora. La ancha calle resonaba en un ir y venir incesante de vehículos. Las amplias veredas, cuajadas de cafés y grandes vidrieras profusamente iluminadas, hervían en una masa humana que no cesaba de subir. Arriba la mole de los edificios avanzaba á lo lejos hasta perderse de vista La noche calurosa tenía al pueblo en la calle. La animación y el bullicio eran extraordinarios.

Como una sombra, esquivando miradas que nadie me dirijía, por que era un punto perdido en aquella inmensidad, recorrí la avenida y llegué á otra más obscura y de edificación menos suntuosa. Las horas se me pasaron en la callle. A media noche regresaba á la «Fonda de la Confianza.

∴

Estas larguísimas caminatas mirando y admirando la ciudad, no cesaron hasta pasada la primera impresión. Parecía uno de esos lugareños que trasladados de pronto á la capital, no tienen ojos ni lengua suficientes para ver y ponderar.

Visité el puerto y me pareció colosal, grandioso. Lo proclamé el primer esfuerzo de ingeniería de Sud-América. Estuve en Palermo, luego en Caballito, Flores, Belgrano, Floresta, Colegiales, Boca, Barracas, en todos esos pueblos que incorporándose á la ciudad, forman uno de los égidos más extensos del mundo. Gradualmente mi curiosidad fué decreciendo y llegó el momento de ver lo que haría allí. No podia pasarlo de turista. Voluntad no me faltaba, pero me faltaban recursos. Detuve la marcha y pensé buscar trabajo.

∴

Escribí á la familia dándole mi nueva dirección. Ya era tiempo. Luego busqué ocupación en el periodismo. También era tiempo. El dinero se me acababa. La larga cesantía, los gastos del viaje y los que había hecho allí, amenazaban agotar por completo mis escasos recursos.

Me presenté en varias redacciones con poca fortuna. El personal estaba completo.

Un conocido de mi padre me facilitó una tarjeta de presentación y recomendación para el director de *La Patria.*

Esta hoja era una de las más grandes y poderosas del país y como en su personal fuesen frecuentes las vacantes, me admitieron como supernumerario, sin sueldo y con promesa de llenar el primer claro que se produjese.

∴

Me retiré gozoso de *La Patria.* Había salvado las primeras dificultades. Tenía grandes esperanzas de ocupar un puesto en aquel gran diario y mientras dispon-

dría de paradero fijo durante el día, de un punto de reunión y amistad. Por que mi alma empezaba á sumergirse como en un abismo en aquella inmensidad tan plena como desolada, en aquel mundo desierto, donde, entre millares de caras, no se ve una conocida; donde, en medio de una avalancha humana, el abandono del desamor impera y llena de frío el corazón.

El movimiento del día ahogaba la voz de mi incipiente nostalgia y me mantenía en la tensión del ojo que mira y del oído que escucha, pero con la noche desaparecía el ruido de las calles y yo recordaba el amor, la generosidad, la hidalguía no encontrados fuera del terruño querido. Pensaba que allá Irene me había sonreído por que me amaba en tanto que allí hasta la mujer sonreía para engañar. La misma naturaleza, la inmutable naturaleza, era otra.

¿Qué se habían hecho aquellos cielos resplandecientes, aquellas noches tachonadas de estrellas, aquellos campos de oro y esmeralda, la música flotante de las selvas, las tintas celestes y rosas que ningún pintor reprodujo nunca, la armonía que será eterno ideal de la lira helénica, las salidas de sol que me hacían cantar y amar, los crepúsculos que me hacían meditar y pensar en el fin de la vida?

Nada de eso había allí. El hombre había extendido entre la tierra y el cielo el harnero de su civilización y la naturaleza mutilada aparecía en fragmentos desde el fondo de las calles, en trozos de cielo y parques y paseos breves como la carrera de un niño.

∴

Mi padre me escribió entre amable y sentencioso. Decíame en su carta que poco esperaba de tantos cambios, de mis mudanzas tan frecuentes como inesperadas, pues no veía qué viento podía tenerme de Herodes á Pilatos.

Agregaba que siendo yo mayor de edad, era de creer que supiese lo que hacía, por lo cual confiaba en mí y

me deseaba suerte propicia. Terminaba, como de costumbre, haciéndome presente que podía pensar en él si llegaba á necesitar algo.

Le contesté en seguida, deseoso de que saliese de todo cuidado. Decíale que había encontrado empleo en *La Patria*, *ad honorem* por el momento y con mucha posibilidad de llegar pronto á algo positivo.

A la carta de mí padre siguieron otras de mi madre y hermanas. La voz materna era cariñosa y sencilla y entraba en todas esas minuciosidades de la vida diaria que tan bien combina y arregla la mujer.

La palabra de las últimas era amorosa, gentil y perfumada. Hacía más de dos años que no veía á mis hermanas y del papel rayado y pintado, de su lenguaje y esencia de rosas, deduje que estaban hechas unas señoritas y que estas señoritas eran bastante coquetas.

∴

Me inicié en *La Patria* como repórter.

Pronto se vió que no servía para galgo de noticias. Dejábame estar leyendo, escribiendo ó pensando y los chismes se me iban de las manos.

Aquel gran diario era una máquina que yo no comprendía ó, por mejor decir, á la que no podía adaptarme; era una enorme rueda que se me adelantaba en su girar vertiginoso. *La Patria* era símbolo animado del periodismo moderno que incorporándose al espíritu del siglo, se ha convertido en cinemática de las letras. No era ya la máquina plana; era la rotativa.

De *La Patria* á los diarios á que yo habia servido, existía la misma diferencia de una traslación á una rotación. Cien por uno. Razón geométrica. De Marinoni á Hoe, medía la distancia de un año á un día. Sentido inverso que se traduce en menor tiempo y mayor trabajo, Y á tanta febrilidad mecánica, corresponde igual febrilidad personal y mental. Las máquinas, calladas, quietas. aguardan. ¿Comprendéis esto? Aguardan. Esperan. Esta espera es no se qué impaciencia muda.

El buen periodista ve en su máquina inerme no se qué pedido ó solicitud implícita, no se qué extraña inquietud de un hierro que parece una voluntad.

El periodista escribe junto á la mesa. La máquina, silenciosa, espera en el fondo del taller. Es el perro fiel que aguarda el mendrugo cotidiano. El hombre le da la ración. Es carne sacada del cerebro.

Esto, en pequeño, es hermoso. Es la inteligencia de un hombre y una máquina. Singular consorcio. Porque es también el amor de una criatura sensible y un ser inanimado. Este ser retribuye obedeciendo.

En grande es imponente. Las rotativas giran, ruedan, dan vueltas vertiginosamente, trepidan, se estremecen, se sacuden. vibran, crujen, y por instantes créese qne van á estallar. Tragan papel, tragan tinta, tragan fósforo, y el espectador se sobrecoge ante aquellos monstruos frenéticos, lascivos, famélicos, desesperados, que parecen tener el ano pegado á la boca, puesto que en un segundo lanzan al otro extremo su quilificación prodigiosa, que es un pensamiento legible y transportable.

Ante las máquinas que trabajan, el periodista descansa. Más ¡por cuántas cosas no ha pasado y cuántas más no le esperan todavía fuera de la fragua!

Yo me encontraba bajo toda esta montaña y me sentía incapaz de llevarla á cuestas.

∴

Fuí pasado á otra oficina.

El cambio me satisfizo no poco.

Era lo que había procurado, casi sin quererlo.

En adelante entraría en aquella casa sin más preocupación que la del trabajo y no tendría más tratos que los obligados con los superiores. No era que me propusiese aislarme de los amigos y compañeros de tareas; era, sencillamente, que ellos pensaban de un modo y yo de otro. Ni yo esquivaba su compañía ni ellos rechazaban la mía.

Nuestro distanciamiento se producía con la suavidad

de los declives, cual si hubiésemos estado en planos distintos. Había, además, otras razones. Ellos eran muchachos expertos, llenos del ingenio de la capital, en tanto que yo era un recién llegado de lejanas tierras, un pobre provinciano sin trato y sin discurso. Ellos tenían el alma en la cuidada mano, en la frente límpida y serena, en el pulido lenguaje, en el bien cortado traje, en todo su elegante porte.

La mía no estaba allí, y hé aquí lo que no podían comprender mis buenos compañeros.

∴

No faltaban sonrisas significativas y suaves ironías á mi lado. Me llamaben poeta, pensador, filósofo. Les respondía en igual tono: "no tanto, no tanto.....»

Ignoraban que yo llevaba del campo una fórmula infalible de pasarlo bien: no rivalizar con nadie. Ignoraban igualmente que entre mis máximas figuraba ésta, bien que vulgar: contra la estaca, lana.

Aquellos jóvenes sabían muchas cosas é ignoraban muchas otras que yo me sabía perfectamente.

En las reuniones, sentábame en un rincón, donde hubiese menos luz, y hablaba muy poco. Las indirectas iban y venían como flechas en una batalla antígua y por lo común convergían en mi. Yo las dejaba pasar sobre mi cabeza como zumbidos de insectos que nos agradan porque nos aduermen dulcemente. Sucedió así que se cansaron de sus chanzas. Este resultado, aunque previsto, no dejó de contrariarme y por muchos días eché de menos las chirigotas de mis amables camaradas.

∴

Aquellos cuadros de compañerismo (por que lo había) eran gratos á mi corazón y no dejaban de recrearme tanto como la calle y el teatro.

Los amigos, en el fondo, no eran malos y tampoco eran tontos. Eran buenos y avisores como el ambiente

que respiraban, lo segundo más que lo primero, en razón del ahorcamiento de aquella vida que les quitaba en bondad lo que les daba en ingenio. No eran de mala pasta. Eran de pasta mezclada. Observaba en ellos la promiscuidad de la inteligencia virtuosa que brilla en el pensamiento y en el bien con la inteligencia degradada que se ejercita en la intriga y en el mal. Era la primera degeneración del alma juvenil trasplantada á un escenário de vida complicada, donde el ambiente, la farsa, la hipocresía, el engaño, la mala fé, la doblez, la maldad casi, determinan la trama y presiden la comedia.

Muchos de aquellos muchachos eran provincianos como yo, más, posiblemente, el solar paterno no vería ya las huellas de sus pasos.

***

Si aquellos jóvenes no eran malos sin ser buenos, tampoco dejaban de ser divertidos. Había entre ellos muchos tipos notables. Predominaban los gorriones, seres indefensos al parecer y en realidad profundamente dañinos. Hay que tener idea exacta de lo que es un gorrión. Un gorrión es un minero. Es un minero en descubierto.

Tiene la impunidad en el rótulo. La vida está llena de estas inmunidades, que son injusticias.

Una rata sale de un agujero y se le dá un palo en la cabeza. Un halcón, en el campo, se acerca á la casa y se le dispara un tiro. Más ¿quién no arroja migajas de pan á un gorrión?

¿Y por qué se arroja pan á los gorriones en vez de espantarlos? Pues por que los gorriones son para eso y espantarlos sería no comprenderlos. El hombre debe hacer estos distingos. Y los hace. ¿Qué importa?

Hay injusticias más grandes que también pasan en silencio

El gorrión, pues, así en la naturaleza como en la sociedad, es un ratero consentido, un vividor excluido de la maldición del paraíso. ¿Porqué? ¿Será acaso porque

pide? Pasaría la disculpa si sólo se tratase del gorrión-pájaro, pero no tratándose del hombre-gorrión.

El hombre no debe pedir. Y el hombre-gorrión, hace más que pedir. Se inclina, se abate, se arrodilla, se prosterna, se arrastra, se hace un miserable. Es así como sacando poco de muchas partes, saca mucho. Por eso decía que son seres dañinos. Son un cáncer social.

Con ellos sufre la vida y sufre la virtud. Porque también suplican, ruegan, imploran, alaban, ponderan, adulan, ensalzan. Son bufones palaciegos y terminan en magnates aúlicos. De la noche á la mañana se convierten en el ideal de su admiración. ¿Cómo?

¿Por sus propios esfuerzos? No. Pedir no es un esfuerzo. Es la negativa del esfuerzo. Es el «no quiero» de la ociosidad que se humilla para robar la vida impunemente.

Pero la podredumbre ha hecho ambiente y el gusano echa alas. Triste fenómeno que revela otra faz del gorrión: el gorrión capullo, el gorrión crisálida. De este huevo funesto sale el adulón, el bufón, el besamanos, el magnate, el grande, el mandón, acaso el déspota.

∴

Entre los jóvenes de *La Patria*, había muchos que por uno ú otro concepto podían ser incluidos en la inmensa casta de los gorriones, de los vividores insignes que llenan la tierra. Uno, Lorenzo, hallábase en vísperas de graduarse de abogado. Esto no quitaba que anduviese en tratos con el gobernador de su provincia para extrenarse como juez de un departamento, luego de haberse hecho adjudicar allí un puesto público magníficamente rentado y de ningún trabajo, exceptuando el de pasar á fin de mes por la contaduría.

Otro, Salvador, era prototipo del fanfarrón audaz.

Se decía íntimo amigo de los ministros y parecía serlo, pues los detenía en los corredores y les hablaba como á los amigos del café. Por estos medios había conseguido dos empleos en las mismas condiciones de Loren-

zo. Otro, finalmente, Sebastián, había modificado el *modus vivendi* de sus compañeros. Cantaba con el amor de una bella señorita millonaria. Una mujer rica puede ser amada. Indudablemente.

Pero no por Sebastián. Luego había entre aquellos muchachos, chupistas, jugadores y viciosos de menor y mayor cuantía, toda una colección de trasnochadores y noctámbulos y una variedad profusa de descarriados.

∴

El común de las gentes ha hecho derivaciones que yo no he de modificar, porque no pretendo salir del nivel común.

Una de ellas es la de llamar vivos á los malos y tontos á los buenos. Así, siguiendo esta modernísima manera de clasificar instintos que para el vulgo son aptitudes, no diré que habíamos allí muchachos buenos y muchachos malos. Diré que unos eran vivos y otros tontos. Yo figuraba entre los últimos. Voluntariamente, por mis propios piés, me había colocado en un plano de sombra é inferioridad. No estaba solo. Tenía algunos compañeros. Eran jóvenes que vivían silenciosamente de su trabajo, sin atreverse á confiar su sangre á un aire impuro, á un ambiente asfixiante. Con ellos trabé amistad. Era la única adaptación posible.

*
* *

Para ser en un todo verídico, debo agregar que no había entre nosotros disenciones manifiestas. Existían, pero no salían á luz. Aquellas pequeñeces hervían en lo profundo sin afectar nuestra unión ostensiblemente. La civilización de la capital había pulido el trato de aquella juventud dorada y aunque el fondo fuese turbio, la forma era irreprochable. Nuestras pasiones y rivalidades, corrían por lo bajo, como los hilos de fuego de la tierra. No dejaban afuera rastros de incendio. Luego el trabajo y el lugar comunes robustecían estas formas

de solidaridad aparente. Resultaba así que la vida en aquella casa no era del todo mala. Su expresión definitiva era la de un gran hogar algo anarquizado; pero un hogar es siempre un hogar, aunque los hermanos se tiren los trastos á la cabeza. Es cierto que algunos dudaban de aquel regazo y buscaban apoyo afuera, más no importaba. Eran hijos espúreos, enemigos del gremio, vergüenza de la profesión. Y ellos mismos volvían á aquella casa para reunirse, verse, hablarse, reírse los unos de los otros, descalificarse entre si y, si podían, dañarse ocultamente.

Pero volvían.

∴

Fuera del diario mi vida era sencillísima.

Falto de recursos, había limitado los gastos todo lo posible. El dinero se me acababa y no sabía de dónde sacarlo. Seguía en *La Patria* como supernumerario. La vacante esperada no se producía. Me resistía á pedir ayuda á mi padre. Quería independizarme completamente, quería afrontar solo la responsabilidad de mis actos. Pensaba que pueden pasar la necedad y la ingratitud con un poco de orgullo que sostenga las propias acciones. Quería, en fin, mezclar mi locura con un poco de altivez, Pero la situación se hacía más y más crítica. Llegado fin de mes, el posadero de la Confianza me exigió el pago del alquiler y la comida. Le pedí un breve plazo y no me lo concedió. Me acordé del bueno de Antonio y me dije otra vez que allí eran todos unos infames. Tuve que abonar la cuenta y este desembolso acabó con mis recursos. No me quedaba un cobre.

¿Qué hacer? ¿Adónde ir? No le encontraba salida al atolladero. No quería pedir nada á nadie. Aquella tirantez despiadada y bárbara, me tenía encolerizado. Antes que doblegarme, me arrojaría por el balcón para que las piedras destrozasen mi mala cabeza.

XXII

Transitaba por la plaza de Mayo, cuando fuí detenido por una mano nerviosa. La mano se posó en mi hombro y dándome vuelta, me encontré con un caballero elegantemente vestido, de irreprochable porte. Llevaba galera, bastón, botines de charol, alfiler en la corbata, anillos en la mano y traje de esmerado corte. Era un figurín, pero un figurín agradable á la vista. Todas esas prendas quedaban bien en aquel hombre, que era todavía un joven.

No le reconocí al punto, más bien pronto me lo advirtieron sus gestos, exclamaciones y ademanes. Era Alfredo.

«¡Ulises!», exclamó él. «¡Alfredo!», dije yo. Un fuerte abrazo siguió á estas palabras. El apretó con fuerza. Así abrazaba Alfredo.

Luego me tomó de la mano y llevándome á la calzada hizo detener un coche al tiempo que me decía: «Ven. Hablaremos libremente». Una vez en el coche, gritó al auriga: «¡A Palermo!»

Entramos en la hermosa avenida y Alfredo, que no había cesado de accionar y hablar, continuó como sigue, golpeándome con gran afectuosidad los hombros y rodillas:

—Con que tú ¿eh? ¡Tú! Y, efectivamente, eres tú. Aquí te tengo. Lo veo y no lo creo. Peor que Santo Tomás. Ah, pero bien lo sabía yo:

¿Recuerdas mi adiós en la estancia? Yo te dije: «Adiós, no. ¡Hasta la vista en Buenos Aires!»

Es que yo sé que de esto nadie se escapa. Toda esta vida es como la muerte.

Vaya, vaya, lo celebro y créeme que, á pesar de todo, no has dejado de sorprenderme.

Te ví pasar y me díje. ¡pero ese es Ulises! Te seguí, y al verte con la cabeza baja, me cercioré. Sólo tú caminas así. Te detuve y aquí estamos juntos. ¡Cuánto me alegro! En adelante seremos dos. Porque es seguro que seguirás mi ejemplo, aunque quizás por otro camino. Yo

el placer, tú la gloria. Cada uno con su ideal. No habrá fuerza que te saque de aquí. Lo juraría. Mira esto, míralo bien y dime si no éramos unos bobalicones los que corríamos por aquellos campos de Dios detrás de las mariposas. Mariposas aquí las hay también ¡y qué mariposas! De aquellas que, como dicen los poetas cursis, queman sus alas en la llama del deleite.

Alfredo hizo una breve pausa y prosiguió:

---Al verte me acordé de muchas cosas tristes y no pude llorar. Qué quieres. Yo nací así como otros nacen llorones. Tal es mi forma, y mi fondo. Cuestión de cuna, de marca de fábrica, todo lo más.

Ya comprenderás que en esto no hay mérito ni desmérito.

Es cierto que no me parezco á mi padre; pero, aunque nunca me tomé el trabajo de averiguarlo, es seguro que entre mis abuelos había alguno más alegre de lo conveniente, si es que en este valle de lágrimas puede haber alegrías inconvenientes.....

***

Alfredo guardó silencio. Llegábamos á Palermo.

Bajamos del coche y nos internamos en el parque. Mi amigo prosiguió:

Quiero darte una explicación. Me creo en este deber.

¿Qué hará Raquel, Ulises? Pobre Raquel.

No. ¡Pobre de mí!

Raquel es tu prima y deseo decirte dos palabras. Fuí su novio. La pedí á Pedro.

Tú lo sabes. Pero las cosas vinieron mal. Mi padre, que en paz descanse, murió y yo vendí la estancia. Pudo parecer que me olvidaba de mi novia. No éra así, sin embargo. Por primera vez, quizás, me detuve á considerar mis acciones. Resolví olvidar aquello. Yo no sirvo para casado, y tú, que me conoces, estarás conmigo.

Confinado en la estancia, esperaba la muerte de mi padre, porque sabía que estaba muy enfermo. Más el tiem-

po pasaba y mi padre seguía viviendo. Cansado yo de amores insignificantes, me acerqué á tu prima, que era una muchacha linda y buena, y á algo habríamos llegado, seguramente, si no hubiese quedado huérfano el día menos pensado. Desaparecido mi padre, el diablo volvió á tentarme y sobre su cadáver aún caliente liquidé todo aquello y me vine á Buenos Aires. Pensé hacer un viaje á Europa, pero no conocía idiomas y además Buenos Aires me bastaba por el momento. Me quedé aquí hasta hoy. Mi vida aquí ya la irás conociendo personalmente y no de oídas Paro en el Hotel Helder, segundo piso, pieza 42. Mi alojamiento es tuyo. Allí recibo á los amigos y á las amigas. Porque tengo varias. Una es poco y es mucho, es poco porque es una y es mucho porque es la misma. En amor, la variedad es el justo medio.

*
* *

Así habló Alfredo con poca diferencia de palabras. Me creí en el deber de manifestarle que estaba completamente disculpado, que comprendía perfectamente sus razones y que también él era mi acreedor. Alfredo echóse á pensar y ayudándole yo, cayó en que me refería al dinero que me había facilitado al separarnos en su casa. Me pidió que no le hablase de eso si no quería ofenderle y que si necesitaba algo se lo dijese en seguida. A punto estuve de revelarme mi situación, pero un resto de orgullo me contuvo. Me dije que si no podía pagar la deuda, no debía contraer otra.

La conversación siguió sin apartarse de nuestras cosas. Alfredo se reía de mis aventuras en Victoria y en la casa de Edmundo. En el transcurso del diálogo incurrí en algunas contradicciones que le dejaron entrever las críticas circunstancias que me rodeaban. El me miró y me pidió que le dijese la verdad, que le hablase como á un amigo que inspira plena confianza.

Yo, que no había dejado de pensar en la conveniencia de aceptar medio tan sencillo de salir del atranco, no tuve valor para seguir negándome y le conté lo que me

pasaba. Alfredo volvió á reír y dijo palmeándome cariñosamente.

—Así, así. Lo veía. No he rodado menos que tú.

Ahora regresaremos al hotel y arreglaremos eso. Verás mi cuarto, algunos retratos que quizás te agraden, las flores de mi balcón. Cosas alegres, muy á propósito para ahuyentar dolores y matar miserias. Si, Ulises, riamos y cantemos. Este es el presente, esta es la verdad. Si dejamos pasar estas horas sin retorno ¿quién nos la devolverá después? Nada, nada, á esto, ¡que fuera de esto nadie sabe lo que hay. Adelante, pues.

*
* *

Regresamos á la ciudad sin que el diálago se interrumpiese un momento. Alfredo lo animaba con sus entusiasmos y tampoco yo lo dejaba decaer. Este encuentro inesperado, esta impresión nueva, reconfortante, rejuvenecedora, me habían despejado por completo y habíame olvidado de las recientes zozobras. Luego el pasado, las reminiscencias comunes, la casualidad de encontrarnos allí cuando menos lo esperábamos, contribuían á hacernos hablar y daban á la palabra todo el calor de los recuerdos amables y de una juventud que debíamos compartir hasta la muerte.

*
* *

De vuelta en el hotel, Alfredo me condujo á su habitación. Era una estancia espaciosa, amueblada y ornamentada sobriamente, sin decorados chillones ni colgaduras ampulosas. Un lecho grande, armario, lavatorio, velador y varias sillas componían el estrado.

Los muebles eran amarillos, los tapices blancos.

Todo el cuarto respiraba templanza. Alfredo, más francés que otra cosa, había completado el ornato según sus gustos. En las paredes y muebles sonreían figuras alegres y semblantes de mujer.

Esa noche Alfredo me invitó á cenar en el Sportman

y luego me llevó al teatro. Al separarnos volvió á ofrecérseme. Añadió que esperaba lo visitase con frecuencia y que no tuviese reparo alguno en acordarme de él si de nuevo necesitaba algo. Le dí repetidas gracias y estreché con gratitud su mano generosa.

∴

Tenía ya un amigo en la inmensa ciudad.

La amistad de Alfredo introdujo alguna variedad en mi vida igual y monótona.

Seguía trabajando en *La Patria* sin desvanecimientos y sin arremetidas.

Entraba en el diario como una sombra y salía del mismo modo. No abandonaba el puesto un momento y tenía muy pocos tratos. Este modo de ser silencioso y apacible, me había hecho simpático á los superiores. Algunos amigos, sin embargo, decían que mi pasividad era cortedad de genio y un gran inconveniente para que adelantase en la profesión. Agregaban que yo tenía sangre de pato y estaba condenado á un fracaso irremisible. Uno de ellos salió en mi defensa: Salvador, el empleado del ministerio. Dijo Salvador que no había tal, que lo que yo tenía era que estaba muy pobre y necesitaba emplearme bien, para lo cual él haría cuanto pudiese.

Salvador era fruto genuino de nuestra corrupción palaciega y sólo veía la miseria de los hombres. No miraba á la frente y antes que las manchas de la conciencia buscaba las manchas de la ropa. Era un armiño con el alma llena de cieno.

Se decía en el diario que tenía verdadera influencia ante los ministros. No me preocupé de averiguar cómo había llegado á tenerla. Era fácil imaginarlo. Abundan estos prodigios entre nosotros. Ello era que tenía fama de influyente y aparecía como rodrigón entre postulantes y ministros.

Poseía todas las apariencias de la generosidad en un fondo de pedantería sin límites. Cuando se despedía de algún pobre diablo que le acabasen de presentar, decía

invariablemente: «Me acordaré de Vd.» Por supuesto que no se acordaba como no fuese para volver á ofrecerse y exhibir continuamente su poderío Los servicios que había prestado, según él mismo, le permitían darse tono todo el día. Hablaba hasta del último portero que había colocado. Era, en fin, un protegido que quería ser protector. Evidentemente, aquel muchacho había sido cortado en el paño de los míseros con ínfulas de poderosos.

Era digno representante de una casta maldita, nacida del humus de una tierra donde mejor que los mejores méritos es hacer puente del propio ráquis.

*
* *

Salvador, pues, sallió en mi favor en la forma deprimente que queda consignada. Sólo entre los muy chicos ó los muy grandes he encontrado yo apoyo, lo primero por afinidad, sin duda, lo segundo por misericordia. Ejemplos: Ricardo en Victoria, Salvador allí; luego el señor X.

El Sr. X., uno de los redactores de *La Patria*, llegó á oídas de las muchas conversaciones y murmuraciones que mi pobre humanidad tenía la virtud de promover y también se dignó hablar en mi defensa.

Yo lo supe y temí que nunca se realizase la predicción de aquel hombre.

Con el señor X. me había encontrado varias veces en los corredores de la casa y nos habíamos saludado con la cabeza, sin entablar conversación.

Nos comprendimos mutuamente, él á mi por penetración, yo á él por presentimiento.

Una noche me llevó á su escritorio y nuestras palabras sellaron la amistad que más ha enriquecido mi espíritu, que me ha sujerido más ideas, que me ha hecho pensar y sentir más hondamente. Esa madrugada nos retiramos juntos y al separarnos el sol se anunciaba en el horizonte.

Me detuve y me pregunté si mi vida acabaría como la de aquel hombre, como aquella noche iluminada por

su pensamiento, en la aurora de un día fulgurante.

***

Me agradaba la compañía del señor X.

Este hombre era algo más que un periodista; era un pensador y un filósofo. Sin ser un espíritu razonador y yerto de esos que matan toda esperanza, tenía una conversaciòn profundamente sentenciosa. Tampoco era un enfermo del conceptismo, uno de esos indivíduos de ribetes salomónicos que de todo pretenden sacar reglas sin ver que son pocas las situaciones de la vida que permiten deducir un pensamiento. No era, en fin, una simulación, un amanerado, un afectado de la inteligencia, una mentalidad falsa de esas que solo tienen ingenio para fingir ingenio; era un pensador espontáneo, de verdadero fondo cerebral. Caviloso sin ser triste, todo en torno suyo, hasta la mesa de escribir, era grave y jovial; era como él. Porque el corrige las costumbres riendo no podía encontrar más acabada encarnación. Joven todavía, pues aún no contaba 40 años, su filosofía tenía mucho de la vida y de la juventud, y yo observaba que esto le hacía doblemente filósofo. Le hacía también doblemente simpático á todo espíritu nuevo como el mío, porque su enseñanza tenía más del aura matutina que del cierzo de la tarde. Era la ráfaga que reanima la flor sin ajarla. Y lo más admirable era que todos los rasgos de su ser moral, desaparecian bajo su voluntad. Sobre todas las fases espirituales de aquel hombre, primaba una cosa: él. Era algo así como un asceta de su propia elocuencia. Me asombraba leyendo los sobrios escritos de aquel hombre cuya cerebración no reconocía límites. Ginete de la imaginación en las expansiones de la amistad, en la mesa de trabajo sabía poner freno al potro del pensamiento y encerrar las más grandes ideas en los estrechos límites de un artículo de diario. Siendo una mentalidad lujuriosa, era un casto de la idea, aquello por naturaleza, esto por voluntad. Siendo uno se hacía otro; era el martillo de su propio yunque.

Nunca he visto un carácter mas opuesto á sí mismo, una personalidad más definida en su amplitud.

Siendo un inspirado, era un cuerdo.

Reunía las tres condiciones de eficacia literaria: forma para agradar, inteligencia para convencer y sentimiento para subyugar. Era muy ilustrado. La cuestión de derecho, el punto legal, robustecían el poder sujestivo de su palabra. Colocado á gran altura, debiendo hablar á instruidos é ignorantes, tenía para los primeros su erudición y para los últimos el chasquido de sus párrafos acerados. Estos párrafos simulaban la torsión de un látigo y otras veces eran armoniosos como mandatos de bondad. Me admiraba viendo en él tantas contradicciones y armonías y así se lo confesé un día ingenuamente. El dijo por toda respuesta. «Esto es el periodismo.»

***

Mi amistad con el señor X. fué estrechándose más y más. Aquel hombre extraordinario manifestaba no se qué predilección por mi pobre y tibia compañia y llegó á interponer su influencia para que se regularizase mi situación en el diario. Dejé de figurar como supernumerario y se me asignó un sueldo modesto pero que me permitiría vivir con menos estrechez. En conocimiento de sus buenos oficios, me apresuré á agradecérselos. El repuso que los servicios recibidos no obligan á los hombres, que la obligación es hacerlos y no agradecerlos.

***

Estas intimidades de un joven con un hombre ya formado por sí mismo y por la vida, fueron fecundas para mi espíritu.

En ellas he bebido la luz que se reflejaría en estas páginas si el maestro no hubiese vivido deformado en el discípulo como la idea divina en el cerebro del creyente.

Terminada la labor, entraba en puntas de pié en el escritorio del señor X. El escritorio estaba á media luz.

Tres grandes armarios llenos de libros, rodeaban la mesa. Reinaba silencio. Se respiraba ambiente de pensamiento, de erudición. Aquel cuarto estaba lleno de voluptuosidad científica.

El señor X. advertía mis pasos y levantaba la cabeza, y sonreía. Esta sonrisa era la gracia del talento sensible, de la superioridad afable.

Hay hombres así: buenos porque son grandes. La bondad es una forma de inteligencia. Comprender es perdonar y amar. Dios no sería todo misericordia si no fuese todo inteligencia y sabiduría.

El señor X. era uno de esos hombres. El me devolvía en enseñanza lo que yo le ofrecía en hílaridad. Y todo con la sonrisa en los lábios. Jovialmente me reducía á mis justas proporciones. Hablándole de lo que yo llamaba mis aventuras, me hizo notar muchas cosas que hasta entonces no había yo advertido. Me preguntó qué distancia había de la estancia de Pedro á Victoria y le repuse que veinte leguas. Se echó á reír y dijo que Ulises se había detenido á las veinte leguas creyendo hallarse en el confin del mundo.

Agregó que todo mi episodio era falso y mis dolores la famosa penitencia de Don Quijote.

En efecto---dijo---¿quién me había echado á rodar por el mundo teniendo familia como tenía y campo para más útiles iniciativas?

Sólo un capricho podría ser. En consecuencia, mi drama era infundado, puesto que no surgía de una situación de la vida sinó de mi imaginación voluntariosa. Yo había procedido conmigo mismo como los malos dramaturgos que no sabiendo presentar un ambiente, hacen tragedia á base de arbitrariedades literarias y, lo que es peor, de agravios al sentido común.

*

De las conversaciones serias pasábamos á las trivia-

les y yo observaba cómo el Sr. X. magnificaba las cosas más nimias. Aquel hombre unía á la sobriedad de Jerónimo la unción de Crisóstomo y la sabiduría de San Agustín. Sesudo y cuerdo como era, era también un mago de la imaginación. La amplitud de sus concepciones era extraordinaria. La envergadura de su cerebración necesitaba el diámetro del abismo. Tenía idea formada de todas las cosas. Había leído y estudiado mucho y pensado mucho más y sobre esta base de hierro su mentalidad desbordante resplandecía como un sol sobre una cùpula. El se llamaba «hombre orquesta» y decía que el periodismo le había hecho así. Yo pensaba que si acaso era así, era una orquesta grandiosa, un mar sonoro con oásis, una selva con frondas, un águila y un ruiseñor.

Era de todo. Poseía á fondo las ciencias sociales, sin poseer ningún título. Le llamaban sin embargo «doctor» y cuando venía bien declaraba que no lo era. Pero era un docto.

XXIII

Una tarde fuí á visitar á Alfredo en el Hotel Helder.

Llegué á tiempo. Mi amigo se acicalaba para salir.

Me hizo tomar asiento y luego de departir un instante bajamos á la calle.

Subimos á una victoria y Alfredo dijo al cochero: «siga».

El vehículo entró en la avenida, punto obligado de partida y regreso de todo paseante.

Buenos Aires sólo tiene, hasta ahora, un bulevar: la Avenida de Mayo. Esta gran vía reune á los viajeros más opuestos del país. Los que no se encuentran en ella, es porque no están en Buenos Aires.

∴

Durante el paseo Alfredo se mostró tan pronto alegre como triste. Parecía presa de sentimientos encontrados. Lejos ya, bajamos del coche y Alfredo lo despidió

diciendo que seguiríamos á pié porque el médico le había recomendado que hiciese ejercicio. No sabía que hubiese visto al médico y le pregunté si estaba enfermo . Respondióme que no creía estar enfermo, no obstante lo cual se había hecho examinar porque desde hacía dos ó tres meses se sentía acometido de raras sensaciones de cansancio, hastío, disgusto, nostalgia y temor. El médico le había dicho que era un principio de neurastenia y debía cuidarse mucho, con lo cual no estaba conforme, por que él no comprendía la eterna mentira de la humana prudencia. No vivir hoy para vivir mañana---dijo Alfredo---era algo que no cabía en su razón. Cuidarse. resguardarse ¿para qué?

Renunciar á todo para después, si acaso, volver á la plenitud de la vida ¿no es esto---agregaba---abrir á la existencia un paréntesis inútil? Vivamos hoy como sea posible porque nunca falta una teja que cae, una bala perdida.

El azar es traidor y hay que prevenirse. La verdadera previsión está en no trocar el presente por el futuro. Nadie puede seguir la parábola del destino, casi siempre alevoso.

La voz de Alfredo era triste al pronunciar estas palabras. Lo miré y advertí en su rostro insólita palidez. Calló el y yo, súbitamente extrañado, lo incité á obedecer al médico. Sonrióse con lijero desdén y los dos guardamos silencio.

Este rapto de melancolía pasó cual nube leve en cielo de otoño.

*
* *

De regreso al hotel, nos encontramos con dos amigos de Alfredo y seguimos juntos.

Luego de presentármelos, Alfredo dijo por uno de ellos, Enrique: «Este es poeta como tú». En seguida dijo por el otro, Jorge:

«Este no es poeta, pero juega á las carreras.

Tiene un ojo notable. Vá á puras fijotas.»

Con chanzas así, Alfredo amenizó la charla del camino.

En el hotel nos separamos. Enrique y Jorge siguieron cada uno por su lado.

*
* *

Me acostaba al amanecer y me levantaba á las dos ó tres de la tarde. El horario era pésimo y me convertía en noctámbulo muy á pesar mío. Hacía de la noche día y del día noche. Era una vida subvertida y perra No obstante, aunque en los primeros tiempos sufrí mucho, llegué á habituarme á ella. La noche concluyó haciéndose el estado normal de la vida especial que llevaba y también algo así como mi segunda querida. En ella encontraba no sé que extraña voluptuosidad y hundido en su sombra, me sentía en mi elemento. Empezaba á amarla, y en virtud de un trabajo interior simultáneo, no tardó el día en parecerme raro, singular. Las pocas veces que me levantaba antes de las doce, miraba el sol y me parecía un intruso del firmamento. Me extrañaba ver un cielo con sol. El astro que veía yo todas las tardes, era el de la oración, hora en que el sol es un globo informe de fuego, una vasta ignición del poniente. Algunas veces, sin embargo, la mañana me recibía con todas sus galas y la luz tibia y acariciadora me reconciliaba momentàneamente con la naturaleza.

∴

Periodistas hay que parecen cómicos. Llevan en el semblante la palidez del encierro y en la mirada la expresión melancólica de un sueño contenido. Algunos presentan arcos en los pómulos y otros, ojos salientes, ligeramente coloreados y de mirada fija. Se observa en ellos una pronunciación marcada de cada temperamento. Los nerviosos se hacen más nerviosos, los apáticos se hacen más apáticos. Acercàndose se notan modalidades

que difícilmente se encuentran en los demás hombres. En efecto, renunciar al descanso de la noche, es para éstos un sacrificio tremendo. Para ellos es lo corriente y no les cuesta el menor esfuerzo. Son animales de costumbre en mayor grado que los otros. Están hechos á todo. Viviendo perpetuamente desvelados, consiguen no desvelarse. No obstante tienen sus recursos: el café, el tabaco, á veces el alcohol, el billar, el teatro, las aventuras, otras veces los excesos.

Estas cosas son su excitante, son para ellos algo así como el Oporto para los febricientes.

Luego se observa que tienen marcada predilección por la noche, cual si ésta fuese lo normal dentro de la anomalía de su vida. Esta vida es especial, casi única, y el cuerpo llega á amoldarse aparentemente á ella. Sus hábitos, sus costumbres, hasta sus vicios, se incorporan al organismo y resulta así una fisiología propia, excepcional. La subversión de estas vidas, se resuelve en formas de normalidad aparente y para constatarla se hace necesario evocar la gran metodología de la naturaleza. Pero generalmente ocurre que á la vía de comparación se adelanta el castigo condigno á la infracción de las eternas leyes que obran en nosotros.

***

Estos periodistas son los que trabajan de noche. Son víctimas de su oficio, que parece ideado á propósito para hacer bohemios, viciosos y enfermos, toda una especie de beduinos y degenerados de la ciudad.

Algo de la licencia tácita de la noche se mezcla con él. Hay en él algo del libertinaje de las sombras, que son un consentimiento.

Encierra algo así como un reto implícito al orden y á la virtud de la vida y de la naturaleza.

El sol es un ojo y el día vigila, la noche es un manto y encubre. Los hombres que nos ocupan, se ocultan en ese manto.

Hay en el oficio del periodista nocturno vicios y pe-

ligro. Los vicios proceden del oficio y el peligro de los vicios. El vicio continuado, pide más vicio. Incorporándose al organismo, crea una fisioligía especial y deja de tener una razón de costumbre para tener una razón de cuerpo. Y estas ruedan no largan. Son un engranaje fatal. Diez años de vida así, bastan para subvertir toda una existencia. El cuerpo queda lleno de reliquias y el alma apegada á una manera de vivir que posee la rara virtud de los abismos: atraer y matar.

*
* *

Volví á visitar á Alfredo en el hotel.

Deseaba preguntarle cómo se sentía y si cumplía la prescripción facultativa para en caso contrario amonestarlo amistosamente.

Empujé la puerta y entré. Alfredo no estaba solo. Una mujer le acompañaba.

Presentí que algo pasaba entre ellos. La mujer, que pareció no advertir mi llegada, tenía la cara vuelta y casi oculta entre las manos apoyadas en la mesa.

Temí haber sido indiscreto y me detuve de pronto. Alfredo me indicó una silla.

Un rayo de luz otoñal atravesaba las colgaduras del balcón y daba á la estancia lúgubre aspecto.

La mujer seguía con la cabeza entre las manos, inmóvil y como absorta.

Alfredo la dijo por mí:

Julia, saluda á este amigo.

Ella se volvió y me saludó con una inclinación de cabeza. Quiso sonreír y la sonrisa fué un gesto. Yo ví dos ojos grandes y negros que parecían haber llorado. El rostro recobró su anterior posición y no ví más.

En su rápido movimiento, aquel semblante apareció ensombrecido por la triste claridad del cuarto y por secreto dolor.

Advertíase que era mujer jóven, una muchacha todavía, delgada, trigueña, de frente breve, nariz lijeramente cóncava y ojos árabes.

Vióse también su gracia melancólica, no se qué mezcla de alegría muerta y pasión viva. Todo se reflejó en la mirada fugaz de aquellos ojos negros y brilladores.

Alfredo, con la mano en el marco de la puerta, casi dando la espalda á Julia, miraba afuera, al cielo donde las altas nubes se deslizaban velozmente.

Los tres callábamos Era una escena muda, una de esas escenas de cansancio en que se siente adentro el peso de lo impondrable.

La muchacha se puso de pié y extendió la mano á mi amigo:

---Adiós---le dijo---no volveré á molestarte.

El la despidió con benevolencia.

Alejóse Julia y quedamos solos.

Hice á Alfredo algunas preguntas y supe que aquella mujer había sido su amante; que era de Cádiz, hija de un marinero del puerto; que era una muchacha buena y le daba por las sensiblerías, por lo cual, quizá, él no la había comprendido; que al dejarla le había enviado dinero y ella se lo devolvió diciéndole que no quería su oro y, en fin, que había ido allí á preguntarle si debía olvidarlo para siempre.

Alfredo le repuso que para siempre no, pues él nunca estuvo por lo absoluto, de modo que, andando el tiempo, acaso viese lo nuevo en lo viejo.

Era la única esperanza que podía darle, el único aliento que podía infundirle.

Seguimos conversando de cosas indiferentes y antes de retirarme interrogué á Alfredo sobre su salud. Hizo un gesto y contestó:

—Bah ¿te acuerdas de eso? Yo no.

Apropósito, el otro día, hojeando una revista, leí que la mayor parte de los neurasténicos se suicidan. A mi me parece que es cierto.

Me estremecí y poniéndome grave, dije á mi amigo:

—Eso ¿lo has leído ó es un pensamiento en ti?

Oh, Alfredo, cuídate, mira que la salud es asunto delicado.

—Lo sé, pero, oye, no te pongas serio. ¿Tendré yo

que darte el ejemplo?

Si me notas triste procuras consolarme y cuando estoy alegre, eres tú el triste. Vivimos desencontrados.

Ea, menos tragedia, y adelante, qué diablo.

Y echó atrás la cabeza como desafiando algun fantasma que tuviese en frente de sí.

∴

Mi situación en *La Patria* no había variado Seguía alejado de los camaradas y sólo me trataba con el señor X.

Los amigos continuaban ocupándose de mí, favor que no merecía por cierto, y decían que mi recato era infelicidad pura. Tenían razón.

Ser como yo en medio de tantas ambiciones inconfesables, era, verdaderamente, demasiado cristiano.

Yo mismo me lo decía, y por instantes pensaba que acaso fuese más razonable seguir el mal ejemplo que vivir con blasfemias en la boca que eran veneno en el alma y protestando eternamente de injusticias é iniquidades incurables. Considerando las circunstancias que me rodeaban, decíame que, como en Victoria, estaba allí abocado á otra prueba decisiva. Tenía á la vista la senda de espinas en que me hallaba y la senda florida del sibarita. ¿Cuál seguir? Mi voluntad flaqueaba, y á solas, de noche, en la obscuridad y silencio del cuarto, entreveía casi delirante el montículo de la grandeza y mis labios calenturientos se acercaban á la copa de la embriaguez desconocida. Ambición, también yo te he sentido.!

Estas fiebres solían durar toda la noche.

La aurora entonces me sorprendía con los ojso abiertos y, cosa singular, el día me reconciliaba con el sueño. El sol era el San Jorge del dragón sombrío que empezaba á devorarme.

∴

Salvador se me nabía apersonado muchas veces pa-

ra enterarme de la maledicencia de los amigos. Había agregado que no les hiciese caso porque ellos eran los verdaderos desgraciados; que lo que yo debía hacer era procurarme un buen destino de gobierno, con lo cual les taparía la boca y para cuya consecución él podía ayudarme mucho interceciendo ante el ministro. Cuantas veces me habló así, le repuse agradeciéndole sus buenos oficios y pidiéndole que no se tomase tal trabajo porque no aceptaría ningún empleo de esa naturaleza. Añadí que no confiaba en ellos y le conté lo que me había pasado en Victoria.

Salvador dijo:

---El ejemplo que me pones, no sirve. En provincias la política es variable y puerca.

Hay que venir aquí, aquí está Buenos Aires, la gran capital del sud, aquí resuena el clarín que turba el oído atento de los ambiciosos. Aquí está el porvenir, Ulises, y si me oyes llegarás al congreso, y como eres poeta hablarás allí en nombre del pueblo. Ahora sígueme. No te engaño. Lo primero que hay que hacer es ir á la casa rosada. Mañana te llevo, si quieres.

Le contesté que no, que era inútil, y finalmente, con toda ingenuidad, le dije:

--Yo tengo hecho un voto ante el monumento de un héroe: ser honrado.

El me miró sin comprender, aunque comprendió lo suficiente para reírse. Seguramente pensó también, como los demás amigos, que de mí no se podía sacar nada bueno.

XXIV

Era el 25 de Mayo de 1895. Día de gloria. Aún resonaban en mis oídos los ecos marciales de la marcha de Ituzaingó. Mi corazón rebosaba de amor pátrio.

Esa mañana había leído el capítulo homérico de la epopeya y me había entregado á hondas meditaciones. Por una coincidencia, llovía también, como en la otra mañana.

Esto favorecía mis recuerdos, auspiciaba mi nostalgia cívica.

Pensé en aquella memorable mañana lluviosa, en aquella plaza llena de una multitud que vociferaba bajo el agua y entre las brumas, en aquel cabildo desde cuyos balcones un hombre daba al pueblo la primera palabra de libertad.

Resplandeciente aurora de la emancipación ¿cómo olvidarla? Tanto valdría como olvidar el hombre los años de la juventud, la esposa el prólogo de la vida, la novia las dulces y terribles vísperas de su corazón, la adolescencia las horas de la infancia.

El génesis nacional ¿Qué puede haber más tierno para la mente visionaria del ciudadano y mas eficaz para el civismo?

Es el suave estremecimiento del alma que escucha como armonías lejanas traídas por el viento del pasado y de la historia la leyenda de la patria y es también fuente inexahusta de libertades públicas.

¿Quién no se siente conmovido y reconfortado ante la promesa de una patria grande, libre y cívica?

¿Quién escuchar puede el primer grito de libertad vibrando otra vez en la llanura amada sin sentir en sí algo del fuego antíguo reavivado bajo sus cenizas?

Imposible es no tener recuerdos así en días tales y más imposible no sentirse enternecido y como ganoso de ser también un luchador, un benemérito, un héroe. El alma temblorosa del ciudadado se vuelve al pasado, y encuentra en él su ejemplo, su enseñanza, su guía, su ruta. Todo el civismo vive y se mantiene de ese manantial de virtud espartana, de esa vestal sagrada que salva el último resto de luz en los grandes eclipses de los pueblos.

Yo lo experimenté así en aquellos momentos.

***

Desde muy temprano, seguían las hosannas sin interrupción. Repiques, bombas, tiros, cohetes. Los bada-

jos resonaban sobre la inmensa techumbre. Aquello era una orgía de campanas, un himno público que se elevaba de la tierra al cielo en acción de gracias. El coro popular poblaba el espacio de notas alegres, vibrantes, jubilosas.

El mal tiempo no detenía á nadie.

La gente entraba en las calles. La llovizna fina y penetrante que caía, cesó á las doce. Dejé los libros y salí á la calle. Me dirijí á la plaza de Mayo.

En ese instante las brumas se desvanecían y un torrente de luz inundaba la plaza. Las tropas, formadas, la rodeaban y presentaban armas. Las bayonetas brillaban al sol como rayos de guerra.

Terminó el Te Deum Los soldados desfilaron correctamente, El pueblo los aplaudía y las damas les arrojaban flores. Las bandas ejecutaban marchas militares. Clarines, pifanos, tambores. En las veredas un pueblo entusiasmado, en los balcones mujeres que batían palmas. Vivas, aplausos, flores.

Las tropas desaparecieron y la marea de vehículos y peatones invadió todas las vías de tránsito.

El cielo se había despejado por completo. Un sol de otoño brillaba débilmente en lo alto. La tibieza del ambiente convidaba á solazarse al aire libre. La poblaciòn, en coches, tranways ó simplemente á pie, invadía los paseos y pueblos adyacentes. Los cafés y salas de espectáculos, rebosaban también de concurrencia. Había público para todo. La fiesta nacional tenía desiertas las casas. La casa era la calle.

En días como aquél, parece obligatorio echar una cana al aire y hasta los más parcos se dicen vengan copas. Arrastrado por el público, salí á caminar. Miraba y admiraba la ciudad, que se me antojaba desconocida.

Anduve así toda la tarde y á la oración fuí en busca de Alfredo y lo invité á ir al teatro.

∴

A la salida del teatro, nos dirijimos Alfredo y yo al

café «El Diván», situado en la calle Piedad y que por aquel entonces era punto de reunión de buena parte de la juventud porteña.

Llamábase así por un gran sofá previsoramente colocado en el salón. Podían sentarse en él diez ó doce personas y á ciertas horas de la noche se le veía ocupado por indivíduos que miraban jugar ó dormitaban hasta la hora de cerrar la casa.

Era amplio y muelle y algunos se dormían en él profundamente y lo hacían tan bien, tan cómodamente, que al despertarlos el dueño para cerrar el negocio, se retiraban despejados, frescos, sin vapores en la cabeza.

Habían dormido como en su casa, habían pasado la noche. Conocí un cómico que sin parecer otra cosa que un parroquiano cualquiera, se hospedó (cabe decirlo) en "El Diván" durante seis meses de cesantía.

Se procuraba el sustento arrimándose á la mesa de los amigos y dormía en el sofá como un mirón cualquiera que ha sido vencido por el sueño. Le llamaban "El Abonado". Era un sujeto de vida invisible, uno de los muchos individuos que se mantienen de esas formas de hospitalidad pública, uno de los tantos representantes de la inmensa grey de los que viven de todos y de nadie. Era un gorrión.

"El Diván" estaba lleno de tipos así.

∴

«El Diván» no pertenecía á ninguna clase social. El cosmopolitismo de Buenos Aires, imprime, con mayor ó menor fuerza, este sello de vida profusa y heterogénea á todos sus parajes públicos.

Se reunían allí toda clase de gentes: cómicos, hombres y mujeres, artistas, estudiantes, viejos adinerados y calaveras, mujeres alegres, jóvenes tristes (esta tristeza gusta de aquella alegría) toda esa población suelta y perdida que la noche echa á la calle en las grandes ciudades. "El Diván" no admitía otro carácter. Era para la noche, para la aventura, para el exceso.

Se cerraba al aclarar y se abría en las prímeras horas de la mañana.

De día se le veía desierto y á medida que las horas pasaban, se iba poblando,y animandò como siempre. De noche tenía cocina y un comedor para las parejas que llegaban. El café propiamente dicho miraba á la calle y en el fondo estaban los billares y el diván que daba nombre á la casa.

En otro salón, finalmente, semioculto, se jugaba. Lúculo y Vitelio se daban la mano, así como el juego, la francachela y el noctambulismo consuetudinarios.

Todo esto era «El Divan».

∴

Habiéndonos encontrado con Enrique y Jorge, les invitamos á seguir juntos.

El lector recordará que Enrique era un soñador, un poeta, y Jorge un jugador á las carreras con pretensiones de catedrático.

Estos jóvenes tan opuestos, andaban siempre juntos. Paraban en la misma casa, y además Jorge tenía tan metida en el meollo la chifladura de la suerte, que quería hacer del amigo un discípulo modelo y acaso un perito en la materia.

Esa tarde, Jorge, diciendo que el día era grande y había que honrar la patria, consiguió llevar al hipódromo á Enrique y hacerle jugar la mitad del sueldo. Al propio tiempo, asegurando que era la fijota mayor del mundo, compró cien pesos de boletos para el mismo caballo.

El favorito del catedrático comió cola y mientras Jorge se reía, Enrique perdía el color y poco faltó para que perdiese el sentido.

Los amigos nos hacían el cuento y Enrique juraba que no cometería más locuras, á lo que el otro replicaba que entonces no saldría de pobre. Yo aprobé la resolución de Enrique. Alfredo callaba.

∴

Llegamos al café. "El Diván", como de costumbre, no ofrecía un lugar desocupado. Todas las mesas tenían dueño.

Era imposible ubicarse allí. Alfredo entonces se dirijió al salón comedor y entramos en él. El salón era amplio, bien decorado, con pinturas de amor y de placer.

Al presentarme yo, de una mesa cercana partieron vivas y aplausos. Miré y ví reunídos á varios compañeros de tareas. En *La Patria* no se trabajaba esa noche y los amigos nos saludábamos al vernos.

Eran Lorenzo, Salvador y Sebastián, el futuro abogado, el empleado del ministerio y el novio de la señorita millonaria. Tres jóvenes dichosos. Estaban con otros jóvenes á quienes no conocía. Al mirarles, aplaudieron otra vez y me saludaron con los sombreros. Estas demostraciones no fueron grotescas, por que mis amigos sabían conducirse. Fueron finamente sardónicas, como todo lo que de ellos se dirijía á mi. Yo les dije. "Ya veo que estáis alegres y me alegro también."

Trajeron champagne á nuestra mesa y declaré que no bebería un sorbo si no llamaban una ambulancia. Alfredo dijo que todos teníamos que beber y que si llegaba á sentirme mal, me fuese al diván á dormir.

Jorge y Enrique apoyaron estas palabras y llenaron sus copas. Alfredo hizo otro tanto, y no pude rehusarme.

Jorge declaró que no sólo bebería sino que también brindaría por la buena fortuna de todos los jugadores de la tierra, á lo que Enrique objetó que el voto era irrealízable porque si todos ganaban ¿quiénes perderían?

Al decir esto, el pobrecito suspiró profundamente.

∴

El salón se había ido llenando poco á poco. Veíanse algunas parejas y de rato en rato otras entraban de la calle.

El vino corría con profusión.

En algunas mesas se comía. Yo había optado por beber y no lo hacía del todo mal.

Jorge volvió á su tema favorito y de pronto, con entusiasmo hasta cierto punto explicable, se puso de pié y pronunció estas palabras: «¡ A tu salud, raudo y noble Alacrán!» No dijo más y volvió á sentarse. Los circunstantes se rieron y yo le pregunté quién era Alacrán.

Repuso que era el caballo á cuyas patas había jugado esa tarde.

«Que brinde Ulises»—dijo una voz á mí espalda. Dime vuelta y vi que era Lorenzo quien hablaba. Recordé cierta promesa no cumplida. Yo había contado en *La Patria* la aventura del discurso que pronunciara en Victoria por encargo del director de *La Ley* y los amigos, sonriendo indescifrablemente, manifestaron que desearían oirme hablar en público, sobre todo improvisando, si era posible. Les prometí complacerlos en la primera oportunidad que se presentase.

Casualmente, la oportunidad había llegado.

«¡ Que brinde, que brinde!»---repitieron Lorenzo y Sebastián. No sabía cómo salir del paso.

Por un lado no quería y por otro quería. El temor, un temor vago mezclado con vergüenza, me detenía. Los recuerdos, el día y la sidra, me tiraban. Los pedidos se repitieron y arreciarou. A los otros amigcs se agreron los de mi mesa y cediendo á tanta instancia, me puse de pie con la copa en la mano y quise hablar. Las palabras no salieron y mi mano nerviosa dejó caer el líquido.

Me acordé de Victoria y, aleccionado, subí á una silla con la copa en alto y dije: "Haré una breve improvisación. Más para ello necesito tema y no es propio que yo lo elija. Dádmelo vosotros. Tú, Lorenzo".

Lorenzo vaciló un instante y repuso. "La fecha de hoy, el 25 de Mayo, la patria."

No esperé más y seguí hablando así: "¡Oh casualidad de casualidades ésta! No vuelvo de mi asombro al ver aquí reunidos á todos los dispersos de la noche.

Me habéis pedido que brinde y voy á complaceros. Deseo, sencillamente, amigos míos, la bienandanza de todos vosotros.

Brindo por ti, Lorenzo, por la feliz terminación de tus estudios, por el prestigio de tu título, por la dignidad de tu toga; por que cuando vuelvas á tu provincia y seas juez, no prevariques y no seas un Pausanias de la ley, un Judas del pueblo; por que si andando ó sin andar el tiempo, ya que las improvisaciones están á la orden del día, te nombran diputado, no arrojes á la calle la llave que te abrió las puertas del congreso y no seas un Juliano, un blasfemo de la constitución en el propio recinto de las leyes; por que si andando más el tiempo llegas á ministro, no seas cosa distinta de lo que debes ser; por que, en fin, no seas un fámulo brillante, una mentalidad de mal oculta librea, y si un verdadero mandarín, un hombre de sano consejo; por que, por último, la justicia quede agradecida de tus servicios y honrada con tu hombría de bien, el pueblo convencido de tu rectitud y lealtad y el estado deudor del contingente de tus luces y de tu patriotismo.

Brindo por tí, Salvador, por que nunca te falte el empleo del mínisterio que alienta todas las esperanzas de tus veinte años, aunque, si se me permitiese hacer indicaciones, yo te indicaría ocupaciones más provechosas y caminos más seguros.

También brindo por ti, Jorge, por que no marren las cuatro patas en que te apoyas, quiero decir, por que nunca fallen las fijotas que tantos y tan laboriosos cálculos te cuestan. Y por tí, Alfredo, mi protector, mi cireneo una y diez veces, por que tu mano generosa no tenga que renunciar á amparar, honrar y enaltecer la amistad, Y por tí, Enrique, imágen y semejanza mía, pobre visionario de un ideal imposible, por que sígas inspirándote en la memoria de tu novia muerta, que preferible es ese camino al de tus amigos, que piensan y dicen que los muertos al hoyo y los vivos al boyo.

Brindo por todos vosotros, mis queridos amigos, por la juventud de mi patria, tan dignamente representada

en este lugar y en esta hora de grandes recuerdos.

Brindo por la esperanza, por la fe, por que confiemos en la vida democrática.

Brindo por la realización del ensueño de Mayo, porque los luchadores de 1810 sigan viviendo en nuestra memoria y empiecen á vivir en nuestras acciones.

Brindo por el resurgimiento espiritual de la juveutud argentina, por el advenimiento del imperio de la ley en toda su latitud y fuerza, por la libertad asegurada, por la justicia enalteccida, por la devolución de los derechos arrebatados al pueblo, por que esta patria sea fuerte como Esparta y civilizada como Atenas, por que realice el pensamiento de Licurgo y el pensamiento de Solón.

Brindo por la grandeza de la república que será ¡si! poderosa y moral cuando nuestra sangre haya concluído de pasar por el crisol del trabajo y del libro.

Y ahora dejádme decir que, malos ó buenos, somos hombres y si quizás no sabemos vivir, sabemos morir, y si la patria pelígrase uu día, estaríamos todos presentes para inmolarnos en sus aras.

¡Alegría, alegría! La patria está segura.

¡Viva la patria!

XXV

Al volver una tarde á «La Fonda de la Confianza», me encontré con mi padre.

Fué una sorpresa. No le esperaba.

Había ido á Buenos Aires por asuntos de su profesión y en el deseo de visitarme.

Al ver la casa en que paraba y el cuarto desmantelado, me insinuó la conveníencia de que me mudase á lugar más seguro y decente. Se había dado cuenta de que vivía entre beodos y rateros.

Fuimos á *La Patria* y lo presenté al señor X, que hizo de mi muy buenos acuerdos. Esto no obstante, pude notar que se retiraba con una impresión triste: yo no adelantaba.

La visita de mi padre, fué breve. Tenía que regresar en seguida. Me pidió que abandonase aquella fonda, me dió, como siempre, muchos buenos consejos, me dejó algún dinero y partió.

∴

Alfredo y yo eramos ya dos hermanos.

El lo había querido así. Este muchacho generoso y espléndido, vivía en los demás tanto como en si mismo. Gozaba ó sufría con los otros y su mayor empeño era atar á los amigos á su carro de placer.

Guiado de otra manera desde los primeros años, habría sido capaz de todos los sacrificios, de todos los heroísmos, de todas las abnegaciones.

La nobleza ingénita de su corazón decía bien á las claras que no era un muerto para la virtud. Era un ofuscado. Fácil era ver que su alma se había salvado del desorden de sus costumbres. Poseía enteros los bellos atributos de la juventud: el sentimiento noble y el impulso heróico. Desconocía por completo el límite donde la bondad acaba y la maldad empieza. Calificado en justicia, se habría dicho que era un muchacho de buena índole y malos hábitos.

El arranque levantado y la acción dadivosa eran su característica. En medio de sus vicios, era una juventud íntegra. Jamás la doblez halló cabida en su pecho.

Era un carácter franco, abierto, y por eso desconocia hasta las formas violentas de la sociedad que lo repudiaba por desordenado y vicioso. Nunca fué falso.

Era sincero amigo de todos. Si le hubiesen dado á buscar la fórmula del universal concordato, la habría encontrado en el deleite. La orgia no era para él un cenáculo, era una fiesta de amistad, de confraternidad. Lázaro no habría esperado á su puerta. Era feliz y quería que sus amigos lo fuesen á la par suya. Era desprendido y no faltó ingrato que llamase estulticia su generosidad. Sólo yo entré á besar por vez postrera la mano helada del amigo muerto.

Así era Alfredo. Así fué mientras le conocí, hasta que una enfermedad sabia ó vengativa llegó para convertir la alegría en dolor y el placer en remordimiento. Pero Alfredo no aceptó la lección y con su propia mano se arrebató á la luz de este mundo.

∴

Entre ambos no había dudas, ni vacilaciones, ni desconfianzas, ni secretos. Eramos uno.

Por el más que por mi. Yo le tenía en gran estima y le estaba muy reconocido por su fina ayuda, pero faltándome iniciativa por mí situación precaria, era él quien me arrastraba para correr juntos la caravana de la juventud.

Dueño de una gran fortuna, se había relacionado extensamente y á ese mundo fastuoso quiso llevarme é incorporarme, pero yo no accedí. No podía mantener un rango como el suyo y no quería pedir á la consideración social el salvoconducto que me faltaba, y así se lo manifesté con toda franqueza. El me dijo que no fuese tan modesto, que toda aquella sociedad era de aluvión y se había formado de individuos llegados como él de las pampas ó de allende el mar. Yo lo sabía bien y la razón decisiva era que me agradaba más la sombra. A él le quería más para amigo en la intimidad que como lazo de unión con un mundo en el q' yo nunca podría vivir. Nuestras vidas no se alejaron por eso; siguieron deslizándose paralelamente porque las circunstancias de lugar que nos separaban momentáneamente, no podían entibiar el efecto que nos profesábamos.

∴

La mujer conocida en la habitación de Alfredo, había reaparecido en mi mente como una de esas visiones que algo nos dejan.

No era una idea fija. Era una intermitencia. Volvía y desaparecía.

Era una aparición vaga, tenue, vaporosa.

La veía como envuelta en una nube y como una nube cambiaba de forma en el cielo de mi fantasía.

Luego recordaba las palabras de Alfredo. Según ellas, aquella muchacha había amado y sufrido; había vivido.

No era un corazón sin historia sinó un corazón capaz de comprender la grandeza del amor exaltado en las contrariedades de la vida y, sobre todo, capaz de sentirlo

Esta historia de dolor, esta noble pasión que yo suponía en aquella vida ignorada basado en los pocos conocimientos que de ella tenía, rodearon á Julia á mis ojos de no sé que aureola, de no sé que prestigio concordante con el ideal mío.

Aquella súbita presentación, aquella muchacha llegada de lejanas tierras, aquella amante abandonada, aquel semblante bello y triste, bastaron para que forjase un episodio que ya se había bosquejado en las obscuras fijaciones de mi ensueño.

De esta suerte Julia era una aparición preconcebida, la confirmación en la vida de una ficción del pensamiento. Yo la había presentido, la había adivinado, casi la había creado en mi imaginación profètica. Era, si, la inspiradora objetiva de la sensación de lo lejano que experimentara mi alma nostálgica.

En ella había algo de la ola, del azar, de la borrasca, del señorío y de la majestad, pues, ya lo dijo el poeta, el destino puede hacer ramera á quién Júpiter hizo nereida. ¿Qué importa eso? Emigrar, cantar, llorar, caer, levantarse, rodar, amar y ser mujer ¿qué puede haber más poético?

Resaca del mar, Julia llegaba á mi como una de esas aves que anuncian la primavera, Heraldo de mis alegrías retrasadas era ella. Al fin cesaría el viento que helaba mi juventud, la soledad que envenenaba mi alma. Tendría en mi cuarto el calor de una linda muchacha y no vagaría ya por las calles como un papanatas. Los momentos en que el trabajo me dejase libre, los pasaría á la sombra de mi novísimo árbol sensato y familiar, en

cuya rama cantaría aquella alondra ciega y transida.

En medio de aquel torbellino, yo amaría. Haría mi nido en la pared de una fábrica.

∴

La ilusión era verdad, pues.

Y empecé á amar las miserias de aquella existencia perseguida. La encontraba semejante á la mía. En mis visiones de la noche, nuestras vidas formaban un ángulo cuyo vértice no estaba lejano.

A veces entreveía á Julia como un angel caído que se levantaba y venía á mi con la rama de olivo. Entonces, lleno de piadosa unción, hacia mi santa compañera de aquella desdichada como yo.

Llegué á preguntarme si los dos no seríamos una adaptación, una armonía.

Ambos vivíamos, no en los horizontes luminosos, sino en los horizontes libres. Y también en las tinieblas hay consorcios, camadas, hogares. heroísmos y abnegaciones. ¡Oh gran mundo sombrío de mis ojos y de mis amores!

Mi aurora, que debió ser Laura, no había brillado ni brillaría ya ¿y no llegaría la oración para que aquel carbunclo se encendiese en mi juventud crepuscular?

∴

Interrogaciones todas que quedaron sin respuesta.

Seguí recordando á Julia y empecé á buscarla.

Alfredo no la había visto más y no sabía dónde paraba. Julia había desocupado el cuarto que su amante le alquilaba y en la casa ignoraban su nuevo domicilio.

Pregunté en los teatros, en los cafés, en todos los lugares y á todas las personas que tienen motivos de saber algo de las vidas sueltas.

Nadie supo darme razón.

Julia no aparecía en las calles y ni siquiera en el conocimiento de las gentes.

∴

Una débil esperanza me quedaba: sorprender a Julia entre los transeuntes de la Avenida de Mayo, por cuyas aceras pasa en pocos días toda la población de la capital.

Cierta noche presenciaba el interminable desfile cuando en una mesa próxima se produjo un tumulto.

Los circunstantes se habían puesto de pié y algunos vociferaban con enojo. Los gritos aumentaban el desorden.

Me acerqué y en el centro del grupo ví dos hombres que se miraban en actitud hostil.

---¿Y quién eres tú?---dijo uno.

—No te importa. Y tu eres un vil si no respetas esa mujer.

En esto intervinieron los presentes y la mujer causante del incidente se alejó con presteza.

Pasó á mi lado y al ver sus facciones quedé sorprendido.

Era Julia. Llevaba una pequeña canasta en el brazo y casi huía.

Corrí trás ella. Salimos de la avenida y la iluminación, menos profusa, me incitó á darle alcance.

Así lo hice. La llamé por su nombre, la detuve, la extendí la mano, la pregunté qué había pasado y por último si recordaba haberme visto alguna vez.

Vuelta de su asombro, respondió que le era cara conocida, que me había visto con Alfredo, que el incidente no tenía importancia. Se debía á que ella andaba vendiendo flores no obstante empezar el otoño. Un joven gracioso le había dicho que el tiempo estaba más para dormir acompañado. Estas y otras palabras atrevidas provocaron el altercado. Pero eran las últimas flores de la estación y, además, había encontrado ubicación en los coros del Teatro Rivadavia. Se retiraría de la calle, que ya la tenía cansada, y allí podría verla, si quería. Dijo esto cándidamente y le contesté que sí, que iría á verla pronto.

∴

Seguía viviendo en La Confianza. Recordando el pedído de mi padre, no quise que volviese á sorprenderme en aquel lugar y busqué alojamiento más decoroso. Alquilé cuarto en una casa de hospedaje. Hallábase situado en el último piso, desventaja que importaba dos ventajas: baratura y aislamiento.

Si bien el aspecto de la casa era de orden, el interior no honraba mayormente la virtud. Alojábanse allí cómicos, empleados y estudiantes, gente toda más ó menos inquieta y alegre. Se comía á todas horas, porque unos se levantaban cuando otros se acostaban. La patrona era infatigable y jamás protestaba. Llamábase Estrella.

Fuera de esto, las apariencias eran de seriedad. El paraje era céntrico y no podía haber escándalos. Todo se hacía á puertas cerradas.

Me dije que el exterior me convenía y el interior también. Podría vivir acompañado sin que el íntimo bullicio de mi alcoba llamase la atención de nadie.

∴

Mi cuarto quedaba en el tercer piso de la casa que era el último. La ventana daba al río y desde ella se dominaba gran parte de la ciudad. Por la noche la abría para que el aire se renovase y solía quedarme abismado en las tinieblas.

Esto ocurría al volver del trabajo. El otoño había entrado y las noches eran largas. Disponía, así, de una ó dos horas para meditar, leer ó escribir. Varias veces cogí la pluma sin ningún resultado. La obra no salía. La estrofa no despuntaba. Pensé que no era llegada la hora de la revelación y que debía aguardarla aún.

∴

Ah, cuánto había esperado á mi Egeria.

A veces había creído sentir sus pasos junto á mí, en los ojos su chispazo, en la frente su ráfaga cálida, vivificante, creadora; había mirado y, nada. Afuera se extendía el campo frígido de mi gran desilusión, sin ecos y sin rumores, sin genio y sin alma. Era que la estepa debía seguir desierta por mucho tiempo todavía.

Yo lo sabía, yo poseía el secreto de aquel cielo glacial, la razón de ser de aquel témpano de mi juventud. Y sabía también que abandonándome rompería el hielo, la bóveda sombría que sobre mi pesaba como una capa de plomo. Sabía esperar. Poetas, no os afaneis porque las musas son vuestra predestinación. Sabía, sí, que tarde ó temprano nacería esta extraña planta ramificada en la vida y florecida en la ilusión, este árbol de verdad y mentira, este libro raro como yo. Cuándo, no lo sabía; no me era posible saberlo; debía ser una sorpresa, talvez una casualidad más.

Sí, surgiría al fin la Anfitrite de mi inspiración del profundo y aquietado lago del espíritu. La mujer entrevista, esquiva, misteriosa, adorable, entraría en mi carpa y con ella la aurora y el despertar. Así tenía que ser, una aparición, un deslumbramiento, un capricho ¡ay! una nueva veleidad.

Así es el genio. *Numen femina.*

Si, la inspiración es mujer.

∴

En la soledad del cuarto, cuando bajaba á la vida común de los seres y las cosas, pensaba en Julia.

En la habitación contígua, alojábase un matrimonio jóven. Esta vecindad que al principio no llamó mi atención, empezó á preocuparme. Era un cuadro vivo que me agradaba y era también un ejemplo.

La vecina no carecía de atractivos y, en razón de mi horario, cuando el marido estaba ausente, yo permanecía á su lado. Parecíame que no me miraba con malos ojos y decían los inquilinos que no era casada. Esto, si era así, facilitaba cualquier aventura, aunque también

pensaba que el derecho á una mujer, no lo da la ley sino el amor que ella profesa. Además, el hombre estaba ahí y yo no quería historias. Tenía comparado el amor á la mesa; lo prefería sin apuros, sin sobresaltos. No quería que se me indigestase el amor.

Diciéndome que sólo un imbécil puede perseguir á una mujer casada ó en la situación de aquella, suponiendo que no fuese casada, renuncié á toda idea de conquista. Pero la cuestión quedaba en pie y el caso era que ellos estaban acompañados el uno del otro y yo estaba solo. Esto me incitaba. Recordaba á Julia.

De día veía á la vecina, de noche la oía. No era tan sólida la pared que no me permitiese escuchar, si así puede decirse, el coloquio cercano. Percibía ruidos de muebles, pasos, voces, movimientos. Mi imaginación hacía lo restante.

Se enfermó el vecino y su mujer le subió la comida, le llevó té, pasóse una tarde poniéndole cataplasmas, lo atendió, lo cuidó, le devolvió la salud. La vecina se me hizo simpática. Simpatía espiritual.

*
* *

Cierta noche fuí al Teatro Rivadavia. Esperaba encontrar á Julia, pues suponía que ya se hubiese incorporado á los coros, como me lo había dicho.

Alquilé un anteojo y desde la platea pasé revista al escenario. No dí con ella. En un entreacto, me introduje furtivamente en los bastidores, subí á los camarines y pregunté por Julia. Me dijeron que había reñido con la tiple y el director la expulsó. No sabían más, ni siquiera dónde vivía.

La muchacha había desaparecido y encontrarla era dar con una aguja en un pajar.

Comencé á buscarla de nuevo,

Recorri los teatros, el Casino, el Royal, los cafés cantantes. El resultado fué negativo. Visité á Alfredo y le conté lo que me pasaba. El dijo:

—No te aflijas así. ¿Una mujer? ¡Hay tantas! Son las arenas del mar, las ramas del bosque. Y todas son iguales. Las mismas formas, el mismo espíritu. Siempre la misma canción, el eterno paisaje. No he encontrado una diferente. ¿Dónde está el misterio que los poetas cantan? Han palpitado en mis brazos sin ofrecerme una novedad, una curiosidad, una intriga. Ay, y son toda mi vida. Por eso me pregunto á veces si esto nada más es la vida.

No, imposible, imposible.....

Y un celaje furtivo obscureció el semblante de Alfredo.

XXVI

Seguía el Sr. X. iluminando y nutriendo mi espíritu. Ánfora traslúcida, me brindaba toda su claridad en conversaciones y pláticas ya graves, ya lijeras y siempre profundas.

Pero yo era más su admirador que su discípulo. Me hablaba más al sentimiento que á la razón. No lo aprovechaba; lo gustaba. No era su alumno; era su humilde rápsoda. De aquí resultaba una cosa: mi convencimiento. No hay martillo mejor que éste: la conmoción. Aquel hombre me subyugaba, me arrastraba. Era para mi un ejemplo vivo de palabra y de hecho. Sabía de él algunas cosas que me lo hacían aún más admirable. Pudiendo haber llegado á ministro, había preferido la independencia de su soledad.

Poseía el verdadero concepto de la grandeza: ser grande por serlo, no por parecerlo. No quería aparecer, no quería mostrarse. Era uno de esos hombres que son su público, su aplauso, su admiración. Quería mirarse y verse á si mismo altivo, libre, grande. El decía que no se hacía así, que era así.

Vivía sobriamente. Era soltero. Gustaba de la ropa negra. Como todos los que piensan mucho, era parco. Comía poco, dormía poco y bien. Era sano. Sin esquivar

las mujeres no las perseguía. En aquel hombre había algo del San Antonio de Flaubert. Esto se explica cuando se es así. La pureza del pensamiento hace amar las soledades virginales. Acaso haya razones más positivas, En el abandono se medita mejor. Todo ruido importuna al cerebro en actividad. El templo de la idea, como el otro templo, exije silencio profundo. Le cuadra también la frase del poeta: hay en su umbral un ángel con el índice en los labios.

***

El señor X recibió carta de mi padre, quien le pedía encarecidamente me guiase en el trabajo, que me hiciese estudiar, que se me impusiese como á un niño que lejos de la familia necesita una mano interesada y enérgica que lo conduzca y lo lleve por buen camino. La carta era casí confidencial y parecía reflejo de una gran preocupación. Agregaba mi padre que yo andaba así por mi voluntad y acaso porque él no se había mostrado todo lo severo que las circunstancias lo habían requerido. Pero aún así, añadía, creía que yo podría formarme solo con el consejo y la ayuda moral de un hombre superior.

El señor X, hizo cuanto pudo por dar satisfacción á mi padre. Llegó á proponerme que fuese á su casa para estudiar todos los días, una ó dos horas, bajo su dirección. Pondría sus libros á mi disposición, me guiaría en la lectura, cuya selección era cosa muy esencial, para que en poco tiempo aprendiese mucho y pudiese ocupar en el diario un puesto más importante.

Yo no acepté. El insistió y le pedí que no hiciese de su amistad, que era para mi un encanto, un compromiso, una obligación, un mandato.

Le dije que quería paladear hasta el último momento las horas de libertad, de grandeza, de vuelo espiritual que él me proporcionaba; que cernirse así valía más que revolver los códigos é inquirir la ciencia almacenada de

las bibliotecas; que no me importaba ignorar á qué se llama domicilio legal porque si me lo preguntaban un día, respondería que fuesen á buscarme á la tierra común, á las selvas, á la morada de las águilas.

*
* *

El brindis pronunciado en «El Diván», empeoró mi posición entre los camaradas de *La Patria.*

Me lo explicaba. Allí no se podía decir la verdad. La norma general de conducta, era mentir, mentir y mentir. Quien hablase con el corazón en la mano, cavaría su huesa. Ese solo tendría ya amigos entre los infelices como él. Los demás le ladearían la cara y en el ostracismo purgaría su atrevimiento.

La sorda hostilidad de los compañeros, arreció en torno mío y únicamente Salvador continuó acercándoseme para hablarme como él solía hacerlo. Decíame que en vano me estaba haciendo mala sangre porque yo no arreglaría aquellas cosas, que á protestar inútilmente era preferible entrar en danza y seguir la corriente. Me daba éstas y otras lecciones de funambulismo y concluía ofreciéndome su ayuda para hacer rabiar á los otros. De aquel ambiente de rivalidad y bajas emulaciones, Salvador había recogido su parte y ella se traducía en el apoyo que me brindaba. Hay generosos así, por antagonismo, en contra de unos, en favor de otros y en honor de nadie.

Salvador figuraba entre ellos y, además, como dicho queda, era fatuo, pagado de si mismo, y era servicial, no por virtud, sino por ratificar así lo que él mismo llamaba su poderío.

Bajo esta apariencia de generosidad, flotaba la hinchazón efímera de su petulancia incurable.

Yo no dejaba que me arrastrase y lo tenía siempre á discreta distancia. Un dia le dije:

—Quiero ser en el cesto la fruta sana.

El repuso.

—Imposible. En el cesto no son las manzanas sanas

las que curan á las enfermas, son éstas las que enferman á las sanas. De modo que si no sales del cesto....

Y calló.

El vaticinio de Salvador debía cumplirse.

∴

Después de las últimas pesquisas infructuosas en busca de Julia, volví al café "El Divan".

Sabiendo que en él se reunía gente de teatro, pensé que talvez la muchacha apareciese por allí. En esta esperanza, muy vaga, empecé á frecuentar aquellos lugares.

Aflojado y casi roto el vínculo de las amistades, torné á la calle en procura de despreocupación y de olvido. Esto robustecía el singular interés que aquella pobre muchacha había despertado en mi.

Ahora más que nunca veía á Julia como á la mariposa negra de mi atardecer.

Para mi era. si, aquella desventurada digna de quien como yo casi era un réprobo. Eramos tal para cual, doliente ella y sombrío yo. Afinidad que sería una compenetración y lo más sólido y eterno que el amor puede contener.

⁂

Comía en una fonda cercana y me iba á «El Diván». Terminada la tarea en el diario, volvía allí. Aquel lugar, así, empezó á atraerme. Lo que fué un propósito se hizo una costumbre y luego un vicio. Algo de lo que es el desvelo había en aquel recinto y ese algo me llamaba. Aquel insomnio atraía á mi insomnio. Los que no han vivido así, no comprenderían, por mejor que lograse explicarme, los encantos de una amada extraña que yo he tenido: la noche. El que «El Divan» me proporcionaba era uno de esos encantos.

La noche es ¿cómo diré? Es algo así como la espera, el recuerdo, la inminencia, el interés y aún la impaciencia de los que viven en su seno. Los noctámbulos ven

en la noche la cara de Venus. Piensan en las sombras y piensan en la querida. Es así que la noche concluye haciéndose una segunda amante, una amante inmaterial.

No se ofrece en persona porque no es una persona, pero llama chitando como las mujeres alegres. Hace más: prepara, arregla, encubre, consiente. Más que una querida es una Celestina, una alcahueta. Sus pliegues y repliegues parecen llenos de no se qué libertinaje mudo, de no se qué licencia inconfesable. Este consentimiento tácito, convierte la predisposición en instinto y el instinto en pasión. La noche incita, instiga, excita. Es una conspiradora, una conjurada contra el orden y la virtud. Se comprende que hablo de la noche bajo las grandes techumbres y para ciertos seres, que hacen legión. Para otros la noche es descanso, salud, recogimiento; para algunos seres, muy escasos, tiernos y puros, es poesía. Y en todos los casos, la noche, que es una faz astronómica, es otra forma del espíritu. Para el filósofo es un enigma, para el creyente es una revelación. El hecho es que todos la miran y la contemplan.

Esta es la gran gloria de la noche.

Yo la miraba sobre la gran ciudad. la miraba refugiada en «El Diván» como en un tugurio, con todos sus pequeños y grandes vicios. «El Diván« era algo así como una porción de noche á mi alcance. Aquel antro parecíame un ser susceptible de ser amado. Y lo amaba.

∴

Hallábame como de costumbre en «El Diván» cuando un hombre que tenía trazas de cómico tronado, se me acercó cautelosamente y preguntándome si le daba permiso. se sentó sin esperar respuesta.

El hombre empezó á contarme una historia de dolor.

Dijo que era artista de teatro y se hallaba sin trabajo desde hacía tres meses; que tenía la mujer enferma y varios hijos que pasaban hambres, por todo lo cual se veía obligado á desprenderse de algunas alhajas de su esposa, que era artista como él. Diciendo esto sacó un es-

tuche del bolsillo y dejó brillar á la luz un juego de aros. En seguida empezó á encarecer la joya sosteniendo que era de oro legítimo, que valía por parte baja cincuenta pesos y la cedería por treinta con tal de hacerse de algún dinero y salir del duro trance por que pasaba. Le miré fijamente y él, volviendo los ojos á la luz, pidió que el cielo le dejase ciego si la alhaja era mal habida. Sentí lástima y pensando en Julia, en un lindo obsequio para el día en que la encontrase, resolví adquirir los aros.

Retirábase el artista cuando se me ocurrió preguntarle si por casualidad no conocía á Julia, cuyas señas le dí con toda minuciosidad. Noté en él algún asombro, más no me llamó la atención. Vaciló algo y repuso que la conocía, que vivía en la calle Tucumán, cerca de la avenida Callao. No recordaba el número de la casa. Agregó que había sido compañero de Julia, que habían trabajado en el mismo teatro; que hacía dos semanas, más ó menos, Julia había sufrido un accidente al estrenarse como bailarina, y que según había oído decir, el médico declaró que quedaría inútil para las castañuelas. No sabía más. Fuése y quedé pensando en aquel hombre, en los aros, en Julia, en el accidente y en la casualidad del hallazgo.

Pensando más y mejor, recordé que había visto á aquel hombre dormido en el sofá del café, que le había visto vagar como un ocioso, y temí que sus palabras fuesen pura mentira y la alhaja fruto de una ratería. A punto estuve de arrojar los aros á la calle. No lo hice y guardé el estuche en un bolsillo interior, como si temiese algo. Me alejé de allí entre temeroso y contento. Había dado con el paradero de Julia.

*
* *

Al siguiente día me lancé en busca de la casa de la calle Tucumán. Tomando lenguas, no tardé en encontrarla. Pregunté á la encargada si allí paraba una joven

que se llamaba Julia. Respondió que sí y siguió hablando con sorprendente verbosidad.

Dijome que la tal jóven no tardaría en ser despachada porque hacía dos meses que no pagaba el cuarto ni la comida y los tiempos no eran para tratar con inquilinos así. Se me cayó el alma á los piés. La encargada preguntóme si quería ver á Julia para anunciarme. Pensé que para qué acercármele con las manos vacías, sin poder ayudarla en su afligente situación. No tenía dinero. La compra de los aros había reducido considerablemente mis contados recursos. Era mejor ver de conseguirlo en alguna parte y volver en auxilio de Julia. Me decidí por lo último. Dije á la encargada que no temiese, porque Julia le pagaría hasta el último centavo.

Ella repuso con un ¡hum! de desconfianza y agregó que estaba escaldada, desengañada de promesas, pues lo mismo le había asegurado el hombre que acompañaba á Julia y que había desaparecido de allí sin que se le viese más la cara. No advertí esta revelación y me alejé de la casa pensando cómo podría socorrer á Julia,

Necesitaba dinero. ¿De dónde sacarlo? ¿Cómo obtenerlo?

Pedir adelantado al diario era desequilibrar mis finanzas en forma imprudente. Luego disponía de algunas prendas vendibles, más eran recuerdos de familia, regalos de mis padres, y sólo en último extremo me desprendería de ellas. Por este lado, pues, no había salida.

No me quedaba más recurso que la amistad, el favor de algún amigo generoso que quisiese ayudarme ayudando á Julia. Me acordé de Alfredo.

Algo de lo que es el rubor me subió al rostro y deseché la idea. Alfredo me había tendido la mano muchas veces y no sería decoroso abusar de su desprendimiento. Pero no había otro remedio.

Luego me dije que no pediría para mi sino para una muchacha menesterosa. Por otra parte, Alfredo nada preguntaría, no pensaría mal, no diría nada, y además recurriendo á él, no hacía otra cosa que aceptar sus ofrecimientos. Por todo esto, me decidí á verle y

contarle lo que ocurría Alfredo respon lió con la generosidad de siempre.

*
* *

Iba á la casa de Julia. Iba contento.

Llevaba los aros comprados en «El Diván» y dinero para pagar á la encargada.

Llegué á la casa. La encargada me indicó el cuarto de Julia. La puerta estaba entornada.

Dí un golpecito en la hoja y pregunté si se podía. La voz de Julia respondió de adentro.

Entré en el cuarto.

Julia no había reconocido mi voz y se sorprendió al verme. Paróse y quiso adelantarse.

Algo la detuvo y quedó inmóvil junto á la silla, con el brazo apoyado en el espaldar. Nos estrechamos la mano con fuerza y quedamos mirándonos. Las primeras palabras formaron un balbuceo incoherente. Los dos estábamos impresionados y parecía que no nos dábamos cuenta de cómo nos hallábamos allí. La dije que tenía conocimiento de su percance, que lo había sentido mucho, que iba á verla en el deseo de saber cómo seguía de la luxación y si podía serle útil en algo.

Ella, ante estas palabras que eran toda una confesión, dejó entrever por los ojos y el semblante la alegría que le causaban. Repuso luego que el accidente le había contrariado mucho porque era el fracaso de sus esfuerzos por aprender algunos bailes españoles y ver de esta manera de aumentar sus recursos.

Después de abandonar el teatro Rivadavia—siguió diciendo—no había encontrado ocupación hasta que el director de un café cantante, diciéndole que tenía buen cuerpo y buenos brazos para las castañuelas, le propuso hacerle enseñar el baile. Aceptó. Fuerza era hacer algo. La miseria se acercaba y, por otro ladó, la paga sería mejor.

Empezó el aprendizaje con tanto interés, que en poco tiempo pudo presentarse en las tablas. El estreno había

sido anunciado por los diarios con un nombre llamativo y en cartelones de letras gordas de diversos colores. ¿Respondería ella á tanta ponderación?

Llegó el momento de prueba. Un gran gentío llenaba la sala y esperaba con impaciencia.

Salió á escena, giró sobre los pies, levantó los brazos, las castañuelas sonaron y....¡cataplúm!

La bailarina rodó por tierra y quedó tendida. Un falso movimiento la había hecho caer.

El público estalló en risas, patadas y silbidos.

Muchos aplaudieron. Ecuanimidad popular.

La bailarina fué sacada en andas. No podía caminar. El golpe había sido recio.

El director echaba sapos y culebras. En la sala seguían los gritos, silbidos y aplausos.

En esto del relato, Julia exclamó:

—¡Se mofaban porque no sabían que yo estaba allí por un hijo!

Y calló de pronto, cual si involuntaríamente hubiese hecho una revelación.

Yo la pregunté:

—¿Pero tú tienes un hijo?....

—No he dicho nada. Después lo sabrás. No te enfades. Después lo sabrás todo.

—Julia, Julia....

Ella hizo un gracioso mohin y dijo:

—Eh, no es nada. Fuera penas. Todo pasó. Este pobrecito ya está sano. Míralo.

Y dejó ver el pié lesionado, envuelto en una zapatilla pequeña y blanca.

Me incliné y quedé de rodillas junto á ella.

Julia siguió diciendo cosas ligeras, nimias, triviales que yo escuchaba como el revoloteo de un pájaro. La miraba y miraba el pié que se había herido por un niño. Ella hablaba en el tono confidencial del sentimiento. Yo continuaba mirándola como el visionario de un ser siempre fujitivo y que cree soñar y delira al encontrarlo al fin. Miraba la zapatilla blanca y recordaba el accidente las risas, los silbidos, las burlas con que la impiedad res-

pondía al amor y al heroismo de una mujer que era madre. Y, súbitamente, cogí aquel pie con mis manos y lo besé, y lo cubrí de caricias y besos.....

. . . . . .

---Ulises ¿qué haces?.....

---Tú eres él corazón que mi corazón buscaba.

¡Tú!

---¿Pero es cierto que me quieres tanto?

--¡Te quiero!

*
* *

—Julia, toma este dinero que traigo para tu hijo.

—¿Dinero?.....¿Tú?.....¿Y por qué has de darme dinero?

—Si me quieres, no tengas secretos conmigo.

—Te quiero, á tí, solo á tí.

—Julia.....Pero no, díme la verdad, no me ocultes nada. Toma esto para tu hijo. Tómalo, Julia, buena, noble, grande, tómalo.

—No. Si á mi hijo le falta pan, lo alzaré en brazos, me iré á los muelles y me arrojaré al río.

—Calla, no digas eso.

—Es que estoy cansada, Ulises.

—Tú tienes la culpa. ¿Porqué no aceptas ayuda de los que quieren ayudarte?

—Porque no. ¿No sabes lo que he hecho con Alfredo.

Me ha desairado, me ha abandonado, me ha reducido á estos extremos y luego me ha alargado un billete como diciéndome: toma y véte, y déjame en paz.

Tú que llegas no seas así y yo te quedaré muy agradecida.

Dame tus palabras, tu mano, tu compañía, tu corazón, si eso qua dices sentir no es un engaño de tu juventud.

Quedé admirado, deslumbrado casi.

Tenía en la mano los billetes, que tampoco eran míos, y los estrujé, los rompí, los hice pedazos y arrojé

al suelo los fragmentos.

—¡Ulises!

—Deja ¡Dios proveerá, Dios proveerá!

.·.

—Julia, quiero hacerte un obsequio.

—¿Qué es?

—Un par de aros. Aquí los tengo. Para tí los compré. Tómalos.

Y le extendí la alhaja comprada en «El Diván».

Julia abrió tamaños ojos y exclamó:

—¡Mis aros! ¡Son mis aros!

—¿Tus aros?.....

—¡Si, si, son ellos, son ellos! ¡Ay qué suerte!

Ya los creía perdidos. Son regalo de Alfredo.

¡De Alfredo! Presente de su inconstancia ¿porqué vuelven á mí? Pero ¿de dónde los traes? ¡Ah, ese infame, ese infame!

—Los compré á un hombre, en un café. Aquel hombre decía que su mujer estaba enferma, y sus hijos sin pan, me lloró miserias y...,...

—Si, si, bonito cuento te hizo. ¡Oh, que canalla!....

—Pero no comprendo.....Explícate.

—Ese hombre era mi amante. Ulises, mira quién soy yo.....

Necesidades apremiantes me obligaron á entregarle mis pocas joyas para que las vendiese ó empeñase. Ya ves cómo ha cumplido. Se fué y no volvió. Es seguro que ya no tiene ni las alhajas ni el dinero. Me engaño y te engañó, pobre Ulises. Más yo te quedo muy agradecida. Eres bueno conmigo.

Oh, Julia, ríete y no me agradezcas nada. Pero ese pillo pagará las que ha hecho. Iré á buscarle y lo traeré de una oreja para que te pida perdón y te devuelva lo que te ha robado.

—No, déjale. Es un desgraciado. Mira, me alegro.

Asi se irá y no volverá. Quedaré tranquila, dichosa contigo...

En seguida me puse en movimiento para llevar á Julia conmigo. Hablé á la patroua, la señora Estrella, y la muy liberal me contestó con una mirada y una sonrisa que encerraban un mundo. Hizo más. El matrimonio que dormía junto á mi cuarto, se había retirado de la casa el día antes y la señora Estrella me ofreció, por el mismo precio, la habitación evacuada, que era algo más grande y tenía cama para dos. Las gentes alegres suelen tener estas liberalidades con la alegría. Es una especie de solidaridad que se establece y se traduce en hechos así. Acepté en el acto y di mil gracias á la patrona por su buena voluntad.

Pronto quedó listo todo y sólo faltaba que llevase á Julia á mi cuarto. Comeríamos en la misma casa y la señora Estrella tuvo también la generosidad de admitir que le pagase á fin de mes y no por adelantado la doble pensión.

El traslado de Julia se hizo de noche, única condición que la señora Estrella creyó conveniente imponer. Escrúpulo inútil y muy disculpable por cierto después de las muchas atenciones que había gastado conmigo.

XXVII

—Julia ¿dónde has nacido?

---En Cádiz. Mi padre era marinero del puerto.

---¿Vive tu padre?

---Murió. Se cortó la cadena del guinche y la carga le aplastó la cabeza.

---Quedaste huérfana.

---Si, porque mi madre ya no existía.

Una vecina me llevó consigo. Poco después el capitán del buque en que mi padre servía, fué á visitarme, dióme algunas monedas de oro, me besó en la frente, me recomendó á la vecina y partió. Algún tiempo más tarde, volvió á presentarse en la casa.

Yo era grandecita; tenía dieciseis años. La vecina

no había cesado de aconsejarme que siguiese al capitán, porque el hombre me quería, era rico y con nadie estaría mejor que con él. Ella podía ausentarse ó desaparecer y yo quedaría sola en el mundo. El capitán, á su vez, me trataba con gran cariño y confianza. Era inglés, alto y rubio. Entraba en mi cuarto, se sentaba á mi lado y me pedia que le mirase. Decía que le gustaban mis ojos. Todo esto me parecía extraño y no me desagradaba. Después de mi padre, aquel hombre era el único que me había mostrado cariño. No era feo y pronto vi sus intenciones, porqué sabrás tú que á nosotras no nos engañan así como así. Mi primer sentimiento fué de resistencia, más todo estaba preparado para que cayese. A las caricias paternales siguieron los besos ardientes. Luego un abrazo, y otro, y otro. ¿Comprendes? Una noche, estando yo en la cama, el capitán entró en mi cuarto. Me dió verguenza y me cubrí la cara con las cobijas. Pensé en mi padre muerto y quise huir para salvarme ante su memoria. Mi cuerpo desnudo incitó á aquel hombre que me tomó en sus brazos de hierro y me llevó á la cama como á un niño. Allí procuró calmarme, se arrodilló á la cabecera, me habló al oido, me dijo muchas palabras tiernas, bajó la luz de la lámpara, volvió á acariciarme, á besarme, á abrazarme. ¿Qué podía hacer yo?

Nada, y nada hice. Estaba rendida, vencida, entregada. ¿A quién llamar? ¿A quién recurrir? Miré en torno mío y me ví sola; con él en aquel cuarto á media luz. Busqué un apoyo, un socorro, un efecto, y le ví á él otra vez. Me hablaba con dulzura y me miraba con cariño, y mi enemigo fué mi amigo. Callé, quedé quieta, y algo le dijeron mis ojos, porque se recostó á mi lado y apagó la lámpara.....

.....

*
* *

A la madrugada, cuando volvía del trabajo y entraba en el cuarto, Julia se despertaba. No se dormía profundamente. Había dormitado esperando mi regreso.

Cambiábamos algunas palabras,y me daba las buenas noches como significándome que era hora de descansar. Al otro día me despertaba á las doce, me preguntaba cómo había pasado la noche y arreglaba el cuarto. Yo bajaba, tomaba el desayuno, porque sintiéndome inapetente por lo general, no almorzaba.

Al regreso encontraba todo en orden. La cama hecha, el cuarto barrido, las cosas en su lugar. Julia me esperaba. Desde ese instante disponía de cuatro horas que pasaba en su compañía en charlas frívolas y juguetes que parecían de niños. Hablábamos, gritábamos y nos corríamos en la estrechez del cuarto. Hacíamos un escándalo de nuestra intimidad. Cuando se descuidaba, le arrancaba las peinetas y la bata y la hacía caminar con el cabello suelto y los brazos al aire. Cediendo á instancias mías, empuñaba las castañuelas que había gnardado cuidadosamente y bailaba en mitad de la pieza.

Yo llamaba á esto «probar el pie», como alusión al accidente de la noche del debut.

El pie seguía resentido y á los pocos giros agudo dolor detenía ála bailarina. Julia se entristecía. Decía que estaba inutilizada, que no podría ayudarme como era su deseo, que era una carga para mi y valía más que nos separásemos antes de que mis padres ó mis sentimientos ó la fuerza de la vida nos alejasen bruscamente. Su voz perdía el timbre cristalino y se hacía grave y profunda.

Los lábios dejaban de sonreír alegremente y los ojos se ensombrecían. El fondo de aquella alma aparecía.

Era Venus modelada por Anacreonte: contento y risas por fuera, pasión y angustia por dentro.

En esos momentos se me aparecía encantadora, adorable. En el rostro antes placentero se dibujaba el surco de las lágrimas y buscaba la manera de atormentarla, torturarla, por el placer que me proporcionaba su dulce temblor en mis brazos. La decía que según lo convenido, los dos eramos dueños de retirarnos en cualquier instante, lo que,no podía inquietarnos, porque las cosas preocupan cuando esclavizan, más nunca cuando no esclavizan. Ella respondía que sí, dócilmente; que me obede-

cería, me seguiría y se iría cuando se lo dijese, sin protesta y sin réplica.

Esto diciendo apoyaba la cabeza en mi hombro.

Pobre Julia ¿sobre qué piedra descansará hoy tu frente?

∴

A veces Julia mostrábase inusitadamente contenta y llegaba á sentárseme en las faldas. No era impúdica. Tenía raptos, transportes en que parecía querer entregárseme toda entera y venía á mì y me extendía los brazos y me miraba con sus ojos moriscos. ¡Que ojos! No he visto otros iguales. Eran grandes, negros y luminosos; parecían hechos para enloquecer hombres. Si no enloquecieron ninguno, fué sin duda porque Julia no sabía usarlos.

La belleza femenina es como las armas, que no disparan solas. No basta poseerla; hay que saber emplearla. La mujer de salón conoce bien estas cosas.

Pero es de presumir la perspicacia que podía haber en Julia. Debatiéndose en un medio hostil que la volvía huraña, en vez de levantar la cabeza y decir «estos son mis ojos», la ocultaba y arrastraba en la sombra su mirada divina.

⁂

Julia era delgada, fina, nerviosa. Era como para tenerla en las faldas. Largos ratos solía pasar sentada sobre mis rodillas; entonces gustaba yo la perspectiva exquisita de su carne morena y deliciosa. Liviana y quebradiza como un junco, se doblaba y su cuerpo envolvía mi cuerpo.

Entonces su corazón se abría y por momentos creía sorprender en sus ojos y semblante algo huraño y bravío, algo que parecía venir de su pasado azaroso; súbitamente se hacía gitana, me obrazaba bruscamente, sacudía la cabeza y pronunciaba palabras delirantes. Se ha-

cía sensual y su frágil busto se dilataba en la turgencia voluptuosa del deseo. Me clavaba la mirada, me apretaba con fuerza, me cubría de besos y de fuego en el incendio de todo su ser y encima de todo esto me echaba su alma adoratriz y salvaje.

De pronto, diciendo que sentía frío (entraba el invierno) se apuraba á ponerse la bata. Se vestía, se arreglaba, procuraba hermosearse. Yo le servía de espejo, porque la media luna se había roto y la señora Estrella no tenía apuro en reemplazarla. No importaba. Julia se miraba en mi. Se peinaba con gran esmero, se acicalaba, y á cada rato preguntábame qué tal le parecía. Le respondía que bien, pero no tanto como con el cabello suelto, el corpiño por traje y las formas libres. Un dia la dije: «Te afanas en vano. Yo querría verte en el centro de un lago, desnuda y recibiendo en los hombros un rayo de sol.

Así serías más linda.

¿Puede compararse la belleza vestida con la belleza sideralizada?»

Ella no comprendió y no obedeció. Quería agradarme. Era coqueta por mi.

Ya vestida, se sentaba á mi lado y solía quedar seria y pensativa. Decíame frecuentemente que saldría á buscar trabajo en algún coro de zarzuela para ayudarme, porque yo era pobre y además ello no le costaría ningún sacrificio, puesto que era del oficio y estaba acostumbrada á él. Esto me daba ocasión de bromearla diciéndola que me explicaba su deseo de volver tan pronto á la calle porque la cabra tira al monte.

Cuando no me tiraba del pelo, me contestaba con un papirotazo en la nariz ó con esto: «¡feo!»

*
* *

Para que nada faltase entre nosotros, ocurría que de cualquier nimiedad resultaba un enojo y una riña que por supuesto no tenían ulterioridades.

Yo me hacía el enojado, Julia se enfadaba de veras.

Un día, buscándole la boca, la dije que seguramente sú empeño en volver al teatro provenía de hallarse cansada de aquella vida, ella que tanto temía un cansancio, y acaso también del deseo de procurarse más amena compañía. Tomó en serio la broma, me miró casi indignada y cuando esperaba una palabra terrible, dijo: ¡«Ingrato!» Lnegò añadió: «He dicho mal. Nada me debes, es cierto, eomo no sea el cariño que te profeso; pero podrías hacer que yo te debiese también algo de tan mísera moneda.»

No me detuve y repuse: «No estás en el teatro, Julia».

Guardó silencio y advertí que se irritaba.

Resuelto á pincharla, la dije aún: «¿De qué te indignas? ¿Cuántos has tenido? ¡Un omníbus!»

A esto dióse vuelta, se irguió y quebrando la peineta que tenía en la mano, exclamó: «¡Infame!» En seguida, como temiendo haber dicho demasiado, calló súbitamente, dejóse caer en la cama y quedó con la cara entre las manos. Fuí hasta ella y fingiendo solemnidad en la voz, la dije: «¿Infame?....»

¿Me has llamado infame?.... A mi que he besado esos pies arrastrados por inmundas tablas...»

Julia se descubrió, sacudió la cabeza, levantó los ojos húmedos y centellantes y echándome los brazos al cuello, me retuvo, me estrechó con fuerza y dijo con voz que la pasión hacía trémula: «¡Yo te quiero, te quiero, te quiero!...»

*

Este pequeño incidente, aunque pronto fué olvidado, dejó entre ambos una lijera sombra que era una advertencia. Cuando nos tomábamos en palabras, siempre por provocaciones mías, Julia parecía recordarlo y callaba como temerosa de decir demasiado. Yo seguía punzándola. Me gustaba probar la maleabilidad de aquel corazón entregado. Ella se asbtenía de toda réplica, guardaba silencio ó procuraba desviar la conversación con fi-

nísimo tacto. Porque Julia no era negada. Poseía esa viveza instintiva de la mujer que parece una forma de inteligencia especial, propia del sexo, completamente distinta de la del hombre. Si se rendía y parecía carecer de recursos espirituales, era porque su corazón amoroso y exaltado sólo podía comprender una cosa, la exclavitud muda y deliciosa de una grande y desinteresada pasión.

∴

Pasaron dos meses durante los cuales me concreté al trabajo en el diario y á la compañía de Julia.

Julia había encontrado ubicación en los coros de un teatro por secciones. Con esto y un pequeño aumento de sueldo que el director de *La Patria* había tenido á bien hacerme, nuestra situación mejoró algo.

Mis superiores habían querido premiar mi perseverancia, no mi actividad ni mi iniciativa. Así me lo dijo el señor X sentenciosamente. Yo había trabajado sin entusiasmos y sin decaimientos. Cumplía. Y desde mi acercamiento á Julia, me había alejado por completo de los amigos y aún del mismo señor X. y de Alfredo.

Con éste me encontré en la calle y así que nos vimos, dijo que me había dado por muerto. Me llamó prófugo, ingrato. mal amigo y otras cosas. Le pedí disculpa y no tuve reparo en contarle lo que había.

El me habló así: «Ayer lo supe. Como no aparecías, fui à tu cuarto. Allí me encontré con Julia. Me recibió muy bien y me dijo lo que pasaba. La felicité como ahota te felicito á tí. Te quiere. Al retirarme le pedí un beso y no quiso dármelo. Es leal. Pero dile que me lo dió. Pasará un mal rato. Es divertido hacer renegar á las mujeres.»

Asi lo hice. Dije á Julia que había tenido conocimiento de la visita de Alfredo y de los besos y abrazos que sehabian prodigado, y agregué secamente: «Eres incorregible». Ella repuso: «¿Empezamos? Sabe que no merezco el favor de tus celos. Sólo por burla puedes hablarme así».

∴

El hijo de Julia estaba á cargo de una familia pobre y trabajadora. Era á la sazón un pequeñuelo de cinco años. Julia no quería tenerlo consigo. Le pregunté la razón y repuso: «Pronto se dará cuenta de las cosas. Ya camina, ya habla, ya escucha. No tardaría en interrogarme y me sería muy doloroso no poder decirle: "este es tu padre". Que viva lejos de mi. Los domingos voy á visitarle. Pago á la familia una modesta pensión. Esto es todo.

∴

Recordando al hijo, cosa que á menudo ocurría entre nosotros, Julia concluyó de contarme su historia.

El capitán, en uno de sus viajes, la trajo á América.

La víspera de la partida durmieron en una fonda del Paseo de Julio y cuando la muchacha abrió los ojos, vióse sola en el lecho. Corrió desesperada á los diques y alcanzó á divisar el buque querido que se alejaba rápidamente.

El capitán la traicionaba dejándola con un hijo en el vientre. Cayó desvanecida en tierra y despertó en el hospital. El parto no tardó en sobrevenir. Fué violento, pero el niño se salvó y vivió. El cielo quiso apiadarse de Julia y le deparó báculo en uno de los médicos del establecimiedto, hombre de sentimientos caritativos. El filántropo galeno atendió con interés preferente á la madre y al niño y cuando Julia se hubo restablecido, la llevo consigo en calidad de doméstica. De esta casa fué sacada con engaños por una vecina cuyo comercío consistía en proporcionar á jóvenes ricos mujeres poco usadas. Julia, así que vió á Alfredo, para quien había sido buscada, se prendó de él y no volvió á la casa del médico. Alfredo, siempre espléndido, le alquiló cuarto y le pagaba la comida. La visitó una breve temporada y poco á poco fué alejándose y olvidándola. Ella le escribió

y él le mandó dinero. Se lo devolvió, porque si en el amor era sumisa, en el desdén era altiva, y se lanzó á la calle, esa gran madre de todos los desheredados. No volvió á la casa, al hogar.

Sus relaciones con Alfredo habían sido el límite del orden y el desórden, el peldaño entre la virtud que acaba y el vicio que empieza.

Después de ser querida de un hombre, no podía volver al hogar austero del médico que la había protegido. Tenía, casí forzosamente, que irse por el otro lado, Los que han vivido como yo, mucho tiempo, observando el movimiento obscuro de las ciudades populosas, el vasto dolor disperso de los grandes centros, saben que los primeros traspiés, llevan, si no precisamente al vicio y á la corrupción, á su anfiteatro, que es la calle. La fatalidad ésta, tira en punta y no vuelve sobre sus pasos. El primero ó los primeros fracasos, según el estoicismo de cada temperamento, pliegan los labios, arrugan el ceño y dan la tremenda decepción del propio destino. No se cree ya en los horizontes bellos: el amor, e hogar, la virtud, la dicha. Faltando esto ¿qué queda?

Quedan los horizontes amplios: la calle, las sombras, la independencia de las soledades, la libertad de los grandes abandonos. Es así que el bohemio incipiente, creyéndose muerto para los encantos puros de la vida, mira en torno suyo y ve una madre amantísíma que le tiende los brazos: la calle.

Tal debió ser la mirada de Julia al verse engañada dos veces. En tales situaciones, aunque los sentimientos sean buenos, el deber, la virtud, las grandes cosas, carecen de sentido para la mente turbada. A todas las razones de la moral, se responde con la sinrazón de la propia suerte. Los labios se contraen, la mirada se enturbia, el semblante se apaga y la profunda desilusión de todo el ser, busca las soledades irresponsables. De esto á la degradaciún, ó á la degeneración, hay pocos pasos. Julia había sido colocada en una pendiente así. Por fortuna era tan bueno su corazón que no podía perderse,

Debía vivir, hasta el último latido, arrastrándose y

amando, amando siempre. esparciendo en torno suyo todo el júbilo y todo el tormento, toda la gloria del sol magnífico á cuyo aliento habia nacido.

Julia tenía que amar aún en medio del desamor, de la impiedad, de la fatalidad más cruda y negra. No podía hacer otra cosa. Desconocía las represalías del espíritu. Su voz entera, clamaba piedad á la verdad pálida y fría. Yo escuché este eco doliente en un ambiente frívolo y perverso y parecióme el anuncio de la realidad eternamente presentida. Pareciòme el ser profundamente afectivo que debía encarnar mi ensueño. La visión pasó y sólo queda de ella, como de Laura, una lámina en mi cerebro y un latido en mi corazón. Pero vive en mi y la palabra de fuego hará andar esta sombra luminosa que con la diáfana irradiación de Laura, ha llenado mis días de claridad autumnal.

∴

El hijo la obligaba á gastos extraordinarios y pronto tuvo Julia que desprenderse de algunas alhajas y vestidos que le regalara Alfredo, y aún así no hacía más que salir del paso.

La necesidad arreciaba ¿Qué hacer? Cualquier cosa. Es propio de bohemios llegar á ocupaciones inverosímiles. No carece de interés este pequeño detalle de las vidas lanzadas al azar.

Julia entregò el niño al cuidado de una familia y se inició de florista. Una amiga le facilitó una canasta y como hiciese algun negocio esa noche, le propuso trabajar juntas. Aceptó. No le agradaba el oficio, pero no veia otro y habia que aguantar. Fué entonces que la conoció el cómico que tan bien supo engañarme en «El Divan». El cómico le propuso llevarla consigo y buscarle colocación en la misma compañia. Ella, deseosa de retirarse de la calle, le siguió diciendose sin duda que lo malo no podia venir después de lo peor. Asistiendo á los ensayos de los coros, aprendió á cantar y bailar. Esto le permitía hacer de partiquina en algunas piezas.

Los números de baile que se le confiaban, le valían muchos aplausos. Su cuerpo grácil y jacarandoso, parecía hecho para arrastrar la manta sevillana. Todo iba bien, sólo que el cómico había resultado vicioso y brutal. La quería para el trabajo, acaso para que trabajase por él. Como si esto no fuese bastante, el marido de la tiple la cortejaba y cada día le hacía una proposición deshonesta. Se enteró la tiple y no se sabe cómo Julia salvó los ojos de las uñas de la enfurecida esposa. Resultó del escándalo que Julia tuvo que abandonar la compañía.

Su amante la siguió por un sentimiento que tenía tanto de amor propio como de haraganería,

La necesidad, la estrechez, la pobreza, no tardaron en presentarse. Julia se desesperaba.

El cómico fingía desesperarse y diciendo que salía en busca del medio salvador, se iba á «El Diván». Allí comía con los amigos y dormía en el sofá, sin importársele un bledo de su amante. Cierto día creyó tener una gran idea. Acordóse de los pequeños triunfos alcanzados por Julia en el baile y pensó que la salvación no podía ser otra que un debut afortunado. Corrió á ver al director de un café cantante y le expuso su idea. El director pidió ver á Julia y la encontró tan linda, tan donosa, que cerraron trato. Julia se ejercitaría en algunos bailes para presentarse con toda seguridad. El estreno sería anunciado ruidosamente y era seguro que la bailarina no defraudaría tantas esperanzas. La paga sería óptima y firmarían contrato.

Julia creyó ver abrírsele el cielo.

El esfuerzo angustioso que acaba de hacer, sería el último. Para pagar la pensión del hijo y algunas otras deudas acumuladas durante la cesantía, acababa de deshacerse de sus últimas joyas. El cómico se encargó de empeñarlas. Guardólas el muy bribón y aún pidió dinero al director del café, á cuenta del exitazo que Julia obtendría. Alzóse con todo y dijo á la muchacha que sus cuentas quedaban saldadas. Llegó el debut y Julia fracasó lastimosamente. El médico declaró que el ac-

cidente dejaría inutilizada á la bailarina. El cómico creyó verse atado á una inservible y se mandó mudar, liquidando las joyas en la forma que se conoce. Julia quedó sola, sin recursos.

Su amante se estableció en «El Diván».

Cuando fui á ver á Julia, hallábase casi en la indigencia. Debía la pensión del niño, la comida y el alquiler, y aún así rechazó la ayuda que Alfredo y yo le ofrecíamos. No obstante, al llevarla conmigo, no debía un centavo. ¿Cómo fué? Lo ignoro.

Sospecho que sacó dinero de donde lo sacan las mujeres desesperadas. No hay contradicción en este error que era heroísmo.

Lógicamente, después de todos los abandonos, está el abandono máximo. Las chispas de esperanza que brillan en tanto, más parecen ironías. Por eso sin duda Julia rechazó los billetes de Alfredo sonriendo de manera extraña. Si era dinero y nada más que dinero lo que necesitaba, podía sacarlo de si misma. Antes que humillarse, venderse. Venderse es más honroso que humillarse. Humillarse es descender, venderse es cambiar. Y si es el honor lo que se cambia, menos mal.

Se da mas de lo que se recibe y el usurero es el otro. Cargue el otro con la culpa de su venalidad. Acaso Julia no pensó todo esto y se entregó trastornada, enloquecida. Tampoco lo sé. Lo supongo.

XXVIII

Había tenido buen cuidado de ocultar á la familia mi nueva situación, Antes que temer sus enojos, habría sentido su disgusto; pero aquello no debia saberse y yo lo ocultaba empeñosamente. Para mí tenía otras ideas.

Julia no era la virtud más era el amor; era la virtud del corazón. Era el sentimiento que nunca muere en la mujer y que encontrado á tiempo, pnede revivir, agrandarse, enaltecerse y salvarse. En Julia había formas de lealtad, de fidelidad, de solidez, de inmutabilidad. Siendo la víctima, pedía perdón y prometía seguir

me hasta el fin. Acaso si la suerte hubiese dejado reposar sus sentímientos, me habría amado profundamente. Pensando así me preguntaba si no sería digna causa salvar aquel corazón dolorido, si no sería una verdadera empresa espiritual arrebatar á Julia á peores y más crueles acechanzas de la vida. Otras veces, en momentos menos piadosos, rechazaba estas ideas calificándolas de presuntuosas, ridículas, antitéticas. Decíame que era el amante y no podía ser el salvador.

Los afectos volvían y me hacían bueno y allá en mis adentros conciliaba aquella manera de vivir con la virtud especial, acaso falsa, por mi concebida. Más la vida velaba sobre nuestras cabezas como una fuerza superior, incontrastable.

La moral de mi padre, severa y rígida, reprobaría mi conducta y arrearía con todo aquello. Quedábame el recurso de resistirme y huir y á él apelaría en último casa. Huiría con lo mío dejando á la sociedad con lo suyo.

∴

Sin estas lijeras sombras nuestra querida alcoba habría sido un rincón de paraíso.

Yo temblaba sin cesar ante la sombra de mi padre.

Sabía que no tardaría en escuchar de viva voz su eterna pregunta: ¿qué has hecho?

Mis labios sólo esto podrían responder: he vivido.

Para mí sería mucho, para él sería la palabra triste de una juventud inútil y fracasada.

Esto me tenía constantemente preocupado.

Julia, como contagiada por mi, parecía tener iguales pensamientos.

Nunca le había hablado yo de los míos, de mi posición, de mi condición, y sin embargo ella lo había adivinado todo. Su instinto sutil encontraba indicios en los detalles más nímios.

Por lo común ocurría también que los dos reaccionábamos de pronto y las tristezas terminaban en alegrías.

Fuera penas--decíamos--y nos lanzábamos el uno en brazos del otro.

Gritábames, jugábamos como dos chicos, nos corríamos tanto como lo permitía el cuarto, nos enojábamos también, amenazábamos insultarnos, hasta que Julia bajaba los ojos y callaba. Julia tenía singulares caprichos y me arrastraba á la calle. Una tarde, á la oración, fuimos á «El Diván».

Julia había estado en «El Diván» con Alfredo. Aquel lugar era ó había sido alguna vez apeadero de todos los dispersos de la noche. Fuimos á Palermo y surcamos en góndola el lago.

*
* *

Lo solemne y lo trivial son las dos caras del idilio, el fondo del profundo juego del amor. Extasis y jugarretas, risas y lágrimas, el nido se prepara entre alegrías y á poco la vida nace entre ayes y convulsiones.

Julia habíase vuelto algo caprichosa y un día la dije que parecia «señora embarazada». Se puso seria y repuso:

—¿Y si fuese cierto?....

---Si fuese cierto me alegraría mucho.

Esta contestación mía la agradó momentáneamente, pero en seguida se tornó grave y quedó pensativa.

*
* *

Un domingo Julia salió temprano dejándome solo en el cuarto. Volvió con un niño de pocos años que vestía uno de esos trajes de marinero que suelen llevar los infantes. El traje era nuevo, así como los zapatitos, y la gorra lucía una inscripción patriótica en letras doradas.

Este es mi hijo---dijo Julia.--Tú no lo conocías aún y lo traigo para que lo veas y le des un beso.

El pequeño se había acercado, lo tomé en brazos y

lo besé con cariño.

Mira---prosiguió Julia---qué lindo, qué bueno, qué inocente es, pobrecito. Ay mi diablito, cuánto me quiere y cuánto lo quiero!

Y aproximándose también, quedamos en grupo, con fundidos los tres en el mismo abrazo.

---¿Es hijo del capitán?---pregunté á Julia.

---Si, de ese traidor...,

---Por eso lo has vestido así, para que tenga algo del padre.

--No....

Si vieras qué inteligente es....

--Mejor. Lo mandaremos á la escuela y llegará á almirante.

--Loco.....

--¿Porqué no? Los más grandes hombres fueron hijos del pueblo.

--Ahora lo llevo. Son las diez y debo estar en la matinée del teatro.

Tenia este antojo y lo he satisfecho. Ya conoces á mi diablito. Lo llamo así porque es muy travieso. Me dice la señora que no para un minuto. Aqui no habla porque le ha dado vergúenza.

Fuese Julia con el niño. Los pasos de la madre y el hijo se perdieron en la escalera.

Segui á Julia con la mirada á través de las paredes y suspiré profundamente.

Una transfusión generosa corrió por mis venas y murmuré conmovido: piedad, piedad, piedad.....

∴

Julia solía recostarse en el lecho y quedaba dormitando al parecer. Tenía frecuentemente negligencias, dejadeces, abandonos orientales. La llamaba mimosa y haragana.

Me miraba y algo extraño notaba en sus ojos. Un día tuvo un fuerte desvanecimiento, La llamé, la sacudí, la estrujé; dobló la cabeza y quedó sin sentido.

Corrí todo asustado. En la escalera me encontré con la señora Estrella y subimos al cuarto. La señora Estrella, así que vió á Julia, me dijo sonriendo diabólicamente: «Ah, pillin se asusta Vd. de su obra».

No comprendí y me sacó de dudas afirmando que Julia estaba en cinta. Agregó que había hecho de partera varias veces y además Julia le había hablado de ciertas novedades que no podían significar otra cosa. Diciendo esto, la señora Estrella me dió la enhorabuena y volvió al subsuelo. Quedé junto á Julia. A poco la voz de la señora Estrella me llamó desde abajo.

--¿Quiere Vd agua de Colonia, éter para las narices de la joven?.....

--Quiero.....¡narices!

Siguió una risotada.

Julia no tardó en volver en si. Abrió los ojos y me vió á su lado abanicándola.

Se puso de pie rápidamente, me echó los brazos al cuello y dijo con unción: «Ulises, Ulises, yo tengo q' decirte una cosa. Separémonos. Aún es tiempo. Vete, vete con tus padres. Déjame.

- ¿Porqué me hablas asi. Julia? ¿Qué tienes?

--¿Ves esto? Yo siento en mi algo que es un anuncio.

---Es el anuncio sublime de la vida.

--Acabemos con esta vida que todavía es una sombra.

—Es tu deber, es tu hijo.

—Sí ¿y tú?

—Es de los dos. No te aflijas. Cuenta conmigo

—Con tu adhesión, con tu compañía, con tu presencia amada.

—Julia.....

—Tú que eres más inteligente, ilumíname. Yo solo veo sombras á lo largo del camino. Ulises ¿qué será de mí?

—Yo estaré á tu lado. No te abandonaré, te lo juro.

Ahora tranquilízate. ¿Qué temes? Tener un hijo ¿quieres mayor ventura? ¡Qué satisfacción, qué contento, qué

triunfo, qué gloria! Alegrémonos. La vida vá á nacer Ella es nuestra propiedad, nuestro tesoro. El ser que llevas en tí, es de ambos y seriamos unos monstruos si atentásemos contra él. Tú que has embellecido mi vida, tú que me la has impirado, tú que la has concebido y creado, debes ahora lanzarla á la dispersión de los seres. No te importe su destino. Cumple el tuyo.

No seas egoista y después del placer no rehuyas el deber., Tú juventud hermosa ha arrancado á mi juventud potente el gérmen de la vida y si no llegásemos á mirarnos en esa vida, tampoco podríamos mirarnos en nuestras conciencias.

Eres el paisaje y la fragua, y eres también el altar, Risas, alegría, júbilo, amor sonriente al empezar, pasión después, luego la vida recóndita formándose, ahora la vida realizada, el deleite transformado en deber, en esté deber que es una bendición del cielo. Los dos aquí. Tú. cuidándote, alimentándote, sustentando tu doble vida. Yo, á tu lado, contemplándote en medio del mar á que te lanzas sin que pueda seguirte. Desde la orilla, rogaré á Dios porque cuanto antes te libre del arcano de tu seno.

Esto es todo, Julia. Nada más sencillo.

Esperemos. Amame. Te quiero. Aguardemos la buena nueva con los ojos alegres y el corazón agradecido. ¿Qué más podemos pedir nosotros que nada poseemos? Tú obligas á este proletario del pensamiento más pobre que el otro proletario porque ha repasado la tierra con los hijos de su imaginación.

∴

El anuncio del hijo cambió la faz de nuestra vida. Julia no se conformaba. Yo experimentaba multitud de sensaciones desconocidas.

Qué curiosidad, qué intriga era el futuro. Aquello era una gran espera. Miraba á Julía y su presencia me hacía meditar. Auscultaba el misterio de su vientrey parecíame grandioso. A veces se me ocurría preguntar á Julia cómo hacía aquello. Glorificaba la inconsciencia de aquel or-

ganismo que sin saber cómo ni porqué preparaba una obra maestra. Decíame que así también trabaja el genio, perdido en las sombras y guiado por altos designios.

El embarazo se iniciaba. Es éste un estado en que, en sus comienzos, las mujeres delgadas ganan en belleza. El cuerpo endeble se consolida, las líneas se definen en curvas graciosas y las aristas desaparecen; las caderas, que por lo normal son amplias, hechas como para recibir algo, se abren más aún y los senos, lechosos ya, se paran. Más abajo la vela se hincha y se acerca la misteriosa barca de la vida.

El bello torso se hace esfera y la poesía materia; la linfa generosa empieza á correr en la trasmigración de un ser á otro ser. Los pulmones hormiguean, el humor lacteo baja al pecho, la sangre rueda por el umbilical y el feto salta adentro. Es un corazón que ha empezado á latir. En tanto la madre, trémula y azorada, se asusta y el hombre se echa á su lado como un perro. Así esperan los dos.

XXIX

«Allí donde no estés, allí estará tu felicidad»,

SCHILLER.

A los cinco meses de aquella vida hice el primer alto. Me detuve, miré en torno mío y ví á Julia. La ví de otra manera.

¿Qué había pasado?

He dicho antes, y aquí debo repetirlo: en este libro no habrá transiciones. Las circunstancias que me rodean no me permiten cincelarlo. No habrá en él declives, esas suaves pendientes que, como ha dicho alguien, son en la vida toda la sabiduría de Dios y en el arte la belleza convincente de las obras maestras. Todo cae aquí precipitadamento y la única verdad de estas páginas será que así también cayó todo en torno mío.

Pero en realidad no exísten acciones movidas ó revo-

lucionarias, aunque lo parezcan. Todo es un proceso.

Pensando nos explicamos lo que nos pasa, y lo más hermoso de los libros está en la evolución recóndita, «que no se ve», de los hechos «que se ven».

Esa meditación profunda es el trabajo que me permito encomendar al lector.

La gran belleza es invisible, surgente, y se parece al resplandor de la llama. La elocuencia máxima está hecha de todos los desprendimientos de las formas. Esta elocuencia sirve para expresar aquella belleza. Para comprenderla basta ser tan sutil como delicada es ella.

∴

Ví á Julia de otra manera.

¿Qué era aquello?

No puedo explicarlo. Sentí algo así como el desvanecimiento, como la desilusión, como el desencanto del ensueño realizado.

La ilusión es de esencia tal, que vive mientras no es y muere cuando llega á ser. Su condición de subsistencia es un eterno imposible.

Mariposa de luz, ha de huir siempre adelante de nosotros, y debemos cuidarnos de cogerla, porque se desharía en las manos sin dejarnos otra cosa que el polvo de sus alas, polvo de oro y tierra, los dos componentes de la gloria.

Julia notó mis primeros desganos y me los enrostró dulcemente. No podía dirigírseme de otra manera. La repuse con palabras frías: que eran modalidades de mi naturaleza especial.

No comprendió. Me lo expliqué. Esas palabras encerraban el gran secreto de todo mi ser y de toda mi vida. Solamente yo podía comprenderlas. Otra vez la dije que me abriese su alma hasta el fondo para que siendo siempre una novedad, una curiosidad, una intriga, un secreto, un misterio, un arcano, nunca pudiese yo cansarme de ella. Tampoco comprendió. Vino á mi con los ojos abiertos y me preguntó porqué le decía cosas tan

raras, qué tenía, si estaba enfermo, lo que bien podía ser, porque me notaba delgado y pálido. Siguió hablándome al oído, suavemente, tristemente. Me echó los brazos al cuello y su voz se hizo un susurro indefinible. Yo la dije: «Así. así....Otras palabras, otras formas, otro espíritu. Sé otra, sé otra...»

∴

A los primeros renunciamientos amorosos, siguieron los primeros abandonos del hogar. Julia ya no me retenía á su lado. Frecuentemente salía á la calle y la dejaba sola. Quejóse de mi indiferencia y la repuse que estaba mal enseñada, que la había mimado con exceso, que habíamos tomado aquello muy en serio y que salir el hombre y quedarse la mujer en casa era lo corriente en todos loa hogares. Palabras fueron éstas que le costaron un sofocón. No hizo más objeciones hasta la primera oportunidad.

Julia era la tenacidad afectiva, el desvelo amoroso, la perpetua vigilia del corazón. Había en ella indicios inequívocos de realeza. Era una perla del fango, un diamante de la negrura que se llama miseria.

∴

Distanciado de Julia, visitaba á Alfredo con mayor frecuencia.

Mi amigo seguía viviendo regaladamente, espléndidamente. Gastaba como un nabad y se había entregado al placer con redoblado desenfreno.

Notaba en él, sin embargo, cierto cansancio, algo así como la sombra de un renunciamiento. Por momentos parecía vacilar y detenerse en el vértigo.

Estaba en un despeñadero con descansos. Se paraba sin alientos y respiraba desfallecido. Se dejaba caer en el sofá, doblaba la cabeza y daba libertad á sus trabados nervios. Permanecía así largos momentos, como esperando el aire y la vida que se le iban. Otras veces se en-

cerraba en el cuarto del hotel y tenía actitudes y frases extrañas. Quedaba pensativo y una vez me dijo que el vino de las francachelas se le antojaba sangre de su padre. A estas palabras, temblé con él.

¿Qué pasaba en aquella frente hermosa?

Esa frente aparecía ceñuda y lívida.

Advertíase en ella algo del amargor que queda en la última gota de la copa vertida.

Los labios también notábanse lijeramente contraídos en ese gesto acre de los grandes repudios del alma.

Alfredo empezaba á sentir en su corazón noble el corrosivo del deleite impuro. Pero habia algo más grave; lo que en el ánimo era disgusto, era enfermedad en el cuerpo. Mi amigo estaba ya herido de muerte.

La neurastenia de Alfredo había hecho rápidos progresos al amparo de la más desordenada de las vidas. En dos años aquel muchacho bueno y aturdido deshizo su juventud. Parecerá corto el plazo, más casos se dan, y muchos, desgraciadamente, en que las enfermedades, alevosas, se ocultan, yacen en acecho y de pronto acuden como fieras á devorar sus presas. Figuran entre ellas la aneurisma, la locura y toda la neuropatía creada por la sobreexcitación constante de las ciudades.

Quizás el mismo Alfredo no se diese cuenta del proceso morboso que en él se operaba ó tal vez fuese que, flébil y apocado ya, no tuviese fuerzas para contenerse.

En la neurastenia la voluntad se deprime y esta depresión de la voluntad hace que el paciente, incapaz de sofrenarse, corra ciego á su perdición. Es un fenómeno análogo al de la inercia física que oponiéndose á la modificación del movimiento, se convierte en mantenedora del movimiento.

Es así que estos enfermos, colocados en el plano inclinado de su debilidad é inconsciencia, van rodando al abismo como piedras inertes, con creciente fuerza de descenso. Es así que se hacen más bebedores, más libidinosos, más depravados.

¡Cuántos desdichados buscan aplacar en la bacanal la sed enfermiza que los devora!

Pobres y míseras vidas movidas fatalmente por el rayo prisionero que las agosta.

Vidas indigentes, vidas agotadas, llevan en si, en forma de fiebre y deseos, el natural agente de su necesaria eliminación.

∴

Alarmado, hablé á Alfredo con todo el interés del gran afecto que le profesaba.

Nada escuchó.

Después de abandonar á Julia había sacado del Casino una cantante francesa llamada Yvette según los carteles anunciadores y Lucía según ella.

La conocí sobre las tablas de aquella sala de espectáculos y luego la ví en el hotel. Aunque como mujer me gustaba, porque levantaba muy bien la pierna, no me agradaba como amiga de Alfredo. Cantaba como un marrano. (El Casino porteño no es más que un lupanar del arte) y para hembra no tenía precio. Era la carne. Nada más magnífico. Poseía espléndida apostura y un movimienío brusco y armonioso, Su seno, soberbiamente levantado, era un mostrador con dos manzanas rodeadas de pedrería. Aquel busto turgente y provocativo, denunciaba un corazòn digno de ser real. Yvette era una perdida que habria pasado por cortesana.

Era, en fin, hermosisima y tenía ojos de víbora. Estos ojos producian mala impresión. Bellezas hay bien antipáticas, asì como hay fealdades simpáticas. Suele ocurrír que allí donde falta materia ó donde la materia es imperfecta, el alma aparece y esparce su luz pura. Así están formados esos seres dulces y poéticos que nos encantan sin que reparemos en sus formas. En cambio los plasticismos exagerados y demasiado insinuantes, aunque atraigan los ojos, lejos de halagar al sentimiento, lo ofenden. Yo al menos nunca he estado por las musas cálidas é insolentes.

Pero esto es cuestión de aspectos y apariencias que en su variedad determinan otros tantos gustos é inclinaciones.

En aquello habìa algo màs serio. No me disgustaba Yvette porque fuese pletórica y lúbrica sino porque presentía en ella una mala mujer. Le tenía idea, sin acertar, á explicarme el porqué. Estaba convencido de que seguía á mi amigo por el dinero, sin átomo de cariño, que es como proceden las mujeres de su condición. Seguramente lo explotaba y ¿quièn sabe? le preparaba algun golpe maestro. Pensando así, me decia que era urgente prevenir á Alfredro, aunque se enojase.

∴

Por un fenómeno muchas veces observado, el veleidoso de Alfredo se había prendado de Yvette casi con pasión.

Mi amigo, que había repudiado la pureza de Raquel y el noble sentimiento de Julia, amaba ò poco menos à una mujer que era forma animada de la relajaciòn.

Tristes oberraciones. Más, era seguro que tal desviación algo tenia que ver con la enfermedad que empezaba. Alfredo tenìa ya algo del niño. Despuntaban en êl debilidades morbosas. Hablaba de Yvette con cariño, él que no había querido á nadie. Parecía que en su poquedad buscase punto de apoyo y que lo hubiese encontrado en Yvette.

¡En Yvette! En su flojedad se entregaba rendido á aquella mujer y la hablaba con ternura, él que tanto había despreciado los sentimentalismos del amor. Iba, en suma, siendo su antipoda en un obscurecimiento de eclipse. Sus impetus juveniles desaparecian visiblemente para dar lugar á un apocamiento lúgubre y penoso.

Me atreví á hablarle de Yvette insinuándole mis sospechas y se enojó. Era la primera vez que me mostraba malos modos.

∴

—¿En què piensas, Alfredo?

Mi amigo levantó la cabeza y repuso:

—Pienso en mi padre muerto, en Raquel, en mis selvas, en lo de allá.....

Oh ¿qué he hecho?

Guardó silencio. La escena volvió á quedar como en suspenso; el cuarto, que era el que Alfredo ocupaba en el hotel, callado y á media luz. El dia estaba nublado. Era uno de esos días tristes en que las almas acongojadas leen su dolor en la nube que pasa y lo escuchan en el viento qne silba.

Mi amigo levantó nuevamente la cabeza y dijo:

—Y tú ¿en qué piensas?

¿No recuerdas como yo aquellos días?

Qué lindas mañanas, qué lindas tardes, qué linda vida la del campo ¿no es cierto? Qué linda edad aquella ¿verdad? Hizo una pausa y prosiguió:

—Mucho hemos vivido desde entonces. Al menos á mi me parece haber vivido mucho.

Mucho.....

Luego, casi en seguida, como interrogando á un espectro, preguntó en voz más alta:

—¿Y para qué?....

Para qué hemos vivido tanto. Yo.....

Y dirigiéndose á mi agregó:

—Ulises, nosotros no fundaremos nada...

A esto repuse:

—Nada...

--Yo. Tú si, tú puedes contínuar.

Ah, espera....

Fuè con presteza hasta el escritorio, llenó una hoja de talonario y me alargò el papel escrito. Miré. Era un cheque. La sorpresa no me dejó ver la cifra. Interrogué á Alfredo con los ojos.

El dijo sin vacilar:

---Es mi último depósito.

Retìralo tú. Te lo doy. Vete allá donde te espera Sofía. Haz tú lo que yo no hice. Salva tu salud, tu juventud, tu vida, y salva mi memoria....

La escena, rápida como aqui se relata, no me había permitido reponerme. Vuelto en mi, dejé sobre la mesa

aquel papel que representaba una fortuna y dije á mi amigo:

---Oh, Alfredo, gracias, gracias, no me asombra tamaña acción, que tu corazón es más tamaño aún. Pero, escúchame, pues menos que darme dinero te costará escucharme, por más que tú no pongas precio á las cosas. Deseo hablarte formalmente y permíteme que lo haga con el ningún ascendiente que tengo sobre tí. Estás ofuscado, estás aturdido y quiero qne oigas mi palabra sincera. Sólo necesitas cambiar de vida, salir de Buenos Aires. ¿Qué es eso? Nada. Un pequeño esfuerzo de voluntad. Se hombre. Viaja. Deja á Ivette.

Rebustece tu cuerpo en ambientes puros y reconstituye tu espíritu en nuevos panoramas.

--No. Tirar, pugnar, arrastrarse como un miserable ¡No!

---Debes vivir.

---He vivido ¡Què carga, que trabajo!

Sé hombre, me dices.

¿Y á eso llamas tú ser hombre, á procurar, á perseguir esta vida vacía, sin objeto y sin fondo? ¡No! Morir altivamente cuando ya no es posible vivir altivamente.... .

Quedé sobrecogido y me retiré bajo la impresión de una revelación tremenda. No vi mas, no pensé mas Aquello fuè como la apertura de una grieta bajo mis pies y volvì los ojos espantados.

Mis faccionas no debieron despejarse, pues Julia, al verme, notó que algo me pasaba y preguntóme qué tenía, porqué mostraba tan mal semblante. Le describí la anterior escena y, como yo, se emocionó fuertemente.

Imposible, imposible---dijo---te ha parecido, Ulises. Es un sueño, una pesadilla....

Julia habló con exaltación y, bromeando, la dije que por lo visto conservaba mucha oculta simpatía á su antiguo amante.

Siguieron las chanzas, pero los dos estábamos apenados y guardamos silencio.

XXX

Una tarde llamaron á la puerta del cuarto, Julia fué á abrir.

Mi padre apareció en el dintel y entró.

Julia, sin saber quién era, le alcanzó una silla y quedó de pie. Yo la dije:

«Saluda á este señor que es mi padre». Ella tuvo un movimiento de sorpresa, temor y respeto y aproximándose humildemente. acercó los labios á la mano de él. Mi padre la contuvo y le dió la mano.

El visitante tomó asiento, miró la habitación todavía desmantelada, me miró á mí aún en la cama, miró á Julia lijeramenle vestida, como solía estar en las primeras horas de la tarde, vió todo aquel abandono, todas aquellas trazas de mala vida, é hizo un gesto que sólo yo podía advertir.

Julia se había retirado á un extreno de la habitación, siempre de pie, en actitud sumisa, con la cabeza lijeramente inclinada y los ojos bajos.

Mi padre volvió á mirarme. Yo sostuve su mirada.

Había llegado el momento decisivo, el momento esperado y temido, temido por el disgusto más que por el enojo de los míos.

No había ocultado mi dirección á la familia. Si me visitaban, que me viesen con Julia. Este sentimiento me alentaba en presencia de mi padre y no quise ser cobarde. Yo hablé primero.

Esa mujer—dije señalando á Julia--me quiere y es digna del respeto de todos los míos.

Mi padre tuvo una sonrisa indescifrable, apenas perceptible, y repuso.

---Vosotros os queréis y vivis mal. Otros se quieren y viven bien. Están más arriba.

Es un error creer que para idealizar el amor hay que vivir así. Tú que dices pensar tanto ¿á que no has pensado en estas palabras mías?

Pero no vengo á sermonearte. Luego te espero en el hotel. Quiero hablarte. Tú madre ha venido y desea ver-

te. Ahora te dejo.

Mi padre se puso de pie, me alargó la mano y saludando á Julia con la cabeza, nos dejó solos.

Las fuerzas de Julia terminaron. Yo la había visto vacilar y buscar apoyo en la mesa y en la pared. Cuando hablé en su defensa reivindicando para ella la consideración de los míos, me dió las gracias con los ojos y luego advertí que las palabras de mi padre la mortificaban cruelmente.

Al quedar solos, la muchacha flaqueó y arrastrándose casi, fué hasta la cabecera. Allí quedó de rodillas, cubrió mi cuerpo con los brazos y hundió la cabeza en las ropas de la cama. Sollozaba. No podía hablar. Se agitaba convulsivamente.

Me sentí débil como aquella mujer y así como ella se volvió á mi, yo me volví á ella.

La tomé en brazos y la levanté hasta mi. Quedamos confundidos y pasó largo rato antes de que pudiésemos pronunciar palabra.

*
* *

Me vestí y fuí al hotel. Mi madre me recibió con ese cariño único que encuentra en la distancia y en el tiempo su mayor consistencia. Por ella tuve amplias noticias de todo lo ocurrido en la familia durante mi ausencia. Mis hermanas eran ya unas señoritas y la mayor tenía novio. Raquel estaba también para casarse con el socio del sucesor de don Ramón. Así, por una rara coincidencia, Raquel habitaría la misma casa que debió habitar con Alfredo. Sólo el hombre sería otro.

Singular capricho de la suerte. Sofía se conservaba libre, pero siendo joven, buena y linda como era, no tardaría en encontrar pretendiente. Al oir ese nombre, Sofía, me acordé de mi mismo. Fué una chispa. Aquello había pasado y no podía volver.

Mis hermanos, finalmente, seguían estudiando con gran aprovechamiento. No había otras novedades en la familia.

Todo íba bien. Sólo mi ausencia era sentida y era un lunar en la alegría de la casa. Pero -dijo mi madre--seguramente yo no tardaría en volver con ellos, porque me convencería de que no hay calor como el calor del regazo materno. A estas palabras me incliné, tan ciertas eran, más nada repuse. Bajé los ojos y guardé silencio.

Mis sentimientos de hijo chocaron con mi orgullo de hombre. Yo volvería á los pies de mi madre, pero más tarde y como el río que baja de ignorada cumbre al valle de sus amores.

∴

El día antes del regreso, mi padre volvió á citarme en el hotel. Me esperó solo. Así que llegué me hizo sentar á su lado y dijo:

--Mañana parto. Sería para mí una gran satisfacción que me siguieses. Las razones ya las comprenderás.

Vuelve con nosotros.

--No.

--No seas porfiado contra ti mismo.

---Sólo una cosa quiero: su indiferencia para conmigo.

---Soy tu padre. Vamos allá. Allá te curarás del desvarío de tu pensamiento.

--Desvarío que me haría dichoso si no me siguiese á todas partes la sombra de su buena voluntad.

---Sombra mezclada con otra sombra.

¿No es así?

---Mi deber, que forma parte de la vida y que yo no entiendo, no comprendo, no concibo.

--He cumplido.

Volverás con nosotros.

--A pedirle de nuevo que no piense en mi, que me libre del peso de su preocupación.

∴

Regresé del hotel y encontré á Julia bajo la impresión todavia de la visita de mi padre.

Luego es verdad—dijo con triste voz. No tuvo un lamento, una protesta, una lágrima.

Obediente y acostumbrada al dolor, acataba el hecho presentido. Hablaba con mansedumbre, casi con resignación.

Yo no podré ocultar mi condición---añadió con toda la dulzura de su sentimiento---te llamarán y quedaré sola.

Calló, dejóse caer en una silla y volvió la cabeza.

***

Aún nos restaban algunas horas de alegría, pocas y fugaces.

Mi cansancio incipiente me había dado tregua, había olvidado la presencia de mi padre en la estancia de mis amores y la enfermedad de Alfredo.

Piadosa falla de la memoria. Después de esto todavía me esperaba una sorpresa en extremo agradable y que según ví después era un ardid de la adversidad para acrecentar la rudeza de su tremendo golpe.

En la última visita que hice á Alfredo, lo encontré cambiado. Era otro.

Una gran tranformación se había operado en él. Había resuelto dejar a Yvette, ausentarse de Buenos Aires y viajar por las provincias y el Paraguay en procura de descanso y salud.

Convino conmigo en que había vivido en forma por demás inconveniente, dilapidando su fortuna y malgastando su joven naturaleza en excesos sin cuento. Destinaría el último resto de su capital á reconfontar su organismo, y como viviría más racionalmente, estaría en condiciones de trabajar cuando las circunstancias se lo impusiesen.

Yvette estaba conforme con la separación.

El sentía mucho abandonarla, pero estaba resuelto. Aunque la quería, veía que aquella mujer le impediría

arreglar sus cosas y enmendarse.

Lleno de satisfacción, incité á mi amigo á poner inmediatamente en ejecución su proyecto. La separación me sería penosa, más era necesaria y en aquel instante sólo veía la salud de Alfredo gravemente comprometida.

Me retiré gozoso y conté á Julia lo que pasaba, También ella celebró la resolución del amigo común, aunque el anuncio del alejamiento dió á sus palabras cierto dejo de secreto desagrado.

∴

La antevispera de la partida, por invitación de Alfredo, fuí al Hotel Helder.

Encontré á mi amigo con Yvette, cosa que no dejó de contrariarme, aunque pensé que sin duda había ido, como yo, á despedirse.

Alfredo estaba algo nervioso. Había hecho subir Champagne y bebía como si tuviese sed. Parecía afiebrado. Me alargó una copa y la rechacé suevemente pidiéndole que no bebiese tanto.

No obedeció. Ivette se le había aproxiuado y lo envolvia en los efluvios de su hermosura, sin duda para acabar de marearlo. Ivette estaba radiante y mirándola creía advertir no se qué intención endemoniada en sus ojos viperinos. Alfredo la hablaba de amor y la muy impúdica le echó los brazos al cuello. Era una escena que me indicaba la puerta; pero, sin saber porqué á ciencia cierta, no quería retirarme antes que aquella mujer.

Seguían las libaciones y el coloquio.

Simultáneamente aumentaba la inquietud de Alfredo, que insistió en que bebiese con él.

---Aprende--dijo--y levantando la copa en alto agregó.

---Oh, linfa generosa, buena como el sueño y feliz como el delirio!.....Por ti el hombre ve lo que no vería á la luz del sol. Por ti olvida y recuerda también. Dicen

que eres la demencia y en ti yacen todas las felicidades en estado visionario. Dicen que eres la muerte y entonces yo te prefiero á esta vida traginante y envilecida. Borrachera más fnerte que mi conciencia, gracias, gracias!.....

Alfredo no tenía nada de orador, pero ya se sabe que el vino da para todo.

Fué así que después del brindis y de apurar de un sorbo la copa, volviose á Yvette y le dijo:

--Y tú Yvette, tú mujer, ídolo de barro que quiere ser fango, divinidad del altar de Astarté, bésame y que tus besos me envuelven y quemen en una llama de azufre, que es el fuego del demonio.

Y abrazó á Yvette. Ya en sus brazos, con la cabeza hundida en su seno, dijo en voz más fuerte:

--Así, así, refúndeme, en tí todo entero, que para eso eres tú, mujer diabólica y celestial, para refundír en un segundo de placer toda la vida del hombre. ¡Oh, musa sintética de la dicha, aprieta que yo me voy en tí, aprieta que en un átomo de tiempo vivido á través de nuestra carne está la eternidad de Epicuro!...

Me puse de pié.

Alfredo - dije - me voy. Volveré mañana Si - contestó él desde las faldas de Yvette - vuelve mañana. Mañana es el gran día, Ulises.

Me alejé del cuarto pero no del hotel. No queria dejar sólo con Yvette á Alfredo. Esperé en la acera cerca de una hora, hasta que Yvette salió y desapareció precipitadamente en la multitud. Deseos sentí de seguirla. No lo hice y continué mi camino.

XXXI

Dormitaba. Un grito de Julia mé despertó sobresaltado.

Miré y ví á Julia que con ojos azorados me alargaba un papel.

Decia así:

«Amigo querido.

Me mato: anoche, después de retirarte tú, Yvette huyó llevándome el depósito que había retirado del banco.

No la he denunciado. Es mujer.

Hé aquí mi última galantería. Soy el burlador burlado.

Yvette ha vengado á Raquel. No puedo más. Un beso á Julia. Adiós.

ALFREDO»

El papel cayó de mis manos y un sollozo prolongado y sordo se escapó de mi pecho. No pude llorar y quedé inmóvil en la cama, con los ojos fijos en el techo, la mano en la frente y sumido en una especie de síncope que tenia mucho de estupefacción.

No oia, no veia, no percibía nada. Hallábame como quedamos cuando los sonidos y las visiones sobrepasan la capacidad de los sentidos. Puntos luminosos erraban por la obscurídad de mi mente. Sombras flotantes, espectros, siniestras fijaciones.

No sé que duración tuvo aquel desmayo del alma.

El contacto de Julia me volvió á la realidad.

Julia se había aproximado al lecho y al volverme á ella, me echó los brazos al cuello y dijo con pasión:

—¡Me quedas tú!

∴

Un rayo de esperanza brilló en mi corazón transido.

Acaso Alfredo no se hubiese matado, acaso fuese tiempo de salvarle.

Corrí al hotel. Nada había allí. El día antes Alfredo había pagado la cuenta y desocupado la habitación, durmiendo afuera esa noche.

¿Dónde? ¿Qué significaba aquello?

¿Habría preferido Alfredo morir como un vagabundo? Si era así, lo encontraría en la Asistencia Pública. que recoge los heridos y muertos de la calle. A ella me dirijí y no tardé en ver confirmado el fatal aviso de la carta. En una mesa del depósito fúnebre se hallaba el cadáver de Alfredo. Corrí hasta él y mi cuerpo cubrió

aquellos despojos queridos. Cogí aquella mano generosa y algo del frio del sepulcro entró en mí. Levanté hasta mis labios aquella cabeza aún bella. Un hilo rojo bajaba de la sien. Cerré los ojos y hablé á aquel muerto. Lo sacudí, lo estruje, quise arrancarle palabras, Situación desesperada Si la muerte tiene noción de lo que hace, ha de solazarse en lo más terrible de su obra. Impotente para ser más que la muerte, para excederse á si misma, acaso busque lúgubre dilatación en el horror de los que sobreviven.

Tremenda prolongación del arcano en la vida conminada y sobrecogida.

∴

En el establecimiento me dijeron que aquel joven se había quitado la vida en un coche de alquiler.

Había subido á una victoria diciendo al auriga que lo llevase á Palermo y en mitad de la marcha se descerrajó un tiro. La bala perforó el cráneo. El mismo coche sirvió para llevar el pasajero al depósito de los muertos anónimos.

En las ropas del suicida no se encontraron papeles que permitiesen identificarlo. Se suponia que no tenía familia en la capital. Tampoco se le encontró dinero.

Desaparición obscura, desolada. Ultima actitud de la decepción. Muerte silenciosa, profundo desprecio por todo lo que se deja. Una palabra al amigo y nada más.

***

Al siguiente día los restos de Alfredo serian llevados á la Chacarita.

No existiendo deudos, no habiéndose presentado nadie á reclamarlos, irian á la fosa común.

Quise oponerme y me ví sin recursos.

No podía darles digna sepultura.

Pensé en los amigos que habían cultivado la amis-

tad de Alfredo y recibido beneficios de su mano y me dije que eran unos miserables. Poco á poco se habían alejado, á medida que las rentas de Alfredo flaqueaban. Camaradas para el provecho y la orgia, no lo serian en la ausencia y la angustia. No eran capaces de lealtades así.

Nada se podía esperar de ellos.

Alfredo pararía en el enterratorio de los ignorados.

Tumba merecida por quien había expirado como un gañio del destino.

∴

Al regreso encontré á Julia indispuesta. Tenia fiebre y un extraño fulgor en los ojos. Hallábase como achuchada.

Se acostó. Durmió agitadamente. Sin duda soñaba. Entre algunas palabras incoherentes que sus labios dejaron escapar, escuché el nombre de Alfredo.

Cruel evocación en medio de mi insomnio.

Habia cerrado los ojos y procurado rechazar los fantasmas que poblaban el sombrio campo entrevisto á través de los párpados. El tétrico cuadro de la morgue y la cabeza deshecha del amigo, animaban pavorosamente mi visión mental.

Era el alba.

El lecho me torturaba. Nada más intolerable que la inmovilidad en las grandes zozobras. Sentia necesidad de ruido, de una conmoción capaz de dominar mi inquietud.

Me incorporé en la cama. Julia advirtió el movimiento y me retuvo bruscamente - Ulises - dijo - no me dejes. Tengo miedo.

Y agregó sin transición:

—¿Pero es verdad que ha muerto?

—Ha muerto, la repuse.

Sus ojos encendidos se agrandaron y volcando el cuerpo quedó inmóvil.

La hablé con cariño, la arropé y le dí un beso.

Me vestí.

Salí á la calle. La aurora fulguraba. El sol no estaba lejos. Una claridad brillante envolvía la tierra.

Seria un día hermoso.

De todas partes se elevaba el clamor naciente de las calles sonoras.

La inmensa ciudad despertaba.

El tráfico subía como una marea y ocupaba las vias y aceras.

Vida en todos los ámbitos. En mí la visión y la sensación de la muerte.

Por momentos la agitación exterior me aturdia y olvidaba el desastre. Eché á andar. Llegué á los muelles. De un lado el río, del otro la ciudad.

Allá, en el horizonte, el sol, un sol otoñal, dulce y magnífico.

Cuánto trabajo ante la vista.

Panoramas grandes, confines resplandecientes que se abren de pronto á la razón obscurecida y la voluntad muerta.

Engaño de un segundo, ilusión fugáz en medio de la cual confiamos aún en la vida.

Esperanza ¿qué astro eres?

∴

La noche anterior no había comido. El aire fresco y el ejercicio me dieron hambre.

Repentina advertencia de la vida en medio de la catástrofe. Suprema nivelacióu que hace terminar la fiebre en sed y la fatiga en sueño. Entré en un bar y me harté de pasteles. Bebí café y fumé con ansias. Necesitaba excitantes. Mi fiebre pedía alimento.

No tenía sueño. Un fuego interior, tibio y lento, me mantenía en pie. No era un hombre parado, era un hombre en erección. Posición enhiesta. Fuerza de vigilia que en nada se parece á la fuerza del descanso. Reposo en una actitud que no es equilibrio.

Retorné á la ciudad.

Subí á las habitaciones de la señora Estrella y pregunté por Julia. La muchacha dormía.

La señora Estrella me llamó aparte y me manifestó que, ó mucho se equivocaba, ó Julia abortaría, por lo cual era conveniente llevarla al hospital, donde la atenderían mejor y sin ningún desembolso de mí parte.

Me negué. Repuse que Julia quedaría allí y yo sufragaría los gastos que se originasen.

*
* *

El ataúd con el cadáver de Alfredo fué colocado en un modesto fúnebre de la policía y llevado á la Chacarita.

En un coche de plaza seguí el féretro.

Yo era todo el cortejo de la inhumación.

El convoy llegó al cementerio, la caja mortnoria fué colocada en un nicho, entre otros muchos nichos, la lápida fué sellada y los sepultureros se retiraron.

Quedé frente al sarcófago de Alfredo, de pie, mirando sin conjeturar.

Era el atardecer

La arquitectura de la muerte díbujaba sus contornos en los caminos. Un sol rasante prolongaba aquellas aristas singulares,

Bóvedas, arcos, pórticos, columnas, ojivas.

Luz vencida. Blancura marmórea que era obscuridad en el pensamiento. Lugar severo.

El alma buscaba las huellas del pais inexplorado, del que no retornó ningún viajero.

Las sombras avanzaban. Los cirios alumbraban ya, Aquel misterio se agigantaba con el misterio de la noche. Al arcano del destino se agregaba el arcano cósmico. Aplastante superposición. Todo lo insondable y todo lo negro. El abismo revestido de tinieblas. Pavor, angustias, terror profundo de los ojos.

Del espíritu no. Es su mismo enigma. De él viene en él vive y á él va.

Salí al camino.

Desde lejos la ciudad enviaba su estruendo y su resplandor vivo.

Otra vez aquello.

¿Dejaría solo á Alfredo?

El hombre decía que sí, el alma decía que no; el instintó huía, el sentimiento se acercaba. El amor á la vida en pugna con no sé qué amor á la muerte.

El sol se había ocultado. La noche llegaba. Volví los ojos. Una cruz enhiesta recibió mi mirada.

Enagenacién y miedo. Aquel madero era un emplazamiento.

Levanté la cabeza

En un gran arco, en la puerta de acceso, había una inscripción.

La verdad eterna. Polvo somos y polvo seremos. Yo volvería entonces.

Podía irme.

*
* *

En la calle me esperaba el auriga. Me habló y subí al carruage.

Durante mi ausencia, de la mañana á la noche, Julia se había reagravado.

La había acometido un violento ataque Fué necesario llamar un médico. La señora Estrella no se había equivocado. Julia despidió violentamente el fruto de sus entrañas.

Ví el párvulo muerto, un feto todavía, un gran coágulo de sangre.

¡Hijo mío! Expresión de mi encanto, de mi ilusión, de mi ensueño.

No importa. El sentimiento es real.

Sobre las linfas, sobre los humores, está la utopía.

La utopía no.

Poetas: vosotros sois la verdad.

Vírgenes: vosotras sois la belleza.
¡Oh, ideal, solo tú existes!

*
* *

Durante dos días la vida de Julia estuvo sometida á dura prueba.

Sufrió mucho. Las voces de alegría que animaron aquella desolada estancia, terminaban en ayes de dolor.

Contorsiones, alaridos y lágrimas.

El médico la atendió con gran solicitud. En el mundo hay hombres malos y hay hombres buenos. Seamos justos.

En pocos días Julia quedó fuera de peligro, aunque muy delicada todavía.

Hablé al galeno de la cuenta y repuso que no cobraría nada. Agregó que Julia había servido en su casa como doméstica; que en los primeros momentos lo había reconocido y al volver en sí le pidió perdón por el abandono que de él hiciera. Dijo finalmente que siempre su casa estaría abierta á Julia. Me entregó su tarjeta y se marchó.

¿Quién era aquel hombre caritativo?

∴

El encuentro de Julia y su antiguo protector, no había sido casual.

Al sentirse enferma, hizo que le llamasen.

Aquel hombre hacía un sacerdocio de su profesión y acudió presuroso.

¿Qué había pasado en Julia para que volviese los ojos á su primitivo benefactor?

¿Sería que, como yo, presentía que aquello terminaba?

¿No habría comprendido aquella muchacha que ya nuestro coloquio tenía algo de epílogo, de conclusión?

Vivir juntos, amarnos un día, perder el amigo querido gustar y perder también un encanto que no podía

durar ¿no sería esto todo el asunto de nuestro pobre episodio?

XXXII

Si, tenía que suceder.

Una hora en el paraiso, pero nada más que una hora, hé aquí lo que es el amor.

Corazón, no es tuya la eternidad. Si de gozo palpitas un segundo, en seguida el cielo se cierra y la gloria acaba. Pero ¿qué? Cosa rara y preciosa eres tú ¿y acaso por ser así no eres más encantadora? No todos los pájaros te cantan en la selva ni todas las flores te perfuman en el prado. No eres tú la naturaleza ni el infinito ¡no! eres el ave rara, el lirio exótico, la estrella solitaria y distante. Ni estás en todas partes ni duras siempre. Ay ¿existirás, amor? Ser alado que te nos vas de entre los dedos para trinar en lo más alto del árbol ¿á que país maravilloso perteneces? Palabra que algo dices ¿qué dices pués? Visión de luz ¿porqué nuestras manos te desencantan al tocarte?

Ilusión, ilusión, yo comprendo porqué Goethe te gritó un día:

« ¡Oh, no pases, eres tan hermosa! »

∴

En poco tiempo Julia quedó restablecida. Todo su organismo volvió á la salud. El accidente pasó sin dejar más huella que la serenidad trágica de un sueño sin realización.

La muerte de Alfredo era igualmente una desgracia sin remedio que propiciaba nuestra conformidad.

Lo que no tiene enmienda, no tiene protesta.

Nada tan cerca de la resignación como la fatalidad.

El amigo y el hijo se habian ido para no volver. Quedábamos Julia y yo, solos y tan resignados que pareciamos dos sombras.

Aquel gran desgarramiento había desencajado una

situación de nuestra vida y eramos ya dos seres oscilando en el limbo de la propia pasividad, dos seres excéntricos, sacados de la órbita común.

Sin decirnos nada, aceptábamos mútuamente nuestro cámbio. Callábamos. Volvía del trabajo sin el primitivo deseo de ver á Julia. Notándome una vez pensativo, aunque por lo común respetaba mi silencio, atrevióse á preguntarme qué tenía. Yo, poniendome de pié, fuí hasta ella y la dije como recordándola algo que me hubiese negado:

—Y mi hijo, y nuestro hijo, el que yo esperaba ¿qué se ha hecho? ¿Se fué como todo lo mio?

Entonces Julia, por primera vez, tuvo un reproche para mi.

—Se fué, sí, dijo, porque Dios es justo y ha pensado más en mi que en tí. El cielo ha querido romper ese débil lazo de unión para ahorrarme nuevas decepciones y otra carga á mis brazos y para que tú siguieses el camino que te depara. Síguelo. Vete. . . . . .

Tus ilusiones, tu amor, y ya ni me hablas, ni me miras. Haz tu gusto, vete, vete, como Alfredo, como todos los que se me han acercado, y que yo vuelva al eterno abandono de mi vida. ¡Vete!

∴

Cuando Julia me notaba preocupado, era que yo pensaba en mi padre, presencia perenne en mi, en el empleo descuidado por una amante, en Alfredo, cuyo fin violento parecíame por instantes una enseñanza.

Julia callaba también. Sentábase á alguna distancia y mientras los recuerdos venían á mi, sus ojos filtraban una lágrima. Una perla.

∴

—Julia ¿no será hora de separarnos?

Ella repuso:

Dilo tú ¿Qué puedo hacer yo? Te pertenezco para

amarte y obedecerte.

Con ó sin tu amor, mi amor será tuyo. Te quiero.

—Julia....

—Soy tuya para estar á tu lado y para irme si me lo dices. Dilo pues.

Y fué hasta la puerta como esperando mi palabra.

La tomé de la mano y haciéndola sentar á mi lado, la dije:

—Ven, escucha, no turbes la última hora que pasaremos juntos.

Julia, yo tengo que irme. ¿Adónde? Allá. ¿Qué hay allá? ¿Dónde está eso? No se sabe. Por eso yo voy allá.

Nuestra hora ha pasado, hemos concluido y ya solo nos resta saludarnos desde la orilla con el pañuelo. Así se separan los que como nosotros se unen, así es el amor en la libertad: felíz hasta el último instante. No quiero ver una lábrima en tus ojos y por mi parte estoy contento y te digo: por todo ¡gracias!

Pero entiendo que no debo dejarte en medio del arroyo y oye lo que voy á decirte.

Hay un hombre cuya casa no se ha cerrado para tí.

Ese hombre es el médico. Ayer le ví.

Me preguntó por tí, cómo seguías. Antes, al retirarse, me había dicho que te conservaba todo su aprecio, que siempre en su casa habría lugar para tí,

—Qué verguenza...Yo no merezco que ese señor se acuerde de mí. Qué bueno, que noble es....

Ah, pero he implorado su perdón cuando estuvo aquí. Le conté como pasó.

Me engañaron. ¡Todos me han engañado á mi, todos!

—¿Todos?...

—Menos tú, pobre Ulises. Por eso te quiero y te querré siempre. Gracias, á ti también ¡gracias!

∴

Llevé á Julia á casa del médico. Nos recibió con amabilidad y una vez en conocimiento del objeto de la

vísita, hizo pasar á la muchacha á las habitaciones.

Quedé con él y le agradecí efusivamente su gran servicio. Repuso que era viejo, tenia esposa y no tenía hijos, que la ciencia lo habia hecho indulgente, que nunca faltaban menesteres domésticos y que es un deber ayudar al caido.

Sencillo y grande anciano. Sabio convertido en niño por la pureza del pensamiento. Gran corazón, gran talento, alma infantil renaciendo en un viejo Sénsca.

***

No lograba conciliar el sueño. Pasaba la noches despierto, con los ojos cerrados, que es la más violenta de las posiciones Aparato de sueño sin sueño. Pequeña farsa en la sombra que es una modificación muchas veces intolerable.

Al levantarme, el dia ahuyentaba mis congojas. Salia á la calle despejado, aunque con la cabeza pesada por el insomnio. Me sentia, sin enbargo, espiritualmente agil. Todas las tardes recorria la ciudad. sin interés ninguno. A medida que la oración se acercaba, el recuerdo de Julia renacia en mi.

Al anochecer volvia al cuarto y al verme solo, sin Julia, experimentaba la contradicción de palpar aquel vacio. Intenso frío invadia mi cuerpo. Posible es que la llamase

¡ Julia, Julia! ¿ dónde estás, dónde estás ?

Posible es también que saliese á buscarla como si se hubiese escondido ó me la hubiesen robado y pudiese encontrarla en algun rincón de la casa.

XXXIII

En el diario notaron que algo me ocurría.

La muerte de Alfredo acabó de obscurecer para siempre mi rostro y mi juventud.

Desde ella mi corazón sangra y visto de negro. Amo la sombra y, sin temor ni esperanza, pienso en el más

allá. Detesto la orgía y me digo que el dinero puede ser una desgracia. También, á veces, me sublevo contra la mujer. Pero debo ser justo y considero que si hubo una Yvette hubo una Raquel.

El señor X. me interrogó con interés.

Le repuse que me iba de Buenos Aires, probablemente al campo; que una vieja anemia me amenazaba con reaparecer, lo que era cierto. En los últimos tiempos me había debilitado sensiblemente. No comía ni dormía bien. Poco descanso, mucha preocupación.

La visita inesperada de mi padre había reagravado mi estado de ánimo, constantemente turbado por una idea fija, sorda y lenta.

Luego el golpe brutal de la muerte de Alfredo, la pérdida del hijo, aquel ser creado por mi fantasía antes que por mi sangre y, finalmente, la incesante y velada inquietud de todas mis horas, habían hecho su parte.

Mi cuerpo empezaba á sufrir á la par de mi corazón enfermo,

El señor X procuró hacerme desistir y me apercibió amistosamente. Había desatendido el puesto, llegando à faltar varias veces al trabajo. Eran los comienzos de una dimisión indeclinable.

Casi no podía trabajar. Tenía la mente cerrada y los brazos caídos á lo largo del cuerpo. Vacilaba al pensar y al caminar. No podía más.

Ví al director y me retiré de *La Patria.*

Al despedirme, los amigos sonrieron.

Comprendí. Su predicción se cumplía.

Esperad. No he muerto. Oiréis hablar de mi. Ahora dejadme, y sed felices.

*
* *

Al salir de *La Patria*, Salvador entraba.

Así que me vió, me detuvo y dijo como un escopetazo:

—Te buscaba ¿Pero qué diablo te hace? No es chico problema encontrarte.

Debemos hablar, pero aquí no puede ser. Mañana á

la tarde espérame en tu cuarto. ¿Oyes? Hasta mañana.

A la tarde del siguiente día, cuando menos me acordaba de la cita, Salvador se presentó en la estancia. Tomó asiento y me habló así:

--Pues quería decirte que he conseguido el puesto q' te buscaba. Cuando yo prometo una cosa, la cumplo. Es de vista de aduana, ¿Sabes tú lo que es estar en la aduana? Bueno, es como estar en Jauja. Había un vista tísico en último grado y yo no lo perdía de vista, y perdona el mal sonido.

Cansado el hombre de hacer la vista gorda, marchose ayer al otro mundo.

Como á mi no se me escapa nada, lo supe en segida y en seguida también vi al ministro y le pedi el puesto vacante para una persona competentisima, que eres tú. Me lo prometió y es cosa segura. ¡Y tan segura! No hay muñeca como la mia. ¿Crees tú que yo necesito el empleo del diario? ¡Quiá! Lo tengo por que quiero, y por lujo. Otros hay alli que si lo necesitan. y algunos de ellos me deben hasta la camisa, lo que no obsta á que se ocupen de mi. Lo de siempre, el eterno cuento de la humana ingratitud. Más esto es harina de otro costal. Nuestro asunto es que conseguiré colocarte bien, para lo cual es necesario que mañana te lleve á la casa de gobierno y te presente al ministro, que debe conocerte porque el empleo es importante. Mañana á esta hora vendré á buscarte. Aguárdame.

Algo notó Salvador en mi rostro porque me preguntó con insistencia:

¿Estarás aqui?

No sé cómo fué que repuse.

---Estaré.

*
* *

Fuese Salvador y, ya sereno, me eché á pensar en los móviles de la ayuda que aquel muchacho me ofrecía. No los ví por ningún lado. Aún yo ignoraba los abismos de nuestra administración, ignoraba que entre no-

sotros existen verdaderos agentes de empleos oficiales; que mandatarios, legisladores y funcionarios especulan con el presupuesto, los primeros como base política, los últimos percibiendo sencillamente parte de los sueldos de los agraciados. Nada de esto sabía yo, aunque ya lo sospechaba, y en aquella ocasión dejé de pensar en Salvador para pensar en mi.

Esa noche, por última vez, debía tentarme la hidra que en nosotros lucha con el ángel del bien. Alienta en nuestro interior un genio malo que parece opuesto por el infierno á la blanca conciencia. Es formidable, casi incoercible, nos habla sín cesar en voz baja y su voz zalamera es el comienzo de la borrachera dichosa. En todo hombre hay un maniqueo.

No cerré los ojos y llegó la aurora filtrando su luz por los visillos corridos y los postigos entornados.

La aurora, el sol. Qué bueno es el sol después de penosa noche de insomnio. Bueno para el cuerpo y para el alma.

Con cuánta razón preguntó el pensador para qué serviria el gran astro si no despertase á esa sombría dormida que es la conciencia.

Yo no tenía de qué arrepentirme. Nada había hecho; pero en aquel momento de profundo éxtasis, de puro misticismo, cualquier pensamiento mezclado era una falta. Fué así que deseché resueltamente las ideas pecaminosas que me invadian y volví los ojos á la luz. Era el sol espléndido que alumbra la fecunda tierra argentina. Me miré, me ví. Era yo, yo con mi indigencia, con mi altivez, con mi cerebro lúcido y mis brazos fuertes. Y una hemorragia de honradez y de grandeza inundó todo mi ser.

Quedé como un alma ergida sobre la noche de mi miseria, repudiando los efímeros éxitos del mundo. No sé cuanto duró aquella actitud de desafío y soberano desprecio.

Me tiré del lecho, abrí la ventana, saludé al luminar que me salvaba y viendo extendida la inmensa ciudad, exclamé:

—Adios Buenos Aires, grande y hermosa Buenos Aires, cuna de una civilización ó sepulcro de una virtud, no lo sé bién, adios!"

∴

Bajé al subsuelo, di los buenos dias á la señora Estrella, le pedí papel y tinta y escribí esta carta á Salvador:

"Me voy. Renuncio al puesto que me ofrece el ministro. Que otro me reemplace y á ti te doy las gracias y te deseo creciente prosperidad. Adiós.

Ulises."

Dejé la carta á la señora Estrella con encargo de entregarla á Salvador si iba esa tarde, me despedí de todos los de la casa y me retiré para no volver ya.

XXXIV

Nada tan certero á veces como los pasos perdidos.

Caminaba así. Andaba, vagaba. Había estado en el teatro por no acostarme. No dormía ó me dormia al cabo de largos insomnios. Temia la cama. Le huia. Estaba sin embargo extenuado, rendido.

La media noche había pasado.

Todas las puertas cerradas. De trecho en trecho amplios locales iluminados y llenos de bullicio. Eran cafés. En las calles abandonadas, uno que otro coche, grupos de transeuntes y una que otra pareja de enamorados. Signos de dispersión, tráfico de la noche. Noctámbulos, bohemios, amantes, pasaban y se perdian.

Seguid, vivid, amaos.

Vias ocultas, rumbos desconocidos, formas queridas de mi nostalgía.

De pronto un gran salón que daba á la calle se abrió á mi vista. Entré. Tomé asiento y pasaron algunos minutos sin caer en cuenta de que estaba en "El Diván".

La casualidad me había llevado á aquel lugar conocido y siempre recordado.

Había mucha gente. Buena parte del personal y pú-

blico de los teatros se hallaba allí como yo: cómicos con sus adláteres, viejos libidinosos, jóvenes melancólicos jugadores, bebedores, trasnochadores, mesalinas, toda la legión tenebrosa y perdularia ¡Qué gran mundo!

∴

En el fondo se jugaba y había más silencio. Pasé al fondo. El ruido me incomodaba. Vi el sofá y me aproximé. Una mesa de billar cercana entretenia á los mirones.

Me senté en el sofá. El monótono juego, que se reduce á apalear una bola, daba no sé que tristeza al cuadro. Los golpes de taco y el continuo dar vuelta de los picadores, mareaban y adormecian insensiblemente. De rato en rato los incidentes de la partida provocaban risas, gritos y golpes que me hacian levantar la cabeza y ahuyentaban momentaneamente la somnolencia que empezaba á invadirme.

En mi cuarto me era imposible dormir. Aquella soledad tan mia era la presencia de mi mismo y una vigilia ya intolerable. Allí, en "El Divan", sentíame como entre los mios, solo siempre y como resguardo por invisible égida amiga. Había allí ruido para mi desesperación y no sé que viejo conocimiento ó amistad para mi corazón atribulado. El diván era blando, muelle. Humo denso llenaba el local. La partida seguia.

El público se fuè retirando. La noche pasaba ante mi desvelo como un cendal que no oculta el reloj. Sentia que el tiempo pasaba llevándome algo. Era la visión de la ampolleta que en el pecho llevamos, la sensación en la frente del ábrego glacial que va entregando nuestro polvo deleznable á la nada y al olvido.

Era un hombre viéndose ir hacia regiones ignoradas, temidas como un enigma y amadas vagamente como una eternidad.

Anuncio grandioso de la muerte.

∴

—Señor, es hora de retirarse, es la madrugada . . . .

Diciendo asi, el dueño de "El Divan" me daba de palmadas en el hombro.

Desperté. Abrí los ojos inyectados por un descanso anormal y miré en todas direcciones. Me ví solo en el fondo del salón. La partida de billar había terminado. Los trasnochadores más recalcitrantes se retiraban. Los mozos cerraban las vidrieras.

En el lavatorio me empapé la frente para ahuyentar el sueño, que había llegado de improviso, y me peiné. Me arreglé las ropas ajadas por el diván, mi improvisada cama.

Salí á la puerta.

Era el amanecer. La noche concluia de pasar.

Habia dormido en el sofá. Como al cómico que engañara á Julia, «El Diván» me habia servido de mesón.

*
* *

¿Adónde ir? ¿Que hacer? ¿Qué resolución tomar?.

No era posible tornar á la casa paterna. No es para mi lo que vuelve, lo que se arregla, lo que termina bien. Hacer aqui un final dichoso, seria faltar á la verdad de mi inverosimilitud, seria mentir para parecer veridico.

Pero yo mismo, en complicidad esta vez con el azar, no quíse volver al profundo valle donde dí los primeros pasos, donde yacen Victoria, el tálamo de Laura, la tumba de Alfredo y las huellas perdidas de Julia. ¿Para qué? Me hallo en lo alto de la montaña y volveré á descender, pero será del otro lado, hacia el horizonte, siguiendo la huida del sol que lleva su luz debajo del mundo.

¡Allá, siempre allá!

*
* *

Hénos aquí. Amigos, amigas, luchadores entrevistos en la gran batalla, he cumplido con vosotros.

Esto es lo que yo queria: dedicaros este recuerdo. Quedad con él, os lo ruego. Para mi la consideración de las gentes.

¡La necesito tánto!

FIN

FE DE ERRATAS

Página 14, línea 2.ª, donde dice "conoce", debe decir "convence".

Página 216, línea 3.ª, donde dice "un", léase "mí".

Página 99, línea última, donde dice "idea la", léase "la dea".

LIBRARY

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF
PQC
0000503

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 08 04 11 001 9